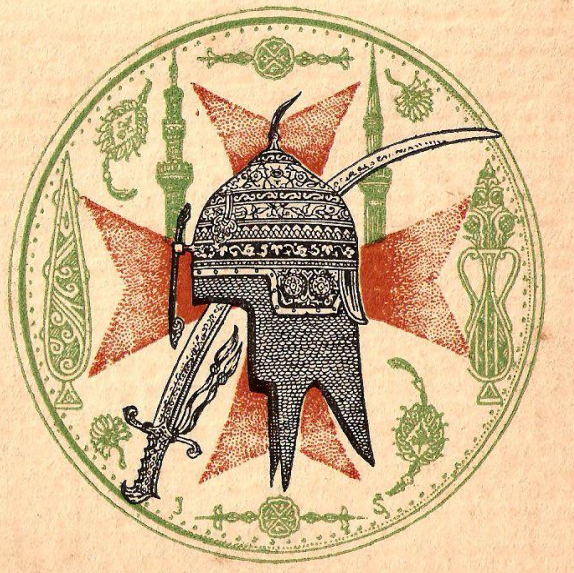
EL JARDÍN DEL AMOR

VIDA DE UN JOVEN EMIR DAMASCENO DEL SIGLO VI° DE LA HÉJIRA



Ilustraciones del artista ruso
IVAN SCHENCHINE

حديقة الحب

(JADIKAT UL JUBB)

El Jardín del Amor

Vida de un joven emir damasceno del siglo VI° de la héjira

por
Alberto M. Candioti

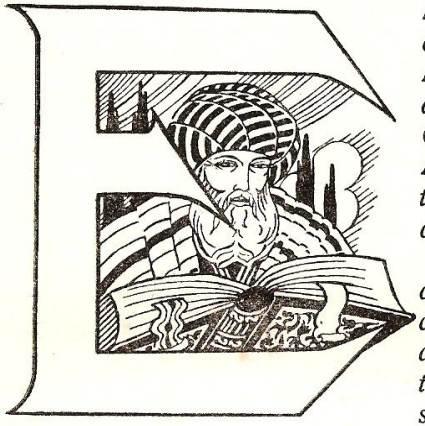
según el dictado del alfaquí OMAR CAON TEIRIT ABD ALÍ,
teniendo a la vista el viejo manuscrito árabe de
TOMAROT IBN ALEDIC

M. GLEIZER — EDITOR
Triunvirato 537
BUENOS AIRES — 1933

Es propiedad del autor.
Derechos de reproducción y traducción reservados para todos los países
Copyright 1933, by Alberto M. Candioti.
Hechos los depósitos que marca la Ley para las Repúblicas Americanas.

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN



EN CASA del anciano muftí de Beirut conocí al ulema Omar Caon Teirit Abd Alí, hombre de trato franco y afable.

Finalizada una amena y larga conversación, el alfaquí me invitó a visitarle en su residencia de Damasco.

Durante varias semanas fuí huésped de Omar y, como en un cuento de hadas, permanecí encerrado en la suntuosa mansión damasquina, regalándome en sus lujosas cámaras y apacibles jardines.

Una tarde el alfaquí me invitó a su diván, me ofreció helados de leche, frutas cande, café y cigarrillos. Omar, sentado sobre amplios cojines, se hizo servir un narguile, ordenó hacer correr el surtidor

de la pequeña fuente que estaba a nuestros pies y, con un ademán pausado y noble, advirtió a una mujer que yo no había visto — una hermosa almea de Alejandría —, que templase el laúd y cantase antiguas canciones árabes y persas. La luz entraba al amplio salón por un ventanal de vidrios multicolores.

Después de un largo instante de meditación, Omar Abd Alí me dijo:

— ¡Oh, buen amigo!: deseo hacerle conocer una historia de amor que descubrí casualmente en un viejo manuscrito, y haré la narración en español... Sí, ya lo sé, le admiran mis conocimientos de español y voy a satisfacer su bien justificada curiosidad. El undécimo Califa, Valid I, muchas veces grande por la extensión que dió a su reino y a la fe musulmana, tuvo un emir eminente, que fué gobernador de África. Se llamaba Muza Ben Nazer Abd Alá Rahman. Este buen musulmán ordenó a Taric Ben Ziad realizar la conquista de la Península Ibérica, empresa que llevó felizmente a cabo en compañía de Abd Alaziz, de quien desciendo yo... Estos antecedentes de mi linaje provocaron en mi familia un gran cariño por Magreb, *y en tiempos remotos, creo que por el año 1190 de la era cristiana y 586 de la héjira, se fué a establecer en Granada, donde había mucha gente originaria de Siria. La capitulación de Abd Alá Ibn Dalkín Boabdil causó honda tristeza entre mis ascendientes y, fieles a la ley de Alá, no quisieron abjurar, como muchos miserables lo hicieron. Juntos con el Sultán vencido, hombres, mujeres y niños, cogieron de su haber cuanto pudieron y cruzaron de nuevo el estrecho de Chebel Taric.*

Calló el alfaquí y permaneció suspenso, como pensando en las pretéritas grandezas.

— Pasaron muchos y largos años — continuó diciendo —, hasta que mis progenitores entraron al servicio del gran musulmán que, en vida y en gloria, se llama Abd el Kader (¡la bendición de Alá le sea eterna). Cuando este gran Emir fué vencido y prisionero, y, por fin, puesto en libertad el año cristiano de 1852, vino a establecerse en Damasco. Dos lustros después, mis padres resolvieron acompañarlo en su destierro. Yo era, entonces, un niño de diez años y ya hablaba el francés y el español. Mi amor al estudio me condujo a visitar España. Con mis treinta años de edad fuí a conocer la tierra y el cielo donde los míos se llenaron de esplendores y donde tanto arte y poesía habían regado mis hermanos de raza y creencia. Durante el largo tiempo que duró mi viaje por España y África, perfeccioné mi aljamía. Aquí, en Siria, lo hablo con los religiosos franciscanos, que, como es sabido, en gran mayoría son ibéricos. También me place conversar con los sefardíes: con sus arcaísmos, me traen a la memoria la España que expulsó a los hebreos y musulmanes y descubrió un nuevo mundo. Y he aquí, ¡oh grande amigo!, explicada, con mucha minucia, la causa por la cual podré contarle en español la vida de un joven emir damasceno del siglo VI° de la héjira.

Omar ordenó que le trajesen un librote de per-

gamino; lo puso cuidadosamente sobre un facistol, y me dijo:

— Este libro manuscrito fué encontrado dentro de un cofre enterrado en el jardín de mi casa, cuando mis padres se establecieron aquí, y al hacer las excavaciones para la reparación de una viejísima mezquita. La caligrafía es admirable y sus miniaturas están prodigiosamente bien conservadas; las tapas de vitela tienen dibujos que denuncian habilidades aprendidas en Persia. Este libro contiene la historia de un joven emir, que por primera vez revelaré, y me place hacerlo en español. El título de la obra es: JADIKAT UL JUBB, *o sea* el JARDÍN DEL AMOR. *Conforme reza en la última hoja de este libro, en escritura hecha por mano intrusa, el autor de esta historia es Ismail Abul Uefá — personaje ignorado hasta ahora —, y se asegura que murió en Alepo el año 560 de la héjira o sea en 1164/65 de la era cristiana. Según el estilo y los giros damasquinos que se emplean, el autor debió escribirlo en esta ciudad, dos años antes de su muerte, cuando el Sultán de Alepo era Nur Eddin Mahmmud Ibn Aimad Eddin Zenghi y hacía nueve años que también era Sultán de Damasco.*

— En el manuscrito faltan varias páginas — prosiguió Omar —; supongo que ellas han podido contener una introducción en la cual se contaría un episodio análogo al que conocemos de Chirazad y Dinazad de las «Mil y una noches» y de tantas otras colecciones de cuentos, pero, en este caso, se trata de

la narración hecha por un hombre, muy posiblemente un rávi, *uno de esos contadores de cuentos populares que aun hoy día se encuentran en los zocos narrando las proezas de Antara. He leído esta narración con detenimiento. Es verdad que el tiempo ha hecho ilegibles muchos pasajes, pero, con la ayuda de Alá, he podido completar, con fidelidad que certifico, la vida del Emir Nizar Ak Sonkor Ibn Anar, y la historia de los amores de este joven emir damasceno y de Fátima, hija del jeque beduino Benu Rabia, Tabit Raschid Ibn Bendar. Pido a Alá que le dé paciencia, ¡oh buen amigo y señor!, para escucharme sin fatiga.*

* * *

La narración hecha por Omar Caon Teirit Abd Alí me causó tanto deleite, que me apresuré a obtener su consentimiento para darle publicidad en castellano.

El ulema amigo acogió con entusiasmo mi propuesta y decidió comenzar de inmediato el trabajo. A la sombra de los árboles pasamos muchas horas deliciosas entregados a nuestra tarea.

Solía Omar interrumpir su dictado para comentar, con ingenio y galanura, el contexto. Cierta vez me dijo:

— El árabe es tan rico y armonioso, que ninguna versión puede llegar a respetar la esencia poética propia del idioma y, por lo tanto, temo no satisfacerle. Este manuscrito, como todas las obras análogas de los poetas orientales, tiene muchas cosas fantásticas y maravillosas, pero en casi toda la na-

rración existe una sorprendente fidelidad histórica. Muchos de los personajes han sido personas reales, la cronología es fidedigna. La descripción del sitio de Damasco por los cruzados está hecha de acuerdo con las crónicas conocidas.[1]

— Disimule, buen amigo — terminó diciendo —, las expresiones duras para los cristianos que encontraremos en el curso del libro: ellas son el resultado de las pasiones fuertes de aquellos tiempos.

* * *

He comprobado, con paciencia benedictina, las afirmaciones del alfaquí damasceno y, en general, responden a la verdad.

Como fruto de mis investigaciones, hechas lejos de Damasco, he llegado a dudar de que el autor del manuscrito que poseía Omar Caon Teirit Abd Alí, sea realmente el Ulema Ismail Abul Uefá, que murió «en Alepo, el año 560 de la héjira», o sea el año 1164/65 de nuestra era.

Me inclino a creer que sea el trabajo de un cristiano sirio, de una época posterior al año 560 de la héjira, posiblemente de un «poullain», como llamaban en la Edad Media al hijo de franco y de siria o vice-versa, y con mayor probabilidad de algún muladí, elche o moslemita, mejor dicho «maula», como

1) Es conveniente leer en el GLOSARIO la palabra CRÓNICAS.

se designaba colectiva y despreciativamente a los cristianos convertidos al islamismo. Estos, con frecuencia, eran admitidos en la intimidad de los grandes señores musulmanes, sobre todo si eran poetas y sabían manejar con habilidad el panegírico.

Si realmente el autor fuese Ismail Abul Uefá, analizados ciertos pasajes de su obra, surge esta duda: la fecha de su fallecimiento, indicada con tanta seguridad, ¿es la verdadera?

* * *

Los curiosos podrán encontrar el manuscrito original de EL JARDÍN DEL AMOR en la librería de la Aljama Al Umaui (de los Ommiades) de Damasco donde, en calidad de preciosa donación, lo ha depositado el alfaquí Omar Caon Teirit Abd Alí. Es posible que algún arabista paciente, con verdadera autoridad de especialista, se dedique a hacer una traducción directa y completa.

Y digo «completa» por haber creído necesario suprimir muchas repeticiones, tan frecuentes entre los autores arábigos. Asimismo, para evitar la monotonía de una narración continuada, he modificado en cierto modo la estructura de la obra, dividiéndola en tres partes, en un epílogo y en capítulos que por fuerza debieron resultar desiguales por la extensión y la forma.

Para los lectores no familiarizados con las co-

sas islámicas, he puesto algunas notas que envían a las fuentes del Corán y he agregado un glosario que explica palabras, costumbres y creencias.

A. M. C.

NOTA BENE:

Estando en prensa la obra recibí una carta de suma importancia.

El erudito arabista francés, Mr. Fournier, residente en Damasco, me escribió diciendo: «Le confieso que todo el tiempo dedicado a investigaciones y consultas fué inútil. La casualidad, diremos la voluntad de Alá, un buen cristal de aumento y la fotografía, vinieron en mi ayuda.

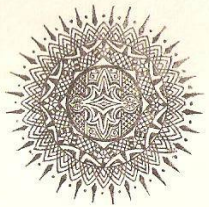
«Resulta que, como bien lo supuso Ud., el autor de EL JARDÍN DEL AMOR no es el Ulema Ismail Abul Uefá. Estudiadas detenidamente las doscientas hojas de pergamino y, sobre todas, la última, se ve claramente que lo escrito «por mano intrusa» se refiere a una obra completamente distinta y de la cual

no he podido tener noticias. En cambio, en la primera hoja del libro está escrito, casi imperceptiblemente hoy, lo siguiente: «EL JARDIN DEL AMOR fué escrito por el cristiano islamizado de nombre Tomarot Ibn Aledic, que vivió en Damasco el año de la héjira.... 47». Me ha sido imposible descifrar la fecha en su integridad. Además, al final del libro existe, en forma también sumamente borrosa, la firma del autor.

«Estos descubrimientos los he podido confirmar gracias a la amable contribución del Señor Director del Laboratorio Fotográfico del Instituto Francés de Damasco y a la colaboración de un joven y sabio paleógrafo amigo mío, cuya modestia me ha exigido silenciar su nombre.

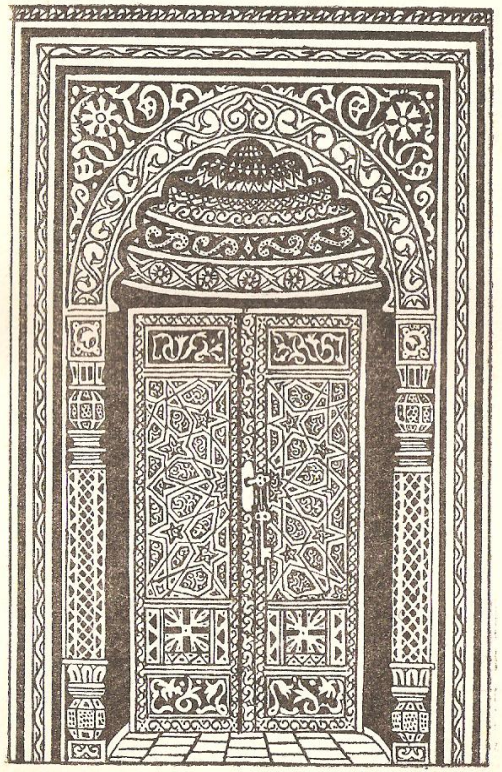
«El Alfaquí Omar Caon Teirit Abd Alí, que se ha interesado mucho por mis investigaciones, se ha plegado a la evidencia.»

A. M. C.



EL JARDÍN DEL AMOR

لا إله إلا الله محمد رسول الله



¡Oh
Emir!
Mientras
descansas
de tus fatigas
bélicas y en tu
corazón arde el fuego
del amor; mientras se festeja
tu victoria, y en los jardines los
poetas cantan tus proezas al son del
laúd y las almeas muestran sus cuerpos
desnudos, tersos y esbeltos, en danza caden-
ciosa y lenta; mientras el cielo, en tu
honor, se adorna con la diadema
de sus estrellas y las fuentes
murmuran sus alegrías de
frescura, quiero con-
tarte, ¡oh, Emir bon-
dadoso y
grande!,
una his-
t o r i a
de amor.
¡Oh Emir, eres
victorioso y eres amado!

بسم الله الرحمن الرحيم

EL HÉROE

I

LA TRISTEZA DE NIZAR IBN ANAR

¡Oh, Emir!:

HACÍA MUCHO tiempo que los francos habían desalojado a los musulmanes de las ciudades y tierras de *Sahel*. Repetidas veces los cristianos quisieron conquistar la hermosa ciudad de Damasco, mas, por voluntad de Alá, que todo lo sabe y todo lo dispone, fracasaron en tan temeraria empresa.

Damasco vivía, desde hacía muchísimos años, en perpetua inquietud, debido a las persecuciones sangrientas de los ismaelianos, sectarios empedernidos, cuya arrogancia no tenía límites, al verse alentados por los califas fatimidas de Egipto.

Los ismaelianos se complacían en desolar los campos y las aldeas de las montañas y llanuras, hasta las mismas puertas de Damasco. Su infamia era

tan grande, que solían conjurarse con los *jerensis* y *rumíes* en contra de los musulmanes.

(¡Alá precipite a los ismaelianos en las entrañas de los abismos!).

En la túrbida época de esta historia de los amores de Nizar Ibn Anar y de Fátima, hija del beduino Benu Rabia, el Jeque Quibir Tabit Raschid Ibn Bendar, eran frecuentes en Damasco las intrigas cortesanas — en las que intervenían los ismaelianos — y se ponía en ellas tanta pasión, que aumentaban el desasosiego de la ciudad y ponían término a la vida de emires y sultanes.

No obstante la serie de desgracias que ensangrentaban la crónica de la ciudad, sus habitantes se enriquecían por medio del arte y del comercio, y, en los días sin zozobras, se regocijaban en medio de las dulzuras brindadas por la *Ghuta*, con sus huertos y jardines, bendecidos por las frescas aguas del Barada.

(¡Gloria al hacedor del mundo y del bien!).

A una pregunta del Califa Omar, respondió *Kaab al Ahbar*, con mucho ingenio, en esta forma:

«¡Oh Príncipe de los creyentes!, cuando Alá creó el universo, cada ser se unió a otro ser.

— Yo — dijo la Razón —, me voy al Irak.

— Yo te seguiré —, declaró la Ciencia.

— Yo — dijo la Riqueza —, me voy a *Esch Scham*.

— Yo iré contigo — aseguró la Discordia.

La Salud dijo:

— Yo me iré al desierto, junto a los beduinos.

— Yo te acompañaré —, manifestó la Sinceridad.»

Era el mes de moharram del año 543[1]. El verano había llegado exuberante y triunfal. Bajo el sol ardiente, Damasco, blanca como una perla, parecía engarzada en la enorme y diáfana esmeralda de sus huertos.

El joven Abd Adula Mejdir Eddin Abak era Sultán de Damasco. Hombre sin carácter, sin lustre, pasaba el tiempo en la molicie del harén y en ociosos entretenimientos. Si no permanecía horas y más horas con el pensamiento distraído, mientras un almocrí leía el Libro Santo, o jugando al ajedrez, se solazaba entre astrólogos, bufones, eunucos y afeminados cortesanos. La mayor incuria por los asuntos del estado reinaba en su diván.

El sultanato de Damasco tenía brillo e independencia, gracias al juicio, sabiduría y tacto del Gran Visir o Atabek Moin Eddin Anar.

El Gran Visir tenía un inmenso poder y se ocupaba de la administración de los pequeños y grandes asuntos, sin que el Sultán tuviese la menor influencia. No abusó Moin Eddin Anar, pues, demostrando poseer mucha cordura, jamás dejó de respetar y de hacer honrar a su despreocupado Señor.

Alá había dotado a Anar de inconmensurable

1) Mayo—Junio de 1148. Ver GLOSARIO, palabras MESES, DÍAS y HORAS.

prudencia: era tan perfecto y honrado como Assaf, el ejemplar Visir de *Soleimán*.

(¡Veneremos al que da y quita y al que crea y destruye!).

Moin Eddin Anar era hijo de un mameluco del Sultán Togtakin; había sido ennoblecido en reconocimiento de sus méritos indiscutidos y todos lo llamaban «el mejor de los turcos».

Nadie era más trabajador y justo que Moin Eddin, ni nadie más valiente para correr en persecución de los salteadores que desolaban las inmediaciones de Damasco: estos combates en campo abierto constituían su mayor placer.

El Gran Visir poseía un harén con cuatro esposas y muchas concubinas y esclavas de gran belleza. Una de sus esposas era la madre del Sultán Mohammed Chemal Eddin.

Moin Eddin era padre de numerosos hijos, varones y mujeres: entre los preferidos, los más dilectos eran Saad Eddin, el menor de todos y a la sazón de seis años de edad (que fué Emir del Sultán Salah Eddin, y del que recibió la ciudad de Sindjar[1]), y Nizar, héroe de esta historia, y cuyo

1) Este hecho es muy posterior al fallecimiento del Ulema Ismail Abul Uefá, supuesto autor de este libro. Saladino fué Sultán de Egipto el año 568 de la héjira (1173 de J. C.) y entregó al hijo de Moin Eddin Anar la ciudad de Sindjar — situada al oeste de Mosul — el año 578 de la héjira. Los cronistas árabes dicen que Saad Eddin era uno de los principales emires de Salah Eddin y que sobrepasaba a todos en belleza de cuerpo y alma.

nombre han callado los cronistas, ¡quien sabe por qué designio del Justo!

En tiempos de esta narración, Nizar era un joven de veintidos años, expansivo, gallardo, hermoso, valiente, docto, elocuente y extremadamente hospitalario y desprendido.

Nizar Ibn Anar era conocido también con el sobrenombre de *Ak Sonkor*, debido a la majestad de su persona, a su costumbre de vestir turbantes, caftanes, *gambases* y *abas* color de leche, por la velocidad de su magnífica yegua tordilla, por su buena vista, por su rapidez en lanzarse a combatir al enemigo y por su prontitud en abatirle.

La caza, la guerra, el amor, la poesía, el estudio, apasionaban a Nizar, y en todo se distinguía de modo sorprendente.

Con frecuencia Ak Sonkor era invitado a los festines íntimos del Serrallo para hacer oír su voz ante el Sultán y los emires, quienes quedaban maravillados de la donosa facilidad con la cual Ibn Anar improvisaba poesías de ardiente inspiración, y las entonaba con delicada voz.

El Sultán le dijo una tarde:

— ¡Oh, Ibn Anar!...., cantas mejor que Ibrahim Ibn Mehdi, el usurpador, que por su virtud de poeta y músico admirable mereció el perdón de Mamum, el Califa glorioso... ¿Acaso te inspiran los genios?

En la ciudad se contaban las proezas de osadía belicosa y los triunfos de amor de Nizar; sus versos habían llegado, más de una vez, a ser cantados en

Bagdad, Alepo y Jerusalén, y hasta en la Meca. En los campos beduinos era considerable la reputación de Ak Sonkor, como guerrero y poeta.

En la *almadraza* Eminiyeh, sita al sud de la Gran Mezquita, Nizar disertaba sobre filosofía y comentaba con tanta profundidad el Corán que anonadaba a los viejos ulemas, que habían pasado su vida en el estudio y en la meditación.

Los damascenos aseguraban que no existía en la ciudad, aparte del Sultán y del Gran Visir, hombre más dadivoso que Ak Sonkor: los pobres que llamaban a su puerta encontraban pan y asilo; los musulmanes caídos en manos de los francos eran liberalmente rescatados con el oro sonante de Nizar, y los extranjeros, sin preguntarles de donde venían ni a donde iban, eran hospedados en forma tan espléndida, que salían repartiendo la fama del joven señor por todas las tierras de *Dar Al Islam.*

Moin Eddin Anar estaba justamente orgulloso de su hijo y se complacía en regalarle con infinidad de halagos. Como poseía una cuantiosa fortuna personal, además de las facilidades que le daba su alta dignidad en el reino, el Gran Visir satisfacía, sin reparos, los caprichos propios a la condición y a la juventud de su animoso hijo.

La madre de Nizar era una antigua esclava circasiana que por su belleza había sido liberada y ennoblecida por Moin Eddin Anar, el año 517[1], durante el sultanato de Togtakin. Moin Eddin demostraba a esa esposa una afección particular: ¿no le había dado un hijo que prometía perpetuar la gloria de su nombre?

1) Año 1123 de la era cristiana.

Esa esclava ennoblecida, que, por voluntad del que todo lo dispone con sabiduría y del que es causa y fin de lo creado, fué madre de Nizar, es la misma que Moin Eddin instaló en Balbeek el año 541[1] — cuando contrajo matrimonio con la madre del Sultán Mohamed Chemel Eddin —; aquella mujer privilegiada por su belleza y por una maternidad ilustre, es la misma que el Atabek Zenghi (¡oh, el perjuro!) aprisionó y se llevó a Alepo, cuando capitularon los sitiados de Balbeek.

¡Zenghi no conocía ni el nombre de *Samual Ibn Adya!* Aquella madre de hijo tan generoso y valiente como Nizar es la misma que al fallecer Zenghi fué devuelta, por el Atabek Nur Eddin Mohammud, a su esposo bienamado Moin Eddin Anar.

(¡Veneremos al Altísimo y reverenciemos a *Abul Kasim Mohammed Ibn Abd Alá,* el más grande entre los mejores y el Confidente y el Mensajero del Único!).

Moin Eddin Anar, conforme con la afirmación hecha por el Califa Abd Almolik, que reza: «el saber es un capital para los pobres y un ornamento para los ricos», se había esmerado en dar a su hijo una educación cuidada, poniéndolo bajo la tutela de

1) Año 1146 de la era cristiana.

un preceptor muladí muy bien reputado y de gran juicio.

Al entregar el hijo al maestro, el Gran Visir había recomendado:

— Tu misión, ¡maestro!, no es fácil: si a este joven yo le he dado la vida y la madre lo crió y le hizo conocer los rudimentos del bien y del mal, apreciando, confusamente, la grandeza de Alá y de su Profeta, a ti te toca la pesada tarea de estudiar su carácter, corregir sus defectos y estimular sus cualidades y buenos sentimientos. En esta ocasión te repetiré las palabras del alfaquí Amru Ibn Otba, primo del Califa Yazid (¡el olvido sobre éste!), dichas al maestro de su hijo: «Los medios más eficaces para formar a mi hijo serán los de reformarte a ti mismo; los ojos de los jóvenes están siempre fijos en ti, ¡oh maestro! La virtud la aprenderá en tu conducta, el deshonor en lo que te vea omitir. Insiste en el estudio del Libro de Alá, lo suficiente para que no lo descuide y lo tenga en olvido, pero no hasta la saciedad, para evitar que le inspire repugnancia. De las tradiciones enséñale las más nobles, y de las poesías las más castas. No pases superficialmente de una ciencia a otra: la abundancia de las materias distrae la inteligencia. Enséñale las sentencias de los sabios y házle evitar la sociedad de las mujeres».

— Además — continuó el Visir —, darás a tu discípulo libertad de pensar y de estudiar por su propia iniciativa; más valen los pocos conocimientos

adquiridos con placer, que muchas cosas aprendidas con enfado y atosigamiento: tengo por seguro que los primeros se aumentan y los segundos se pierden. Enseña a tu alumno la equitación: díle cómo es lícito tener sólo caballos de Alá, que son los dedicados a combatir en el sendero del Misericordioso y a los trabajos favorables a los hombres; repítele con frecuencia que es cosa fea y despreciable poseer caballos de *Chaithán*, que son los especializados en las carreras y en otros juegos de azar. Entre los placeres útiles, enséñale la caza y la natación, como así lo deseaba el Profeta (¡que sea venerado!). Durante el verano, condúcelo al desierto, para que, conviviendo con los árabes más nobles, aprenda las bellezas del idioma y la poesía. Oblígale a ejercitarse en la lucha contra los elementos y contra los hombres: no descuides de instruirlo en el manejo de las armas. Enséñale cómo debe atacar y retirarse; cómo emplear la lanza y el arco, y cómo protejerse y herir con el alfanje. Explícale cómo debe conocer las buenas cualidades del acero y de las maderas, propias para la fabricación de sus armas. Recuerda que importa mucho que sepa cómo conocer un buen caballo, lo que es dado esperar de él y lo que se le debe dar como alimento. Como no es posible que tu tengas un conocimiento acabado de todo, confía esta parte de la educación a un hombre fuerte, valiente y diestro: no olvides nunca que el ejemplo es el mejor maestro. Y, por último: sé oportunamente indulgente y severo; cuida de in-

culcar en mi hijo el cumplimiento sagrado del deber y de sus juramentos, así como los principios de la más amplia hospitalidad, a fin de que sus conocimientos y su destreza sean siempre, y únicamente, empleados con fines nobles y en causas honrosas.

El preceptor pudo dar fiel cumplimiento a las recomendaciones del Gran Visir, puesto que Nizar reveló una clara inteligencia, gran entusiasmo de vivir y de aprender.

A los catorce años de edad, Nizar ya fué un mocetón bien plantado, robusto y precoz, y se le había circuncidado con grandes fiestas. A los quince, terminó de ser *taleb* y fué poseedor de una cultura muy completa.

Desde entonces, acaecía que alguna lozana esclava del harén paternal satisfacía sus ardores y gustaba la vigorosa juventud del mancebo, en fugaces encuentros, mejor sentidos mientras mayores eran los estremecimientos del miedo a la sorpresa.

El adolescente Emir experimentó, con orgullo intenso, el grato asombro de la vida, al comprobar sus hombradas, en esas aventuras en las semisombras de los tibios baños; en los olorosos pajares de las caballerizas o en las nocturnas escapadas a las frescas yerbas del jardín. ¡Inolvidables placeres hurtados al rigor de la inútil vigilancia eunuca!

Satisfecho de su hijo, el Gran Visir lo regaló liberalmente: sabiéndolo estudioso le dejó libertad para aumentar, por sí solo, sus conocimientos en las ciencias, la religión, la guerra, las artes y la poesía.

Dos años más tarde, Nizar ya había recibido un palacio para su residencia y tres esposas jovencitas, bellas y de noble alcurnia: una era egipcia, ardiente, y morena como una hoja en otoño; la otra era damascena, quejumbrosa, y pálida como un jazmín; la otra era bagdana, enérgica, maternal, y de cabellos rojos como el sol que se oculta.

Por su parte, Ak Sonkor había elegido durante sus campañas guerreras y sus viajes, algunas concubinas y esclavas de diversas razas, todas rivalizando en lindeza y mansedumbre. Mas, Nizar Ak Sonkor no era feliz. Su corazón plañía por un amor ignorado, que presentía, que debía venir, sin poder saber quien podría darle sosiego. A los diez y nueve años de edad, las esposas y concubinas dejaron de interesarle, y el poeta no cantaba, el guerrero no combatía, el filósofo no estudiaba...

El Gran Visir advirtió el cambio operado en el carácter de su hijo y se empeñó en distraerle, organizando, inútilmente, cacerías, juegos de cañas y zambras...

II

LAS ANDANZAS DE NIZAR

¡Oh, Emir!:

EL AÑO 536[1] Moin Eddin Anar llevó consigo a su hijo a las tierras de Sahel.

En ese entonces era favorito del Gran Visir el poeta y Emir de Schaizar, Usama Ibn Munkidh, que se había refugiado en Damasco, protegido por el Sultán Schihab Eddin Mohammud, del que fué amigo y compañero de cacerías.

Usama estaba en la plenitud de sus energías físicas e intelectuales y ejercía, sobre su protector Moin Eddin, saludable influencia. Hombre de sorprendente habilidad y memoria, buen poeta y de agradable prestanza, tan pronto como comenzó a fre-

1) Año 1141 de la era cristiana.

cuentar la corte causó recelos entre los palaciegos. Para podar a tiempo el mal árbol de la envidia, el Gran Visir encomendó de inmediato al extranjero una misión ante el Rey de Jerusalén.

Usama debía dar forma práctica a las treguas. Si bien no hablaba el idioma franco, tenía, en cambio, el don de hablar el lenguaje de la bondad y de la cortesanía, y pudo ganar muchos y muy buenos amigos entre los cristianos.

Pasadas las inquietudes de los grandes de Damasco, el Emir Usama conquistó las simpatías generales. Así fué como el Gran Visir pudo realizar varios viajes por las tierras de Sahel en compañía de Usama y del joven hijo del extranjero, llamado Adud Addula Abu Favaris Murhaf.

Los quince años de Murhaf Ibn Usama irradiaban vida y cordura, al extremo de que Moin Eddin Anar resolvió amistarlo íntimamente con su hijo Nizar, haciéndolos viajar juntos.

En ese entonces Ak Sonkor tenía diez y nueve años de edad y le agradaron mucho los viajes por las tierras de Sahel: conocía la lengua franca y podía conversar, ante la admiración de sus correligionarios, con los cristianos de Jerusalén y de Acre, sin necesidad de trujamanes.

En *Al Bait Mukaddas* pasaba largas horas en los zocos acompañado de Murhaf, y con frecuencia adquiría en los fondacos genoveses y venecianos telas de Occidente, para regalarlas a las jóvenes

cristianas, que solían sonreir a los dos nobles mancebos, sin esquivar sus amores.

En las tabernas, los dos amigos fraternizaban con los francos nobles y hasta con los soldados y menestrales. En esas reuniones gustaron, sin medida, las delicias malditas del vino.

El Rey de los francos, *Fulk Ibn Fulk*, consideraba amistosamente al Gran Visir, y Nizar fué invitado a su alcázar para que ante los nobles, sus esposas e hijas — que no se avergonzaban de mostrarse sin recato a los hombres—, recitase algunas de sus poesías e improvisase otras.

El Rey Fulk Ibn Fulk era un hombre de carácter bondadoso, mas de muy difícil trato: tenía tan poca memoria que apenas recordaba los nombres y las fisonomías de sus familiares. Cada vez que el Emir Usama o el Gran Visir tenían que negociar con él, era necesario que un cortesano le repitiese sus nombres, le dijese quienes eran y los asuntos que estaban en trato. ¿Era malicia del cristiano?([1])

Una tarde, los dos jóvenes damascenos paseaban por la explanada del *Meschid al Aksa*, después de haber hecho la oración de *asr* en la mezquita.

El Gran Visir y Usama se recreaban también por el sagrado lugar — que profanaban los aborrecidos cristianos—, acompañados de un noble tem-

1) No. En realidad el Rey Foulques d'Anjou era de una extraordinaria falta de memoria. No reconocia a las personas que hacía poco había dejado de ver.

plario. Los dos jóvenes saludaron a sus padres con respetuosas zalemas.

El templario era un hombre grande, fuerte, colorado y rubio, que penosamente hablaba nuestra lengua. Después de haber andado juntos un largo rato, el franco dijo a Moin Eddin y a sus acompañantes:

— ¿Queréis ver a Dios niño?

— Sin ninguna duda —, respondió el Gran Visir.

El cristiano condujo a los cuatro creyentes al interior de la *Kubbat as Sajra* (¡oh el sagrado santuario! ¡Gloria y bendiciones para su constructor, el Califa Abd al Melik, que Alá recompense!).

Dentro del templo, el franco se detuvo ante la imagen de una mujer con un niño en los brazos, y blasfemó:

— He aquí a Dios niño...

Era la Virgen María con el Mesías (¡que Alá lo cubra de salud!), en sus brazos.

(¡Alá tenga misericordia de los cristianos que tanto ofenden a nuestro Señor *Isa!*).

Nizar deseó orar en la Mezquita de Omar, pero se lo impidió el franco diciéndole:

— Puedes hacer tus oraciones en el templo Al Aksa, pero no aquí...

Ak Sonkor lo miró con altivez y dijo:

— No; gracias... Esperaré hasta el día de la liberación...

No lo oyó el templario, pues se había distraído conversando con el Visir.

Saliendo del templo, y bajo las arcadas llamadas *mavázin*, Nizar exclamó:

— En Esch Scham murió el Califa que hizo construir esta cúpula. Juro sobre la tumba de ese creyente, por mi salud: que no tenga yo ningún socorro de la potencia ni de la benevolencia del Justiciero; que sea abandonado a mis propias fuerzas, si no pongo mi brazo y si no ofrezco mi sangre en la santa guerra de liberación de las tierras de Dar Al Islam, arrebatadas por estos perros cristianos.

— Olvidas que tu padre ha pactado nuevas treguas... —, le respondió Murhaf.

— ¡Las treguas pasarán y tendremos días de victoria!

— Bendita tregua, Ak Sonkor, que nos permite visitar tranquilamente estos lugares y aprovechar las mujeres de Occidente...

— ¡Bah! En Damasco también hay cristianas e hijas de Israel...

— ¿Cristianas como las que conquisté aquí? ¡No! ¿Sabes? Esta noche debo volver a casa de la franca, a la que he prometido enseñar el arte de la depilación. La untaré, sin piedad, de vulgar atanquía, y espero que la cal viva, el aceite y el arsénico le quitarán los feos pelos, como el otoño limpia de malas hojas los árboles.

— ¡Buena falta le hace! Esa hurí tiene hasta barbas, como el mejor beduino.

— ¡La envidia!... ¡Es joven, hermosa y virgen!

— ¿Cristiana y virgen? ¿Acaso veremos llover de abajo para arriba?

Platicaban así los dos jóvenes, cuando el Gran Visir se les aproximó para anunciarles que al día siguiente, emprenderían el viaje de vuelta a Damasco.

Moin Eddin Anar no estaba satisfecho de su hijo: la frecuencia con la cual se unía a los francos le había hecho perder todo entusiasmo por el estudio y lo había aficionado extremadamente al vino. Era menester enviarlo a países musulmanes, lejos de Esch Scham, para que cosechase la benéfica influencia de los grandes filósofos y santos creyentes.

Ak Sonkor recibió la noticia del regreso a Esch Scham con satisfacción. Después de los veinte días pasados en Jerusalén, ansiaba correr por el desierto, sobre su brioso corcel, ejercitándose en la caza.

Durante el viaje de regreso los damascenos se detuvieron en Napluse, una ciudad donde viven muchos hebreos que se llaman samaritanos.

Allí, el Gran Visir vió llegar hacia él a un joven ciego, vestido con un hermoso traje de estofa *schami* a usanza musulmana.[1]

El ciego llegó junto al Gran Visir con mucha humildad y, ofreciéndole manjares, le dijo:

— ¡Justo y magnánimo! (¡Alá te tenga en salud!):

1) Este episodio, así como el del templario mostrando a Dios Niño, están narrados también, pero con algunas variantes, en la Autobiografía del Emir Usama. Ver GLOSARIO, palabra CRÓNICAS.

por la clemencia del Misericordioso te ruego que me tomes a tu servicio...

— ¿Quien eres?

— ¡Oh Gran Visir!, escucha mi historia: Mi madre, musulmana, cometió el error (¡Alá pueda perdonarla!) de casarse con un franco. Muchos años después, mi madre mató a mi padre. Para vengar todo el mal que los cristianos habían hecho a mi padre, a mi madre y a muchos creyentes, yo, con falsas promesas, conducía francos a mi casa... y mi madre los hacía desaparecer de la vida. Los francos, al fin, me hicieron prisionero. Tratándome según su costumbre, me torturaron despiadadamente, me quemaron los ojos... — ¡Alá los deje sin lenguas el día del Juicio Final y me permita olvidar el suplicio! —. Escucha: en el zoco más concurrido instalaron una tinaja llena de agua y a flote pusieron una plancha de madera. Los verdugos me agarrotaron, y, suspendido por los omóplatos con una cuerda, me precipitaron dentro. «Si eres inocente», me dijeron, «te irás al fondo y te sacaremos antes de ahogarte». Por más esfuerzos que hice para hundirme, no lo pude hacer: fuí declarado culpable. Ante el clamor de regocijo de los soldados y mercaderes francos, los malditos hicieron fuego a mi lado; quemaron al blanco dos clavos, y me chamuscaron los ojos...

— Alá perdone tus culpas y te recompense con la paz —, respondió Anar.

— ¡Ah, perros cristianos! — gritó Nizar excandecido —. ¿Cuándo mi alfanje brillará en batallas campales, acuchillando rumíes y francos!

— ¿Eres poeta, hijo, y no conoces el placer de la tolerancia? Los que han recibido los Libros Revelados, estuvieron un día en la gracia de Alá. Te enviaré, hijo, a la Meca, a Egipto, a Bagdad... Harás tu peregrinación, besarás la Piedra Negra, y ya llegará la hora en que tu fama de guerrero se iguale a tu renombre de poeta... Hijo mío: la tolerancia es una virtud que engrandece.

— Al volver de la Meca, mi lanza hará estragos en las falanges de los perros que hoy devoran nuestras tierras...

Murhaf Ibn Usama se echó a reir. Nizar se plantó a su lado y le dijo:

— Ya verás, ¡hermano!, que la acción corresponderá a mis palabras, y guay de quien lo dude... ¡Soy damasceno!

— ¡Oh Ak Sonkor! — dijo Moin Eddin —, Alá reparte su bondad, y ha regalado con sus riquezas muchos lugares de la tierra... y con su valentía a muchos hombres...

— Esch Scham es un pedazo del Paraíso — respondió Nizar —; ya lo afirmó el Profeta (¡que Alá colme de gracias!), cuando se negó a entrar en nuestra ciudad. ¿Acaso podré ver ciudades con huertos, jardines, ríos y fuentes más solazosos que los nuestros? ¿Acaso podré encontrar palacios más suntuosos, lugares más apacibles, sombras más gratas y placativas, nieves más blancas, manjares más sabrosos, frutas más apetecibles, perfumes más aromáticos, mujeres más voluptuosas y zocos más ricos

y concurridos? ¿Dónde se pueden oír palabras más sabias y recibir ejemplos más santos que en las almadrazas y mezquitas de Damasco? ¿Olvidas que en *Dar at ,Tawawis* los derviches dan ejemplos de piedad y que en la almadraza de *Omariye* hay una rica biblioteca y maestros geniales? ¡Es en las proximidades de Damasco en donde *Ibrahim*[1], conoció la unidad de Alá y fustigó a los idólatras! ¡Allí en la roja montaña de Kasiún habitó Adán y apareció el cuervo que enseñó a Caín cómo podía ocultar el cadáver de su hermano![2] En Damasco hay muchas tumbas santas que veneran todos los creyentes: ¿olvidas que *Fátima* (¡que Alá tenga en gloria!) oye, cada *Yum alchuma,* las oraciones y los llantos de nuestras mujeres? ¡Hermano!, quien conoce Damasco o quien la ha visto sólo desde lejos, debe decir, como dijo el Profeta (¡Alá lo tenga en salud!): «esa ciudad es el Paraíso en la tierra...»

Ak Sonkor hizo silencio y quedó triste. ¡No! En Damasco no había encontrado el amor...

Después de tres días de viaje, la caravana de los emires damascenos llegó a las puertas de la gran ciudad.

Se descansó a la sombra de los árboles, y, saciada la sed, cepillado el polvo del desierto, almohazadas y lustradas las caballerías, la cáfila entró en Esch Scham por el lado de el *Meidán.*

---

1) Ver Corán, Sura VI, aleya 76.
2) Ver Corán, Sura V, aleya 34.

El júbilo con el cual fueron recibidos alegró a Nizar. El contraste entre la amplitud, la soledad y el silencio del desierto, hacía novedoso y placible transitar por esas alcaneas, donde remolineaban los vendedores de refrescos, frutas y golosinas, pregonando sus primores al son de los címbalos; distraía la dificultad para abrirse camino, evitando chocar con los innumerables camellos y borricos ensanchados de carga; contentaba la vista la variedad de trajes y colores, que distinguían a los alepinos, los bagdanos y los homenses, a quienes se unía el recatado andar de los judíos y cristianos y el paso noble de los beduinos, garridos y orgullosos. La multiplicidad de los alminares albayaldados y el pregón de los muecines, afirmaban la fe musulmana de la ciudad.

Era gratamente alegre la greguería de compradores y vendedores de las almonedas, al discutir el precio de las telas y alfombras, de los cacharros de cobre y de las hojas de acero, flexibles como ramillas de sauce.

¡Cuán cristalinas eran las aguas del Barada! ¡Qué cautivantes las zalemas cumplidas de todos al paso de los grandes! ¡Oh, qué placer oír las voces de las mujeres que entreabrían las celosías de los complicados mucharabíes, y qué encanto el de poder suponerlas hermosas!

Era muy intensa la satisfacción de Nizar al saberse en tierras que el cristiano jamás había reconquistado (¡y que no reconquistará!), ¡desde el día de gloria aquel en que *Abu Ubeida Ibn Charrah* y

Jalid Ibn Uelid tomaron la ciudad con el ejército de creyentes!

¡Damasco, Damasco!, eres la ciudad privilegiada: desde tu minarete de Isa de la *Aljama al Umaui*, el Mesías (¡que Alá lo tenga muy alto!) presidirá el Juicio Final... ¿Qué otra ciudad será agraciada por el Altísimo con tan gran honor?

Todas estas impresiones colmaban de ufanía a Ak Sonkor, mientras la caravana se dirigía al Palacio del Gran Visir.

Con el pecho henchido, rozagante como un árbol en flor, con los ojos movedizos como el corcel después de la carrera, Ibn Anar entró en su harén. Las tres esposas, informadas del regreso del señor, lo esperaban vestidas con ricos trajes, peinadas con conos de oro y gazas níveas y cubiertas de abalorios vistosos. En sus manos tenían manjares y refrescos; en los labios sonrisas; en los ojos promesas y esperanzas, y en sus cuerpos deseos.

Pasaron varias semanas llenas de caricias y de satisfacciones.

Poco a poco el contento del poeta comenzó a desvanecerse. Para alejar la pesadumbre, cuya causa no procuraba indagar, se reunió con los amigos, poetas y guerreros; frecuentó a mujeres egipcias y persas, se embriagó con vanos placeres y con vino... Olvidó hacer sus oraciones, concurrir a las almadrazas, y había suspendido, en el cuarto sura, la copia del Corán, comenzada hacía muchas lunas.

El Gran Visir comprendió que urgía alejar a su hijo de Damasco y resolvió enviarlo a la Meca con la próxima peregrinación, y desde la Santa Ciudad a Egipto.

III

HACIA LA CIUDAD DEL NABÍ

¡Oh, Emir!:

DESPUÉS de haber ordenado su hacienda; dispuesto el sostenimiento de su Palacio, colmado de presentes a sus esposas, y obtenida la bendición de su padre, Nizar fué a la Gran Mezquita y oró piadosamente.

Ramadán había pasado y Damasco se ocupaba en la preparación de la gran caravana de peregrinos, que debía salir dos días más tarde.

Una mañana de principios del mes de Schaual del año 537[1] Ak Sonkor salió al frente de una abigarrada y apiñada caravana de cinco mil creyentes sirios, dirigida por el rico Emir *Al Hach* Nasser Mostader Ibn Mamum.

1) Segunda mitad del mes de Abril de 1143. Nizar tenía 20 años de edad.

Junto al Emir Al Hach Nasser y a Nizar iban nobles de Esch Scham, de *Haleb* y de Homs, rodeados por muchos soldados y servidores. Detrás, marchaban los camellos cargados con tiendas y provisiones, y buenos caballos de regalo: el viaje sería largo y fatigante.

El resto de los creyentes utilizaba toda suerte de monturas: camellos nobles y dromedarios flacos y desmazalados; corceles de gran pujanza y matalones lastimosos; jumentos fuertes y alertas y acémilas huesudas y pigres. Los más pobres marchaban a pie, llevando sus ropas y provisiones a las espaldas. ¿Llegarían hasta la Meca estos buenos creyentes? ¿Resistirían ese viaje a marchas forzadas hasta Medina, la Ciudad del Nabí, durante cuarenta días? ¡Alá es misericordioso y da fuerzas al que tiene fe y toma la buena senda!

La población de Esch Scham despidió a la caravana hasta muy lejos de la ciudad. Muchos menesterosos, exaltados por el ejemplo, imploraban a los emires y a los mercaderes que los llevasen graciosamente a cumplir con el santo deber de creyentes. Otros pedían a los parientes y amigos que no olvidasen de traerles agua de Zemzem, y en los labios de los damascenos había palabras de buen augurio para los viajeros.

Nizar había accedido a pagar la peregrinación a cincuenta pobres, y encargó de ese menester fastidioso a un jefe eunuco de su harén.

Cuando llegó la hora de *zohor,* los piadosos

estaban lejos de la ciudad, envueltos en tierra y sufriendo los primeros calores. Como debido al Ramadán salían con retraso de Damasco, iban dispuestos a no interrumpir su marcha hacia el sud, más que forzados por la necesidad de las cinco oraciones y para alimentarse, dormir y dar reposo a las bestias.

Muchos camelleros cantaban. Todos se sentían satisfechos y orgullosos: ¡al fin realizarían el anhelo de toda la vida, visitando la Casa de Alá! Se veían hermanados por un mismo ideal de perfección; igualados por el mismo afán, porque Alá — bien lo sabes Emir —, es el dios Único, y Mahoma (¡la paz sea con él!) es el Nabí para blancos y negros. ¡Alá considera a todos los creyentes, sean nobles o esclavos, dignos de entrar en el Paraíso, si han cumplido con los mandatos del Libro!

Los días se sucedían monótonos; cada vez más calurosos y tristes. Los guías no podían perder el camino: de trecho en trecho encontraban los esqueletos, blanqueados por las aves de rapiña y por el sol, de camellos muertos de fatiga y de no pocos musulmanes, que, con frecuencia, en toda peregrinación, caen vencidos por la fatiga, el hambre y la sed.

(¡Las bendiciones de Alá cubran eternamente a esos mártires!).

Cuando los calores se hicieron más intensos, se marchó de noche y se descansó de día, bajo los escasos árboles umbrosos de algún oasis.

Repuestas las fuerzas por el descanso, la sombra y la bondad del agua de las fuentes, los viajeros se

reunían para contar historias y oír canciones. También había lugar para que los jóvenes tejiesen amoríos o mostrasen sus habilidades en cacerías de gacelas y avestruces.

No faltó la sorpresa beduina: entonces Ak Sonkor demostró su gallarda entereza, afrontando los mayores peligros y saliendo victorioso, al frente de los soldados y de algunos creyentes resueltos.

Muchas veces Nizar se entretenía conversando con el Emir Al Hach Nasser Mostader y con los nobles de Siria, mientras los camellos marchaban infatigables hacia la Ciudad Iluminada, ¡Medina al Manura! Nizar sabía contar cuentos, narrar cosas extrañas y cantar, en forma tan atrayente, que pronto había en derredor de la camella del joven Emir hombres y mujeres, que olvidaban el esfuerzo de la marcha a pie, por pedregales y arenales, alentados, aligerados por el encanto de la voz del poeta.

Si un pobre creyente caía en medio del desierto, Nizar detenía su camella, y ordenaba al esclavo Jalil subirlo a uno de los muchos animales de carga y silla que llevaba de repuesto.

Jalil era un joven esclavo abisinio, más feo que un mono, pero leal como pocos, valiente como su señor y dotado de una memoria prodigiosa.

Ak Sonkor estimaba mucho a su abisinio y pocas veces le permitía alejarse de su lado. Cuando la caravana hacía alto, Jalil le extendía la alfombrilla de las oraciones, le ayudaba en las abluciones, oía sus quejas de amor y las mitigaba, momentáneamente, proporcionándole jóvenes apasionadas.

Transcurridos veinticinco días de marcha, en los que la caravana fué dejando a muchos fieles rezagados, enfermos y hasta muertos, Nizar llamó, un amanecer, a Jalil y le dijo:

— Tú, por tu condición de esclavo, estás dispensado de efectuar la peregrinación, pero lo haces en mi compañía y eso te valdrá mucho, el día del Juicio Final. ¡Puedes estar orgulloso! Todos los que vamos al Heyaz, repetimos lo que hicieron los musulmanes de todos los siglos. Sí, Jalil, en tiempos de la «Ignorancia», cuando el Profeta aun no había oído la voz del *Ángel Chabrail*, los árabes veneraban el santuario de la Meca, que nosotros visitaremos, porque fué construído por el Profeta Ibrahim y por su hijo Ismael (¡que sean colmados de paz!). ¡Oh creyente!, aun cuando hayas oído lo contrario de boca de judíos y cristianos, Ibrahim no era ni lo uno ni lo otro: era un *hanif*, el imán de los hombres, como lo designó Alá, que conocía la existencia de un dios único, como está bien escrito.[1] Para construir el templo de la Meca, él recibió, del Ángel Chabrail, el *Hayar al Asuad*, que es la misma Piedra Negra que besaremos muy pronto. Ibrahim fué el primer musulmán, si bien no conoció el Libro que Alá reveló al Profeta Mahoma (¡Alá lo tenga siempre altísimo!), en la gruta de Hira, del *Chebel An Nur*.

— Visitaremos — continuó diciendo el joven Emir con voz sonora —, lugares que son la admi-

1) Corán, Sura II, aleyas 118 y sig.; Sura III, aleya 60.

ración del mundo y hacia los que todos los hombres, sin excepción, dirigirán muy pronto la mirada. ¡Hasta los puercos cristianos e israelitas se percatarán de su error y venerarán a Alá y a su Profeta Mahoma! ¡La Meca! La Meca es la verdadera casa de Alá y Jerusalén es el Santuario. Lo que entristece, ciertamente, es el saber que los medineses y los mecanos son mercaderes sin escrúpulos, en manos de los cuales debemos caer sin remedio. ¡Alá lo tendrá en cuenta cuando llegue la Hora! Es triste que aun haya judíos y cristianos profanando lugares tan sagrados: esos infieles se entregan al vil comercio del vino y de la mujer. El Califa Omar (¡Alá lo bendiga!) hizo quemar sus tiendas, pero ellas han surgido de nuevo, con la pertinacia con que germina la yerba mala. ¡Alá es el Único, el Misericordioso, y castigará a los impíos y a los idólatras!

Cuando Nizar hablaba o cantaba, Jalil permanecía atento al menor gesto de su señor, y, luego, reuniéndose con los camelleros, repetía como suyos los discursos del amo y pregonaba las poesías de su dueño con destemplada voz.

Esos desahogos piadosos dejaban a Ak Sonkor pensativo, mirando los lindes del desierto o los caprichos del espejismo, como si descubriera el misterioso amor que le faltaba... Para disipar la tristeza, llamaba apresuradamente a su esclavo, se reunía con los nobles amigos, y les decía:

— No olvidemos que aun no estamos en territorio sagrado, y que si el aborrecido Califa Yazid

cometió la herejía de embriagarse en Medina, nosotros no cometeremos impiedad bebiendo aquí, en el desierto, un poco de los vinos deliciosos de *Bait Ras* y de *Baisan* que nos harán recordar, en estas soledades y bajo este sol que nos quema, los encantadores huertos y jardines de nuestra incomparable Esch Scham.

Diez días antes de llegar a Medina, la caravana marchaba lentamente. Estaba lánguida. Hombres y animales no soportaban la sequedad del clima, la fuerza aplastante del sol, ni los rigores del *hamsín*, que desde hacía un tiempo los maltrataba. Muchos creyentes murieron durante el camino, y otros se sentían enfermos. El malestar aumentó un día que habían resuelto acelerar el paso, para llegar a destino lo antes posible. El sol ardió con más fuerza y el hamsín sopló con persistencia.

La polvareda impedía respirar; los odres se vaciaban; lloraban las mujeres; el viento desequilibraba los castilletes cargados sobre los camellos; los hombres se afanaban y perdían fuerzas y voluntad; los animales corrían espantados. Aumentó el malestar una espesa manga de langostas que golpeaba con violencia las caras y las manos y acosaba a las bestias, al extremo de que era muy difícil dominarlas. Fué menester detenerse, en la esperanza de que la noche traería frescura y calma. En todos había la mudez de los instantes de tragedia. ¿Llegarían a Medina?, fué la voz interior que desalentaba a los viajeros.

Fueron inútiles los esfuerzos para plantar las tiendas: el viento las arrancaba, arrastrando en su torbellino los paños y los hombres. El cielo se puso gris; no se veían las montañas y los hombres no podían reconocerse. Los camellos de carga y los caballos de prevención corrían atolondrados y fué necesario perseguirlos y traerlos. Las mujeres y los ancianos se arrojaron al suelo implorando la clemencia de Alá...

La noche llegó clara, azul, tranquila y fresca. ¡El Sublime se había compadecido de los creyentes!

Antes de reanudar la marcha, y siendo la hora de *icha*, el muecín subió a una roca; miró sucesivamente a los cuatro horizontes, alzó la vista al cielo, que parecía aljofarado de estrellas, puso junto a los labios la mano derecha abocinada, con el índice se tapó el oído, y cantó el *azán* con modulaciones alongadas y tan intensas, que parecía que el firmamento se abajaba a la tierra.

Los creyentes se reunieron y el Emir Al Hach Nasser Mostader ofició de imán. ¡Alá estaba junto a ellos!

Un amanecer vieron a lo lejos una serie de minaretes blancos, encuadrando una cúpula verde. ¡Oh, tumba sagrada del Nabí! (¡la salud sobre él!). A medida que los creyentes avanzaban, la Cúpula Verde se agrandaba como si quisiese tapar el cielo.

La caravana se aproximó a la santa ciudad pronunciando, a grandes voces, himnos en alabanza de Alá, de salutación y de homenaje al Profeta, y a sus dos primeros Califas.

Detenidos a las puertas de Medina, instalaron las tiendas, y el Emir Al Hach dispuso la custodia del campamento. Los peregrinos se internaron luego en la ciudad, para ir a prosternarse ante la tumba del Sello de los Profetas (¡sea colmado de gracias!).

Nizar y los nobles se ablucionaron, cambiaron sus ropas por otras suntuosas, y montados en los buenos caballos que habían traído con gran pena desde Esch Scham, penetraron en las estrechas callejuelas.

Seguido de su esclavo, Ak Sonkor se apartó del grupo de notables para cumplir, solo, con la obligación de humillarse ante las tumbas de los grandes del islam. Le placía ir al paso de su caballo, por las callejas de *Medinat An Nabí* tan admirables por lo estrechas, por los enormes mucharabíes, ricamente trabajados como nunca había visto, y, sobre todo, por la diversidad de las naciones musulmanas que en ese momento se encontraban reunidas.

Con dificultad, debido a la muchedumbre que llenaba los zocos, el señor y el esclavo pudieron llegar a la Mezquita del Profeta.

Dejadas las cabalgaduras al cuidado de un zagal, entraron en el patio del templo: estaba lleno de peregrinos del Irak, Egipto, Magreb y de Esch Scham, y fué muy difícil aproximarse hasta las fuentes de las abluciones. Hecha, al fin, la indispensable purificación, el Emir y el esclavo entraron en la Mezquita

con religioso éxtasis. En el lugar llamado *Ar Rauda* se prosternaron.

El Emir repetía laudatorias frases en honor de Alá y recitó varios suras del Corán.

Después, gracias a la fuerza de Jalil, que apartó con brazo firme a los creyentes inmóvilizados en frenética contemplación religiosa, el Emir pudo aproximarse a la *chabbak* dorada de la *hochra* del Profeta. Con vivísima emoción, exaltado el corazón, Nizar se inclinó: allí había muerto Mahoma, el Profeta, y allí, en esa habitación que fué de Aischa, estaba enterrado.

Los llantos de los musulmanes, los gemidos de las mujeres, que se rasguñaban el rostro; cien manos crispadas que se afanaban por tocar el muro y las rejas de la ventanilla, y el clamor de las oraciones, conmovieron al joven Emir hasta lo más hondo de su ser, y lloró, mientras sus labios repetían, con infinidad de otros musulmanes:

— ¡En nombre de Alá, Clemente y Misericordioso! Loado sea Alá, Señor de los mundos; Soberano del día del Juicio Final. Nosotros te adoramos y te imploramos fervorosamente socorros: dirígenos por el sendero recto de la verdad; por el camino de cuantos tú has colmado con tu gracia y no de cuantos han merecido tu cólera y están en el error[1]. ¡Oh, Alá de bondad inexhausta!, otorga tu bendición eterna al Profeta que has elegido y que

1) Primer Sura del Corán, que se reza frecuentemente.

supo conducir a su pueblo por la vía recta de la Verdad y del Bien. (¡Alá es grande, único y misericordioso!). ¡Oh Alá!, concede siempre al Profeta perfecto la gracia de estar en el cielo más alto, y glorifica a su familia. De ti, Alá, emana la Verdad y la Luz. ¡Yo afirmo que no hay otro dios que Alá!

Terminado el homenaje al Profeta, Nizar y Jalil se postraron delante de la chebbak de Abu Bakr y de Omar, que reposan en la misma hochra de Mahoma. Frente a las tumbas de los dos grandes musulmanes, numerosísimos fieles rezaban también con ardiente piedad.

Amo y siervo pudieron llegar hasta las rejas: estaban suspensos, mirando los sepulcros del interior de la cámara mortuoria, ajenos a todo lo que ocurría a sus espaldas, cuando fueron bruscamente separados del lugar por un grupo de persas. Con voces y gestos simulaban gran devoción, pero terminaron por arrojar al interior de la hochra las mayores inmundicias concebibles, profiriendo injurias, y haciendo irreverentes ademanes de menosprecio hacia Abu Bakr y Omar, acusándolos, falsamente, de haber usurpado el califato a Alí (¡el olvido para éste!).

Esos pérfidos eran chiitas. Profanados los inmaculados sepulcros, corrieron, con gran alborozo, a inclinar las frentes junto a la sepultura de Fátima: lloraron, deprecando la benevolencia de Alá para la hija de Mahoma (¡la paz sobre él!), para Alí y para sus hijos Hassan y Hosain.

Los damascenos, y con ellos todos los sunitas

presentes, se precipitaron contra los sacrílegos y, dentro del santo lugar, comenzó una lucha atroz, que terminó dejando a muchos muy mal heridos y a dos muertos.

Nizar y Jalil pudieron zafarse de la refriega fanática, y, una vez fuera de la mezquita, el abisinio dijo riendo:

— ¡Esos chiitas lendrosos se acordarán de quién es Jalil!... — y en la tierra del camino limpió la sangre de la daga, y la envainó tranquilamente.

— ¡Has hecho mal, muy mal!... — lo reprendió el Emir con dureza.

— ¡Insultaban a nuestros califas!

— Tú no puedes comprender que sobre estas miserias está siempre muy alta la grandeza de Alá. Haz tu peregrinación con mansedumbre, sin que las pequeñeces de las pasiones humanas te desvíen. ¡Elévate muy alto, para llegar hasta el Sapiente! Esa Cúpula Verde, que cubre tumbas tan santas, ¿no es capaz de hacerte olvidar la ruindad de esas escenas horrendas que hemos presenciado y de las que tú, enhoramala, has sido actor? Realmente, el ultraje inferido por esos chiitas de mala índole no tiene perdón. ¡La maldición sobre ellos! — terminó diciendo Nizar, olvidado de sus anteriores palabras de tolerancia.

Jalil no respondió. Seguía a su amo, admirando su sapiencia, pero dispuesto a no perdonar a chiita alguno nuevas ofensas.

— Ahora trae nuestros caballos a este zoco —

le ordenó el Emir —. Iré a hacer mi segunda *ziara* al cementerio El Baquía. ¡Apresúrate! ¡Hala!

Nizar quedó en una calleja tortuosa y sola. Se paseaba distraído, cuando, inopinadamente, sintió que se abría un mucharabí, y alzó la vista. Oyó una voz, vió un brazo de mujer y luego dos labios que sonreían.

Era Zaadet, la jovencita damascena que viajaba con sus ancianos padres, y que le había entretenido la monotonía de los cuarenta días de caravana.

Era hermosa: sus marfileñas carnes, sus ojos grandes y negros, sus cabellos abundantes y lustrosos y su boca opulenta de besos, eran capaces de hacer hervir de amor al hombre más laso.

El Emir subió a un primer piso. Se abrió medrosa una puerta, y dos brazos lo recibieron.

— ¿Donde estabas, Zaadet? En la confusión de la llegada te perdí...

— No, ingrato y mentiroso... El hombre enamorado no pierde a su bienamada... Por tu malaventura te has detenido a la puerta de esta casa. Fuí la buena Zaadet, en la soledad del desierto; fuí el regalo de los días azarosos de la marcha... Luego... ¡ingrato! Mi infortunio es el amarte, Emir, sabiendo que no seré amada; sabiendo que tienes, para mí, el corazón aterido. Pero, no importa, perdurará toda mi vida el recuerdo de tus besos candentes, junto con el de mi peregrinación. Corre tu destino, Emir

poeta, que no será, por mañas de esta mujer, torcido tu camino...

Nizar abrazaba a la joven, que, sin artificio, con franco goce integral, le había dado intensos momentos de dicha, y el Emir sufría al ver que Zaadet presentía no ser amada. ¿Qué hacer? ¿Cómo mentirle? ¿Cómo hacerle creer, con palabras eficaces, que estaba en un error?

Zaadet lo oprimía entre sus brazos y le mordía con gula los labios.

— Sí, sí, no me quieres, pero al menos que sea la última vez... Ven.

— Estamos en tierra sagrada...

— No, Nizar, bien sabes que no. No has vestido el *ihram*: ¡Puedes besarme!

Ak Sonkor, encendido de pasión, desnudó a Zaadet, y le dijo:

— Baila, baila, como lo hicistes aquella noche en el oasis, bajo mi tienda... ¡Baila Zaadet!

La jovencita comenzó a bailar al son del adufe que tañía Nizar, e imploró:

— Tú, poeta, cántame la última canción de amor que oiré de tus labios.

Ak Sonkor cantó con jocundidad:

Baila jovencita al son del adufe y de mi voz. Muy pronto no podré resistir al impulso de mis deseos: haré callar tus carcaxes, dejarán de sonar tus collares y despojaré el bosque de tu cabellera.

Al descubrir, bajo tu cuello, a las dos amiguitas que jamás se miran, las

besaré una a una sin oír las protestas de sus labios alongados, porque sé que se sonrojan de insaciables deseos... Y quedarán satisfechas, y tú, Zaadet, celosa, te entregarás con armonioso alarido de pasión. Quedarás saciada y yo posaré mi cabeza sobre tu vientre, ¡olvidándome de que existe la vida!

Y ella respondió:

Acaricia mis palomitas blancas de picos rojos; encoban pasión en mi pecho.
Besa los piquitos grana; sabor de racimo te embriagará.
Abraza sin apremio mi cuerpo tibio; perfume de mirra te adormecerá.
Poséeme sin recelo ni descanso; con el Jardín de los jardines soñarás.

¡Oh Emir!

Cuando Nizar despertó en los brazos de Zaadet, apenas se colaba una débil penumbra por las celosías. Se vistió sin hacer ruido. En una mano abierta de la joven depositó un anillo de oro, y partió.

Zaadet, al ver cerrar la puerta, echó a llorar.

Cuando el Emir llegó a la calle, oyó a su lado el son argentino de una sortija que rodó por la piedra....

Jalil hacía muchas horas que esperaba con los caballos. Los dos damascenos se alejaron sin mayor prisa. El Emir iba triste y pensativo.

Lobreguecía cuando llegaron a las puertas de

la rauda El Baquía. El azán se oyó lejano. Los caballeros se apearon e hicieron la oración de magreb bajo una palmera.

Dejaron los caballos al cuidado de un mendigo y entraron al cementerio. En silencio se humillaron ante la tumba de Fátima y de otros héroes y santones.

De regreso, mientras cabalgaban hacia la casa de un notable donde se les había preparado alojamiento, Jalil se atrevió a interrumpir el mutismo de su señor:

— ¡Oh Emir!, es mucha mi ignorancia y no puedo contener el deseo de hacer una pregunta... Por lo visto, Fátima, nuestra Señora, además de estar enterrada en Esch Scham, lo está también en la Mezquita de la Cúpula Verde y en esta rauda, que acabamos de dejar...

Ak Sonkor no respondió.

— De modo que en Esch Scham no está enterrada Fátima, nuestra Señora —, dijo al cabo de un rato el esclavo, como hablando consigo mismo.

— Sí... — respondió entonces Nizar —, ¡está en Damasco! Los hombres son susceptibles al error, cuando Alá quiere errarlos. No conviene averiguar mucho estas cosas. Somos de Esch Scham y por lo tanto, Jalil, no lo olvides, Fátima, la hija del Profeta (¡que Alá cubra de paz!) está enterrada efectivamente en nuestra ciudad... Y ahora, adelántate y averigua donde se encuentra la casa del Jeque Nurí Ibn Ibrahim. Yo continuaré por esta calle...

Al día siguiente, Nizar estaba con la misma tristeza con que había quedado la tarde anterior, pero debió ir con el Emir Nasser Mostader Ibn Al Mamum y los otros nobles sirios, a cumplimentar a las autoridades de Medina que los agasajaron como convenía a sus altas jerarquías de nobles y grandes.

IV

LA ÚLTIMA ETAPA

¡Oh, Emir!:

SABES, OH SEÑOR, que los quince días de marcha que separan Medina de la Meca suelen ser los más peligrosos, por la acometividad de los beduinos, que se esconden en los desfiladeros de las montañas. Por esa causa, la caravana siria salió una noche bien armada y con el número de guardias aumentado, y, para mayor previsión, se despacharon avanzadas en rápidos caballos, para conocer a tiempo cualquier peligro.

A dos jornadas de Medina, después de haber sufrido el calor sofocante del persistente hamsín, la caravana se detuvo para hacer la oración de zohor, y con el propósito de acampar.

Se comenzó el rezo, pero durante la segunda

prosternación, sorprendió y consternó una gritería de guerra. Los fieles vieron nubes de polvo que surgían de todas las montañas, y muy pronto estuvieron rodeados de muchísimos beduinos, muy bien montados, que los amenazaban con lanzas, flechas y alfanjes. Los atacados apenas tuvieron tiempo para coger las armas, montar caballos y camellos, y ofrecer combate.

Fueron tan encarnizados y arrestados los beduinos, tenían tan poco miedo a la muerte, que desgarraron a unos y mataron a otros, logrando hacer buena presa de camellos cargados y de mujeres jóvenes. Mientras los malvados cometían sus fechorías, gritaban:

— ¡Oh creyentes! Sabemos que vuestras fortunas os vienen de Alá, pero nosotros no ignoramos que las nuestras nos vienen de vosotros. ¡Alá es grande y cada cual tiene lo suyo! — y diciendo así, tronchaban cabezas de fieles con sus larguísimos y puntiagudos alfanjes, o en sus lanzas engarzaban valientes.

Llegó Ak Sonkor, en el fuego de la lucha, junto al irresoluto Emir Nasser, y le dijo:

— Tú, Emir Al Hach, debes defender la caravana hasta morir y no puedes alejarte. Yo con mi esclavo y con esos soldados arremeto, para que estos bandidos sepan quién es Nizar Ibn Anar...

(¡Alá es Único y Misericordioso y aumenta el valor del creyente que empuña la lanza en defensa de los débiles!).

Sin esperar la respuesta, se metió el Emir, seguido de Jalil y de diez soldados, en el grueso de los asaltantes.

En el ardor del combate, los animosos se alejaron de la desbandada caravana, y Ak Sonkor y Jalil embistieron contra un grupo de diez atacantes. No tardaron los contrarios en aumentar su número y en rodearlos: heridos algunos soldados, y vista la imposibilidad de resistir, los bravos bajaron las lanzas y se entregaron prisioneros.

Satisfechos del botín, con muchas mujeres llevadas a las montañas, los beduinos se alejaron.

Los sirios quedaron en el mayor desbarajuste y en gran azoramiento. Algunos damascenos, que habían luchado guapamente, agonizaban, mal heridos o golpeados por el sol; otros lloraban la muerte de sus parientes o el cautiverio de las esposas e hijas.

Se rehizo la caravana, y emprendió la marcha con velocidad de fuga. Sobre los camellos iban los heridos, lanzando quejidos aterradores y bebiendo ansiosos las últimas gotas de agua de los odres...

La responsabilidad del Emir Nasser era muy grande. Se le había encargado de una función muy honrosa y su prestigio corría peligro de perderse, amén de su fortuna, si irritados el Sultán y el Gran Visir, ordenaban una confiscación general de sus bienes. Era menester obtener el rescate de los prisioneros, y, en primer término, de Nizar Ak Sonkor.

El Visir, al dar a Nasser la dirección de la caravana de la Meca, le había dicho:

— ¡Oh Nasser Mostader Ibn Mamum!, de tu astucia y de tu valentía depende la suerte de los Creyentes de Siria. El Sultán (¡Alá le dé larga vida!) confía en tu habilidad para dirigir a los hombres, para hacerte obedecer y para vencer los obstáculos y los ataques beduinos. Por eso te nombra Emir Al Hach. Se espera de ti que seas un verdadero protector de los peregrinos: por lo tanto, no llegues a lo exorbitante, exigiéndoles cuantiosas contribuciones; alquílales camellos y asnos a precios razonables; las herencias que dejasen al morir repártelas con justicia, sin apoderarte de ellas arbitrariamente; y no esquilmarás a los mercaderes que se unan a tu caravana. Si la confianza que se pone en ti es justificada, sabes que el Sultán recompensa las buenas acciones; si, por el contrario, demuestras haber recibido un honor que no merecías, tuya será la culpa si, en lugar de grandeza y recompensas encuentras, al volver, malquerencia y pobreza... Entre los peregrinos irá mi hijo Nizar. Cuídalo, pongo mi confianza en ti. Hecha la peregrinación, déjalo en la Meca para que estudie, y conozca a los hombres. Del resto no te preocupes: él lleva dinero suficiente y cartas para los grandes y sabios de las tierras que recorrerá. ¡La paz sea contigo, Nasser Ibn Al Mamum!

Mientras Nasser marchaba al frente de los peregrinos, meditaba. Comprendía muy bien que su deber lo obligaba a ir personalmente a tomar por la fuerza a los cautivos y el botín o negociar el

rescate, pero faltábale la decisión; le arredraba la mala traza de los beduinos y el sanguinario exterminio que habían hecho.

Atinó, por fin, a enviar hacia Medina un grupo de soldados y otro hacia las montañas. Los primeros debían entregar una carta al Valí pidiendo socorros, y los segundos espiar el escondedero de los agresores.

Después de haberse enterado de que los cautivos sumaban solamente quince hombres, entre ellos siete esclavos, y ocho mujeres, hizo sus cálculos y creyó que excedía el precio corriente de los rescates ofreciendo 1500 dinares por hombre libre, 800 por esclavo y 1000 por cada mujer. Pensó que se granjearía la voluntad del Gran Visir si ofrecía por su hijo una suma considerable, y resolvió dar 10.000 dinares. Agregó, para los sirios que lograsen el rescate, 3000 dinares. Declaró, por fin, que él contribuiría con la mitad de la suma total y obligó a los peregrinos a cubrir el resto.

— Si tengo buen éxito, pasaré por hombre generoso y ganaré cincuenta veces más, con los favores y privilegios que sabré obtener —, pensó Nasser, al anunciar el premio que daría a quienes reintegrasen con vida a los prisioneros.

Los nobles y los ricos mercaderes que rodeaban al Emir, aprobaron su liberalidad con palabras encomiásticas. Ninguno se sentía dispuesto a que peligrase su vida, y la resolución de Nasser Ibn Mamum les excusaba de una penosa obligación.

La oferta del Emir entusiasmó a muchos: veinte hombres se reunieron para concertar la empresa. Deliberaron, y luego, ante el Emir, dijeron:

— En total prometes 38.400 dinares. No es mucho, porque casi toda esa suma deberá ser ofrecida a los beduinos.

— ¡No! Sobran muchos miles, que podréis repartiros. He calculado con mucha amplitud...

Los nobles y mercaderes reunieron a escote la suma de cinco mil dinares más, para decidir a los veinte resueltos a exponer la vida. Ante tan ricas promesas, los hombres, bien armados, se internaron en los desfiladeros de las áridas montañas.

El espanto de los peregrinos era harto grande cuando divisaban la polvareda de otra caravana que desde la Meca iba a Medina; los hombres preparaban las armas y las mujeres comenzaban a llorar y a invocar la ayuda de Alá. Al ver que se trataba de pacíficos mercaderes, se alegraban y, al cruzarlos, saludábanlos con cálidas frases de bienvenida, no dejando de prevenirlos contra una posible emboscada.

Frecuentemente encontraban pobres muslimes viajando a pie y los socorrían con agua y alimentos; solían ver, a los lados de la pista, a hombres y mujeres acostados sobre la tierra y sufriendo, inmóviles, los rayos del sol; no se podía saber si dormían o si estaban muertos.

A los once días de andanza, ajados por el sol y la sequedad del clima; a los once días en los cuales los sirios añoraron, como nunca, la lujuriante

vegetación de sus ciudades y sus ríos, se anunció que faltaban dos jornadas para llegar a la Meca, y que era necesario detenerse en la próxima fuente, para hacer las abluciones y vestir el ihram.

El encendimiento de la fe, ante la inminencia de entrar en tierra sagrada y en la Ciudad Santa; de poder besar, pronto, la Piedra Negra, hizo olvidar, en parte, los dolores sufridos en el demasiado largo trayecto.

Al anochecer llegaron a un oasis pobre de vegetación y ocupado por gran cantidad de magrebeses y por muchos beduinos, poseedores de majadas de corderos y copiosa camellería.

Debido a la escasez de agua, no todos los sirios pudieron hacer las abluciones completas, limitándose, los más pobres, a hacerlo con arena.

Mirando hacia la Meca, recitaron el *Fatihat el kitab* y el surate de los Infieles, prometiendo hacer el *kirán*. Y dijeron en alta voz, pero sin gritar:

—*¡Labbaika! ¡Allahumma labbaika! ¡La cherika Laka!*

Luego, con esmero, se tiñeron las uñas de rojo; las mujeres se depilaron, los hombres se motilaron y se afeitaron las barbas; todos calzaron sandalias y, dejando la cabeza en descubierto, vistieron el ihram, para acordarse de la muerte... Sin joyas, sin perfumes, sin galas, simplemente envueltos con telas blancas, los creyentes quedaron consagrados.

Los más ricos compraron camellos y corderos, declarando, entre oraciones, que eran dedicados al

sacrificio de Mina. Para señalarlos, los adornaron con cintas y collares. Los pobres comprarían los animales del holocausto, en el mismo instante de efectuarlo.

El Emir Al Hach dió esta orden, que fué repetida de boca en boca:

— ¡Creyentes! Recordad que en el *Balad Haram* debéis absteneros de todo comercio carnal; de matar o herir cualquier clase de ser viviente; de destruir las plantas; de perfumes y joyas, y que, mientras vistáis el ihram, no podéis cortaros los cabellos ni las uñas! ¡No profanéis el territorio sagrado llenando con su tierra sacos y faltriqueras, con el propósito o el pretexto de conservar un recuerdo! ¡Oh creyentes, si hacéis lo contrario cometeréis pecados!

Nasser resolvió esperar tres días la llegada de los soldados mandados a Medina y a las montañas, y a los damascenos que se aventuraron a rescatar a los cautivos.

Al segundo día llegaron los soldados enviados a Medina y a las montañas, pero sin noticias ni esperanzas. El Valí de Medina respondió a la carta del Emir con vagas promesas. ¡El muy ladino parecía estar en connivencia con los asaltantes!

El tercer día regresaron los voluntarios. En lugar de oro, habían ganado sustos y malas heridas, en el encuentro con una porción de beduinos, que no quiso oír sus propuestas. Los cautivos, al parecer,

estaban perdidos y sólo una fuertísima suma ofrecida al Jeque Quibir podría salvarlos.

Antes de emprender la marcha, el Emir llamó a un jeque beduino que vendía camellos, y le dijo:

— Hemos sido atacados por los beduinos, en las montañas, a dos jornadas de Medina. Tú sabes quienes han sido: dime el nombre del Quibir...

— No comprendo de lo que me hablas, Eminente...

— Daré treinta mil dinares de oro si se entrega con vida a los cautivos.

— No es mucho, si son nobles...

— Pago bien, porque son quince hombres y ocho mujeres. Entre ellos hay siete esclavos. ¡Son treinta mil dinares!

— ¡Feliz quien pueda ganarlos!... pero he oído decir que ofrecisles... 33.900 dinares...

— ¡Sea! Tú puedes ganar una buena parte...

— ¡Alá no ha de quererlo! ¿Cuantos dinares prometes?

— Me has oído bien.

— Ocurrirá lo que está escrito, pero a tu regreso podremos hablar nuevamente...

Fué inútil prolongar la conversación; el matrero respondía con evasivas.

Nasser se puso hosco, y terminó diciendo:

— ¡Vete, malcomido! En todo caso, di a tu Quibir que, si quiere ganarse ese oro, me encontrará en la Meca.

Anochecía cuando la caravana siria continuó su camino hacia la Ciudad Santa.

¡Oh, Emir!:

Tú que has hecho férvidamente las peregrinaciones, sabes cuanta emoción embarga al creyente en ese supremo instante de la vida, cuando penetra en Balad Haram, y se avecina a la Meca. Tú, que posees tanta sabiduría y tan sensible bondad, comprendistes cómo es posible que se humille el orgullo del más soberbio, en la víspera de postrarse ante la inconmensurable grandeza de Alá, para arrepentirse de pecados y pedir su remisión. Por eso es fama, y es tu lauro mejor, que sabes apreciar el sacrificio y el tesón de los indigentes, que llegan a la Meca desde distancias inimaginables, materialmente acabados por los sufrimientos, con los pies sangrando de tanto andar, con las pieles quemadas por el sol, y héticos de hambre y sed. Tú, magnánimo y noble, los recoges en tu caravana y los regalas sin medida. ¡Los creyentes que hacen a pie su peregrinación, y quienes los socorren, están seguros de ir derechamente al Cielo más alto!

¡Oh, Emir!:

Nasser Mostader sentía oprimido el corazón. Llegarían a la Meca muy disminuidos. Muchos habían muerto; muchos habían caído prisioneros y, esto último, difícilmente se le perdonaría. A cada momento detenía su montura para volver hacia atrás la mirada interrogante, confiando ver, en la oscuridad, la llegada de los que faltaban.

Transcurrían las horas... y la noche silenciosa no ofrecía la menor esperanza. El Emir no ignoraba que su futuro era muy negro, y un duelo aplastante le agobiaba.

— El Altísimo me perdonará: ha visto que ofrecí una parte de mi fortuna por salvarlos; solicitaré al Jerife de la Meca consejo y ayuda —, se decía el Emir Nasser, mientras contemplaba las estrellas del cielo mecano.

Mediaba la noche, cuando en la caravana se oyó una voz cantar melodiosamente. Todos reconocieron a Nizar Ak Sonkor.

Con grandes exclamaciones de júbilo fué recibido el Emir. A galope tendido pasó al frente, anunciando a su paso:

— ¡Alá es grande y nos ha liberado! ¡Detrás vienen los cautivos!

(¡Loas al que creó la vida y recompensa a los buenos!).

Nasser recibió a Ak Sonkor con evidente y sincero alborozo. Lo besó cariñosamente y, sin querer oír la narración que le hacía el joven, le previno:

— Estamos en territorio sagrado. Aquí se detendrá la caravana esperando a los que vienen detrás. Mis esclavos te darán un odre de agua para la ablución. Apártate, viste el ihram y vuelve.

Con gran alegría y clamores se reintegraron los ausentes.

Después de cuatro horas de espera, y al amanecer, se reanudó el camino.

Los nobles, los grandes mercaderes y Nasser estaban intensamente satisfechos: nadie podría reprocharles cobardía o avaricia.

Nasser hizo sentar al joven Emir al otro lado del *chekdef* de su camella, y le rogó que le contase cómo pudo liberarse y liberar al resto de los prisioneros.

— Escucha — comenzó Nizar —: Quiso Alá que entre los beduinos que nos hicieron prisioneros existiese un poeta. En el deseo de protegerme la vida, mi buen Jalil dijo a los beduinos quien era yo, y les cantó una de mis poesías. Me interrogó el jeque poeta, llamado Morad Ibn Faris, y me pidió que improvisase honorificando a los poetas. Le respondí que lo haría, si me daba, en cambio, la fortuna de la amistad, que es como el corcel que conduce a la victoria. ¿Por ventura, él, poeta, le pregunté, podía desconocer sus beneficios, siendo la amistad y la poesía, el río cristalino que fecunda la aridez del desierto de la vida; diamante que da brillo a la opacidad del carbón; sombra en la asolada soledad; lumbre en las tinieblas; consuelo del diario vivir?...

— ¡Damasceno! — me respondió el beduino poeta —, no ignoro nada de eso y te doy la fuente inagotable de mi amistad, que será como si te encontrases bajo el techo de mi casa. ¡La paz sea contigo! Canta, quiero gustar tu voz; refrescarme con tu inspiración.

Mientras yo cantaba, sus ojos traviesos consideraban atentamente mi esbelta baya, admirando sus

miembros delgados y firmes; su pescuezo tieso; su cabeza pequeña y de muy recto perfil; sus ollares rojizos y dilatados; sus grandes ojos negros de firme y curioso mirar; sus orejas pequeñas y atentas; sus crines sedosas y alheñadas; su extraordinaria alzada y abundante cola, y toda su imponente presencia, y sus deseos de lanzarse a la carrera, tan vehementes, que debía sofrenarla con fuerza.

Cuando terminé mi improvisación, Morab Ibn Faris continuó mirando con mucho placer mi yegua y, al cabo de un instante, me dijo:

— Sí; eres buen poeta, damasceno... y tienes muy buena montura. Quiero ayudarte amistosamente, pero me encuentro en un aprieto: no podré hacerlo conforme a mis deseos. Debo dar cuenta al Jeque Quibir del resultado de la razia, y el botín debe ser repartido. Acostumbramos a restituir a los prisioneros previo pago de un fuerte rescate. Mil quinientos dinares por cada hombre, 800 por cada mujer y 500 por un esclavo.

— ¡Pagaré lo que se me exija!

— No. Te he dado mi amistad; yo pagaré por ti el rescate de todos los prisioneros. Lo pagaré con mis camellos. Tú, en cambio, como prenda de nuestra amistad me darás tu yegua, que es bien hermosa y de muy buena sangre. Junto con ella los arreos, que son muy ricos, y tu lanza y tu alfanje, que son preciosos.

— ¡Oh Ibn Faris!, es mucho lo que me pides.

— Yo deberé pagar el rescate por todos... Está

escrito, que solo es meritorio dar como ofrenda lo que se estima sobremanera.[1]

Me dolía separarme de mi buena baya, pero, si me negaba, corría el peligro de quedar prisionero largo tiempo, de perder la yegua y todo, y hasta la peregrinación: debí pensar, asímismo, en la vida y en la suerte de los sirios, que sufrirían un triste cautiverio.

Acaricié a mi animal y, con gran dolor, hice una última objeción:

— No puedo quedarme a pie y sin armas...

— Tendrás otro caballo y otra lanza, si me das tu collar — respondió Ibn Faris, quitándose su alfanje y ofreciéndomelo junto con su lanza. Luego se apeó.

Debí aceptar el trueque, despedirme de mi yegua y montar un caballo mañero y de mal paso.

Ibn Faris ordenó a los beduinos traer a todos los prisioneros, hombres y mujeres.

Jalil dijo:

— Faltan los camellos cargados.

— No hemos hablado de ellos, se trata solo de los prisioneros — replicó con voz dura el beduino poeta.

Intervine, para evitar mayor demora, y dando por perdida la carga de los camellos me limité a pedir que se nos diesen los camellos necesarios para el transporte de los veintidos rescatados.

— Eso puede ser, si me das tu anillo y tu gumía...

1) Referencia al Corán, Sura III, aleya 86.

Los sirios montaron con mucho contento los y camellos beduinos: la satisfacción de verse libres los consolaba del despojo de sus joyas y dinero.

Nos despedimos de los asaltantes, y ya dispuestos a partir, Ibn Faris llegó junto a mí, y me dijo:

— Un beduino te conducirá hasta donde no puedas perder el camino. Cuando te reunas con tu caravana, recomienda al Emir Al Hach que a su regreso de la Meca, se ocupe en ganar nuestra protección, pagándonos lo que es justo que recibamos, y no dándonos la mitad como lo hizo en Medina.

— ¡Miente el beduino miserable! —, protestó Nasser.

— ¡Es posible!.. Ibn Faris terminó diciéndome: En la primera fuente que halle a la salida de la Meca, encontrará el Emir Al Hach a un Jeque beduino que se le aproximará para ofrecerle un cordero. El Jeque le repetirá tus propias palabras: «La amistad es el corcel que conduce a la victoria». Con él podrá negociar y a él deberá pagarle el precio de nuestro amparo.

Y así Nizar terminó su narración.

El Emir Nasser ponderó con frases cálidas la hazaña de Ak Sonkor, lamentó la pérdida de la sobresaliente yegua y de armas tan lujosas, y contó, con pomposas añadiduras, lo que había hecho por salvarlos.

Conocía Nizar la cobardía y avaricia del Emir, y resolvió zaherirle con amabilidad:

— ¿Todo eso has hecho? ¡Oh!, eres noble y por poca cosa expones tu fortuna y tu vida... ¡Alá te lo recompensará!

— Gracias, Nizar... ya estoy recompensado con tu regreso, y habiéndome ahorrado...

— Tengo algo más que decir, generosísimo Emir. En Medina has regateado con los beduinos el precio de nuestro peaje... y pagaste la mitad de lo que recogisles de los peregrinos. No te denunciaré. Como no existe mérito sin sacrificio y como es necesario que el Sultán (¡el Justo le prolongue la vida!) y que el Gran Visir sepan que efectivamente te has sacrificado, repartirás entre los pobres, soldados y valientes de tu caravana los 36.900 dinares de oro de nuestro rescate y los cinco... ¡no!, mejor es que sean los diez mil que ofrecieron generosamente los nobles y mercaderes... Pero serán 36.900 dinares de tu fortuna. La contribución de los peregrinos no será cobrada. El Sultán y el Gran Visir apreciarán mucho tu grandeza... y en Damasco se te proclamará el alfaqueque más meritorio del islam.

Y sin dar tiempo a Nasser para objetar, llamó a Jalil y le ordenó:

— Corre y pregona que el Emir repartirá entre los soldados y los valientes, que no temieron exponerse por salvarnos, y entre los pobres, 36.900 dinares, y que los nobles y mercaderes regalarán diez mil más...

— ¡No, no! No tengo ese dinero —, declaró el hacino Nasser.

— Yo tengo papel, tinta y cálamo, y tenemos a mano un Cadí excepcionalmente honrado. Los beneficiados se cobrarán en Esch Scham...

V

LA CAABA

¡Oh, Emir!:

CUANDO la caravana entró en el estrecho valle donde está la Meca, y se aproximó a las puertas de la gran ciudad, un clamor de admiración se elevó al cielo: los creyentes detuvieron sus monturas para hacer plegarias y rezar con fervor.

Al disponerse a continuar la marcha, fueron acosados por una gran cantidad de mecanos que se ofrecían como *mutávifin*, para guiarlos en las diversas y complicadas ceremonias del *hach*. Los ricos tomaban a su servicio un guía especial; los pobres se asociaban, contratando uno solo para muchos, y los menesterosos, los que habían llegado a pie, se conformaban con seguir a los que podían pagarse el lujo de un mutávif.

Los peregrinos entraron en la *Meca al Makerrama*, precedidos por el jeque de los mutávifin, que, ricamente vestido, acompasaba su paso con largo bastón.

Los sirios adelantaban lentamente por las estrechísimas calles de altas casas, cuyos frentes, como en Medina, estaban casi totalmente cubiertos de enormes mucharabíes, de caprichosos y esmerados dibujos. Con suma dificultad podían avanzar por el hacinamiento de las callejas, atestadas de fardos con provisiones, camellos cargados, borricos tercos y gran afluencia de gente que vociferaba enardecida por el calor y la tierra, amen de los buhoneros, gritones e impertinentes, que cerraban el paso a los peregrinos para obligarlos a comprar.

Acomodadas las bestias y bagajes, repuestas precariamente las fuerzas, convenientemente refrescados — los ricos y los grandes bien ablucionados con agua del Zemzem —, los peregrinos entraron, con el corazón henchido de gozo, al *Mechid al Haram*, por la *Bab as Salam*, que es por donde también entró el Profeta (¡la paz sobre él!). Todos los creyentes se cuidaron, al entrar, de adelantar el pie derecho, que, como sabes, ¡oh Emir!, es el propicio y el de los buenos principios.

Prosternados sobre las ardientes piedras del patio sagrado, los sirios decían:

— ¡Oh Alá, el Sabio, el Perdonador!, tengo la intención de hacer siete veces el *távaf* de tu Santa Casa! ¡Alabado seas, oh Sublime!: dígnate facili-

tarme el cumplimiento de mis deberes de peregrino.

Luego, poniéndose de pie, obcecados, cohibidos por la admiración y el temor ante la grandeza de Alá, contemplaron largo rato la alta y majestuosa Caaba, cubierta con rico pabellón de seda. La negra *kisua* estaba descolorida por la acción del sol, y como partida en el medio por ancha franja de doradas y brillantes inscripciones alcoránicas.

El patio estaba lleno de musulmanes; infinidad daban vueltas alrededor de la Caaba; otros esparcían granos de trigo a múltiples palomas azules o yacían acostados a la sombra de los pórticos o en pleno sol, inmóviles de cansancio y de sofocación. En muchos lugares había corros de muslimes, de los más diversos lugares de la tierra, que oían la palabra santa de algún filósofo o de un venerable morabito.

Pasado el primer instante de anonadamiento, los sirios, con las sandalias en las manos y en desordenada carrera, se aglomeraron junto a la *Bab Banu Chaiba* y, transponiendo la arcada, llegaron a la Caaba. Muchos no resistían a la emoción y caían a tierra, llorando de deslumbramiento espiritual.

Hombres, mujeres, niños, ancianos; emires, ulemas, mercaderes, esclavos y negros; enfermos y lisiados, todos hermanos en la misma fe hacia Alá Único y Omnipotente, comenzaron a efectuar, con paso acelerado y después lento, los siete rodeos de la Caaba

repitiendo, entretanto, las invocaciones que les dictaban los mutávifin.

La mayoría declamaba en rimadas frases:

— Alá Único y Misericordioso, ésta es tu casa y aquí he venido a implorarte socorro contra el mal. ¡Eres el Sapiente! ¡Protégeme contra la impiedad, oh Sublime! ¡Ampárame contra la pobreza, oh Bienhechor! ¡Sálvame de la dureza de la vida y de las torturas de la muerte! ¡Presérvame de la presencia de *Malak Al Maut*, oh Misericordioso! ¡Perdona mis pecados y otórgame la paz, oh Alá de Ibrahim, Ismael e Isaac, eres Único! Dame la gracia de las sombras y del agua fresca, no dejes que la sed me aniquile; no permitas que nazca en mí la duda, que Chaithán me induzca a los malos pensamientos ni a la idolatría; sálvame del fuego y condúceme al Jardín del Edén, prometido a los musulmanes. ¡Líbrame de la amargura de *Zacum* y ofréceme bebidas mezcladas de jengibre, de la fuente de *Salsabil!* ¡Alá, Alá, yo te adoro y me arrepiento de mis pecados!

Los creyentes, en número considerable, daban vueltas hacia la izquierda en derredor de la Caaba; llegando al ángulo donde está embutido el Hayar al Asuad, la Piedra Negra, se detenían un pequeño instante, elevaban sus brazos, y la saludaban con veneración y con palabras expiatorias.

¡Oh, la impiedad humana es tan grande, que los hombres, al profanar con sus labios pecadores a la Celeste Piedra, la ennegrecieron, quitándole la

brillantez ofuscante que tenía cuando el Ángel Chabrail la entregó a Ibrahim! ¡Quiera Alá perdonarlos!

Nizar y su esclavo efectuaron también las ceremonias de la circuición con igual religiosidad que los demás.

El sol ardía con fuerza, los oficiantes jadeaban y sólo el místico entusiasmo podía sostenerlos. Con frecuencia los ancianos y enfermos, imposibilitados para efectuar el esfuerzo de las siete vueltas, caían sin conocimiento, y entonces eran pisoteados por los que nada veían con los ojos de la cara.

Los fieles redoblaron sus plegarias, y la exaltación llegó a límites inenarrables.

Terminado el contorneo ritual, Nizar, ayudado por los brazos de Jalil y del mutávif, que le abrieron camino, avanzó hasta la Piedra Negra y la besó, al mismo tiempo que pronunciaba una imploración al Clemente, y le pedía el perdón de sus pecados. No había terminado su devoción, cuando el Emir fué violentamente separado del lugar por el resto de los peregrinos, ardientes en deseos de besar cuanto antes la Piedra Sagrada.

Fué grande la aglomeración y la violencia, no obstante los golpes que repartían, con sus bastones, los eunucos servidores de la Caaba; a tal punto llegó el torbellino humano, que una pobre mujer de Magreb, que cargaba con un chico de días — nacido posiblemente en la misma Meca —, fué echada a tierra y pisoteada hasta quedar mal herida y el hijo

desvanecido. Sin la menor protesta, consolada por su piedad, la mujer se alzó y continuó forcejeando hasta llegar a la Piedra Negra, sin preocuparse de su hijo, que murió víctima de los apretujones y de asfixia.

Los que no tenían fuerza para llegar a besar la Piedra Negra, se contentaban con tocarla con los dedos o con las puntas de sus bastones. Muchos otros, simplemente, hacían el gesto de tocarla, y luego se llevaban las manos o los regatones a los labios.

Al alejarse del tumulto, Nizar se encontró solo: había perdido al mutávif y al esclavo.

Deseoso de visitar el interior de la Caaba, donde están las tumbas de Ismael y de *Hachar*, fué hacia la puerta dorada, pero renunció a la visita al ver gran golpe de gente, en inquietante lucha por franquear la entrada.

Entonces fué a cumplir con la obligación de orar dos *racaas* ante el *makam Ibrahim* y besar las huellas de los pies del «amigo de Alá», marcadas en la piedra que utilizó para elevarse durante la construcción de la Caaba.

Nizar recitó en voz baja los suras que dicen: «¡Oh infieles! No adoraré lo que vosotros adoráis y vosotros no adoraréis lo que yo adoro. Abomino de vuestro culto y vosotros desdeñáis lo que yo venero. Vosotros tenéis vuestra religión y yo tengo la mía. ¡Alá es único! Alá es el Eterno; no ha engendrado ni ha sido engendrado. ¡Nadie puede igualársele!»[1]

---

1) Suras CIX y CXII.

Sudoroso y sediento, Nizar se aproximó a la kuba de la fuente de Zemzem. Muchos creyentes bebían con arrebatados deseos de esas aguas, que también habían saciado la sed de Ismael y que dieron origen a la Bekka, primera ciudad que existió en la tierra. [1] ¡Bienaventurado el que bebe la dulce y pura agua de Zemzem, capaz de obrar el milagro de dar fuerzas al desfallecido, salud a los enfermos y limpiar de pecados! ¡Oh, agua almibarada para el puro, y salobre para el contaminado y el idólatra!

Nizar compró trescientas garrafas de agua a los *zamázim*, para que las repartiesen en limosna a los sedientos, y se detuvo para observar a los creyentes: no satisfechos con beber a grandes tragos el liquido bendito, se lo arrojaban unos a otros, empapando sus ropas.

En eso estaba, cuando fué empujado por un borbotón de beduinos rotosos y sucios, que arremetió a golpes con quienes pretendieron estorbarle el paso. Los zafios beduinos llegaron hasta el brocal del pozo sagrado y bebieron y se mojaron con gran bullicio y risotadas. Los zamázim se reunieron en gran número y alejaron a palos a los irreverentes, que, además de comportarse con tan poco respeto, tenían la desvergüenza de no retribuir, con buena paga, el agua que consumían.

Riéndose de las grotescas escenas originadas

[1]) Ver Corán Sura III, aleya 90 y comparar con el Génesis, Cap. XXI v. 14 y sig..

por esa invasión, Nizar volvió a la Caaba, deseoso de encontrar a Jalil. Pegados materialmente a la kisua, vió a muchos hombres con los brazos en alto y las manos abiertas. Plañían y con voces quejumbrosas declaraban sus pecados e imploraban perdón al Altísimo. Así, como incrustados en la vestidura de la Caaba, inmóviles, con los ihrames desgarrados, semidesnudos, permanecían largas horas con las espaldas y la cabeza descubiertas quemándolas al sol, hasta despegarse del muro y caer blandamente, sin aliento.

Muchas mujeres, arrojadas al pie de la Caaba, lloraban con frenesí, arrepentidas de sus culpas; se envolvían en las fimbrias deshilachadas de la grande y negra tela, retorciéndose con furor religioso.

Y la cadena de creyentes daba vueltas incesantemente alrededor de la Caaba. Muchos caían junto a las mujeres guardadoras de sandalias y quedaban echados e inmóviles largas horas. Algunos yacían muertos mucho tiempo, hasta que el calor denunciaba su podredumbre.

(¡El Misericordioso recompensa la piedad!).

El inmenso cubo ya no proyectaba sombras. Un resplandor refulgente, una reverberación violenta, y el polvo que flotaba en la atmósfera, impedían ver los perfiles de las próximas montañas rojas que, con frecuencia, hacen armonioso fondo a la magnificencia de la Caaba. Los ojos sufrían por la intensidad de la luz y soportaban con dificultad la candecencia del sol.

Era medio día. Desde la terraza de la kuba de Zemzem un almuedano llamó a la oración: los muecines de los minaretes vecinos hicieron también sus llamadas.

El rezo de zohor reunió en el patio de la Mezquita inmensidad de fieles: los que no pudieron instalarse a la sombra de los pórticos, no temieron exponerse a la furia del sol.

¡Oh Emir!, por cierto Medina y la Meca no tienen umbrosos jardines ni plácido clima: en la Tierra Santa se apetecen, con mucha intensidad, nuestro Barada y nuestra Ghuta.

— ¡Señor! — exclamó el mutávif, al encontrar a Nizar en el lugar de la kibla de los sirios —, no es conveniente que te separes de mí, puedes cometer una falta en los ritos y tu peregrinación sería nula... Hemos quedado roncos con Jalil llamándote, ¡oh Emir generoso!..

Ak Sonkor había elegido como guía a un mecano, que aseguraba ser el más honesto, el más listo y el más sabio de todos los existentes en la ciudad. Para probar su honestidad había comenzado por explotar a Nizar, desde el precio que debía pagar por su alojamiento hasta en la retribución que se debía dar a los zamázim. Descubiertos sus malos pasos por la perspicacia y la ruda franqueza de Jalil, el mutávif afirmaba que era meritoria su acción: la peregrinación vale más mientras mayores son los sacrificios que se hacen y es grato a Alá ver que en Tierra Santa no se regatea. «No se olvide — repetía —, que

interesa perdonar en la tierra para ser perdonado en el cielo».[1]

— Todo te puedo perdonar — respondióle Ak Sonkor —, menos tu ignorancia. Desfiguras las tradiciones e inventas lo que se te ocurre. Eso no puede ser...

— ¡Oh poderoso! Cumplo fielmente con el deber del pío guionaje. Hablo mucho y jamás respondo que ignoro lo que se me pregunta; conozco bien los ritos y lo que deben recitar los peregrinos; me son familiares los más escondidos rincones de la Meca y defiendo a mis clientes de la rapacidad de los mecanos... ¡Los peregrinos son injustos con nosotros! Me siento orgulloso de servirte porque eres noble y generoso, y pagarás con creces mis fatigas. No siempre es agradable nuestro trabajo. ¡Cuán errados están los jóvenes que envidian nuestra profesión! Debemos soportar la tiranía de nuestro jeque, los absurdos caprichos de nuestros clientes, que jamás están satisfechos aun cuando les ofrezcamos la virgen más hermosa del islam. A la postre de nuestro insudar y de hartas privaciones, afónicos por tanto discutir con los mercaderes, traficantes y rufianes — que, por su parte, nos acusan de falta de solidaridad al no permitirles expoliar a los peregrinos —, después de cruendos esfuerzos, se nos paga mal y los mercaderes nos ratean nuestra participación... Por un buen cliente, hay noventa y nueve malos, a

1) Sentencia atribuida al Profeta.

quienes debemos arrancarle la paga o quedarnos con parte de sus reses de carga o de sus equipajes. Decía el poeta...

— ¡Silencio! No cites poesías que repites mal y a despropósito... Es hora de que calles...

— Soy obediente, pero he aquí que otros se enfadan si no hablo y si no adorno mis discursos con poesías...

La Mezquita de la Caaba quedó callada y tranquila, no obstante los veinte mil peregrinos que la llenaban y circundaban todos sus contornos.

El Imán dijo: — ¡Alá es el más grande, el elevado! —, y la muchedumbre comenzó sus oraciones.

— ¡Alá es el más grande! — repetía el Imán.

Terminada la oración, Nizar se disponía a retirarse de la Mezquita, cuando vió llegar hacia la Caaba un grupo de mecanos transportando, sobre los hombros, un cajón de muerto. Los llantos y las plegarias eran desgarradores.

— Es un muerto, a quien traen para que haga su último távaf —, explicó el guía.

Jalil manifestó su sorpresa, pero Ak Sonkor le dijo que no debía extrañarse porque hasta los animales solían ser conducidos para hacer los circuitos piadosos. El Profeta (¡sea siempre alabado!) los hizo montado en su camella; un pájaro los hizo sobre los hombros de un creyente...

Los peregrinos de Siria, y entre ellos Nizar y Jalil, guiados por el jeque de los mutávifin salieron

de la mezquita, con el pie izquierdo, por la Bab as Safa.

Transportados de fe, hicieron el *saí*. Por siete veces efectuaron la fatigante, pero indispesable, carrera entre las colinas de *Safa* y de *Merva*.

El camino entre estos dos montes es estrecho y difícil de recorrer: un zoco de comestibles, bebidas refrescantes y de barberos, convierten a ese lugar sagrado en el menos apacible, por la cantidad de parroquianos que se precipitan en las tiendas, el número de mercaderes que hay en cada puerta, la impertinencia de los vendedores de agua, y por los camellos y asnos que cruzan la calle en todas direcciones. La concurrencia de peregrinos era, a pesar de todo, muy compacta: muslimes de todas las edades, y de los más diversos países, se entrechocaban, en una carrera agitada por el éxtasis, llorando y recitando suras del Corán y adjuraciones compungidas a Alá. Envueltos en espesa nube de tierra, respiraban mal y sudaban con dificultad. Estaban barrosos y jadeantes por la sequedad del clima, el sol y el esfuerzo que realizaban. Los ancianos y los enfermos desfallecían y pedían el apoyo de los jóvenes; otros caían y soportaban con lamentos y protestas los pisotones de quienes, conturbados por la religiosa pasión, se cuidaban muy poco de donde ponían los pies.

Ak Sonkor realizaba el saí con devoción, recordando la afanosa aflicción de Hachar, corriendo de una a otra colina, en procura de un poco de

agua para su hijo Ismael, que se moría de sed. Recordaba que esas colinas son monumentos de Alá, con cuya visita el creyente se hace grato al Altísimo, como bien se dice en el Libro.[1] Por eso él soportaba la fatiga y la sed con entereza y decía:

— ¡Labbaika! ¡Allahuma labbaika! ¡No hay dios más que Alá y para Él es nuestra oración! ¡Alá da la vida y la muerte! ¡Es el dispensador de bienes! ¡Yo me refugio en Ti, oh Alá misericordioso! ¡Te pido protección contra los males!

Nizar vió venir a Nasser Mostader, que hacía el mismo ejercicio religioso. El anciano estaba con el cuerpo asoleado, el semblante lívido, los ojos exaltados y la boca espumosa. Ak Sonkor hacía su última carrera, pero se volvió para ofrecer ayuda al Emir.

— Tengo sed —, le dijo Nasser.

— ¿Te falta mucho?

El Emir Al Hach no respondió.

— Apóyate en mi brazo —, le ordenó Nizar, reanudando la carrera.

— ¡Alá te lo pagará!

Al terminar el saí, Nizar compró agua de Zemzem, hizo sentar al Emir a la sombra y le dió de beber, ordenando a Jalil que lo abanicase.

— Si fueses Harún ar Raschid, ¡oh Emir Al Hach!, hubieses hecho el saí comodamente: se te hubiese despejado el camino...

1) Corán, Sura II, aleya 153.

— Sí... y en lugar de sofocarme hubiese llorado de emoción...

Varios mendigos rodearon a Nizar y a Nasser, y no se alejaron hasta que recibieron buenas limosnas. Jalil quiso también ser generoso, pero cuando buscó en su cintura la bolsa del dinero, advirtió que le faltaba y comenzó a dar grandes voces y a correr detrás de uno de los mendigos, que escapaba con mucha velocidad:

— ¡Al ladrón, al ladrón! ¡Maldito, te cortarán las manos!

Con Jalil corrían muchos mecanos y peregrinos, dispuestos a no detenerse hasta dar alcance a uno de los incontables rateros que pululan en la Meca durante las peregrinaciones, y que no disminuían no obstante cumplirse, fielmente, el precepto del Corán: «Cortad las manos a los ladrones sean hombres o mujeres.»[1]

El resto de esa tarde los sirios ricos descansaron en sus alojamientos, y los pobres en las tiendas plantadas en extramuros.

Nizar se alojó en la casa de su mutávif, en una amplia habitación con grandes mucharabíes bien orientados, de modo que permitían una bienhechora corriente de aire.

Jalil lo ablucionó, le preparó la cama y un nuevo ihram, y dejó a su señor dormido.

Después de varias horas de reposo, Ak Sonkor

1) Corán, Sura V, aleya 42.

salió a dar un paseo, seguido a corta distancia por Jalil y el mutávif. Desde que estaba en Heyaz tenía el placer de la soledad y no aceptaba las reiteradas invitaciones de los nobles coterráneos, que le rogaban hiciese junto con ellos los diversos ritos de la peregrinación. Estaba apartadizo y huraño. Quería abstraerse por completo de su vida pasada y le molestaba la sociedad de quienes le distraían con fútiles preguntas o con comentarios insípidos, que lo alejaban de la elevación espiritual con que el joven Emir se había propuesto realizar tan sagrado y grato deber, porque está escrito que la mejor provisión para el peregrino es la piedad.[1]

Anochecía; los zocos estaban solitarios. De tarde en tarde se veía pasar a algunos peregrinos y mecanos, o a grupos de beduinos en camellos, que se iban al desierto.

Nizar se paseó por los zocos Bazzazin, de los mercaderes de géneros, y el Attarin, de los perfumeros; se internó, luego, por cien callejas estrechas y solas, y fué conducido por el mutávif a visitar la casa donde nació el Profeta (¡la salud para él!) y las que habitaron los califas Abu Bark y Alí.

En una esquina, un viejo giboso se aproximó a Ak Sonkor y le dijo:

— ¡Oh mancebo!, por tu apostura eres noble; tienes la edad de la alegría, y te serán muy duros los sufrimientos de la peregrinación. Al terminar tu

1) Corán, Sura II, aleya 193.

viaje al monte Arafat, querrás, sin duda, recordar que eres joven y olvidar los sacrificios de la jornada en jolgorios extraños, que prepararé para ti y tus amigos... Aquí, detrás de aquella puerta, está mi casa... No lo olvides, no lejos de ese *muzable*... Esa puerta verde. Golpea tres veces; yo te abriré, y una vez en mi casa — hospitalaria y fresca, con fuentes y perfumes —, te ofreceré las mujeres más guapas y más cálidas que hayas visto en tu vida... Son jovencitas, y las hay de Mosul, del Yemen y...

El joven miró fijamente al viejo y, apartándole con un gesto de desprecio, le dijo:

— ¡Cristiano maldito!

— ¡Mucho se honrarían los cristianos si lo fuese! Yo como tú, Señor, venero a Ibrahim, Soleimán y David y aseguro que sólo hay un dios: ¡Jehovah, el Único!

Ak Sonkor y Jalil ya se habían alejado, pero el proxeneta les gritaba:

— ¡No lo olvidéis!... Aquí, no lejos del zoco de los talabarteros y junto a este muzable... ¡Aquella puerta verde! —, y cogiendo al mutávif de un brazo le dijo al oído:

— Ya sabes; seré liberal en recompensarte...

No había andado mucho cuando Ak Sonkor se detuvo, atraído por la música y el canto.

Se oían una voz de mujer muy canora y una música extraña. De improviso el canto se interrumpió y se oyeron voces airadas e insultos. Ak Sonkor compren-

dió, entonces, que estaba frente a un despacho de vino.

— ¡Esto es insoportable, Jalil! Que bebamos en Damasco o en cualquier otra parte, ¡sea!, pero que aquí, en la ciudad de Alá, exista este comercio infame de rufianes y ventas para borrachos, es un pecado irremisible. ¡Sería necesario un nuevo Omar como califa! Después de estas infamias, ¿cómo es posible que los francos y los rumíes nos respeten y nos teman?

Lleno de indignación, Ak Sonkor volvió sus pasos, encaminándose precipitadamente a la Mezquita de la Caaba.

Terminadas sus abluciones y al dirigirse a la Caaba, presenció un espectáculo sorprendente, por lo diverso, al que había visto horas antes. La Caaba se confundía con el cielo negro; su contorno se perdía en las sombras de la noche: infinidad de lámparas colgadas en su derredor hacían como una corona luminosa y daban brillo a las inscripciones doradas de la kisua.

Los creyentes llenaban el patio y formaban una alfombra multicolor, bajo una penumbra misteriosa. Reinaba un gran silencio. Ya no se veían las caras contorsionadas por el sufrimiento: no había sol, el calor había desaparecido y todos sonreían con placidez.

Se oyó el azán, y miles de creyentes elevaron la mirada al firmamento deseosos de ver al muecín,

en el extremo de un minarete, y, en cambio, vieron infinidad de estrellas titilantes.

El Imán dijo:

— ¡Alá es la suprema dulzura, es el Sapiente!...

Y la Caaba, coronada de luces, parecía elevarse y quedar suspensa en el aire.

(¡Hacedor del mundo, perdona nuestros pecados!).

VI

CHEBEL ARAFAT

¡Oh, Emir!:

NO HABÍA tiempo que perder. Faltaban dos días para el noveno del mes de Dul Hidcha, que por feliz coincidencia era el Yum alchuma.[1]

Los peregrinos se reunieron en la Mezquita Santa para la oración de zohor del día siete, y oyeron la jotba, que el honorable Cadí de la Meca recitó desde el mimbar, puesto junto a la Caaba.

Después de haber llenado sus odres con agua del Zemzem, los creyentes se apresuraron a dejar la Mezquita, para ir a efectuar los preparativos de la partida.

1) Del año 537 de la héjira y el viernes 25 de junio de 1143 de la era cristiana.

Llegó el día ocho.

Las estrechas callejuelas y los zocos se agitaron hasta alborotarse de animales de carga, y de gente que, en batahola inquieta, terminaba los arreglos del viaje.

Los extranjeros discutían acaloradamente con los mecanos el precio de los víveres, por los que se exigían sumas exageradas: la indignación de muchos los impulsaba a efectuar verdaderos saqueos de los almacenes, dejando maltrechos a los expoliadores.

Con frecuencia veíase a mecanos prendidos de las bridas de un asno o dando palos a un camello para impedirles marchar. Eran los aposentadores, que pretendían cobrar dos veces el alojamiento de los peregrinos.

— ¡Codiciosos! ¡Mecanos ladrones! — gritaba una vieja —. ¡Me explotais porque tengo un marido idiota que teme mataros a palos! ¡Por Alá!, si aquí estuviesen mis hijos iríais presto a morder la fruta amarga. Sois peor que judíos y cristianos, y que perros hambrientos: asaltáis en plena Ciudad Santa a vuestros hermanos, los creyentes. ¡Id a Jerusalén a esquilmar cristianos y rumíes! ¡Id al Andalús a desollar fidalgos!

Nizar se aproximó a la anciana y la interrogó acerca del mal que le habían hecho. Respondió la mujer con rapidez, en árabe de Magreb, injertado de muchas palabras del idioma de los cristianos del Andalús.

Nizar se limitó a llamar a Jalil, y le ordenó:

— Tus puños pueden sentenciar en esta causa... Aquí está el delincuente. ¡Cójelo!

Jalil corrió por entre el gentío, agarró a un mecano por el cuello y lo dejó en el suelo, durmiendo con un solo ojo...

Las calles se embarazaron de dromedarios y borricos cargados de tiendas, de víveres, de odres llenos de agua y de útiles de cocina. En numerosos camellos se colocaban palanquines. Poco a poco la ciudad fué quedando sin extranjeros. Los buhoneros aturdían con sus gritos; se oían nombres y silbidos, con los que se llamaba a los rezagados o a gente extraviada. Había mujeres que corrían por las callejas, inspeccionando todos los rincones, preguntando a los mercaderes por sus hijos perdidos: conocían las narraciones desconsoladoras de parientes que, en parecidas ocasiones, no se habían podido reunir nunca más.

En el camino de la Meca al Monte Arafat se formó una columna ininterrumpida de caminantes y de animales envueltos en nubes espesas de tierra.

Nizar y los emires lograron partir pasado medio día, después de haber esperado largo tiempo detenidos en un callejón, donde se había amontonado mucha gente, a causa de las heridas recibidas por un hombre desmontado del camello por un mucharabí demasiado bajo.

Cuando la caravana salió al valle y pudo ver

el cielo con mayor libertad, todos se sintieron felices, no obstante lo abrasante del sol.

Ak Sonkor prefirió salir a caballo, dispuesto a montar una de sus camellas en cuanto se sintiese fatigado. A su lado Jalil montaba un asno, barriendo el camino con los pies.

Para distraerse, Nizar aleccionó a su esclavo:

— Tú ignoras, seguramente, la tradición que obliga a orar en el Monte Arafat. Es tan importante este deber que, sin haberlo cumplido, nadie puede considerarse *haach*. En la cúspide de la montaña hacia la cual nos encaminamos, se encontraron Adán y Eva, después de haber sido expulsados del Paraíso Terrenal y al cabo de ciento veinte años de separación, durante los cuales se buscaron con ahinco, como dos buenos enamorados...

— Realmente Adán era muy fiel amante; yo...

— ¡Calla! Por esa razón, la montaña se llama *Chebel Arafat*. Allí, también, nació el primer hijo de Adán y Eva... Nosotros debemos encontrarnos al pie del Arafat, el noveno día del mes de Dul Hidcha, porque, el año décimo de la héjira,[1] el Nabí (¡que la paz sea consigo!), montado en su camello Cosva, predicó en favor de los derechos de la mujer, contra la usura, y fijó el año en doce meses. El Profeta terminó su último sermón diciendo: «Hoy, yo hice perfecta vuestra religión y colmado mis gra-

1) Año 632 de la era cristiana.

cias sobre vosotros. Me ha placido daros el islamismo como religión...»[1] Cuando los creyentes dejaron de oír el largo sermón del Profeta, manifestaron gran contentamiento por la sublimidad de sus divinas palabras: sólo Abu Bark quedó triste. Esa era la despedida de Mahoma (¡la bendición sobre él!). Al caer la tarde, allá en la cumbre, el Nabí fué iluminado por un rojo rayo de sol...

Terminaba Nizar su discurso, cuando vió junto a sí a una mujer anciana que se mantenía con dificultad sobre un asno flaco y ledo. Otra mujer, de opas sucias y guiñaposas y de paso incierto, conducía al animal cogido por la jáquima.

La mujer que iba a pie decía:

— ¡Fuerzas, madre! Por nuestra ventura, pronto terminaremos con la peregrinación y Alá nos recompensará: ¡es Clemente!

A Nizar le pareció conocer esa voz. Al mismo tiempo, la mujer se detuvo, para dejar pasar al brioso y piafante caballo del Emir, y, al mirar hacia arriba, sus ojos quedaron estáticos.

— ¡Nizar! — balbuceó la mujer, y prestamente ocultó la cara con un velo negro.

Ak Sonkor no había visto a Zaadet desde su despedida de Medina; rehuía su presencia. Se había propuesto hacer la peregrinación devotamente, y esa mujer le enajenaba los sentidos, le inspiraba una pasión carnal irresistible.

---

2) Corán, Sura V, aleya 5.

Le pareció ver una sombra de la Zaadet del desierto y de Medina; los ojos que ahora lo miraron no tenían brillo, sus labios carecían de color y todo su semblante era demacrado y trágico.

Nizar descendió del caballo, y se aproximó a la joven:

— ¡Zaadet!..

Intentó decirle muchas cosas, pero sus labios enmudecían. Estaba avergonzado. Sospechaba que él tenía mucha culpa del decaimiento de esa joven mujer, y prefirió callar.

— ¡Oh, Emir! — declaró ella con voz tranquila y reanudando la difícil marcha —: hubiese preferido no encontrarte más; hubiese preferido morir en lugar de mi padre. Tú, como buen señor, ignoras nuestro dolor. Sí; mi padre murió defendiéndonos contra el ataque beduino, allá, no lejos de Medina... Yo he visto tu valor; te he seguido siempre de lejos, y, creyéndote perdido, lloré mucho cuando te hicieron prisionero. Ahora no temas, ya nada me importa de ti, y la miseria presente no me hace peligrosa... Estoy enferma... y presiento que no podremos regresar a Esch Scham. En la Meca nos quitaron la mayor parte de nuestro dinero... Ahora, ¡vete! Déjame sola con mi madre y con mis adversidades, y que Alá te bendiga.

Conmovido, Ak Sonkor ordenó a Jalil aparejar un camello, y sobre él hizo subir a Zaadet y a su madre. Dando a ésta una bolsa con monedas de oro, le dijo:

— ¡Alá es el más grande y perdona! — y, dirigiéndose a Zaadet, agregó: — En la Meca, cuando hayamos dejado el ihram, nos veremos de nuevo y tú volverás a ser bella, garbosa, y a reír...

La caravana acampó el anochecer en Mina, y recibió la bendición del rocío.

Nizar llegó demasiado anochecido al valle de Mina para visitar los lugares santos: la caverna donde el Profeta (¡sea siempre loado!) se retiró a meditar y donde recibió la revelación del surate de los Enviados; la caverna donde Ibrahim habitó con Hachar; la gruta donde se preparaba el holocausto de Ismael y la roca partida por el cuchillo de Ibrahim, cuando se disponía a sacrificar a su hijo...

Al amanecer del noveno día del mes de Dul Hidcha, Nizar hizo en Mina la oración de la aurora e inmediatamente emprendió la marcha hacia el Chebel Arafat.

Desde hacía tiempo el valle de Arafat estaba cubierto por miles de tiendas, por camellos y hombres que hormigueaban en la penumbra del amanecer y dentro de espesas nubes de tierra. Allá, envuelto en la calina matinal, surgía el monte sagrado de Arafat, donde está el *Chebel Ar Rahma.*

Era difícil transitar por el valle, debido al apelmazamiento de peregrinos y animales y a la muchedumbre de mercaderes que habían instalado amplias tiendas de comestibles. En todas partes se oían voces que preguntaban dónde se encontraba el agua. Junto a la cisterna de Zubeida había violen-

tas escenas de pugilato entre los que pujaban por llenar sus odres.

Los sirios plantaron rápidamente sus tiendas, se ablucionaron, y después de repetir «¡Labbaika, Allahumma labbaika!», hicieron invocaciones a Alá y, volviéndose hacia la Meca, se entregaron al azalá de zohor.

Terminada la oración se vió por oriente una polvareda: la alarma cundió en el valle. ¿Qué pasaba? Un grupo de fieles, apartado demasiado del lugar de concentración, había sido atacado por algunos beduinos audaces. Felizmente, se pudo alejar sin mayor trabajo a los temerarios.

Cuando el sol comenzó a declinar, un clamor general anunció la gran ceremonia.

El monte, cubierto por completo de creyentes con sus vestiduras albas, parecía nevado, y en la cumbre, el *játib* montado en una camella blanca, ricamente paramentada, comenzó su primer y corto sermón piadoso, que pocos pudieron oír, repitiendo muchas *telbías* mientras que a su lado se hacían flotar banderas, para que los creyentes, todos de pie y con los brazos alzados, repitiesen a un tiempo y con muy alta voz: «¡Labbaika, labbaika!»

El muecín entonó el azán, los creyentes oraron, y de nuevo el játib recitó otra *jotba,* interrumpida por muchas letanías. ¡Oh instantes de grandeza incomparable, en los que el alma del creyente se eleva pura, hasta las regiones más altas de la

fe! Muchos afligidos lloraban, pidiendo que Alá les perdonase sus pecados. En todos había ansiedad.

Durante esta ceremonia, cuya magnificencia religiosa no podré describir, ¡oh Emir!, eran incesantes los clamores ardientes de hombres y mujeres, pronunciando los nombres de las personas a quienes reemplazaban o de los parientes y amigos que se habían quedado en sus lejanos países.

Otros voceaban pidiendo silencio, asegurando que se les impedía concentrarse para elevar el alma hasta Alá.

Con frecuencia caían muchos a tierra en extrañas convulsiones, y no tardaban en quedar muertos.

Como todo peregrino debe estar dispuesto a morir, y como es muy halagüeño tener la dicha de dejar el mundo en suelo santo, a nadie llamó la atención la frecuencia de estas desapariciones, que ese día eran, ciertamente, muy numerosas.

Cuando el sol se aproximó al horizonte, los peregrinos, en un deseo inquietante de huída, desarmaron apresuradamente sus tiendas: todos querían ser los primeros en regresar hacia Mina y hacerlo lo más junto posible del játib, que ya había iniciado la retirada, a imitación del Profeta (¡gloria eterna para él!).

La confusión fué grande: llamaban unos a las personas perdidas; otros insultaban a quienes derribaban sus bagajes al no poder domeñar a sus camellos espantados, otros daban puñetazos y puntapiés a los empacados borricos, y las mujeres cogían en sus brazos a los hijos, echando a correr, para evitar ser aplastadas por los animales, obligados a regresar a toda carrera. No fueron pocos los contusos y hasta los muertos, en las insospechadas violencias de aquella escapada temeraria hacia Mina. Importaba llegar a Muzdálifa lo antes posible, para hacer la oración del crepúsculo y de la noche a un mismo tiempo.

En menos de una hora, el valle de Arafat quedó solitario: sólo se veía a los mercaderes, cargando apresuradamente sus camellos, temerosos de ser atacados por los beduinos.

La enorme caravana hizo alto en el valle de Muzdálifa para pernoctar, y para que cada creyente recogiese las cuarenta y nueve piedrecillas que debería arrojar a los *Chaiathín* de Mina. También se detuvieron para encender numerosos cirios.

La noche, con su frescura y su cielo estrellado, dió un poco de alivio, pero el descanso fué breve: la alegría que caracteriza a los que se alejan del Monte Arafat se trocó, pronto, en una viva incertidumbre. Circuló la noticia de que en Mina, desde el día anterior, morían muchas personas atacadas de una enfermedad espantable. El mal era general y violento: hasta los que trabajaban haciendo fosas o conduciendo cadáveres caían de pronto y morían, sin ser posible socorrer a nadie.

Confiados en la voluntad de Alá, y sabedores de que lo escrito solo Él puede cambiarlo, la ca-

ravana de millares de peregrinos reanudó de madrugada la andanza a gran velocidad. Los musulmanes repetían imploraciones, mientras las madres oprimían en sus pechos a los hijos, y mirando al firmamento decían: «¡Alá, eres Único y Misericordioso!»

Llegaron a Mina en la mañana de *Aid Er Rebir* y de *Kurbane*.[1]

Muy alto, tocando las nubes, revoloteaban infinidad de aves de rapiña que frecuentemente se arrojaban a tierra, cual saetas disparadas desde el cielo.

Antes de entrar en Mina se encontraban hombres muertos, sobre cuyos cuerpos muchas aves de presa graznaban, como si acompasaran sus carniceros brincos y aleteos. Veíase también a hombres y mujeres correr con desesperación: los ojos terríficos, la boca abierta, y sudorosos. Pedían agua a gritos y se dejaban caer: cogiéndose la cabeza con ambas manos clamaban desoladoramente.

El pánico fué tan intenso entre los que iban llegando, que el llanto y las raucas suplicaciones a Alá, sustituyeron a las manifestaciones jubilosas inherentes a quienes retornan a Mina, última estación que los convierte en haach.

Un morabito, magro y provecto, decía a grandes voces estas pías palabras:

— ¡Creyentes! ¡Recibid la voluntad de Alá con

1) El 10 Dul Hidcha.

alegría en el alma! ¡Quien muere en Tierra Santa es el más dichoso! ¡Humilláos ante el Divino, arrepentíos sinceramente de vuestros pecados, y subiréis al Cielo más alto!

La innúmera caravana se detuvo. Muy pocos armaron sus tiendas. La mayoría se apresuró a llegar hasta la bajada del desfiladero que conduce a la Meca, para lapidar al Chaithán Quibir, lapidación que no debe hacerse después de comenzadas las cuatro horas anteriores al medio día.

Mientras lapidaban, todos decían:

— ¡Labbaika, Alá es el Sustentador, el Único! En nombre de Alá yo te lapido, ¡oh Chaithán! ¡Labbaika! ¡Alá, Alá! Tu Libro es mi ley, Mahoma es tu Profeta e Ibrahim es tu amigo. ¡Te lapido, Chaithán maldito, como lo hizo Ibrahim cuando *Iblís* lo tentaba, para que desobedeciese a Alá y se negase a sacrificar a su hijo Ismael! ¡Gloria al hacedor del Bien y del Mal! ¡Labbaika!

Atribuyendo — con mucha razón, ¡oh, Emir! — la enfermedad que desolaba la comarca a la malignidad de Chaithán, que había enviado un ejército de genios malos contra los creyentes, los peregrinos pusieron tanto ardor en lapidarlo, que no contentos con arrojar las piedrecillas traídas de Muzdálifa, cometían la falta ritual de arrojarle grandes guijarros y cuanta cosa encontraban a mano. Los más furibundos solían tener tan mala puntería que herían de mala manera a muchos muslimes. Los heridos, iracundos, respondían de igual modo a

los involuntarios agresores, llamándoles «¡Chaiathin malditos!» La batahola fué enorme y los pugilatos sangrientos. Los beduinos acometían con sus ariscos camellos; los borricos, montados por magrebeses y sirios, viéndose acosados, daban coces sin cesar. La trápala era tal, que los ánimos hervían en rencor, hasta que el fuego del sol y la sofocación de la tierra, que todo lo invadía, terminaron por dejar aplastados hasta a los más fuertes y recalcitrantes.

Ak Sonkor y el Emir Nasser, con todos los nobles sirios lapidaron, también sin apearse, a Iblís.

Cumplida esta indispensable obligación, los peregrinos saciaron la sed y se purificaron con mucha dificultad en la cisterna de Zubeida. Los ricos evitaban los apretujones comprando el agua, a grandes precios, a los múltiples aguadores que circulaban.

Pronto se instalaron miles de tiendas. Durante toda esa tarde y esa noche las oraciones y las telbías eran interrumpidas sólo por los llantos y el espantoso gemir de los enfermos y agonizantes, de quienes hasta los mismos padres e hijos se alejaban con terror. Muchos santos creyentes que, por la penitencia y la meditación, habían logrado la Unidad, se apresuraban a socorrer a los bienaventurados enfermos, recitando en sus oídos la profesión de fe y exclamando: «¡Oh Alá, concédeme el favor de morir, como este agraciado, en la tierra que Tú has elegido!»

En la mañana del día once, Nizar se retiraba de lapidar el último Chaithán, cuando vió llegar a

Zaadet, con paso tambaleante, las greñas sobre las espaldas, el semblante lívido y los vestidos trapajosos. Tenía los pechos descubiertos por el desgarramiento de las ropas, en evidente y desesperado deseo de alejar una sofocación angustiosa.

— ¡Nizar, Nizar! —, repetía la joven con la boca espumosa y la mirada extraviada —. ¡Agua, agua!

La mujer llevó sus manos al pecho y cayó, como transfija por una daga invisible. Retorcíase en tierra y los dientes le rechinaban, ensangrentándole la boca: todo su cuerpo se estremecía por un retemblor de frío intenso. Zaadet, con los ojos rojos y salientes, miró fijamente a Ak Sonkor, se llevó las manos al vientre, lanzó un quejido, y murió en una contracción de violencia inverosímil.

Ak Sonkor se inclinó hacia la enferma, y, al verla morir, la tomó en sus brazos, y le susurró al oído:

— ¡Afirmo que no hay otro dios que Alá y que Mahoma es su Profeta!

La madre de Zaadet llamaba a la hija con desesperación, confiando en la bondad del Grande. Al verla muerta sufrió un desmayo.

Nizar ordenó a Jalil y a otros esclavos que sepultasen a Zaadet, y junto a la tumba de la hermosa recitó, acompañando a la anciana madre, varios suras del Corán.

Luego, un esclavo de Ak Sonkor recibió el encargo de conducir a la madre de Zaadet, durante el retroviaje de la caravana siria.

(¡El que da la muerte dió la vida y sólo Él sabe por qué dió la vida y la muerte!).

¡Oh, Emir!:

Ak Sonkor sufría, como todos, el suplicio de los olores insoportables que emanaban de las víctimas expiatorias, a las que no se enterraba, y de las carnes de los sacrificios puestas a secar al sol: todo el lugar olisqueaba a putridez.

Los sanos se alejaban temerosos y horrorizados de los enfermos, que estirando los brazos se cogían de sus ropas pidiéndoles socorros. Algunos morían después de haber inmolado sus corderos. ¡Alá los hacía entrar derechamente al Paraíso!

La confusión y el pavor eran tan grandes, que Mina, lugar de regocijo, se convirtió en un valle de extravío y estupor.

Precipitadamente los peregrinos compraban a los beduinos corderos y camellos, y los sacrificaban en abreviadas ceremonias y en torpe jifería.

Tanta era la precipitación, que nadie se preocupaba de averiguar si los camellos eran mayores de cinco años; si los corderos habían sobrepasado los doce meses, ni si los animales tenían o no defectos físicos. Los beduinos vendían bien y, con fáciles trapacerías, quedaban libres de animales viejos e inútiles.

Ak Sonkor sacrificó la camella que traía Jalil de la brida. Adornada de rico pabellón de seda, al cuello un collar de cuerda con una sandalia pendiente, tenía en una de sus jibas una marca hecha con

hierro candente. Para mayor piedad sacrificó Nizar tres camellas más, que compró a los beduinos sin dejarse engañar.

Nizar dió de beber a las camellas, las acarició, las puso de pie mirando hacia la Meca, y se apartó para afilar la cuchilla. Con golpes seguros dados en la concavidad del esternón, les quitó la vida diciendo: «¡En el nombre de Alá! ¡Alá es el más grande! ¡Oh Señor!, de ti, contigo y para ti. ¡Acepta este sacrificio como lo has aceptado de Ibrahim!»

Jalil compró un cordero, hizo el simulacro de la marca, lo acostó sobre el lado izquierdo y lo degolló.

Amo y esclavo dieron las carnes de sus víctimas a los pobres llegados de la Meca, como así lo ordena el Libro.[1]

Al amanecer del día doce, Nizar lapidó, por última vez, a los tres Chaiathín de Mina.

Entregado a socorrer a los enfermos, no demostraba mayor premura por regresar a la Meca. Su confianza en Alá era tan inmensa, que no temía ningún mal y repetía:

— Si Él ha dispuesto que llegue mi hora, llegará aun cuando me abstenga de hacer este bien.

En cambio, Jalil se prendía de las ropas del Emir y le imploraba que se alejase cuanto antes del peligro, pues no era posible hacer frente y vencer a un enemigo invisible.

1) Ver Corán. Sura XXII, aleyas 37 y 38.

El Emir Nasser, muy atado a la vida, lloraba sin consuelo, pidiendo la protección del Altísimo y dando órdenes para que la caravana siria emprendiese, sin pérdida de tiempo, el regreso.

Los sirios fueron los primeros en dejar Mina.

A media hora de camino, la camella de Ak Sonkor pisó a una mujer: estaba muerta y apretaba en sus brazos al hijo de tres años. Nizar se detuvo, y ordenó a Jalil recoger a la enteca criatura, que lloraba levemente. Tomóla el Emir en su regazo, y reanudó la marcha hasta que la infeliz criatura dejó de llorar...

Descendió el joven, se apartó del resto de los peregrinos, y con su esclavo enterró a la inocente, recitando las oraciones rituales.

El sol ardía esa tarde con más fuerza que antes. Las horas pasaban con lentitud martirizante. Cuando ya no se vió Mina, y al llegar frente al Chebel En Nur los sirios se detuvieron.

Inmediatamente los fieles se volvieron hacia la derecha para contemplar la montaña que guarda la gruta de Hira en la cual el Profeta (¡sea siempre en paz!) pasó quince años en contemplación y en donde, en la noche de *Al Cader*, recibió la luz del Corán. A un mismo tiempo los muslimes elevaron sus brazos y en imploraciones jocundas pidieron a Alá el perdón de sus culpas y que los preservase de la peste.

Los hombres que no lo habían hecho en Mina se motilaron el cabello; las mujeres se recortaron

las puntas de sus cabelleras y, ¡oh Emir!, aquellos a quienes Alá condenó a tener la cabeza fría en invierno y ardiente en el verano, debieron contentarse con que los barberos imitasen la motilación de los cabellos que no tenían.

Para la mayor parte, la motilación fué la liberación de suplicios, pues, bien sabes, Emir, que la piedad de los musulmanes es tanta, es tan grande la misericordia divina, que durante el tiempo que los creyentes visten el ihram, no pueden molestar los parásitos que quieran alimentarse con la dulce sangre del peregrino.

(¡Gloria al Altísimo que es el más sabio!).

El Emir Al Hach recordó a los peregrinos que si bien habían terminado la *hach*, no debían olvidar que les estaba vedado todo contacto carnal hasta llegar a la Meca, hacer las últimas oraciones y visitar la Caaba.

Los sirios reanudaron la marcha con mucho contentamiento. Al atardecer entraban en la Santa Ciudad, habiendo dejado en el camino muchos enfermos y muertos.

Encontraron la ciudad dominada por justificado espanto. ¿La peste se enseñorearía también sobre la Meca?

— Los culpables de esta peste, ¡oh Señor! — dijo Jalil —, son los chiitas, que ofendieron en Medina las tumbas de nuestros califas...

— No, Jalil — respondió Ak Sonkor —, los culpables son los hombres, somos nosotros... Sí,

nosotros damascenos, que no impedimos que los infieles se apoderen de las tierras de Alá... ¡La ofensa que hicieron los chiitas a las tumbas de dos hombres, no puede ser castigada por Alá en esta forma! ¡No hay que endiosar a los hombres! Los chiitas no han ofendido a Alá: ¿no los has visto en la Caaba, en el Monte Arafat y en Mina, cumplir, como el mejor zunita, las obligaciones de los buenos muslimes?

¡Oh, Emir!:

Los peregrinos sirios, muy disminuidos por la fatiga y la peste, hicieron el último távaf de la Caaba con alegría desbordante.

Nizar y muchos otros mojaron en agua de Zemzem finas telas blancas que pusieron a secar al sol, sobre las piedras, diciendo entre oración y oración:

— ¡Oh Alá, esta gasa me servirá en vida de turbante y al morir de mortaja! ¡Eres el más Grande y Misericordioso!

Deseoso de evitar mayores males, el Emir Al Hach Nasser ordenó que todos los suyos estuviesen prontos para partir al alba del segundo día, y con mucha premura trató con los beduinos, pagando sin regatear lo que le pidieron, para obtener, en cambio, seguridad y hasta protección en el tránsito de la Meca a Medina.

Alborozados, los sirios pasaron dos días entregados al placer del vino y de la mujer. Dejarían la Santa Ciudad, pobres y caídos de cuerpo, pero con el alma remozada y rica de satisfacciones espiritua-

les; reconfortados, sabiendo que habían ganado la gracia de Alá.

Las callejuelas y los zocos adquirieron el movimiento inquietante de los grandes días. La mayor parte de los peregrinos se disponía a partir. Muy pocos se quedarían en la Meca, puesto que el miedo a la propagación de la peste alejaba a los más piadosos.

Quinientos persas, habiendo llegado tarde para estar el noveno día del mes de Dul Hidcha en el monte Arafat, debían quedarse en la Meca hasta el próximo año... Los retrasados veían, con envidia y harta pavura, los aprestos de los felices que habían terminado la peregrinación.

Los preparativos de la partida solían ser interrumpidos, para dejar libre el camino a los cortejos fúnebres...

Los mercaderes quedaban, ese año, con las tiendas llenas, y pocas eran las ganancias de los lupanares. El fantasma de la muerte barría la ciudad.

Nizar se despidió del Emir Nasser, diciéndole:

— Entrega esta carta a mi padre y díle que me has dejado con buena salud y que Alá continuará protegiéndome. Ahora pasaré el verano en la montaña, en Táif, y luego iré a *Misr*. A mis esposas les entregarás lo que llevan este camello que te confío y los otros, que, por tener carga de menor precio, irán al cuidado del esclavo eunuco: del mismo encargado de reconducir a Esch Scham los veinte

pobres, que quedan de los cincuenta, a los que pagué la peregrinación. También conduce a la madre de una hermosa mujer a quien amé. ¡Cuida de ella! Tengo suficiente dinero, pero díle a mi padre que en *Masr el Káhira* necesitaré más. ¿Has pagado bien a los beduinos? ¡*Assalam Alaikum*! —, dijo Nizar, besando las barbas del Emir.

El Emir Nasser partió muy resentido con Nizar, porque le había hecho perder una fortuna en el asunto con los beduinos.

Los mercaderes de Damasco tampoco estaban satisfechos: habían malvendido los géneros llevados en sus camellos y peor mercado los productos del Nayed y del Yemen.

VII
LAS ESCLAVAS

¡Oh, Emir!:

A MECA había quedado silenciosa. Los zocos estaban poco concurridos y las callejas solitarias. En los pórticos de la Meschid al Haram se veía siempre a numerosos corros de creyentes junto a los alfaquíes, a los copistas, a los escribas y a los encuadernadores... Entre aquellos había muchos magrebenses, sirios y persas, que hicieron votos de quedarse en Tierra Santa hasta el fin de sus días mortales.

Nizar desechó la idea de irse a la montaña. La peste hacía estragos en la ciudad, y él no debía abandonar a los necesitados. La convicción de que aun no le había llegado la hora y de que Alá lo reservaba para grandes empresas, le daba fuerzas. ¿No significaba una cobardía, huir justamente cuando

mayor socorro demandaban los enfermos y desdichados?

La figura gallarda, los ricos vestidos, el airoso mirar, la generosidad ostentosa esparcida sin recatos, y el valor con el cual socorría, personalmente, a los apestados, impresionaron en la ciudad, y el nombre del Emir Nizar Ak Sonkor Ibn Anar fué repetido, con admiración y respeto, por todas las bocas de la Santa Ciudad. No causaron menor admiración entre los mecanos las poesías que Ak Sonkor recitó en las reuniones del *Haram Esch Cherif.* Jalil, por su parte, se encargaba de pregonar los méritos de su señor. Y así fué como amo y esclavo recibieron las mayores muestras de consideración, desde el Cherif de la Meca hasta de los más rotosos mendigos.

Jalil no había olvidado aquel encuentro del atardecer, en una rúa silenciosa, con el rufián que les aseguró poseer muy buenas esclavas y, terminada la peregrinación, se fué a visitarle. El proxeneta le ofreció ardientes mujeres y el esclavo desfogó su cachondez con insaciable brutalidad.

Preocupaba a Jalil la sorprendente indiferencia del Emir por las mujeres. Eso no había ocurrido nunca, y temía por la salud de su Señor. Alentado por algunos mercaderes, interesados en el negocio, no le fué difícil averiguar a Jalil dónde se podrían comprar esclavas hermosas, jóvenes y vírgenes... Y, bien enterado, una mañana en que Nizar despertó de buen humor, le dijo:

— Hace más de un mes, Señor, que estamos en la Meca y las mujeres hermosas que encontramos en el Haram Esch Cherif y en los zocos, se preguntan si ese apuesto Emir damasceno se olvidó de su juventud...

— No me he olvidado, por tu cara sin barbas, pero ¿crees posible que me gusten feas y sucias prostitutas? No ha faltado quien me ofreciera jóvenes hermosas, pero ante el dolor que aflije a la ciudad debemos multiplicar nuestras rogativas para que desaparezca la peste. No me sería posible entregarme al amor, mientras que, al subir a las azoteas, durante las noches, en lugar de risas y quejidos amorosos se oyen las guayas de las mujeres por la muerte de sus maridos o hijos....

— Eres el más bondadoso de los hombres... pero, oh Señor, conozco un vendedor de esclavas... Esta tarde, después de la hora de asr, nos esperará...

Caía la tarde. Después de obedecer al pregón del muecín y orar en su habitación, Nizar salió precedido de Jalil, que le abría camino apartando a los importunos.

La Meca se llenaba de sombras. Los mucharabíes se abrían, y se adivinaban mujeres mostrando sus carnes cálidas y sudadas. Desde lejos llegaban el son de un tamboril y la melodía de una voz femenina entonando una canción de amor. En las grietas de las callejuelas se veían las primeras estrellas, iluminando débilmente en un cielo claro. Era, oh Emir, el peligroso instante en que se efectua el relevo de

los ángeles diurnos, protectores de los hombres, por los ángeles que deben ampararlos durante la noche. En esa hora de semisombras, Chaithán está alerta; al menor descuido aprovecha la debilidad de los creyentes, y, sustituyéndose a sus guardianes, ya por maña o por fuerza, se complace en tentar a los fieles y los conduce por el peñascoso camino del mal... El crepúsculo es la hora de las inquietudes.

Nizar marchaba despaciosamente. Por las ventanas salían acres olores de grasa de cordero quemada y aromas penetrantes de ámbares. Sentados a las puertas de sus casas había hombres y mujeres, que mordían frutas de carnocidades sugerentes.

En las calles solas y calladas, encontró Nizar algunas mujeres que, al pasar, rozaban sus ropas, abrían con ambas manos los vestidos y mostraban los senos, con los pezones pintados de oro.

(¡Nuestras oraciones para Él, que hace reventar los higos con rosado jugo!).

Nizar continuaba indiferente, siguiendo con desgano a Jalil. Añoraba a Esch Scham, su frescura, sus fuentes, su olor a flor y a huerto, sus palacios, sus buenos caballos, las esposas, los hijos. Ahora en la Meca vivía solitario, sin boato y sin amor. Jalil era su mejor compañero. Como servidumbre inferior tenía sólo tres esclavos palafreneros y otros tres camelleros. Únicamente disponía de dos buenos caballos, uno ruano y otro de guerra.

Si bien había recomenzado su interrumpida copia del Corán; recibía lecciones de un afamado calígrafo de Persia, y era discípulo del sabio y santo *Abu Hafs Omar*, en cuya almadraza conoció y se amistó con nobles del Andalús y de otras tierras islámicas; si con frecuencia era invitado al Palacio del Cherif, faltaban al Emir Nizar mil otras cosas, que allí parecían fantásticas, y que solamente Damasco era capaz de ofrecerle.

Mas, oh Emir, todo el mal que aquietaba a Nizar y le tenía el ánimo marchito y débil la pujanza, no era otra cosa que nostalgia del país natal.

Después de un largo paseo, Jalil se detuvo y dijo:

— Es aquí. Prepárate, ¡oh Emir!, para ver maravillas.

Dos golpes, y una puerta se abrió empujada por un eunuco de cutis rugoso y vientre de camello.

En el gran patio, casi a oscuras, había una fuente sin agua, y en bancos puestos junto a los muros unas veinte mujeres de variada edad: alcanzadas y robustas, tristes y alegres, que al parecer se habían escapado de un reino de maldición, donde lo horripilante, lo grotesco y lo sucio eran la mejor nobleza.

— No es esto, señor... Estas son las esclavas que se venden para el trabajo. A esta hora, después de cerrar sus almacenes, suelen venir mercaderes a comprarlas.

Nizar se tranquilizó: en efecto, varios mecanos discutían acaloradamente con el traficante el precio de una esclava.

— ¿Doscientos dinares de oro por esta vieja de carnes fofas? Te doy cincuenta o me marcho...

El trapacista corrió hasta la puerta y, cogiendo al cliente por un brazo, lo volvió al medio del patio.

— Juro por tu cabeza, señor generoso y noble, que te estoy pidiendo la mitad de lo que me costó. Mira y toca estos senos, son duros como piedra de mortero; estas piernas parecen dos troncos de roble. Observa cómo marcha, cómo corre... ¡Eh!, ¡perra!, más de prisa, para que este señor, que es la generosidad en persona, te compre y seas feliz... ¡Ah señor!, te aseguro que es una hembra muy bien parecida y muy buena paridora.

El cliente detuvo a la esclava con violencia, y después de palparla cuidadosamente, le abrió la boca, le acercó una candela, y gritó indignado:

— ¿Crees tú, puerco, que me engañarás? ¡No quiero viejas con los dientes careados, con los senos que le llegan hasta el ombligo y con estas nalgas que parecen de trapo! ¡Que venga esa otra! — agregó, señalando a una negra.

En el fondo del patio, una vieja esclava daba puñetazos a un mecano enclenque, y le acusaba:

— ¡Hijo de perro! ¡Ahora te eché las manos! Después de haberme hecho trabajar toda la vida; de haber ganado con mi cuerpo, alquilándome a los peregrinos; de haberte satisfecho todos tus cochinos antojos, me quieres vender, y como nadie me comprará, me harás libre, para que me muera de hambre. Tu madre... ¡si lo sabré yo!, tu madre te parió de

un amor... Pero, ¿qué puede importarte eso a ti? No; no quiero ser libre, y tú me conducirás de nuevo a tu casa.

Muchas esclavas rodearon a Nizar ofreciéndose y ponderando sus cualidades de buenas trabajadoras.

Jalil intervino, y a fuerza de golpes las alejó gritando:

— ¡Fuera! No es a vosotras a quienes desea el Señor Emir... ¡Eh! ¿dónde está ese patrón?

El traficante, al oír las voces del esclavo, advirtió la presencia del Emir y se precipitó a pedir disculpas por la tardanza en ponerse a sus órdenes. Haciendo profundísimas reverencias, condujo al noble cliente a una habitación alumbrada con cuatro candelas.

Ordenó que sirviesen al huésped agua azucarada, que lo perfumasen y, después de largo parlerío, dijo con ampulosa entonación:

— Aquí encontrarás la esclava de lujo y de placer que tú deseas y mereces. No olvides que te encuentras en la casa del mercader más honorable de la Meca. Soy un comerciante honrado y de muy noble familia. En mi casa se han provisto de esclavas todos los grandes del islam. Desde aquí han salido mujeres que llegaron a ser famosas, en el Irak, en Misr, en Magreb, en Siria, en al Andalús. Tengo jovencillas blancas y rubias; morenas y de cabellos azules. La edad varía de trece a quince años. Algunas son silenciosas, otras parleras; las hay gordas

y las hay delgadas; altas, y, si lo deseas, bajas; humildes de origen y de noble alcurnia. Tengo las que saben atacar en el amor y las que esperan la iniciativa del amante. Poseo bailadoras consumadas y excitantes; poetisas inspiradas y excelentes tocadoras de laúd y de guzla. Puedes elegir la raza y la nación, y las hay cristianas, judías y muslimes... ¡Oh Emir, todo se obtiene siendo generoso! ¡Alá nos facilita el placer!

En la amplia habitación había buenas alfombras; amplios divanes rodeaban los muros, y, en un rincón, un sahumerio dejaba escapar una columnita de humo. En el fondo, junto a una puerta, detrás de un cortinado, se oían risas contenidas y secreteos mujeriles.

— ¿Oyes? Esa cortina, oh grande y generoso, oculta a las hermosas. Se inquietan por venir a tu lado y conquistar tu voluntad...

— ¿Cuantas son?

— ¡Cincuenta! Este año no ha sido bueno para los mecanos: la peste alejó demasiado pronto a los peregrinos, pero Alá ha sido benigno conmigo: se me han muerto sólo cinco esclavas de las sesenta que tenía.

— ¿Tienes ahora alguna enferma?

— No; la que enfermó ayer murió esta mañana.

Nizar comenzaba a fastidiarse, y se iba a marchar, cuando Jalil se apresuró a descorrer la cortina.

Las voces y las risas de las mujeres se agudizaron, y entonces el traficante exclamó:

— ¡Oh hermosas!, aquí tenéis al Emir más rico de Esch Scham, al más valiente, al más dadivoso, al más bien nacido y al más gallardo. ¡Mostraos, una a una, y descubrid vuestros encantos!

De la oscuridad de la vecina estancia fueron saliendo jovencitas semidesnudas, caminando con paso quebradizo: algunas, tímidas, tenían la frente baja; otras, osadas, miraban sonrientes. Casi todas cubrían sus senos con las manos cruzadas, y algunas con sus largas cabelleras.

Eran realmente jovencitas y bellas: tenían cutis frescos y formas atrayentes.

Cuando la décima pasó junto al Emir, éste la detuvo con un signo y le preguntó:

— ¿De dónde eres?

— Dicen que nací en Schirvan.

— ¿Cómo te llamas?

— Zibba...

— ¿Virgen?

El traficante intervino:

— ¿Virgen? ¡Virgen!... ¡Mejor que si lo fuese! Esta es la esclava más cara que tengo. ¿Consideras realmente, en una esclava, gala la virginidad? ¿Es, por ventura, un placer el inútil y enojoso fastidio de la desfloración? ¿Te agrada la fatigosa tarea de enseñar el arte del amor? Zibba es una jovencita... virgen ayer, mujer y maestra hoy en los menesteres

del deleite. Admira sus negros cabellos, su cutis de patinado marfil, sus ojos chispeantes, sus dientes blancos y sabrosos como leche de cabra, sus senos tiesos, sus caderas ondulantes...

— ¡Que venga otra! — ordenó Nizar con autoridad.

Zibba se retiró avergonzada y ofendida, mas, luego, se volvió para besar los pies del Emir y rogarle:

— ¡Dueño y señor!: házme la gracia de beber tus besos y de vivir para tu regalo.

Una a una pasaron las cincuenta esclavas sin que Nizar demostrase interés por ninguna de ellas.

Desesperaba el traficante, cuando se le ocurrió decir:

— Comprendo que ninguna de estas jóvenes te haya gustado. Para un señor de tu calidad debí ofrecer la mujercita más bellida de la Meca y de Arabia entera. Dentro de un instante te traeré una hurí incomparable, que está en el harén de un potentado. Sólo te imploro un poco de paciencia. He de raptarla con mucha cautela. Ella, debo advertírtelo, es tan tímida, que no consentirá en mostrarse, de primera intención, en todo el esplendor de su belleza...

El traficante ordenó a las cincuenta esclavas que se retirasen; hizo servir a Nizar dátiles, vino de *nébid* y miel de Táif; dispuso que sólo dos escla-

vas cantasen y bailasen y, sin decir más, desapareció.

Al cabo de largo rato volvió el traficante. Alzando los brazos y dando voces de júbilo, informó que, después de haber violentado una puerta y comprado la complicidad de un eunuco, pudo liberar a la mujer más excelsa de la tierra, que lloraba su dura reclusión, e hizo, por fin, entrar a una jovencita envuelta totalmente en tules negros.

Nizar la contempló largamente. Adivinó la carne rosa a través de los tules; vió el esfuerzo de los senos por liberarse de la presión de la tenue tela. Sus pies estaban adornados de carcaxes y los brazos tenían argollas de oro y vidrio.

— Es hermosa y dócil; es virgen y ardiente. Con impaciencia esperaba a un gallardo emir para entregarle el secreto de su vida... Es la hija de un noble señor, que había dispuesto casarla el mes próximo con un rico mercader, viejo, avaro, enfermo, repugnante...

La jovencita entreabrió el velo y mostró su boca apasionada y una blanca sonrisa; los senos rasgaron la tela.

Nizar sonrió. Las esclavas de la danza y del laúd aceleraron el ritmo.

Nizar llegó junto a la seductora; la tomó por la cintura y la condujo al diván.

— ¿Cómo te llamas?

— Selma... — contestó con voz muy dulce.

— ¡Vale tres mil dinares, oh Emir!.. — mur-

muró el truhán, apagando dos candelas y dejando semioscura la habitación.

— Vale lo que tú quieras, mas sabe, bellaco, que no me has engañado. ¡Ven, Zibba, acompaña mi soledad de la Meca!..

VIII

EL REGRESO

¡Oh, Emir!:

PASADAS las primeras semanas de entusiasmo amoroso, Nizar dejaba frecuentemente a Zibba al cuidado del eunuco camellero y dedicaba mucho tiempo a la oración, junto a la Caaba, y, por fin, resueltamente, emprendió la tarea de dar término a la copia del Corán. La caligrafía clara y uniforme, las capitales floridas e historiadas, hechas con oro y púrpura, causaron la admiración hasta del calígrafo persa que le enseñó sus secretos del cálamo y del color.

Fatigado de quietud, sediento de acción, Nizar se relacionó con mecanos intrépidos — no todos, ¡oh Emir!, son codiciosos y pusilánimes en la Santa Ciudad —, y con frecuencia salió en expedición para batir a los beduinos que dificultaban las peregri-

naciones. Su alfanje se cubrió de gloria, y fué un emir respetado y amado en todo el Nayed.

Contaban en la Meca que un día Nizar y algunos amigos extravagaban, entretenidos en cazar avestruces. Después de varias horas de correrías, los cazadores fueron sorprendidos por un león. Los acompañantes del joven damasceno — y hasta Jalil, que se tenía por valiente — escaparon aterrados. Nizar, en cambio, hizo frente a la fiera. De pie, armado de su alfanje y protegido por el pavés, tras larga lucha, de la cual salió con el cuerpo desgarrado y cubierto de sangre, humilló al animal.

Ak Sonkor volvió a la Meca con la piel del león en las ancas de su yegua.

El mal de ausencia de la tierra natal; el deseo de vivir a lo grande; el ensueño de realizar trascendentales acciones, hicieron desdeñar a Ak Sonkor el prestigio ganado en el Nayed. Nada había mejor para él que su Damasco, y no pudiendo soportar por más tiempo el alejamiento, resolvió partir de la Meca rumbo al Cairo, para complacer de esa suerte a su padre y acortar el tiempo del apartamiento de su ciudad, rica de sombras, abundante de aguas frescas y esplendorosa de lujo.

Regaló a un amigo la hermosa esclava Zibba, a otros sus caballos, y partió un amanecer para Chada, donde se embarcó con sus esclavos hacia Egipto.

En Masr el Káhira, recibió el dinero que el Gran Visir le remitió por intermedio de un acaudalado mer-

cader. Reanudó su vida de estudio, frecuentando la riquísima biblioteca del Palacio de los Fatimidas, y fué agasajado por los privados del Califa Almanzor II Mahadi.

Más tarde pasó a Alejandría, y allí se amistó con un sobrino del Emir Usama, llamado Schams Eddin el Mukidhite, fino poeta, con quien concurrió a las lecciones que daba el célebre *Abu Tahir Ahmad As Sulafi Ispahan.*

Entre tanto, Ak Sonkor no olvidaba de enviar sus noticias a Damasco y de requerir, con frecuencia, las novedades de su ciudad. Por su parte, el Gran Visir cuidaba a su hijo desde lejos, poniendo a su lado secretos custodias.

Las esposas de Nizar vivían tristes, entregadas a sus trabajos de tejer alfombras y telas y al cuidado de los hijos, que se educaban según los consejos de Moin Eddin.

Muchas veces las esposas salían de paseo fuera de los confines de la ciudad, llegaban hasta más allá de los huertos y, silenciosas, dirigían las miradas al desierto, esperanzadas en ver llegar al que las olvidaba. Volvían al harén, aquejadas por el desapego del bienamado.

El estudio y el placer entretuvieron a Nizar en *Iskanderiyeh,* retardando su retorno a Esch Scham, pero una noticia ingrata lo decidió a no dilatar ni un día más su regreso. Regaló a su amigo Schams Eddin sus seis esclavos palafreneros y camelleros, y con

Jalil se embarcó en la primer nave genovesa que zarpó con destino a Beirut.

Se había enterado, con vivo disgusto, de las intrigas urdidas en Damasco por el ingrato Muiad Ad Daula Abu Favaris al Musaiad, conocido con el nombre de Ibn As Sufi, Jefe de los Servicios Municipales de la ciudad. Sus pérfidas maquinaciones habían exacerbado los ánimos en contra de Moin Eddin y de Usama, los dos extranjeros.

El Gran Visir, con objeto de detener la corriente de opinión adversa, esquivó la sociedad. de su amigo, confidente y consejero insuperable Fué tan violenta la oposición, que, con gran pena, se vió obligado a permitir el retiro del Emir Usama y a reemplazarlo, en su privanza, por el antiguo esclavo turco, prófugo de Zanghi, el Emir Ain Ad Daula Tuman Al Yaruki.

Mientras el barco que conducía a Nizar y a su esclavo Jalil hacia las costas de Siria navegaba con sus velas hinchadas, el joven poeta pasaba las horas en la proa, mirando al horizonte y pensando en la injusticia que significaba el extrañamiento del gran hombre, padre de su joven amigo Murhaf.

El Emir en desgracia había dejado Damasco, camino de Egipto, el Yun aletneín 28 Dul Hidcha del año 538.[1]. Usama salió al frente de una gran caravana, acompañado de toda su familia y de numerosos mamelucos y palafreneros. Iba pensativo: ¿encontraría en Masr el Káhira la buena acogida que merecía?

(¡Oh, grande es la sabiduría del Clemente, que da la fortuna y la desgracia, que eleva y desciende!).

Ak Sonkor trataba de encontrar consuelo contando a Jalil detalles de los días alegres pasados junto al Emir Usama y a su familia. ¡Ahora, ya no podría ir a la casa amiga, a oír la voz pausada y grata del Emir, que recitaba las innumerables poesías atesoradas gracias a su gran memoria; ya no podría ir a sentarse junto a la fuente del patio hospitalario y sombrío, a platicar con su amigo Favaris Murhaf!

Cuando en el horizonte vió el monte Líbano y luego la bruma del puerto de Beirut, Ak Sonkor, hastiado del mar, atizó su juvenil imaginación y pensó: «¡Oh tierra: eres propicia y grata al hombre! ¡Quién pudiese ahora picar un caballo y llegar, de un salto prodigioso, a la costa! ¡Vientos!: ¿por qué sopláis benignos?»

Tan pronto como una barca lo dejó en la playa, Ak Sonkor ordenó a Jalil ir al mejor kan de la ciudad y comprar las más veloces y resistentes yeguas que encontrase.

Nizar y Jalil, con un grupo de viajeros, emprendieron un viaje rápido a través del Líbano y, como gacelas, llegaron a la llanura de la Bekaa.

De pronto, los apresurados viajeros frenaron

1) El lunes 3 de Julio de 1144. Salió un día antes de la terminación del año de la héjira 538.

con violencia las caballerías: habían visto una nube de polvo que venía a campo traviesa, por lugares poco frecuentados. Algo anormal ocurría.

Ak Sonkor y sus compañeros se ocultaron detrás de una arboleda, y esperaron.

Con gran sorpresa vieron llegar a un grupo de caballeros francos escoltando un palanquín. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían y a dónde iban?

Viendo llegado el momento de cumplir con el juramento hecho en Jerusalén, Ak Sonkor desenvainó frenético el alfanje y echó a correr a su briosa, gritando:

— ¡Musulmanes, adelante! ¡Son francos que han extraviado el camino, o son avanzadas de infieles que quieren quebrantar las treguas! ¡Los hemos de vencer!

Jalil puso su lanza en línea y siguió a su señor; lo mismo hizo el resto de los musulmanes.

En efecto: eran cincuenta ferensis bien armados, que viajaban escoltando a un alto personaje de Jerusalén y a su joven esposa.

El encuentro con los cristianos fué sangriento.

Vencidos los francos, Nizar debió volver el arma contra sus compañeros, que se habían propuesto cometer una felonía. El joven Emir fué ese día escudo y escolta de la más hermosa cristiana que había en Sahel.

Con tan preciado tesoro, bien conquistado por cierto, y avanzando por los huertos y jardines de la Ghuta, llegó a Damasco.

Las cortinas del palanquín donde se transportaba a la cautiva se entreabrían, y el caballero de Damasco descubría frecuentes miradas furtivas de unos ojos zarcos que, cubiertos de lágrimas, imploraban misericordia...

Las aguas impetuosas del Barada, a cuyas márgenes marchó buen trecho, las sombras del atardecer, la celestial hermosura de la mujer conquistada y la alegría del regreso, sembraron en el corazón del Emir una intensa inquietud de amor.

Nizar Ak Sonkor Ibn Anar entró en Damasco una noche de principios del año 539[1], después de tres años de ausencia.

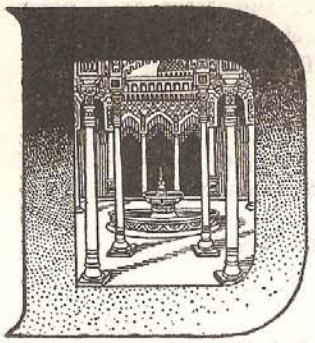
Su arribo fué muy festejado en el Palacio del Gran Visir y causó mucho contentamiento en la ciudad.

---

1) Mediados del año 1144 de la era cristiana.

IX
EL PATIO DE LA MEZQUITA

¡Oh, Emir!:



DESPUÉS de los primeros días de intenso júbilo, las esposas del poeta recuperaron su acostumbrada congoja. Nizar había resuelto casarse por cuarta vez, y la privilegiada era una mujer más joven y hermosa que e las. Para mayor vergüenza de las olvidadas, la nueva rival era cristiana de Sahel. Se llamaba Brunequilda, tenía catorce años; era rubia como una brasa, suave y contemplativa.

Varios meses de pasión desenfrenada, y de un amor desrazonado y violento, bastaron para que Ak Sonkor se fatigase de las caricias de su nueva esposa. Sin reparar en el daño que causaba, ni enterarse de las lágrimas que vertía a caudales la enamorada cristiana, Nizar trocó su amor por la indiferencia y el desdén.

El joven Emir se alejó del harén y frecuentó a sus amigos, trasnochando en leilas y zahoras que solían terminar mal. A los placeres del harén prefirió la caza, las justas de ingenio poético, las discusiones astrológicas, los debates religiosos, y hasta las jocosas y muchas veces sangrientas persecuciones de ismaelianos.

Acontecía que en los patios de las mezquitas, al anochecer, sentado junto a las albercas de las abluciones de purificación, se entretenía con los ulemas y sufíes, discurriendo sobre religión y frecuentemente controvertiendo sus teorías e interpretaciones.

A esas reuniones acudía un anciano que con patético lenguaje exponía sus místicas ideas, alabando la beatífica bienaventuranza de quienes podían llegar a la unidad con el Altísimo, mediante el amor, la meditación y la penitencia de los estoicos.

Una tarde, el anciano, entesando sus teorías, dijo con blanda voz:

— Las galas de esta ciudad y de vuestros hábitos, el formalismo con el cual hacéis vuestras oraciones, os alejan de la buena senda. Yo vivo retirado de todo regalo supérfluo: visto pobres ropas de lana, me alimento precariamente, duermo poco y en pleno campo... en cambio, derrocho piedad y me siento pletórico de amor. Me alejo de los hombres, para aproximarme a la Verdad. Los placeres terrenos me son indiferentes: lo que me sobra, que es mucho, lo doy a los pobres. Contrariando

las prácticas de los puros y de los santos — que se abstienen de hablar a los insensatos y que tienen por virtud el silencio —, interrumpo mi soledad para comunicar la Verdad a los hombres. Quiero enseñarles la vía recta, que se gana por el amor a todo lo bueno y lo creado; que conduce a la unificación con Alá, que es la Verdad, el Bien, lo Bello.

Hizo una pausa, meditó un instante y prosiguió:

— Todos tenemos pecados por los que deberemos dar cuenta: lloremos nuestras culpas y alejémonos de ellas por la soledad, la meditación y la oración interior. Veneremos a Alá por Alá mismo, sin esperar recompensa alguna. ¿El sublime *Algazalí* no ha podido conmoveros? ¡Elevaos hasta Alá por las tres vías directas: la purificación, la iluminación y la unidad! ¡Despojaos de las imperfecciones y de las fetideces humanes! Purificados de los pecados y de las debilidades terrenas, la meditación iluminará vuestra alma, haciéndole conocer la Grandeza Divina, con mayor evidencia que las flacas razones de los discursos de los sabios. Sed, por fin, respetuosos del Corán y de la zuna: así llegaréis a la Unidad, que es la mayor gloria, y que es Amor. Como son muchos vuestros pecados y es débil la voluntad del hombre, someteos a la dirección espiritual de un jeque prudente, y a él obedeced cuando os aconseje y ordene penitencias... ¡para redimiros!

— ¡Oh, Jeque, que Alá prolongue tu vida! —, dijo Ak Sonkor para interrumpirle —. Habéis dicho:

«la voluntad del hombre». ¿No está escrito: «Alá abrirá para el islam el corazón del que quiera guiar»? ¿No está dicho en el Libro: «Él oprime y cierra, como tratando de elevarse al cielo, el corazón del que quiere perder»? ¿No ha sido revelado, asimismo: «¿Cómo un alma podrá creer sin la voluntad de Alá?»...[1]

— Sí; eso está escrito, pero el *kadar* suele ser causa de nuestros males, y no debéis confundirlo con la *kada* que es eterna e inmutable... La aplicación del kadar depende de nosotros... También está escrito: «Cada uno obra a su modo, pero Alá sabe quién sigue el camino más recto»... «¡Oh David!.. pronuncia con equidad tus sentencias en los pleitos entre los hombres y guárdate de seguir tus pasiones»...[2] Y éstas son cosas sobre las que mucho se ha dicho y mucho discutirán los hombres...

— Los Ommiades — expresó un mercader de telas en voz muy alta —, no te hubiesen permitido hablar tan libremente, ¡oh, Jeque!

— En esos tiempos Damasco vivía, vanidosa, entregada al lujo y a la perversión... Las palabras que dan luz hacen mal a los refugiados en las sombras... Y, justamente, cuando lleguen las sombras de la noche, os atañe hacer un examen de la conducta del día, y al comprobar que tenéis motivos de arrepentimiento, prometeos, formalmente, mejoraros. El

1) Corán, Sura VI, aleya 125 y Sura X, aleya 100.

2) Corán, Sura XVII, aleya 86 y Sura XXXVIII, aleya 25.

que se arrepiente es como si no hubiese pecado, dijo el Nabí. Entregaos a ejercicios espirituales y físicos capaces de daros el éxtasis, que elevará vuestras almas... Olvidaréis vuestra personalidad, y vuestra alma será absorbida por la esencia de Alá y lograréis el *tauhid*, la unidad, y podréis decir un día, como el santo Abu Mansur al Halladi, el Cardador de Almas, el Clarividente: «Yo soy la Verdad», y podréis estar en relación con *El Khidr*, ¡el Profeta que encontró la fuente de la vida y se hizo inmortal! ¡Mas, ay, cuán pocos logran esa grandeza!

— Ese místico fué un impostor... un simple encantador, que engañó a los creyentes...

— ¡Oh, musulmanes! — prorrumpió el Sufí, cerrando los ojos y alargando los brazos huesudos y tostados por el sol —, el Halladi (¡Alá lo conserve en su gracia!) hizo milagros, fué martir, y, como el Mesías, fué crucificado en imagen... ¿La verdad? ¿Estáis en la verdad porque hacéis las oraciones, sin una emoción interior? ¿Acaso la arenga exterior y galana de los ulemas sale de lo recóndito del alma? ¡Ella es sólo floración de los labios y está huérfana de frenesí religioso!

Después de un prolongado silencio, el santo jeque prosiguió:

— ¡Creyentes!: visitad el Dar al Tawawis, y al ver a la *taríca*, ejecutando sus letanías colectivas, recibiréis ejemplos reconfortantes... Cuando hayáis sobrepasado el periodo de *irada* y lleguéis a *moriad*,

veréis a los sufíes en éxtasis y os sentiréis empequeñecidos ante su grandeza...

Mientras el sufí hablaba, escuchado con suma atención por muchos creyentes, hacía jugar entre sus alongados dedos una sarta de noventa y nueve cuentas de ambar muy grandes, que había traído de un viaje hecho a la India, y que causaba la admiración de los creyentes.

— Y ahora, ¡venerable! — exclamó Nizar —, ¿cómo es posible que expliquéis la coexistencia de la Verdad, que es Bien y Belleza, con la Mentira, que es el Mal y lo Feo?...

— ¿Acaso la Luz sería luz sin la Sombra? ¿Conoceríamos el Bien si no pudiésemos compararlo con el Mal?... La Verdad era un tesoro escondido que determinó ser admirado y... creó... El hombre conoce la Verdad, que es Luz y Belleza, porque la Verdad emanó la Sombra y el Mal, que son relativos y son esencia Divina: ¡son un reflejo!

Diciendo esto el jeque dejó el corro, entró en la mezquita, hizo sus oraciones y luego se marchó recibiendo la admirada consideración de los creyentes.

Nizar, en esas ocasiones, solía quedar junto a la fuente, comentando la peroración del sufí en forma tan profunda que hacía callar a los más tercos.

Cuando Nizar hacía silencio, algunos persas y chiitas tomaban la palabra para exaltar a Alí, «el puro de los trajes usados», «el desposeído», «el príncipe de los creyentes», que dijo: «El que suspira

anhelando el cielo desprecia las seducciones de la carne; el que teme el fuego eterno se abstiene de los placeres prohibidos»... Los chiitas, pronunciando dolidas frases en honor de Hosain, terminaban en crudas acusaciones contra los zunitas. En su sectaria ofuscación olvidaban la prudencia que les caracteriza y la costumbre de disimular sus creencias... ¡Se olvidaban de las persecuciones de los Ommiades y Abasidas!

Los damascenos se defendían contra las ofensas chiitas y la discusión sobre el Califa y el Imán Escondido se hacía violenta, y muchas veces corría sangre.

Nizar no tomaba parte en esas querellas y prudentemente se alejaba de la Mezquita. Volvía a la accion, entregándose de lleno a mil riesgos. ¡Su exhuberante mocedad desbordaba!

En las reuniones de amigos, Nizar improvisaba con frecuencia oportunas y muy acertadas sátiras dirigidas a los personajes influyentes de la Corte.

Las sátiras de Ak Sonkor en contra del intrigante Ibn As Sufi se hicieron tan populares que molestaron al Gran Visir. Reconvenido perentoriamente por el padre, Nizar escuchó en silencio la amonestación, pero, al salir del Diván, improvisó poesías zahiriendo al nuevo favorito, Emir Al Yaruki.

Poco a poco el Gran Visir alejó a su hijo de la Corte, en donde todos comenzaban a malquererlo. Ak Sonkor comprendió que su presencia era incómoda a su padre y, no dispuesto a soportar restric-

ciones ni disfavores, ni a complicarse en las intrigas palaciegas, prefirió partir de Damasco.

El anuncio de que una importante caravana saldría próximamente hacia Bagdad, llenó de regocijo al joven poeta.

X

EN BAGDAD

¡Oh, Emir!:

CABALLERO en una magnífica yegua tordilla, bien armado y acompañado de su inseparable esclavo Jalil, un amanecer Nizar tomó por la calle Recta, pasó por el barrio hebreo y, fuera de las murallas, se dirigió al Oriente. A poca distancia de la ciudad se reunió con una caravana de mercaderes, y con cuatro de sus esclavos, que conducían monturas de repuesto y camellos cargados de víveres y trajes.

La travesía del desierto fué feliz y rápida; por casualidad sorprendente advino el término del viaje sin que ocurrieran desagradables peripecias.

Desde la llegada a Bagdad, Nizar supo captar amigos y general estimación.

Ak Sonkor vivió en la rica ciudad mezclando

el estudio con hazañas y amoríos. Como habíale ocurrido en la Meca, sus versos, sus amores, su generosidad, su talento y su bravura, fueron conocidos por todos, y al pasar de boca en boca se acrecentaba la admiración y la simpatía que inspiraba el Emir damasceno.

Los hombres lo estimaban y respetaban por su sabiduría y entereza; las mujeres lo admiraban y deseaban por su apostura gallarda, su temeridad, la voluptuosidad de sus versos y por la virilidad que, cada una y en secreto, se encargaba de revelar...

El joven sirio hizo amistad con el hijo del primo del Emir Usama, llamado Abul Mamum Al Mubarak. Los dos frecuentaron el barrio Ad Dashara, sobre el plácido canal del *Nahr al Malik*, y fueron concurrentes a las lecciones que daba allí el filósofo *Abu Alá Ahmad Ibn Habit Alá*, natural de Bosra.

Como lo había hecho en Medina, en la Meca, en Masr el Káhira, en Iskanderiyeh, el buen esclavo Jalil mencionaba los hechos de su señor. Por todas partes reunía gente para recitar las poesías del joven Emir y popularizar sus empresas de guerra, sus simples actos de arrojo y, sobre todo, su *hilm*, su magnanimidad.

A Jalil no le faltaba ingenio ni valentía. En el afán de imitar a su señor, tenía en su vida más de un suceso verdaderamente sorprendente, por la audacia de que había dado pruebas. Narrador agra-

dable, solía contar historias antiguas y, pomposamente, sus buenas y malas andanzas por tierras lejanas, pavoneándose de audaz, discreto y galán.

Desde que Jalil había hecho su peregrinación a la Meca, tenía un orgullo desmesurado y menospreciaba a los que no habían cumplido con la sagrada obligación.

Tanío había impresionado al abisinio la peregrinación, que tan pronto como terminó con todos los detalles rituales, hizo grabar en su viejo casco este jactancioso mote: «A los peregrinos de la Meca no les puede faltar el coraje».

Hacía ya dos años que Jalil había llegado a Bagdad con su señor, y, casi todas las tardes, frecuentaba un caravanserrallo muy concurrido.

Invariablemente, en esas reuniones de gente llegada de las más diversas partes del mundo, Jalil, después de varias partidas de tric-trac, ponderaba su habilidad en hurtar caballos a los francos y narraba con exageradas alabanzas un hecho heróico que se atribuía.

Una de esas tardes, terminada una partida feliz, Jalil dijo:

— Y esto pude hacerlo porque Alá lo quiso y para premiarme por ser haach. En mi casco está grabado...

— Es una presunción insolente la tuya, abisinio... ¡Moharracho! Ese lema lo hizo labrar con oro, en su casco, nuestro gran Califa Harún Ar Raschid, porque tenía derecho: hizo nueve peregrinaciones,

y cuando no podía hacerlo personalmente enviaba trescientos creyentes en su lugar...

— Yo hice mi peregrinación con el fervor que otros ponen en veinte. ¿Has hecho tú la peregrinación? ¿No? ¡Entonces, eres un cobarde!

El ofendido no era hombre para soportar el ultraje: era el Chaithán de los bandidos y poco le importaba la vida ajena y la propia. Había cometido más robos y crímenes que *Az-Zamarakal* y esas deudas debía pagarlas: en el desierto o en la ciudad, dejaría el mundo en el instante menos pensado.

Al oír el insulto, el condenado desenvainó la gumía e invitó al ofensor a salir al zoco, para medir sus fuerzas.

— ¡Negro hijo de perro!, ya verás si soy cobarde. Si Alá lo quiere, te he de enviar antes de tiempo a casa de Chaithán. ¡Puerco e inmundo damasceno!

Jalil no tuvo miedo.

Seguidos por la compañía de caravaneros y de chalanes, los dos adversarios llegaron al medio de un azogue lleno de vendedores y tratantes, que pregonaban la excelencia de sus géneros y regateaban los precios.

En derredor del malo y del esclavo se reunió muy pronto un gentío enorme y bullicioso: vendedores y compradores de paños, de perfumes, de especies y de comestibles, olvidaron sus faenas.

Entre los curiosos estaba el afamado sastre Zaid Abu Hasan, cuyas manos cortaban y cosían, con arte inimitable, preciosas y costosas *ganduras*,

Zaid Abu Hasan era un hombre enjuto y menudo: según afirmaban en Bagdad, era tan piadoso y timorato que jamás emprendió el menor trabajo sin recitar varios suras del Corán, y temía tanto a los hombres que, para evitar sus enojos, les perdonaba las deudas.

El sastre tenía la mala costumbre de ser muy curioso y distraído, y fué de los primeros en llegar al espectáculo de la pelea. En sus manos tenía la manga de una gandura y en la diestra conservaba una gran aguja.

No se sabe cómo fué (Alá lo dispuso), pero esa aguja casi lo conduce prematuramente a esperar en el silencio el día del Juicio Final.

Dando brincos y asestando mortíferos golpes al aire, el bravo, tan alto como una columna de mezquita, anunciaba que daría muerte al esclavo:

— Y así aprenderás a contener tus bravatas, ¡puerco, perro!

Jalil se vió en mal trance; pero su agilidad lo salvaba. En lugar de pelear y defenderse, parecía que bailaba una danza africana. Como muchos curiosos comenzaron a reirse, el abisinio sintió herido su amor propio y, sobrepujando al adversario, dispuesto a dar la vida, arremetió con tal furia e hizo una mueca tan trágica, que el contrario retrocedió sorprendido y atemorizado. Retrocedió el zaino con tal mala suerte, que su trasero se clavó en la aguja que tenía el distraído Zaid Abu Hasan...

El valiente abandonó el arma; se olvidó de la

riña; se cubrió la parte postrera con ambas manos y lanzó un ¡ay! doloroso y estridente. Casi al mismo tiempo dió media vuelta y, sin decir más palabras, cogió a Zaid por el cuello.

El débil sastre vió llegado su último instante terreno, y se apresuró a pronunciar las palabras de los moribundos.

Como Zaid vendía al fiado y muchas veces, por su pusilanimidad — como ya os he dicho ¡oh Emir! —, se olvidaba de las deudas de sus clientes, era el sastre más estimado de la ciudad y tenía muchos amigos. Los curiosos, al ver en peligro a tan generoso señor y comprendiendo que mucho les importaba salvarlo, comenzaron todos juntos a dar puñetazos y palos sobre las costillas del verdugo. Al ver que los golpes menudeaban y que la cosa se ponía seria, y hasta peligrosa, el guapo dió libertad a su presa y comenzó a correr muy de prisa por los zocos, haciendo añicos la alcallería; descolgando trajes y demás géneros de los zacatines; desparramando el líquido de las aceiteras y esparciendo frutas y granos. A cada desmán del desesperado, que corría ciegamente por las alcanas llevándose todo por delante, aumentaba el número de los perseguidores, llegando a sumar más de quinientos de todas las edades y condiciones.

Bagdad entera se conmovió. La persecución no dió fin hasta que el fugitivo pudo llegar a donde había dejado su caballo y, con la rapidez de un vencido, se zafó en el cercano arrabal.

Jalil quedó atendiendo al desvanecido Zaid y bañándolo con agua de rosas, que compró liberalmente a un perfumista. El desmayo del sastre duró largo rato. Habiendo demostrado Jalil su liberalidad con la compra del agua de olor, se olvidó muy pronto de la verdadera víctima, para pasearse pechisacado y jarifa, haciendo alharacas, repitiendo a grandes voces que jamás encontraría hombre capaz de amedrentarlo.

En eso llegó Nizar y dió, sobre el hombro del esclavo, una palmada:

— ¡Eh, Jalil!...

El engreído descubrió el alfanje y dió un salto, dispuesto a defenderse.

— No mates tanta gente... Apareja las cabalgaduras para mañana a la salida del sol... ¡Volveremos a Damasco!

XI

ALMOCADÉN DE LA GUARDIA

¡Oh, Emir!:

HABÍAN PASADO dos años desde que Ak Sonkor salió de la hermosa ciudad del Barada, y no podía permanecer alejado más tiempo. En su ausencia se había casado con el Atabek Nur Eddin y había partido hacia Alepo, a mediados del mes de Du Cada del año 541,[1] una de sus hermanas más queridas; sus esposas le habían hecho conocer sus tristezas; uno de sus hijos se había enfermado gravemente; los amigos lo llamaban; el Gran Visir le había comunicado la conveniencia de su regreso... La ciudad toda se convirtió en un minarete desde lo

1) Mediados de Abril de 1146.

alto del cual un muecín imaginario lo llamaba a grandes voces.

Cuando Nizar llegó a Damasco, corrió a postrarse a los pies de su padre, y le confió:

— Tu hijo ha corrido muchas tierras, ha conocido muchos hombres. Todos los hombres y todas las tierras son iguales; todos los libros dicen lo mismo y todos los afanes conducen a idéntico fin... ¡Alá! ¡Alá es único! El Libro por excelencia, es el libro inimitable porque no es creado y aquí, ¡oh padre justo y bienamado!, te ofrezco este ejemplar copiado en Ispahán por un afamado escriba. ¡La salud sea sobre ti!

Conmovido el Gran Visir bendijo a su hijo, y se alegró sobremanera de su regreso.

Al apreciar, en una larga conversación, que los viajes habían dado a Nizar serenidad y firmeza de carácter, le prometió un cargo en la Corte, diciéndole:

— Gracias, hijo, por este Libro. No es mejor que aquél que copiastes tú mismo y que terminastes en Tierra Santa. Alá oyó mis ruegos, y es intensa la satisfacción que me ofrece. Veo que ahora piensas con juicio más conforme con la realidad de la vida y que ya es hora de que comiences a sobrellevar las responsabilidades del gobierno. Te daré un cargo apropiado a tus gustos y de cometido limitado: no es prudente que en estas funciones los hombres se encumbren con demasiada prontitud...

Pensó un instante, y agregó:

— Alá te dé serenidad y fuerzas, hijo mío, para tolerar las impertinencias de los hombres: la tolerancia es la primera cualidad que debe ornar al buen gobernante. Trata a los hombres con blandura y con dureza... sin que en este consejo exista contradicción. Es oportuno que te conozcan por bueno, pero es conveniente que sepan que eres capaz de no ceder ante ninguna exorbitancia. Cuida, desde el primer día que ejerzas las funciones que te confiaré, de que tus subordinados te respeten por tu autoridad más que por tu rigor, y de que tus superiores te estimen por tu fino tacto, valentía y lealtad más que por tus lisonjas.

Después de una pausa, Moin Eddin Anar continuó:

— Sé consecuente con tus amigos — a medida que te encumbres los verás aumentar —, pero aléjalos si ellos se aprovechan de tu amistad para encubrir sus delitos. No olvides que ellos te abandonarán, si les es necesario, para desplazarte y subir ellos a la cumbre que ambicionan; por eso debes estimarlos sólo en lo que valen. Si advierles doblez o incapacidad perjudicial a tu reputación o al reino, aléjalos sin demora. Aconséjate de los hombres prudentes y no cometas la desrazón de pedirles consejos para luego no escucharlos, como con frecuencia hacen los débiles, que por el temor de errar nada hacen, perjudicando más al Reino con su indecisión que con una medida equivocada... que pronto puede anularse, reparando el mal. La calumnia y la ingratitud serán, en fin, el premio de tu abnegación

y de tu honradez, pero no desfallezcas, que Alá lo sabe todo y premia la virtud.

— Padre — respondió Ak Sonkor —, valor, lealtad y honradez, no faltarán a tu hijo como no te faltan a ti: lo demás vendrá, también, imitándote...

Después de agradecer y besar a su padre, Nizar le pidió permiso para ir a postrarse a los pies de su madre, y luego ir a su harén, a saludar a sus esposas e hijos.

Satisfecho, contento por el recibimiento afable y cariñoso del padre y por la alegría que experimentó su madre al verle, Nizar salió sin mayor prisa del Serrallo paterno, camino de su palacio. Quería gustar pausadamente el placer de su vuelta a la ciudad querida. Se fué ruando, montado en un brioso blanco bayo, adornado con ricos jireles rojos; estaba bien vestido con su turbante albayaldado y su gambas níveo de rica seda bordada; armado de lanza, alfanje y de una gumía de empuñadura con preciosas piedras en cuyo pomo había una gran esmeralda; y tenía bien enrubiada la escasa barba y bien sombreados sus grandes ojos.

Nizar pasó radiante por las calles de Damasco, seguido a conveniente distancia por el abisinio Jalil y por muchos damascenos que habían reconocido a tan dignísimo caballero.

Jalil sonreía satisfecho y orgulloso y enviaba saludos a diestra y siniestra, nombrando a muchos amigos, que lo consideraban con envidia: montaba

el esclavo un caballo tostado y vestía sedas del color de su piel, que, como había dicho un poeta, era el opuesto al resplandor de su sonrisa...

En una calleja Nizar detuvo su marcha: en sentido contrario venía un jeque árabe y a su lado marchaba una jovencita. Nizar quedó absorto. Sus ojos se inmovilizaron, fijos en la luna nacida en pleno día.

La jovencita del desierto no fué indiferente al hechizo; embelesada, retardó su paso y se volvió, más de una vez, para sonreir con cautela.

Ak Sonkor quedó largo rato suspenso; luego llamó a Jalil, y le ordenó:

— Esta noche debo saber el nombre de ese jeque, donde está su aduar y quién es esa mujer...

— ¿Debo llevarla al harén?

— ¡No! Esa mujer no se rapta, se conquista...

Esto ocurrió poco tiempo después de la hora de asr, el Yum aljamis, 8 Rabi al Aual del año 542[1]. ¡Oh, Emir!:

Moin Eddin Anar, cumpliendo su promesa, hizo designar a su dilecto hijo para las funciones de Almocadén de la Guardia del Sultán.

Al poco tiempo el Gran Visir comprobó, con intenso contentamiento, que el cargo confiado al hijo cuadraba muy bien con su afición al mando y al fausto. Le distraía del vano empeño en ostentar habilidad poética en sátiras molestas; de la porfía en no desdeñar ocasión para entregarse a explayadas, vio-

1) Jueves 7 de Agosto de 1147.

lentas y agraviantes polémicas religiosas; le alejaba de la liviana inclinación a la música, que es cosa de Iblís, y le quitaba el tiempo para frecuentar pervertidas reuniones, donde se envilecía con el vino y con el juego de azar.

«Ojalá sea duradero», se decía el Gran Visir, mientras no dejaba perder oportunidad de dar a su hijo delicadas misiones, que contribuían a adiestrarlo en el trato de los asuntos del Estado, así como a aumentar su buena reputación.

No podían faltar, por cierto, los émulos malignos, que no logrando alcanzar favores y nombradía, usaban de los más rastreros ardides para aminorar, ante los damascenos, el real merecimiento de Nizar.

Los poetas mercenarios que llenaban la Corte desparramando, con mala voz, sus peores panegíricos, eran los que más copioso encono destilaban: veían en peligro la afección del Sultán, que para ellos se medía con la largueza de las dádivas.

En verdad, el Sultán estimaba bien a su nuevo Almocadén, pues lo sabía valiente, arrestado, fiel, y lo que más lo cautivaba era la maestría de Ak Sonkor para componer y cantar poesías de amor, entre las que solía poner algunas que glorificaban su realeza.

De ese modo, y muy pronto, Nizar fué propincuo del Sultán, y dejó en segundo término a muchos de los antiguos familiares, quienes se reunían en misteriosos conciliábulos para tramar intrigas, y hasta atentados contra la vida del intruso.

Si bien Nizar cambió el curso de su vida, no por eso lo ganaron sus esposas. En medio del festín constante en que vivía el Sultán Mejdir Eddin Abak, el gallardo Almocadén de la Guardia estaba frecuentemente preso por una melancolía sin tregua... Aquella jovencita beduina que vió en una callejuela el día de su llegada de Bagdad, había penetrado muy hondo y llenado la oquedad de su corazón.

El Gran Visir advirtió esa pena y no tardó en conocer la causa. En el deseo de evitar una catástrofe, se apresuró a hacer prevenir a Nizar de las causas imperiosas que hacían imposible ese amor con una mujer del desierto, hija de zafios beduinos Benu Rabia, «comedores de lagartos, jerbos y langostas.»

Conocía bien Ak Sonkor las dificultades existentes para gozar la intensidad de ese amor, y era esa, justamente, la razón de su caimiento. La sangre separaba a la familia de Moin Eddin Anar y a la del Jeque Quibir Tabit Raschid Ibn Bendar.

(¡Oh, Justicia del Altísimo!).

Para olvidar su pena, Nizar salía al campo y exponía su vida en la persecución de los malhechores.

Seguido por un puñado de hombres resueltos, tomaba por atajos poco conocidos y caía de improviso sobre los salteadores, entre los que había muchos ismaelianos, y, ora dando de filo, ora de recazo, malhería a uno y contusionaba a otro dispersando al resto con el solo ejemplo de lo que les había ocurrido a los más temerarios.

No siempre le fué próspera la empresa: hubo ocasiones en que dió el rostro audazmente y, en la vorágine de arriesgadas zalagardas con los ladrones de caravanas, fué herido de mucho cuidado.

Los flojos allegadizos del Sultán se aquietaban ante el peligro al que constantemente se exponía el favorito Almocadén y, si bien veían con livor el creciente prestigio de Nizar, se consolaban esperando que quien los había desplazado, se toparía muy pronto con la muerte.

(¡Alá es grande!).

Inútiles fueron los esfuerzos del Gran Visir por distraer a su hijo en otros menesteres. Tan pronto como pasaban dos semanas sin que su alfanje se ensangrentase en las sajaduras hechas en carnes de bandoleros o de ismaelianos — que hacían del sacomano y del crimen su profesión —, Nizar se alejaba del alcázar y andaba sañudo.

¡Y el amor que le tenía enfermo era imposible!

Así pasaron los calores y los fríos.

La primavera parecía haber dado a Nizar olvido y alegría. El joven volvió a recobrar su jovialidad, y sus cantos se oyeron de nuevo en los festines. ¡Ay, mas Ak Sonkor quería sólo olvidar y aturdirse, sin poderlo lograr!

Deseoso de poner su brazo al servicio de empresas mayores, hacer efectivo aquel juramento hecho en Jerusalén y curar radicalmente su mal de amor, se presentó varias veces ante su padre para decirle:

— Nur Eddin combate sin tregua contra los ru-

míes y los francos. Ahora tenemos noticias de que una segunda invasión franca no tardará en llegar a Sahel... ¡Oh padre!, ¿acaso Alá será indiferente a nuestra inacción? Nosotros parecemos más preocupados de la tranquilidad de nuestro Reino y de las ganancias de nuestros mercaderes, que de acrecentar las tierras de Alá. ¿Y nuestra gloria, padre? Si nuestro Sultán (¡que sea loado!) no tiene energías para empuñar el alfanje, ni la lanza, ni para tender el arco, en cambio tú tienes el ánimo suficiente para conducirnos a la victoria... ¡Alá pondrá en nuestra balanza el esfuerzo que realicemos! Damasco es el baluarte de la fe musulmana, pero debe también ser la ciudad de donde salga el brazo vengador que extirpe el orgullo y la osadía de esos incircuncisos, que manchan nuestra honra y ofenden a Alá, blasfemando contra el Emir de los Profetas (¡la oración para Él!)...

Moin Eddin escuchaba a su hijo con evidente satisfacción, pero, para aplacar su ardor, le replicaba con un discurso amable, espacioso y persuasivo, en el cual ponía mil fundados reparos a sus vehemencias. Hacíale ver los riesgos del negocio de la guerra con las pocas fuerzas de que disponían; le hacía comprender que era grande el peligro que corrían debido a las ambiciones anidadas en los orgullosos Atabekes de Alepo y de Mosul. Lo prudente era aguardar. Los francos posiblemente los atacarían, como otras veces lo habían hecho. Entonces era llegado el momento de defenderse y

de vencerlos, como otras veces también había ocurrido.

La sólida argumentación del Gran Visir prevalecía y Nizar se alejaba entristecido al comprobar que no había llegado el momento de hacer efectivo su juramento.

Malcontento, insatisfecho, daba Ak Sonkor libre curso a sus bríos corriendo tras los malhechores, componiendo canciones de guerra, o bien pasaba largo tiempo en el meidán deslumbrando a los amigos y curiosos con sus arriesgados ejercicios ecuestres y con el manejo de las armas en simulados combates, en todo lo cual no tenía rival.

FÁTIMA

XII
ALARMA

¡Oh, Emir!:

UNA NOCHE de plenilunio, Nizar Ibn Anar vistió una cota de malla, se cubrió con un delgado aba, caló un capacete cincelado, probó el filo de su alfanje, hizo gemir la lanza blandiéndola con puño firme, terció el arco, llenó el carcax de flechas, cruzó a sus espaldas un laúd y montó sobre una briosa alazana que tenía sangre *korasaní*. Acompañado del fiel esclavo Jalil, Ak Sonkor salió de la ciudad por la puerta que conduce al desierto de Haurán y a la Meca.

Nizar, que era la antorcha de la sabiduría en la ciencia de las estrellas, salió a la conquista del amor bajo la protección de un horóscopo propicio.

Veintiseis años tenía Nizar cuando se alejó de

la ciudad bendita de Alá, jardín incomparable, para internarse en el desierto, donde únicamente hay sol, áspera vida e incertidumbres.

Durante toda la noche Nizar y Jalil castigaron sus cabalgaduras. Al amanecer, sólo vieron el desierto agreste y pedregoso. En el hilo de agua, que corría en el fondo de un pequeño valle, bebieron el señor, el esclavo y los caballos.

Nizar y Jalil se purificaron, abrieron sus almozales y, mirando hacia la Meca, hicieron la plegaria de *sobh*. Luego, continuaron penetrando en el desierto, en marcha infatigable hacia el sud.

A la hora de la siesta, en el Serrallo del Gran Visir cundió la alarma. Nizar no estaba en su palacio: desde hacía dos días faltaba al servicio de la guardia en el Alcázar del Sultán; sus esposas, concubinas y esclavas, así como los servidores, aseguraban no haberlo visto en toda la noche ni durante esa mañana.

Los amigos tampoco podían descubrirlo.

¿Dónde estaba? ¿Adónde había partido?

¿Qué razón tuvo para no anunciar su viaje, como lo había hecho aquella vez que se fué de Bagdad, dejando en su harén cartas para el Gran Visir y sus esposas? ¿Qué misterio ocultaba esta desaparición?

Se creyó en un crimen y se maldijo a los ismaelianos; se pensó en aventuras de amor y se esperó el retorno del enamorado... Las horas pasaban sin que nadie lograse tener noticias del ausente.

El Gran Visir y hasta el Sultán en persona ordenaron registrar minuciosamente la ciudad y, por fin, se comprobó que faltaban la yegua alazana, las armas preferidas por Ak Sonkor y el esclavo Jalil.

En los zocos, en las fuentes de las mezquitas, en los poyos de las alhamas, los mercaderes, los piadosos y los bañistas interrumpían sus tareas para comentar la desaparición del hijo del Gran Visir, y cada damasceno inventaba una leyenda.

¿Habría partido Nizar nuevamente a Bagdad?; ¿se habría dirigido a Alepo, para unirse a los ejércitos islámicos que combatían a los rumíes y francos?

En los harenes, las mujeres envidiaban a la hermosa que merecía las caricias del apuesto Almocadén...

¿Por qué había tanta desazón? ¿Por qué se conmovía la ciudad y se desplegaba ahora tanta diligencia cuando otras veces ausencias más prolongadas no habían sido advertidas? Estas son cosas incomprensibles a los hombres, que Alá solo sabe y origina. Lo cierto era que, si la mayoría de los damascenos estaba muy inquieta, en el Diván del Sultán había muchos que se alegraban: el rival estaba en peligro.

Al llegar la noche, Moin Eddin Anar ordenó sigilosamente a sus guardias que se aprestasen para salir al desierto y, cuando los almuedanos terminaron el pregón, el Gran Visir y sus diez soldados hicieron la zalá de icha y, armados con lanzas, montaron a caballo y salieron de la ciudad.

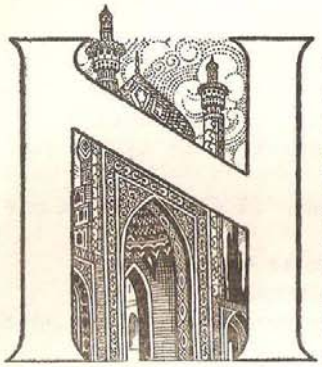
El Gran Visir, que conocía desde hacía tiempo las cuitas de amor de Nizar, se consideraba culpable de su actual turbamiento. No debió oponerse a la pasión de amor de su hijo: pudo encontrar el modo de enterrar o de pagar la deuda de sangre que lo separaba del Jeque Quibir Tabit Raschid Ibn Bendar. Mas, por otra parte, ¿cómo permitir de buen grado que su hijo se casase con una mujer beduina, cuyo padre y su raza toda, profundamente orgullosos de su nobleza y viejas alcurnias, despreciaban a los turcomanos y a los horros? ¿Acaso no se conocían los nombres de mujeres beduinas, que traicionaron a sus esposos por no querer vivir en la ciudad y no poder olvidar el desierto y su tribu?

Cuando la luna se fué del cielo y el sol iluminó la tierra, el Gran Visir, sus hombres y sus caballos bebieron en el mismo hilo de agua donde habían saciado la sed el joven fugitivo, su esclavo y sus corceles. En el mismo lugar también hicieron los rezos mañaneros.

XIII

LA PROTECCIÓN DE ALA

¡Oh, Emir!:



NIZAR Y JALIL llegaron de noche, sin ser notados, junto al alfaneque del Jeque Quibir de los beduinos Benu Rabia, originarios del Nayed, que en verano trashuman del Oasis Sehran al Oasis Chellale, al sud del Nahr Yarmuk, entre Daraa y el *Bahr Tabariya*.

Sin alientos, sin fuerzas, extenuados por la larga carrera sin tregua, con los caballos agotados, Ak Sonkor y Jalil se detuvieron frente a la tienda del Quibir.

Los perros ladraban rabiosamente; se oían voces de alarma en todo el aduar, y el galope de caballería amedrentó los harenes.

En la gran tienda había algunos jeques meno-

res que daban término a una conversación lenta y desganada con el Quibir Tabit Raschid Ibn Bendar. La presencia de los desconocidos sorprendió al Quibir, pero sin causarle mayor cuidado. Se reanimaron los fuegos, y las teas de los almenares llenaron de resplandores trágicos el recinto.

— ¡La salud sea sobre nosotros y sobre vosotros! — dijeron casi a un mismo tiempo Nizar y Jalil, sin apearse y sin desarmarse; y en las sombras de la noche, prontos a la defensa, esperaron, firmes, una respuesta.

Los dos caballeros veían muy bien el interior de la tienda, iluminada por los fuegos, y podían vigilar el menor movimiento de los ocupantes.

Los beduinos miraron al Jeque Quibir: ¿qué respondería?

Al cabo de un instante se oyó una voz que contestó sin energía:

— ¡La salud sea sobre vosotros!

Los caballeros repitieron:

— ¡La salud y la protección de Alá sea sobre nosotros y sobre vosotros!

Un largo silencio...

¡Eran enemigos que pedían hospitalidad!

¿Quiénes eran?

El Jeque Quibir respondió con voz desabrida:

— ¡La protección de Alá sea sobre nosotros, sobre vosotros y sobre vuestros caballos y armas!

Sólo entonces los extranjeros echaron pie a tierra, se despojaron de las armas, y repitiendo una

sarta de zalemas, se sentaron en el corro del Jeque.

Al poco tiempo se sirvió a todos los concurrentes agua, sal y pan, y se bebió y comió para sellar la hospitalidad. El Quibir ordenó abrevar los caballos y conducirlos luego a la vega y, dirigiéndose a los recién venidos, les dijo:

— La casa del jeque de los Benu Rabia da hospitalidad sin limitaciones, mas si debéis partir después de haber bebido, comido y descansado, conviene saberlo para ordenar tener prontos vuestros caballos y los guías.

— ¡Oh, grande y generoso! No pensamos partir mañana...

Se permaneció largo rato en silencio. Un beduino se aproximó al Quibir y balbuceó:

— Esos extranjeros son damascenos; el que no es esclavo debe ser un emir...

— ¡Alá es grande! — respondió el anciano.

Tabid Raschid se puso de pie y lo mismo hicieron todos los presentes. Dirigiéndose a Nizar, el Jeque le dijo:

— Esta casa es tuya y puedes descansar con tu esclavo. ¡La salud sea contigo! —, y se retiró al harén.

En la tienda quedaron sólo los esclavos y los dos extranjeros. Invitados los damascenos a descansar, se echaron sobre buenos colchones a dormir un sueño pesado y reparador.

Nizar despertó mucho antes de que el sol co-

menzara a enviar su claridad al cielo. Alejándose un poco de la tienda, entonó con voz muy queda esta canción:

Duerme en su harén la estrella que se refleja en la fuente de mi jardín.

El Excelso, sorprendido de la belleza de su propia obra, la confundió con un arcángel y la bendijo como célica.

Estaba predestinada a ser alquibla de mi vida, y en esta oración (¡que Alá me perdone!) le ofrezco, ¡oh, sultanita de la hermosura!, mi lanza, mi honor, mis riquezas, mi vida...

Las hijas del Jeque y algunas jóvenes que iban a la fuente oyeron, con íntimo placer, el requerimiento del desconocido, y cada una se creyó aludida por el ardiente cantor.

Cuando el sol apareció en el horizonte, el Quibir estaba reunido en su tienda, junto al fuego, con otros jeques, e hizo llamar a Nizar y a Jalil.

El Jeque preguntó:

— ¡Oh, extranjero!, ayer te concedí amplia hospitalidad sin preguntarte quién eras...

— Soy damasceno.

— ¿Hijo de quién?

— Me llamo Nizar Ak Sonkor Ibn Anar...

Se oyó en la tienda un murmullo de protesta.

El Quibir hizo una seña para calmar a sus

allegados, y al cabo de un instante de general silencio, dijo:

— Hijo de mi hermano: tu padre tiene contraída con mi familia una deuda de sangre. Usando del derecho de *kisas* podré matarte...

— ¡Generoso Quibir! ¡Alá te colme de bendiciones! He venido a las tiendas de los Benu Rabia para pedir hospitalidad, esperanzado en que «si el amor de las mujeres de esta tribu quema los corazones de sus amantes, los fuegos de la hospitalidad, encendidos por los hombres en la cima de la montaña, guían los pasos de los viajeros», como cantó, no hace mucho, el Jeque *Muaid Eddin Etturrai.* El hecho de que tú no tengas los fuegos encendidos para invitar al viajero, ¿significa que los Benu Rabia se han olvidado de que son árabes?

— Los fuegos no guían a los viajeros a mi tienda porque tememos los ataques enemigos. ¡Alá te proteja! Todo lo mío es tuyo, y trata de no violar la hospitalidad con una traición.

— Por tus barbas, ¡oh, Emir! — replicó con firmeza arrogante Nizar —. Tú, que has estado en Damasco, sabes bien que un hijo de mi padre es un hombre de honor.

— Has cantado una canción de amor... Si es el amor lo que buscas — continuó diciendo el Jeque sin cambiar la pausada voz —, debes no olvidar, damasceno, que las mujeres son árabes y que casi todas son nobles de las dos puntas, por los padres y por las madres... En cuanto a nobleza no tienen

igual en la ciudad de mercaderes donde vives. Cada uno de nosotros es más noble que el Sultán de Esch Scham...

— No lo he dudado...

— Conviene que te lo repitan mis labios: en Esch Scham la mayoría son turcomanos horros, muladíes y judíos... ¡Árabes hay muy pocos!

— No lo pongo en duda. ¡Alá es generoso!

Dominado por el rencor, el Jeque Quibir lamentó verse unido por lazos de hospitalidad con Nizar. Ese secreto lo conocía un hombre escuálido, ceñudo, tieso, harapiento y horripilante como una estantigua. Este hombre estaba entre los amigos del Jeque y, viendo al Quibir pensativo y con los ojos brillantes de ira, se aproximó al anciano y, a escondidas, le dijo:

— ¡Emir! Desde hace mucho tiempo recibo los beneficios de tu hospitalidad. Como soy fiel quiero protejerte de un posible engaño... No sabemos si ese extranjero es realmente Ak Sonkor Ibn Anar: Debes exigirle que lo demuestre. Ak Sonkor Ibn Anar es buen guerrero y excelente poeta. Obliga al damasceno a cantar durante veintiuna noches seguidas otras tantas canciones de amor, todas diferentes. Si por cualquier causa deja de hacerlo, los lazos de hospitalidad serán quebrados y entonces... ¡podrás cobrar la deuda de sangre! Puedo asegurarte que el damasceno ha llegado a tu casa con la mala intención de conquistar a tu hija Fátima...

— ¿Cómo lo sabes?

— Su esclavo ha cometido una indiscreción...

Tabit Raschid rechazó al insinuante con un gesto de desprecio: le proponía una infamia. ¡La hospitalidad se da sin exigir condiciones! Mas al llegar la hora de zohor, y cuando Nizar terminó su oración, el Jeque Quibir lo invitó a sentarse a su lado.

— Hay quien me asegura — le dijo — que no eres hijo de Anar, el Gran Visir. Si realmente eres Nizar Ak Sonkor Ibn Anar, eres un gran poeta; y por lo tanto no podrás negarte a aceptar la propuesta que te haré. Mi hospitalidad siempre es ilimitada — ¡soy noble de muy buena alcabela! —, pero ignoro cuanto tiempo piensas quedarte aquí, si vas o si vuelves o si has escapado de Damasco para refugiarte entre nosotros, y no puedo saber los propósitos que te han traído a mi casa. Te propongo este pacto: Cada noche cantarás una canción de amor diferente, que no haya sido compuesta por ningún otro poeta; improvisarás tus canciones... y esto deberás hacerlo durante veinte noches seguidas...

— ¡No! — profirió el hombre flaco y tieso —. ¡Veintiuna noches, serán tres veces siete y ese número te dará satisfacción, Quibir!..

— Sí, veintiuna noches... Si dejas de hacerlo una sola vez, los lazos de la hospitalidad se romperán y me cobraré, con tu sangre, la deuda contraída por tu padre al dar muerte a mi hijo primogénito, durante el ataque que hicimos a una caravana...

— ¡Y si cumplo (¡Alá lo quiera!) — interrumpió bruscamente Nizar —, enterraremos la sangre y me concederás lo que te pida!

El hombre flaco y tieso murmuró al oído del Jeque:

— Yo te aseguro que no lo dejaré cumplir...

— Sí; te daré lo que pidas, si cantas veinte noches...

— ¡Veintiuna, veintiuna!

Nizar reconoció en el hombre haraposo a un ismaeliano, debido a su predilección por el número siete. Dispuesto a demostrar su fortaleza, Ak Sonkor se apresuró a decir:

— ¡Serán cuantas noches y canciones deseen los nobles de tu aduar! ¡Y quiera Alá que durante ese tiempo pueda yo castigar al taimado que atrae a tus tiendas la discordia y el crimen! ¡Oh, árabes! Hay peligro en dar hospitalidad a estos *melahidas*, que hoy llenan las montañas y ciudades de Esch Scham diseminando atrocidades y homicidios. Son falsos; como todos los chiitas esconden su credo, con tanto rigor, que no temen jurar contra sus propias convicciones. Creen sólo en imanes de la posteridad de Alí y limitan su número a siete, el último de los cuales es Ismail Ibn Chafar. ¡Ellos cometen la heregía de afirmar que han existido seis profetas,[1] negando que Mahoma (¡sobre Él la ora-

1) Adán, Noé, Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma.

ción y la paz!) sea el último! Son ellos, los llamados karmates, los que en el año 327[1] profanaron el santuario de la Meca, en el mes de Ramadán, y se llevaron la Piedra Negra a Behreín, guardándola muchos años. ¡Los abyectos! ¡Oh, árabes, Damasco y los aduares sufren mucho por los crímenes de estos impíos! Niegan el claro sentido del Corán y afirman que tienen un conocimiento oculto de El Libro. ¡Maldito sea *Hasan Ibn Sabbah!* (¡que Alá no lo perdone!). ¡El castigo de Alá sobre el *Jeque al Chebel!* Aquí, en el aduar, a tu lado, Jeque Quibir, hay un ismaeliano refugiado, y se llama Sabbah Ismail, según he oído nombrarlo...

Una voz bronca gruñó:

— ¡Perro, hijo de perro!

— ¡La maldición de Alá sobre el infame! —, respondió Nizar inmutable.

Nadie había comprendido el largo discurso del damasceno, que, en su vehemencia, se había olvidado de que no estaba en una almadraza, pero todos, sí, comprendieron que era necesario mucho valor para ponerse frente a frente de Sabbah Ismail, uno de los más resueltos combatientes que habían conocido.

El hombre maldito se alejó de la casa del Quibir, acariciando la empuñadura de su corvo puñal, y juró vengarse.

Nizar dijo, luego, con toda simplicidad:

1) Año 938 de la era cristiana.

— Después de las veintiuna noches, o antes posiblemente, he de pedirte el amor de tu hija Fátima...

— ¡Damasceno! — vociferó iracundo Tabit Raschid —, ¿ignoras que cuando los árabes me han pedido casarse con ella los he recibido a puntas de lanzas?

— ¡Alá las alejará de mi cuerpo!

El Jeque, tranquilizado ante la actitud pacífica de Nizar, exclamó al fin:

— Alá es el que ordena...

XIV

EL SACRIFICIO DE JALIL

¡Oh, Emir!:

HACÍA VARIAS horas que las ovejas, las cabras, las caballerías y los camellos habían dejado las lejanas vegas y los ojos de agua; dormitaban ahora en las dehesas próximas al campamento, en rodeos vigilados por valientes abisinios. La noche cubría el desierto. Los hombres se reunieron en la tienda del Jeque Quibir, para oír la canción de Nizar.

Tabit Raschid estaba torvo y silencioso, esperando, con inquietud, que pasaran las noches y los días... A su lado Sabbah murmuraba:

— Emir: cobrarás la deuda y tu gloria se acrecentará...

Se oyó armonizar un laúd, y el joven poeta cantó así:

Hace un año el guerrero vió a una jovencita beduina, hecha de luz de luna.

La hermosura de la virgen quitó el sosiego al guerrero: ¡le había robado la frescura de sus ojos y la claridad del juicio!

Se enfermó el joven emir. Se reunieron sabios de todos los confines para curar su mal, mas el guerrero continuó sin luz en los ojos...

Una noche, fatigado de padecer una enfermedad que él solo conocía, el joven salió al desierto... Y entona esta canción, en la cual pone toda la inefable dulzura de un amor, que es ardiente como un beso en los senos...

¡Oh, Emir!:

Mientras Ak Sonkor cantaba, Jalil se deslizó en la noche. Sin haber podido procurarse un caballo, corrió a campo traviesa, con la inútil esperanza de llegar a Damasco.

¡Ah!, el miserable ismaeliano estaba alerta y, para evitar una posible fuga, había hecho ocultar los caballos de los damascenos y redoblar la vigilancia (¡el castigo de Alá para él!).

Jalil conocía muy bien los agravios del Jeque contra la familia del Gran Visir, y, si bien Tabit Raschid tenía entre los beduinos fama de magnánimo,

sabía que los Benu Rabia y, sobre todos, los de Ibn Bendar, no olvidaban fácilmente ni eran pródigos en perdonar. ¡Y él, el esclavo, había cometido una indiscreción que podría ser fatal!

Jalil temía por la vida de Nizar, y quería pedir el auxilio necesario para salvar al imprudente enamorado. En su afán de fidelidad, pretendía hacer a pie, sin provisiones y a toda carrera, la distancia de veinte parasangas.

El esclavo corrió durante muchas horas angustiosas: temía ser perseguido o llegar demasiado tarde. Al amanecer, cuando pudo encontrar un camino que le dió la certeza de estar bien orientado, el transido esclavo cayó, jadeante de fatiga y de sed. Al caer se hirió la frente sobre una piedra.

Mientras tanto, el Gran Visir y sus diez hombres recorrían los campos del Haurán, anhelantes por saber dónde habían acampado los beduinos. En Naua reposaron una noche;allí fueron informados de que, según noticias llegadas de Daraa, los Benu Rabia se mostraron en las inmediaciones de esa ciudad y habían molestado y robado a los campesinos. Hacia Daraa se dirigieron el Visir y sus hombres: a mitad del camino una caravana les indicó, vagamente, el lugar en donde el Jeque Quibir Tabit Raschid Ibn Bendar había plantado su tienda.

Vadeado el Nahr Yarmuk, no sin peligros, los damascenos galoparon infatigables.

Amanecía. Al cabo de algunas horas de marcha, el Gran Visir frenó violentamente su cabalgadura, y

señaló con la lanza a un hombre que, echado de bruces en medio de una loma pedregosa, parecía muerto:

— Es damasceno; así lo denuncia su traje —, dijo el Visir, y su corazón se agitó con violencia.

Los guardias encontraron al esclavo Jalil desangrado, pero con un hálito de vida.

Jalil pudo incorporarse y señalar:

— ...allá, no muy lejos...

Y el esclavo cayó de nuevo a tierra. Moría. Un soldado lo tomó en brazos y se apresuró a pronunciar en sus oídos la profesión de fe, para que respondiese como buen creyente a los ángeles *Munkar* y *Nakir*. El Gran Visir y sus diez hombres repitieron: «¡Afirmo que no hay otro dios que Alá y que Mahoma es el enviado de Alá!»

Los guerreros, a falta de agua, frotaron con polvo arenisco el cuerpo del esclavo, y lo amortajaron con la tela de su turbante. Apremiados por el deseo de socorrer sin demora a Nizar, acostaron en el suelo, con la cabeza hacia la Meca, el cuerpo del muerto. Luego rezaron rápidamente, y malcubrieron de tierra el cadáver del abisinio.

— ¡Que Alá te recompense! —, dijo el Visir y, poniéndose al frente de sus hombres, ordenó acelerar el galope de los corceles.

En el desierto quedó el cuerpo de Jalil. Las aves de rapiña, en pocas horas, dejaron un montón de trapos y de huesos.

(¡Alá es el Justo por excelencia!).

Moin Eddin Anar y sus guardias continuaron la marcha hacia el sud, bajo los rayos de un sol que arrojaba fuego a la tierra. Un árabe de la guardia del Gran Visir dijo:

— Jalil ha sido víctima de una *gul*, con patas de burra. Lo sedujo porque no supo injuriarla. Lo fatigó con su lascivia, y lo hizo correr inútilmente por caminos errados. ¡Alá lo bendiga!

Llegó la noche. En el campamento beduino se reunieron los hombres para oír al enamorado.

Y Nizar Ak Sonkor cantó:

Para olvidar su pena de amor, el poeta fué al combate. Su alfanje hería mortalmente y llenó de estupor a los contrarios.

La noche de la victoria reposaron los valientes. En medio de la oscuridad el poeta desenvainó su cuchilla: la hoja brilló con fulgor azul, y vió la luz de su mirada, ¡oh jovencita del andar cauteloso y cimbreño!

Cuando el nuevo sol nació con gritos de guerra, lluvia de flechas y lenguas de lanzas, el poeta-guerrero había perdido el entusiasmo y dió las espaldas al enemigo. Corrió al encuentro de los ojos bienamados, que daban luz a su alfanje. La engañosa visión fué fugaz; hízose opaco el acero, y un cobarde cla-

vó su daga en las espaldas del poeta. ¡Fué herido por amor y no por cobardía!

Despertó el guerrero en su palacio, al ser acariciado por la mirada que le envió la jovencita del desierto, en el flechazo de luz que por una ventana entreabierta horadó la penumbra de la estancia.

Sanado por prodigio, volvió el poeta a la lucha, y fué victorioso.

¡Oh, sultanita, deseo que el fuego de tu mirada cure mis males, temple mi alfanje y haga mortíferos los golpes de mis armas!

XV

LOS RIVALES

¡Oh Emir!:

A PRESENCIA del damasceno no fué indiferente a las jóvenes ni a las viejas del aduar, y éstas se reunían para comentar, de modo diverso y malsín, la pasión de amor del «turcomano». Todas conocían ya los pormenores de la afección del Emir Ak Sonkor por Fátima. Mortificadas por la envidia, participando del rencor del Jeque por los matadores de su primogénito, enlodaban el nombre de Nizar, inventando, sobre su pasado, mil villanías. Las madres y las abuelas acosaban a Fátima con consejos, previniéndola contra el insospechado amador.

Fátima oía en silencio, y....

Cuando la noche borró los campos y los re-

baños se apiñaron junto al campamento, se oyó cantar una voz melodiosa de mujer:

Daba luz al desierto y yo misma vivía en tinieblas... Ahora el Clemente me envía el fuego de tu cariño, que quemará mis tristezas y llenará de claridades mi corazón.

¡Oh, guerrero, siempre resplandecerán mis ojos para darte su luz, curarte de males, templar tu alfanje y hacer sus golpes mortíferos, en las cruentas guerras de Alá!

Tres hombres oyeron la canción de amor, que entonó una mujer en la quietud de la noche.

Con doblado entusiasmo, Nizar se aproximó a la tienda del Jeque Quibir para dar cumplimiento a la grata obligación contraída.

Al mismo tiempo Sabbah, lúgubre y trágico, se mordió los labios de coraje; a buena distancia, y amparado por las sombras, tendió el arco con brazo firme.

La flecha iba a escapar...

— ¡¡Sabbah!! ¿Olvidas la hospitalidad? ¡Que Alá te extermine! —, increpó un viejo beduino, llamado Abderramán.

Un ave graznó sobre la cabeza del hombre aciago.

— Tienes razón. Ave que grazna en la noche anuncia desgracias. Debo esperar...

No muy lejos, el Jeque Beha Eddin, un hombre joven, bien plantado, fuerte, diestro en las armas y mejor jinete, empuñó una jara de punta agudísima y dura.

El mismo anciano que había recriminado a Sabbah, tomó el brazo del mal intencionado, y le reprochó:

— ¡Oh, grande y noble!, guarda el ardor de tu venganza para herir de frente...

Ak Sonkor templaba el laúd; el viejo beduino Abderramán llegó a su lado, y le advirtió en voz baja:

— Canta, Ibn Anar, pero no olvides que las flechas suelen matar a traición: te odia un hombre de corazón tan malo como un desierto sin agua... y es tu rival un jeque poderoso...

Nizar ya había comenzado su canción cuando vió entrar en el corro del Quibir al hombre funesto, que lo miró fijamente con sus ojos de lechuza. Los dientes de Sabbah, blancos como leche de cabra, se marcaban en la negrura de su barba, ocultando así el incendio que ardía en su pecho. Y la misma mano que había tendido el arco, ofreció un bote de agua al Almocadén de la Guardia del Sultán.

El poeta interrumpió su improvisación, bebió el agua ofrecida, y dijo, recordando una aleya del Corán:

— ¿Habéis prestado atención al agua que bebéis? Si quisiésemos podríamos cambiarla en agua salobre... ¡Oh, Alá, yo estoy reconocido![1]

1) Corán, Sura LVI, aleya 67 y sig..

Sabbah desenvainó la gumía.

A una indicación del Quibir, los esclavos alejaron al perturbador.

Tranquilamente, Nizar recomenzó:

Me aprisiona una pasión de amor: ¡bendita sea la prisión del cuerpo si se tiene la libertad de pensar en la bienamada!

Si me contrista la ingratitud de mi esclavo Jalil, que me abandona cuando mayor falta me hace; si me apena el recuerdo de mi noble y valiente corcel, impetuoso como un torrente, veloz como la difamación, que ya no oye mi voz, ni recibe mis caricias, ni hace resonar el desierto con su galope arrogante; si olvido mis esposas y mis hijos; si pierdo mis riquezas; si mi padre me maldice; si el Sultán me aleja su confianza... ¿Qué me importa todo eso, ante la dicha de conquistar el derecho de beber el néctar del amor, en la tacita de tu boca, rosa, vibrante y húmeda como una granada?

¡Oh! ¡Virgen de ojos hechos con dos trocitos de la Piedra Negra, luminosos como dos suras del Corán, que son rayos divinos!

XVI

EL ENCUENTRO

¡Oh, Emir!:

EL GRAN VISIR y sus diez hombres fatigaron los caballos en largas correrías. Las señas dadas por los habitantes de Naua, por los caravaneros de Daraa y por el esclavo moribundo, no habían sido precisas, y resultaban insuficientes.

Moin Eddin Anar fué infatigable. Dió reposo a los corceles, cumplió con las cinco oraciones rituales, pidió protección al Sapiente y continuó interrogando al horizonte.

Cuando el sol, caído en Occidente, parecía querer quemar el mundo, los caballeros de Damasco vieron, hacia el sud, densas nubes de polvo levantadas por rebaños guiados apresuradamente: eran los hatos que volvían de las vegas.

En el filo de la tierra y el cielo se veían centenares de camellos que marchaban pesadamente, como si fuesen montañas andantes.

La prudencia aconsejó a Moin Eddin Anar detenerse: felizmente no habían sido vistos.

En una fuente casi seca dieron de beber a sus animales y los despojaron de las monturas. Revisaron las armas, comieron, y se refrescaron con el agua de sus odres. Los soldados improvisaron una tienda para el Visir, y durante toda la noche montaron guardia.

El Visir permaneció largo tiempo desvelado. Por una rendija de la tienda veía una estrella muy luminosa que, por efectos de su agitada turbación, se le antojó un ojo del cielo; mirándola, pensaba en las pequeñeces de los afanes terrenos. «Mi hijo Nizar — se preguntaba —, al que amo con tanta intensidad, ¿es acreedor a mi cariño? ¿Llegará a ser tal cual lo soñé, al educarlo con cuidadoso esmero? ¿Será un hombre de recia vida, digno de la admiración de los creyentes y de la recompensa de Alá?»

Consideró el Visir que el actual desvío, el capricho amoroso que ahora aturdía a Nizar, era, sin duda alguna, pasajero, y que pronto volvería por la buena senda, de lo que era muy capaz, según ya lo había demostrado a su vuelta de Bagdad.

La fatiga rindió a Moin Eddin Anar, y durmió tranquilamente.

Al rayar el alba despertó el Atabek y, hecha la oración matinal, dispuso la reanudación del viaje.

Prestamente los damascenos volvieron a galopar en el desierto....

Cuando los beduinos estaban ocupados en encender los fuegos, fueron sorprendidos por la llegada de unos caballeros que se aproximaban en aparente actitud de ataque.

Los guerreros montaron a caballo; los aceros y las lanzas amenazaron al viento; el nombre de Alá se invocó repetidas veces, y, en medio de una gritería ensordecedora, el desierto oyó el galope furioso de cien caballos. El Jeque Quibir, al frente, alentaba a los árabes.

El viejo Abderramán puso junto a la tienda de Nizar la briosa alazana, que relinchó al ver de nuevo a su caballero. Cuando Nizar se aprestaba a montar, vió que Sabbah derribó de un puñetazo al débil Abderramán y que, corriendo a su encuentro, el ismaeliano desenfundó su puñal.

— ¡Perro! — tronó Nizar.

— Tu vida está en la punta de mi yatagán — vociferó Sabbah —, y el cuerpo de la jovencita que tanto te enamora estará en mis manos. Si eres valiente, como buen poeta, tendrás que probarlo...

Cuando el maldito alzó el brazo para herir a Nizar, el puñal cayó de sus manos: un golpe de alfanje había desarmado al agresor.

Sabbah desenvainó resoluto la cimitarra y los dos aceros enemigos se cruzaron.

— ¡Alá, el Implacable, dispone de nuestras vidas! ¡Bastardo!

La lucha fué rápida y terrible. Los pedernales adversos chocaban chispeantes. Los ojos de los combatientes lanzaban rayos de odio y los labios insultaban.

Algunas mujeres seguían el duelo con terror; otras miraban la lejanía, ansiosas por conocer el resultado del encuentro con los intrusos.

— *¡Kalb Ibn Kalb!* ¡Hijo de la adúltera! ¡Tus compañeros, los ponzoñosos ismaelianos, nos atacan, pero tú morirás como mueren los traidores!

— ¡No he traicionado la hospitalidad! — gritó Sabbah —. Amo a la mujer que quieres robarme...

Al oír esas palabras, Nizar redobló su combatividad, y, luego de pintar un jabeque en la cara del satánico, hizo un movimiento audaz y hundió el alfanje en el pecho del infame.

Una voz de mujer exclamó con intensa alegría:

— ¡Mi amado es victorioso en la guerra y en el amor! ¡Oh, tú, damasceno, eres el emir de los fuertes y de los bienamados!

Sabbah, derrocado y bañado en sangre, dijo con voz bronca:

— ¡Somos de Alá y volvemos a Alá!

— Un dardo te será lanzado: ¡los demonios son lapidados a la entrada de los cielos![1] —, res-

1) Suponen los musulmanes, interpretando El Corán, que las estrellas fugaces son dardos lanzados contra los demonios, para impedirles la entrada al cielo. Ver al respecto El Corán, Sura XV, aleyas 16 y 17; Sura XXXVII aleya 10; Sura LXVII aleya 5 y Sura LXXII aleya 8.

pondió Nizar, mientras limpiaba el arma en las ropas del humillado.

Al envainar el alfanje, Ak Sonkor vió a su lado los ojos de la bienamada y dos labios que sonreían.

Llegó junto a Fátima y, cometiendo un delito, arrancó la tela blanca que le cubría el cabello.

— Esta noche cantaré a tu boca —, prometió el valiente, y montó a caballo.

La alazana retembló nerviosa y, castigada por el acicate, se lanzó a la carrera.

Ibn Anar, con su radioso alfanje desnudo y el *haram* de la bella llevado a guisa de pendón alzado, se dirigió al grupo de combatientes.

Al llegar junto a los hombres en lucha, reconoció a los soldados de Damasco, que estaban en difícil postura. Vió a su padre combatir contra cinco.

Nizar se puso de pie sobre la montura, y con su potente voz tuvo la suerte de sobrepasar la algarabía guerrera:

— ¡Los creyentes son todos hermanos![1] —, gritó con singular energía.

Como obedeciendo a una orden suprema todos hicieron silencio, bajaron las armas ya manchadas de sangre, y escucharon absortos al joven caballero, que parecía un Ángel enviado por el Pacificador.

Nizar continuó diciendo:

1) Corán, Sura XLIX, aleya 10

— ¡Alá ordena reconocer las propias culpas y la reconciliación! ¡Hermanos! ¡Los creyentes que combaten entre sí deben hacer la paz![1]

La sorpresa de los beduinos fué muy grande. Algunos quisieron atacar a Ibn Anar, pero el Jeque se apresuró a impedirlo:

— Si se inclinan a la paz — dijo —, tú también te inclinarás y pondrás tu confianza en Alá, que lo oye y lo sabe todo.[2]

Se concertó una tregua. Los caballeros del Visir y los beduinos se alejaron a prudente distancia. Moin Eddin Anar y el Jeque Quibir aproximaron sus caballos.

Tabit Raschid Ibn Bendar habló con altanería y dureza. Moin Eddin Anar lo escuchó sin inmutarse y, al fin, le dijo:

— Tus insultos, ¡oh hermano!, me placen, puesto que si tu palabra es inflexible tu corazón es dúctil. Pudiste cobrar la deuda de sangre con la vida de mi hijo, y en cambio... Con razón tu magnanimidad es bien conocida y apreciada.

Apaciguado el Jeque, los emires trataron la paz.

Los dos hombres, cada uno en su campo, eran potentados sin rivales, y se picaban de ser los más bondadosos y desinteresados. Al mismo tiempo hacían gala de fuerza para que no se confundiese la magnanimidad con flaqueza o cobardía. ¿Había dobladas intenciones?

[1]) Corán, Sura XLIX, aleya 9 y Sura LXXVII, aleyas 41 y 44.

[2]) Corán, Sura VIII, aleya 63.

Después de pausada y larga conversación, la paz fué hecha.

Moin Eddin Anar pagaría la *diía* por la muerte del primogénito del Jeque y, en esa forma, la sangre sería definitivamente enterrada. Cien camellas blancas entregaría el Visir al Jeque, y la amistad renacería.

Además, por ser oportuno, trataron otros asuntos a los que convenía dar buen término: entrambos fijaron el derecho de peaje que pagarían las caravanas de Damasco por atravesar, sin ser atacadas, las tierras de los Benu Rabia de Tabit Raschid Ibn Bendar.

El Gran Visir extendió la mano para estrechar la del Jeque y luego besar sus barbas, en señal de reconciliación y amistad, pero Tabit Raschid detuvo el generoso gesto con un ademán y con esta frase:

— No; no hemos concluído hermano. Nizar Ak Sonkor ha contraído un compromiso. Alá todo lo sabe y nada podemos ocultarle, por eso quiero decirte: pensé que al no cumplir Nizar con lo que había prometido, la hospitalidad sería quebrada y podría cobrarme la deuda... Ahora, tu hijo está libre... ¡Y Alá sea loado! Pero, ¿sabes tú, hermano, lo que vino a conquistar tu hijo? Algo que le daré sólo por fuerza...

El Visir escuchó al Jeque sin decir palabra; llamó

con un signo a Ak Sonkor, le hizo conocer el pacto de paz, y le ordenó alistarse para regresar a la ciudad.

— ¡No! ¡No parto! Me quedo en el campo de los Benu Rabia. Existe aquí una virgen...

— Que no será tuya... ¡Los árabes somos hombres de honor!

— Fátima será mi esposa...

— Ya tienes cuatro.

— ¡Repudio a la estéril!

— ¡Fátima no será tuya, repito!

— ¡Oh, Emir!, hemos hecho un convenio...

— Tu padre pagará la deuda de sangre... ya no podrá cumplirse una de las cláusulas del pacto... por lo tanto...

— El honor... de los árabes impide quebrantar la palabra empeñada. ¡No he renunciado a mi derecho!

Tabid Raschid debió ceder, pero objetó:

— Tienes cuatro esposas...

— ¡Repudio a la estéril!

El Gran Visir miró asombrado y receloso a su hijo:

— ¿Tienes la seguridad de hacer una cosa justa?

— ¡El corazón siempre hace cosas justas! ¿Se puede hacer algo grande y abnegado sin amor, que es la llama y la luz del Divino, que es esencia de Alá? Repudio a mi esposa estéril, a Brunequilda, la cristiana...

Sin dar tiempo a que Moin Eddin respondiese, Ak Sonkor se hirió con el puñal ligeramente en un

brazo, cogió una brizna de yerba seca, y sobre un trozo del velo que ocultó la faz de la beduina bienamada escribió con sangre: «Las espaldas de mi esposa Brunequilda sean como las espaldas de mi madre. Te divorcio, Brunequilda, por tres veces. Te divorcio, te divorcio, te divorcio.» Al entregar el trozo de velo, dijo al Visir:

— Ante los testigos necesarios y el Gran Cadí (¡que Alá lo haga cada día más justo!) leerás a mi buena pero estéril esposa estas palabras. Le darás, de mi fortuna, la parte que le corresponde de su dote y la regalarás liberalmente.

Quiso protestar el viejo Visir, pero vió tan abrumado a su hijo, que se limitó a besarlo.

Nizar depositó un buz sobre las vestiduras de su padre y murmuró frases de agradecimiento.

Moin Eddin propuso a Tabit Raschid que aceptase el matrimonio de su hijo con Fátima, a lo cual se negó el Jeque:

— Tu hijo no es árabe; debe cumplir su compromiso...

— Hasta ahora ignoro en qué consiste, pero tengo la seguridad de que lo cumplirá...

Después de largo trato se convino en que si Nizar obtenía el derecho de casarse con Fátima, la dote que le entregaría el esposo sería la siguiente: Veinte camellos cargados de trigo del Haurán y otros veinte de dátiles de Bagdad; cinco camellos cargados de telas del Líbano, de Alepo y de Persia; cuatro de alfombras de Bajura y de Mosul. Y

todavía el Gran Visir, por propia voluntad, ofreció un *kitar* de camellas cargadas de esencias y polvos aromáticos del Yemen, de armas damasquinas y de trajes de honor, ricos y primorosos.

No paró allí la generosidad de Moin Eddin Anar: un collar de cuatrocientas perlas adornaría el cuello de la beldad de los Benu Rabia.

Terminados los ofrecimientos del Visir, que fueron aceptados con protestas de modestia por parte del Jeque, los dos ancianos abrieron sus manos en forma de libro, recitaron el Fatihat, se pasaron las palmas por la cara, y, acercándose, se estrecharon las manos. Besáronse las barbas y juraron, por ellas, ser siempre amigos.

Al ver esas muestras evidentes de reconciliación, los dos campos agradecieron la bondad de Alá y, deponiendo las armas, se aproximaron para saludarse.

Moin Eddin Anar llamó a uno de sus soldados y le ordenó traerle papel y tinta. Luego escribió algunas frases, y le dijo:

— Despacha este papel con una de las palomas mensajeras que hemos traído. La madre de Nizar debe aquietarse y deseo que el Sultán no ignore dónde me encuentro...

El Gran Visir aceptó la hospitalidad ofrecida por Tabit Raschid, y bebieron juntos agua y comieron sal y pan.

A pesar de la insistencia con la cual el Jeque Quibir deseaba obligar al Visir a permanecer en el

aduar, Moin Eddin Anar, después de algunas horas de descanso, emprendió el regreso a Esch Scham: tenía premura en postrarse a los pies del Sultán y explicarle la razón del abandono de la ciudad sin haberle pedido personalmente su consentimiento.

Nizar preguntó a su padre:

— ¿Jalil, el ingrato, ha llegado a Damasco?

— ¡Jalil ha muerto por salvarte!

Esta nueva, dada sin rodeos, conmovió a Ak Sonkor. Las mejillas del valiente se mojaron de lágrimas y, sin indagar más, se alejó hacia su tienda, al paso lento de su yegua.

Solo y triste, Nizar improvisó una canción elogiando los nobles y leales sentimientos de esclavo su fiel amigo, que conquistó la suprema liberación con el martirio.

(¡Alá tenga a Jalil rodeado de delicias sin cuento en el Cielo más alto!).

En el campamento quedaron dos soldados damascenos: mal heridos, partirían al día siguiente acompañados de dos beduinos.

En la tienda del Jeque se presentó un esclavo, y tranquilamente anunció:

— Señor: hay cuatro de nuestros guerreros heridos. Falta un caballo y no se encuentra en las tiendas ni en el campo a Sabbah, que fué herido, sin cobardía, por Ibn Anar...

Después de mucho tiempo de silencio el Jeque murmuró:

— ¡El Creador recompensará a los creyentes!

Llegó la noche.

Muchos árabes se reunieron para festejar la paz con los damascenos. Junto a los almenares ardientes en la tienda del Jeque, se oyeron los acordes del laúd y la voz de Nizar:

En dos labios, frescos como la rosa al nacer el día, bebí rocío de paz... La pasión que provocan esos labios, dueños de la voluntad de los fuertes, me dió entereza para llevar la paz a los hermanos.

Sus labios tienen el mágico poder de vencer a los indomables, con sólo una sonrisa.

Sus labios, inquietos como el reflejo de la luna en el Barada, tienen tanta dulzura, que ciertamente han sido purificados por el beso célico de un Ángel Enviado.

¡Oh, labios de la mujer amada, que avanzan para ofrecer una caricia y que se retraen para hacerse codiciar!

¡Labios que pronunciarán el nombre de mi hijo, Alá tenga la benignidad de mantenerlos siempre húmedos y siempre sonrientes! ¡Que el Sublime los torne mudos si han de pronunciar palabras de odio, y los haga parleros para traducir emociones de ternura!

XVII

LAS SIETE CANCIONES

¡Oh, Emir!:

POR LA MAÑANA el aduar recobró la normalidad. Los ganados fueron llevados a las vegas; las mujeres llenaron sus cántaros en el riacho lejano, prepararon la leche cuajada, tejieron y, en las horas convenientes, cocinaron el arroz y la carne de cordero. Con todo eso, tuvieron tiempo para atender a los hijos, reunirse en grupos para contarse sus penas y esperanzas, y acusar a las ausentes.

A fin de demostrar su adhesión a la tribu, Nizar ofreció su lanza para acompañar a los árabes en sus correrías.

Una tarde en que Ak Sonkor y veinte beduinos andaban de cabalgada en el desierto, se vió, a lo

lejos, una caravana de mercaderes que se dirigía a Oriente.

Como exhalación los beduinos cayeron sobre los traficantes. La alazana de Nizar aventajó a todos los corceles. Armado de su lanza, el damasceno combatió contra treinta. Con una prontitud jamás superada, dañó a muchos y puso en fuga al resto. Cuando los compañeros llegaron junto a Ak Sonkor no tuvieron más trabajo que arrear los camellos. Todos estaban cargados de ricas telas y especies de las tierras de los ferensis (¡que Alá los maldiga!) y transportaban hasta quince jovencitas blancas y hermosas, conducidas al mercado de Bagdad en calidad de esclavas.

Un traficante tártaro que hicieron prisionero explicó a Nizar que esas mujeres habían sido compradas por los francos y los rumíes, en dos ciudades bañadas por los mares más allá de *Al Kustantiniya,*[1] y que ellos las habían adquirido por mucho dinero en Jerusalén.

Esta hazaña, que dió como resultado un rico botín, aumentó el prestigio de Nizar entre los Benu Rabia y, en merodeos frecuentes, fué el arráez indiscutido.

En la paz de las noches azules y del sol estival, pasaron siete días en el campamento del Jeque Quibir Tabit Raschid.

1) "los mares más allá de Al Kustantiniya", son los mares Azof y Pontus Euxinus (Mar Negro), y las dos ciudades deben ser Caffa y Tana.

Siete días mansos, sin inquietudes, cuya monotonía fué sólo interrumpida el sexto, al amanecer, por la llegada de las cien camellas blancas prometidas por Moin Eddin Anar para pagar su deuda de sangre...

— ¡Deuda pagada, amistad remozada! —, dijo el viejo Abderramán, muy contento, pues no era ingrato, y Nizar y los damascenos habían ganado sus simpatías.

En verdad, poco agradó al Quibir y a otros beduinos el ver sellada la amistad con los damascenos... En el fondo de muchos corazones el rencor perduraba... En cambio, Nizar y Fátima vieron en esa llegada el buen augurio de días felices.

Cada noche de esos siete días, después de traídos los rebaños a las proximidades del aduar, se efectuaba la reunión acostumbrada en la casa del Jeque, para oír el cántico del enamorado.

La primera de esas siete noches, el Jeque se dirigió al poeta diciendo:

— Te comprometiste a improvisar tus canciones. Ya has cantado, con entera libertad, cuatro veces. Quiero, ahora, durante siete noches, indicarte el tema de tu canción.

— Tú ordenas y yo obedezco, ¡grande entre los grandes!

— Hoy cantarás sobre la perversidad de los hombres...

Y Nizar improvisó de este modo:

¡Oh, beduino!: ¡que la benignidad de las horas pasadas junto al río, en los prados o en el erial, no te hagan olvidar la maldad de los hombres!

Ten presente que el manantial donde abrevas el rebaño es codiciado por muchos y que son buenos amigos un caballo veloz y una lanza punzante. No acaricies el silencio con tu canción, sin antes probar el filo de tu cimitarra.

¡Oh, mujercita de ojos negros, que iluminaron el camino de mi esperanza!, cuando marches hacia la fuente, cuando corras alegre las vegas o cuando viajes en las soledades, recuerda la maldad de los hombres... Si te sientes débil para la defensa... pongo a tus pies mi brazo y mi pecho.

Los malvados acechan a los indefensos, y yo, bienamada, sabré aniquilarlos.

La segunda de esas siete noches, el Jeque dijo:

— Hoy cantarás al cuello de tu bienamada.

— Tú ordenas y yo obedezco, ¡Emir incomparable de los Benu Rabia!

Y ésta fué la canción de Ak Sonkor:

En su cuello, esbelto como una palmera, iré depositando un collar de besos,

que le causarán más placer que una retahila de perlas: ¿quien puede dudarlo?

Bendito cuello terso de mi sultanita, donde se esconde el misterio de su voz argentina, que me embriagará de dicha, con el mismo encanto como el ruiseñor enamora a la luna en las azules noches de primavera.

¡En el pocito inquieto de su cuello, conmovido por la proximidad de los senos, dejaré caer las lágrimas que he de llorar cuando advierta en mi amada desamor!

¡Y ella, mezquina de amor, secará el diluvio de mis ojos con la noche de su cabellera!

La tercera noche, Tabit Raschid ordenó:

— Quiero que hoy cantes a los oídos de la mujer que deseas...

— Tú ordenas y yo obedezco, ¡oh guerrero, que nunca has conocido la vergüenza del vencido!

Ak Sonkor cantó:

Cantaré poesías de amor siempre que esté a su lado, a fin de que sus oídos oigan únicamente palabras de almibar.

Cantaré bajo y suave para que mi tosca voz se torne melodiosa, olvidando la bronquedad del canto marcial.

Oídos puros de la incomparable, protegidos por el laberinto de dos orejitas, pétalos de rosas, por los que se filtran y purifican las palabras que siembran bondad en su fecunda inocencia.

Oídos de la bienamada: sordos para la maldad y la blasfemia y acuciosos para el ruego del doliente, el caer de la lluvia, el reír de los niños...

Oídos, junto a los cuales quiero morir pronunciando la palabra de Alá: ¡amor!

La cuarta noche, el Jeque manifestó su voluntad en esta forma:

— Deseo que entones una canción a los senos de la mujer que te aprisiona.

— Tú ordenas y yo obedezco, Quibir, que espantas a tus enemigos con el solo anuncio de tu llegada. He aquí mi canción:

Cuando ella marcha hacia la fuente con el ánfora como una corona, se contonea con la graciosidad del mimbre mecido por el viento.

Sus caderas se balancean, las ajorcas de los pies suenan tenuemente, y sus senos, enhiestos y sabrosos como dos manzanas rosas, se empeñan en perforar la blanca túnica.

Como gacelas perseguidas tiemblan

sus senos vírgenes, y se inquietan en voluptuoso afan de libertad.

¡Senos que serán míos!

Montañitas de miel, en cuyo valle posaré mi frente, ¡para que mis labios se sacien de dulzuras!

¡Mórbidas esferas que palparán mis manos, que ultrajarán mis dientes, con la misma avidez con la cual se palpa y se muerde la fruta, después de larga jornada de fatiga, hambre y sed!

La quinta noche el noble damasceno recibió la orden de cantar a los brazos y a las manos de la bienamada.

Obediente, el poeta dejó oír su voz:

El hechizador de serpientes tiene los brazos fornidos y la mirada de águila. Para avasallar a un guerrero ella tiene los brazos blancos y débiles y la mirada medrosa.[1]

Feliz el cautivo de sus brazos: ¡morada deliciosa en un oasis regado por dos ríos límpidos y bienhechores!

Sus brazos se adelantan en el gesto piadoso de socorrer al desdichado;

1) Se compara al guerrero con una serpiente, lo que no era ofensivo; muy al contrario, en la antigua poesía árabe era frecuente esa comparación como elogio dirigido a los hombres valientes, del mismo modo como se los llamaba leones.

sus dedos se abren para derramar el oro que mitiga las penas del menesteroso; sus manos se multiplican para curar al enfermo y al herido, dar pan al hambriento...

A la puerta del harén haré llegar cada mañana cien mendigos, para que sus brazos y sus manos se regocijen con el juego de la caridad: ¡entre esos miserables estaré yo, para pedir y recibir la limosna de sus halagos!

La penúltima de esas siete noches, Tabit Raschid dispuso:

— Ahora deseo oír tu voz cantando a las piernas de la mujer que codicias...

— Tú ordenas y yo obedezco, ¡oh, primero entre los Benu Rabia! Oye:

Ayer, cuando iba a la fuente, el viento resistió el camino de la bella, y su túnica se unió al cuerpo.

Mientras llenaba su cántaro, el viento, curioso, alzó la muselina, y dos palmeritas vió el desierto... ¿Qué jardinero prodigioso hizo crecer esas dos maravillas?

Cuando sea mía, besaré sus pies diminutos como rosas de Homs, y sobre los globitos nacarados de sus tobillos

pondré carcaxes, para armonizar el ritmo del cimbreño andar.

Si por voluntad de Alá la bella se marchase a los confines del mundo, iría yo detrás, infatigable en la marcha por llanuras y montañas, con mi lanza tendida y un cantar en los labios.

Y si el viento es nuevamente curioso, correré tras el viento, ¡para vengar su ofensa!

La última de esas siete noches el Jeque estaba acerbo y tétrico. El Visir había pagado su deuda... Nizar era pronto e inspirado en la improvisación y, al parecer, triunfaría en su propósito.

Fátima tendría que dejar las tiendas e ir a tierras de extranjeros, para morir de tristeza en la ciudad, sombría de muros, sin poder ver nunca el cielo... El Jeque, como buen árabe beduino, odiaba la ciudad, donde los hombres viven en perpetua esclavitud, obedeciendo a la voluntad de un Sultán o de un Visir siempre injustos; entregados al menester innoble del comercio, prisioneros en sus viviendas de tierra y de piedras.

Después de largo rato, en que todos esperaron la orden del anciano para que Nizar comenzase su cantar, Tabit Raschid dijo:

— Cantarás al vientre de tu bienamada...

— Tú ordenas y yo obedezco, ¡oh, envidiado en Esch Scham y en el Hayed!...

Y Ak Sonkor cantó:

La noche de mi triunfo, desgarraré sus vestiduras y, conteniendo mis deseos, posaré mis manos sobre el vientre terso de mi bienamada, con temor de marchitarlo y con respeto por su castidad.

Por la llanura de su vientre rozaré con suavidad mis toscas manos: la pelusa imperceptible de su cutis me enardecerá..., pero me esforzaré en acariciarlo con la inocencia del niño que juega con las mejillas maternales. ¿Podré lograrlo?

Mis dedos, curiosos, se detendrán a recrearse en el pocito donde se anudó el misterio de su existencia terrena...

Y ella se entregará, con la dócil timidez de virgen que desea y teme, y su vientre, luminoso como la luna al mediar la noche, irradiará delicias en el jardín de nuestros amores.

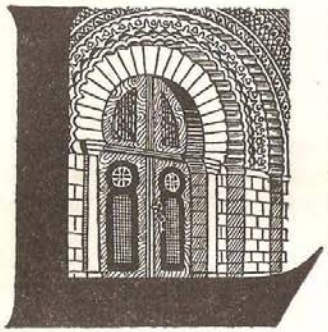
Y olvidaré la promesa de respeto, y lo cubriré de besos embriagantes...

¡Cuando sea madre, el vientre de la esposa bienamada se habrá santificado con la bendición de Alá!

XVIII

EL TESORO Y EL GRAN VISIR

¡Oh, Emir!:



LOS SIETE DÍAS que acosaron a las siete noches en las que Nizar cantó su amor, fueron de paz y quietud en el campamento beduino. En cambio, en el serrallo del Gran Visir hubo intensa actividad.

Moin Eddin Anar llamó a su lado a los mejores orfebres; hizo conducir a su diván a los persas vendedores de tapices; a los israelitas mercaderes de sedas; a los armenios, artistas del bronce y artífices del oro y de las piedras preciosas; a los árabes proveedores de trigo y lana; a los armeros, a los tejedores y bordadores, a los fabricantes de vinos y a los componedores de esencias olorosas, y a muchas otras personas que no nombro, ¡oh Emir!, pues para hacerlo emplearía más

tiempo que el necesario para recitar el sura de La Vaca.

Con toda esa gente intratable negoció con suma paciencia el Gran Visir: preocupóse de la calidad y cantidad de las preciosidades que pedía, y mercaba sin jamás regatear el precio.

Una tarde el Visir llamó al Almojarife, le hizo conocer el detalle de las compras dispuestas, le ordenó pagarlas puntualmente y recibirlas previo examen minucioso.

— Ten buen cuidado, honesto Almojarife, de pagar esas compras con mi dinero y no con el que cobras a los damascenos y felahes para beneficio del Reino. Está bien que reciba las dádivas de las personas a quienes favorezco, pero no que malverse y defraude los caudales del Sultán... Coje la pluma, suma y resta, y verás como mi fortuna es cuantiosa y como es superfluo tu zozobroso mirar...

El anciano Almojarife hizo una zalema, pasó las manos por su larga barba y se fué a un sombrío rincón.

Abrió un vetusto manuscrito del Corán y su largo índice señaló una aleya. Luego, gravedoso, se aproximó al Visir y le advirtió:

— ¡Oh grande, que Alá te ilumine! Recuerda lo que dice la Revelación: «Sabed que la vida de este mundo no es más que un juego, una frivolidad; es una ficción, un adorno, simple vanagloria entre vosotros»... — y, volviendo unas hojas, continuó su lectura. — «No marchéis fastuosamente

sobre la tierra, no podréis partirla en dos ni igualar la altura de las montañas...»[1]

Moin Eddin Anar meditó un instante, y luego pidió El Libro al Almojarife. Lo abrió con calma y, sin vacilación, rectificó:

— Agradezco tu fidelidad, pero escucha: «Diles: ¿quién puede prohibir engalanarse con los adornos que Alá produce para sus servidores o de regalarse con los alimentos sabrosos que les concede?»[2]

— Alá sabe que he cumplido con mi deber. Es tan rico y copioso lo que has comprado, Señor, que temo por tus arcas: quedarán vacías... ¿No temes la pobreza?

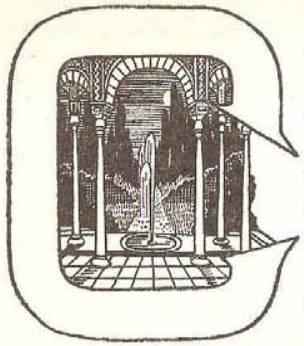
— ¿La pobreza? ¡Un Gran Visir jamás muere pobre! ¿Ignoras que el poder es una fuente de riquezas más prodigiosa y abundante que la dulce fuente de Salsabil?

1) Corán, Sura VII, aleya 19 y Sura XVII, aleya 39.
2) Corán Sura VII, aleya 30.

XIX

LA ESPOSA REPUDIADA Y LA MUJER FIEL

¡Oh, Emir!:



IERTO DÍA, una hora antes de la oración de zohor, el Gran Visir llamó a su presencia al *Cadí al Cudat*, al Muftí y a dos honorables musulmanes, e hizo conducir ante ellos a Brunequilda, la Cristiana.

En presencia de los cuatro testigos, el Visir leyó el triple repudio escrito con sangre, y luego dijo:

— ¡Ah Brunequilda, la Cristiana!, lamento haberte leído el triple *talák*, que te separa de mi hijo. Eres hermosa y buena, pero no has dado descendencia a Nizar. El honorable Almojarife te entregará, de los caudales de Ak Sonkor, el resto de tu dote, con lo que tendrás la fortuna necesaria para vivir con la dignidad propia a tu condición. Nizar

quiere que se te colme de riquezas y, cumpliendo su voluntad, he dispuesto regalarte el Palacio Verde. En sus huertos de frondosos limeros y azufaifos, en sus higuerales y en sus jardines floridos como pocos en Damasco, en cuyos caminos los pavones abren el abanico tornasolado de sus plumajes, podrás pasear tu tristeza, y junto a sus fuentes de surtidores rumorosos consolarás tu desolado acuitamiento. Recibirás, sobre todo eso, para tu regalo, compañía y custodia, veinte esclavas, treinta negros de Abisinia y, para el servicio de tu casa, diez camellas.

Brunequilda escuchó resignada el triple repudio y los ofrecimientos del Visir: reconocía su culpa de esterilidad.

La cristiana fué llevada nuevamente al harén de Ak Sonkor, donde permanecería hasta el término ritual: después sería conducida al Palacio Verde, ya que sus padres, cristianos residentes en Jerusalén, la habían renegado y no querrían recibirla.

Por la noche, Brunequilda salió al jardín. Vestida de negro — tal era el color de su amargura —, la cristiana vagó por los caminos embriagada con el perfume de las flores y oyendo, con deliquio, el gorjeo del ruiseñor. Mientras tanto, sus labios pronunciaban, por lo bajo, el nombre del esposo intensamente amado.

La luna rielaba en el agua inquieta de la fuente. Brunequilda se sentó a su vera, sobre el brocal, y en el reflejo lunar vió espejada la historia de su vida...

Su padre, el noble franco Manfredo de Clermont, había vencido en cien combates. En una de sus victorias cautivó a la hija de un emir musulmán, la hizo cristiana, y con ella contrajo matrimonio. De sus amores con la hermosa agarena habían nacido tres hijas. La menor, y la más agraciada, era Brunequilda. Un noble franco, zafio y codicioso, se enamoró de ella y por fuerza la casaron.

Su esposo debía servir al bravo Reymond de Poitiers y a la joven y seductora Constance; junto con Brunequilda emprendió el viaje desde *Tabariya*, donde residían, hasta Beirut, para embarcarse con destino a *Antakiya*.[1]

Mal guiados, erraron el camino, y en las llanuras de la Bekaa fueron sorprendidos por un grupo de muslimes que, al verlos llegar, parecían almogávares de Damasco. Los francos se defendieron con fiereza, pero fueron aniquilados. Quedó en el campo, entre los muertos, el odiado esposo... A los cristianos mal heridos los damascenos les concluyeron la vida, e hicieron prisionero al resto.

Cuando los muslimes corrieron las cortinas del palanquín en que viajaba la bella, admiraron su hermosura y disputaron su posesión.

Un bizarro damasceno, trajeado de blanco y al

1) Los nombres de estos personajes francos, según me dijo el alfaquí Omar Caon Teirit Abd Alí, están borrosamente escritos en el manuscrito árabe, y he debido escribirlos por conjeturas, teniendo en cuenta la época en que se sitúa este episodio.

parecer de principal alcurnia, se aproximó al palanquín donde la dama lloraba su desgracia, y con bondad le dijo:

— ¡Hurí terrena!; los musulmanes son hombres de honor y, ¡por el Profeta!, prometo que no he de permitir que se os ultraje...

Montado en una briosa yegua tordilla de crines alheñadas, asistido de su esclavo, el joven embrazó la adarga, desnudó el alfanje y con ceño fiero espetó:

— ¡Fuera los malnacidos! ¡Mi pecho defenderá a esta mujer! ¿No os basta con los despojos ganados?

Se mellaron los aceros, corrió sangre. Con destreza admirable, el valiente damasceno y su no menos impetuoso esclavo, hirieron a muchos, allanaron las armas de los más y pusieron en fuga a una buena parte de los contrarios.

Victorioso y con seis hombres que pidieron misericordia, dispuso el noble que la linda cristiana fuese conducida a Damasco, y que se liberase a los francos prisioneros.

El héroe, montado en una ágil yegua blanca tordilla, escolió el palanquín de la triste señora.

Brunequilda quedó justamente prendada de la bondad y de la nobleza de su salvador, quien a su vez se aficionó a la extranjera y al poco tiempo de estada en Damasco le ofreció hacerla su esposa.

Sin renegar de su dios, Brunequilda cayó a los pies de Nizar y las bodas se efectuaron pomposamente.

Después de cuatro años... pasados en un alcahaz maravilloso, donde olvidó su libertad, por vivirlos en ensueño de amor y en insomnios de recelos... ¡Ay, las mudanzas de los enamorados, que juran por la eternidad!

Y los labios de Brunequilda dijeron, con voz casi imperceptible:

— ¡Oh Señor de los Cielos, perdona mis desvíos! ¡Oh Virgen María, Madre de Dios, tu clemencia es tan grande que me concederás la gracia de interceder ante el Divino, para que perdone a esta pecadora arrepentida!..

Y calló de pronto.

La miseranda cristiana vió el rostro de su amado, en la luna reflejada en la fuente...

— ¡Amado mío, enamorado de otros amores!.. —, gimió con lloroso acento, y la esposa se dejó atraer por la mirada de su dueño...

La fuente perdió su mansedumbre y la luna su fulgor.

Mientras en el palacio damasquino de Ak Sonkor moría de amor Brunequilda, la Cristiana, en el lejano aduar de los Benu Rabia el poeta improvisaba:

La Duda martiriza mi sueño y despierto me siento inquieto, como en el desierto sin caballo y sin lanza. Desearía ser capaz de correr todas las tierras de Oriente y de Occidente, más allá de las

montañas y los mares, para encontrar la Duda, ¡combatirla y vencerla!

El espejismo crea mentidos castillos y caudales de agua: ¿el amor muestra a la bienamada con ilusorias virtudes?

¿Mi amada es firme como una mezquita o es tornadiza como la tromba de arena que vemos en la lejanía?

¡Oh impenetrable misterio! ¡Bendita sea la cándida virtud de creer a los labios!

Tú que juras amor: ¿tienes la seguridad de que la juventud, la arrogancia, la hermosura, las promesas, las dádivas, la fuerza, la ocasión, serán incapaces de vencerte? ¿Respetarás el juramento aunque tu amante esté lejos en los momentos de seguridad y ausente cuando estés en peligro?

Si hay flaquezas en tu pecho, ¡dilo!, para que sepa que eres sincera y te ame con más intensidad, y para que, en el próximo combate, me arroje a la muerte: ¡no viviré angustiado por la vergüenza y los celos!

Si sientes fuerzas para ser fiel, ¡grítalo!, para continuar cantando y sumar victorias.

¡He de creer a tus labios!

Un hombre se puso de pie, y habló con violencia:

— ¡Las mujeres de Esch Scham son el espejismo de la virtud! Tú, que ofendes el honor de los Benu Rabia, poniendo en duda la honestidad de sus mujeres, debes probar tu valentía.

El hombre que habló así era el Jeque Beha Eddin.

Todos salieron de la tienda. Ak Sonkor descubrió su gumía y, alentados por el intenso clamoreo de los curiosos, se inició el duelo en la vislumbre de las almenaras.

Ligeramente heridos los dos rivales, el Jeque Quibir ordenó separarlos.

Una voz gritó:

— ¡Ak Sonkor, ciertamente, nos ha ofendido!

— ¡No hay ofensa, Jeque Quibir! La duda es la fuerza que nos conduce a buscar la verdad. ¿Existe un amante sin celos? ¿Y los celos no son duda? ¿Qué sería del amor, sin el incentivo de los celos? Prudente y sabio Tabit Raschid: si hubiese seguridad en el amor de las bienamadas, callarían las voces de los poetas en las tiendas beduinas. Si se canta a las amadas para conquistar sus cariños, también se les canta para mantener vivo el fuego de su pasión. ¿Sería necesario avivar esa llama si no dudásemos?

— Tu arrogancia fatiga — interrumpió Beha Eddin —, y te advierto por mis barbas, y si Alá lo

permite, que pronto te encontrarás conmigo. ¡La maldición del Único cargue sobre tus espaldas!

Los esclavos alejaron a Beha Eddin y con él se fué un grupo de amigos y partidarios.

— Alá, que todo lo ve y puede leer en el fondo de nuestros pensamientos, me protegerá — musitó Nizar, y haciendo una zalema al Jeque Quibir, se retiró hacia su tienda acompañado por Abderramán y numerosos beduinos, que le demostraban su afecto.

Cuando Ak Sonkor quedó solo, revisó sus armas, las puso al alcance de su mano y se echó a descansar.

Después de varias horas de desvelo, el poeta pudo dormir. Despertó de sobresalto. No pudo impedir que lo amordazasen y le atasen los brazos y las piernas con fuertes cuerdas.

Los asaltadores, entre los que creyó reconocer la voz de Beha Eddin, lo pusieron sobre un caballo y lo liaron firmemente. Nizar oyó gañir un perro, y luego perdió el conocimiento.

Los cobardes habían hecho buena distancia, cuando Beha Eddin, que en efecto era el jefe de la banda, advirtió que los perseguían y ordenó apresurar la carrera.

Apremiados ante el peligro, y como el caballo que conducía a Nizar cabestreaba muy mal a gran velocidad, resolvieron abandonar la víctima: para ultimar al damasceno le dieron una mazada en la ca-

beza y se alejaron a todo escape. Tomaron la dirección por donde esperaban la llegada de un grupo de ismaelianos, con los que habían concertado el rapto de Fátima, pero corrieron mucho tiempo sin poder encontrar la derrota por donde debían venir los confabulados.

El caballo que cargaba a Nizar galopó espantado y sin rumbo, hasta que, por fin, relinchando volvió al aduar.

Ak Sonkor despertó en su tienda acostado sobre colchones de lana, cubierto con ricas telas de seda facilitadas por el Jeque, y comprobó que las heridas y contusiones no eran graves.

Tabit Raschid estaba a su lado, y le anunció:

— Los árabes expulsan de su cabila a quienes los deshonran. Beha Eddin es de antigua estirpe, pero ha manchado su nombre con una cobardía. Desde este momento lo declaro nuestro enemigo y nadie de nosotros repartirá con él su alimento.

— El Vidente, ¡oh Quibir!, te ha dado la luz para que puedas ver en las tinieblas: ahora sabes quién mancilla el honor de los Benu Rabia.

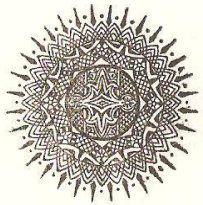
El aduar recuperó la tranquilidad. Por orden del Jeque los esclavos redoblaron la guardia en las atalayas lejanas. La paz parecía reinar en el desierto.

Cuando todo estaba callado, una joven llegó junto a la tienda de Ak Sonkor y, con desmayada voz, cantó así:

Vengo a la vera de tu casa como leona famélica a implorarte que alimentes mi esperanza de amor.

Soy flor sin aroma, arroyuelo sin agua, árbol sin hojas, espada sin filo... ¡pero soy leal y no miento!

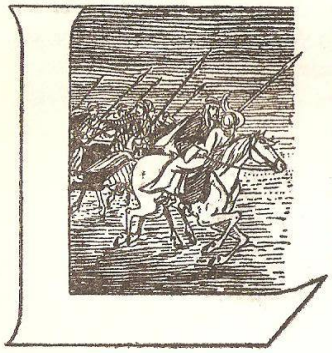
El alimento de mi esperanza es tu fe en la verdad de mi amoroso acatamiento. Si dudas, lo probaré abriendo con este puñal mi corazón, para que el emir de mi vida lea su propio nombre grabado en mis entrañas.



XX

EL RAPTO

¡Oh, Emir!:



LA VOZ DE LA jovencita se perdió en las tinieblas... Un grito de mujer; juramentos e insultos, ásperos, machos, brutales; tropel de caballería y ladridos de perros hirieron el silencio, lastimando las sombras.

Nizar comprendió la tragedia. Salió de la tienda con el broquel, la lanza y el alfanje pendido del talabarte. Llamó con todas sus fuerzas:

— ¡Fátima! ¡Fátima! —, mas nadie respondió.

Alarmado el campamento, se encendieron los fagoriles y se indagó lo ocurrido.

Fátima y otras jóvenes habían desaparecido de sus harenes. Se comprobó, también, que la tienda de Nizar estaba vacía y que en sus inmediaciones

había las huellas de hombres en lucha y, más lejos, de muchos caballos.

Los jinetes árabes corrieron, denodados y acuciosos, hacia los más misteriosos lugares: las lanzas y los sables enhestados eran amenazantes.

Mientras los guerreros cruzaban los campos, valles y montañas, hasta entrado el día de un sol sin misericordia, un mensajero fatigaba su caballo para anunciar al Jeque Quibir que varios esclavos destacados en un prado ubérrimo habían sido encontrados muertos y que el rebaño de camellos había desaparecido en dirección al norte.

El Quibir llamó a los jeques menores y a un *arfa* de edad provecta y palabra sapiente, renombrado por la virtud de su vida y su especialidad en arbitrar justicia en asuntos criminales. Con todos ellos celebró consejo.

Entre los jeques había uno, el más joven, de elocuencia fácil y convincente; después de haber dejado discutir a los jefes, dijo:

— ¡Quibir!: Has oído palabras muy justas. Yo diré otras no menos persuasivas. Demostraré que soy el más razonable. Se ha dicho que Beha Eddin es el raptor de nuestras mujeres; se ha afirmado que son los ismaelianos... ¡Esta afrenta a los Benu Rabia es obra de Nizar y de su padre Moin Eddin! El turcomano desea hacer de la hija del Jeque Quibir una concubina y no una esposa, y la ha raptado... ¿Creéis que un damasceno turcomano, que desprecia a los hijos del desierto tanto como nosotros

a los habitantes de la ciudad, es capaz de llegar al aduar con un propósito limpio, honesto? ¡Oh, no! ¡No!, Nizar Ibn Anar ha venido a perturbar nuestra vida, y al ser descubierto y acometido por Beha Eddin, precipitó su intento. El desleal afirmó que Beha Eddin lo atacó por sorpesa; que sobre un caballo lo condujo lejos, a un lugar ignorado, donde atentó contra su vida... ¿Es esto posible? ¡No! Ese ataque no ha existido. Es una simulación tramada por Nizar con sus hombres: con los mismos que luego arrebataron a nuestras mujeres y con los cuales el damasceno huyó. ¡Ese ultraje a la cabila debe ser lavado con sangre!

Las falaces palabras del jeque, dichas con firmeza, impresionaron a la asamblea, y todos dieron muestras de aprobación.

La indignación fué muy grande. Se resolvió atacar a las caravanas de Damasco; no perdonar la vida de los hombres y hacer esclavas a las mujeres que se cautivasen.

Para hacer más cruel y general la venganza pedirían la cooperación de todas las cabilas amigas.

— No olvidemos — alegó el jeque arfa imponiendo silencio —, que Sabbah no es árabe. Es ismaeliano. Por defender su amor, Ak Sonkor lo hirió sin traición. No sabemos si Sabbah vive o ha muerto. Si vive, es razonable pensar que él... No olvidemos, tampoco, que Beha Eddin cometió la mala acción de atacar a nuestro huésped. Beha Eddin ama a la hija del Quibir, y el amor, ¡oh hermanos!,

inspira el bien y el mal... Antes de resolver este asunto conviene oír la opinión de Bechir Ibn Amir, que, como sabemos, habitó desde su infancia muchos años entre los beduinos de Bilad er Remel, como se llama a la tierra de Chafar, entre Esch Scham y Misr, y conoce muy bien el arte de *kiafet* aplicado al conocimiento de los rastros. Con frecuencia su sagaz instinto y su penetrante mirada nos han revelado más de una pista y descubierto más de un culpable. ¿Debo recordar que hasta los koreichitas, gracias a la sagacidad de sus hombres dotados del sutil conocimiento de la kiafet fueron conducidos hasta la misma puerta de la caverna, donde se refugiaron Mahoma, nuestro Profeta (¡alabanzas para Él!) y Abu Bark? El rastreador koreichita siguió los pasos de los fugitivos y rastreó con tanta habilidad sobre las mismas rocas lisas y limpias, donde al parecer no había la menor señal de tierra, que, junto a la puerta de la caverna, pudo afirmar: «Las huellas de los pasos de Mahoma y de Abu Bark se detienen aquí». Los koreichitas objetaron: «No es posible: en la entrada hay una tenue tela de araña, cargada de tierra depositada por el viento. Es imposible que Mahoma y Abu Bark hayan entrado.» El rastreador volvió a afirmar: «Las huellas, como he dicho, se detienen aquí, junto a esta tela de araña». ¡Y no se equivocaba! ¿Debo recordaros también lo que todos los árabes saben, que en tiempos de la «Ignorancia» los cuatro hijos de Nizar Ibn Maadd, cuando se dirigían a Neyeram, al ver las huellas de

un camello, pudieron afirmar que el animal era tuerto, que no tenía cola, que era arisco y que al marchar se inclinaba a un lado? Sabéis bien que los hijos de Nizar Ibn Maadd, obligados a declarar cómo habían conocido los defectos del camello, que nunca habían visto, dieron las muy justas e ingeniosas respuestas que todos vosotros conocéis. No olvidemos, repito, que nuestro Jeque Bechir Ibn Amir un día señaló a nuestro Quibir los cuatreros de sus doscientos camellos, con sólo examinar los rastros de sus pasos y de sus caballos. ¿Olvidáis, por desgracia, los servicios que prestó a la cabila el anciano Nabit Ibn Hassan, muerto por la puñalada traicionera que le dió el ladrón (¡tenga las dos manos cortadas en el Infierno más ardiente!) de la admirada gumía de oro y perlas del Quibir? Después de dos años, observando los rastros de las pisadas de un hombre que vió en Bosra, llegó hasta su casa y sin vacilación le dijo: «Tú eres el ladrón de la gumía del Jeque Quibir Tabit Raschid ¡devuélvela!» No comprendo la causa por la cual en este trance no se llama, como en otras ocasiones se ha hecho, al Jeque Bechir Ibn Amir. ¡Parece que hay quien desea que no se conozca la verdad!

Escuchadas las atinadas consideraciones del Jeque Arfa, el Quibir hizo llamar al rastreador, y le preguntó si podría descubrir a los salteadores.

Bechir Ibn Amir, después de un instante de meditación, dijo:

— La oscuridad de la noche no me ha permi-

tido ver bien las huellas de los hombres ni de los animales. Ahora que amanece iré a estudiar el terreno. Dentro de dos horas, si Alá lo quiere, volveré y diré si puedo prometer descubrir a los criminales.

Bechir Ibn Amir fué puntual. Pasado el tiempo indicado por él, volvió y silenciosamente se sentó en el corro del Jeque Quibir. Después de un largo momento de curiosidad general, el *kaif* informó:

—¡ Oh grande, Alá es el más Sabio! Ordena a los guerreros montar a caballo, dispuestos a vencer. ¡En el aduar mismo hay enemigos que han querido borrar los rastros de los criminales! ¡No importa! Si Nizar Ibn Anar no vuelve dando noticias de los criminales, querrá decir que ha perdido la vida. Prometo conducir a los guerreros hasta donde se han escondido los enemigos, por más lejos que hayan ido. He visto sus rastros y no se me perderán. Los raptores no son damascenos: te diré, ¡oh Quibir!, porque puedo afirmarlo. He visto las huellas de Beha Eddin hasta dentro de la tienda de Nizar y las he visto desaparecer donde están las pisadas de muchos caballos. He visto junto a la tienda de Nizar las huellas más recientes de Fátima, que llegó hasta allí arrastrándose por momentos. Más tarde llegaron a pie, hasta la tienda de Ak Sonkor, cuatro hombres entre los que estaba Sabbah. ¡He visto muy bien sus pasos! Estos rastros, si bien han sido borrados en muchos lugares, me condujeron a una distancia apreciable, donde los hombres montaron a caballo. Los caballos no son damascenos, estaban frescos y ese día

no habían vadeado ningún río. Diez caballos van hacia el norte: uno de ellos va tirado del cabestro. He visto también, junto a otras tiendas donde faltan mujeres, señales de hombres que no son damascenos. Los hombres de Esch Scham tienen los pies más chicos. Si se descalzan en el desierto dejan vestigios muy tenues y desiguales, porque el marchar les causa dolor: no tienen costumbre de caminar sobre pedregales. Desde su tienda Nizar corrió hasta la del esclavo Malik, donde estaba un caballo listo para montar. El esclavo encargado de la guardia se había dormido. Sobre su veloz y resistente animal, Ak Sonkor corre persiguiendo a los raptores. Y si todo esto no basta, Quibir, te diré que el Emir Ibn Anar dejó en su tienda todas sus joyas, el lujoso aparejo de montar, y que su yegua alazana está en la vega: no hay hombre que abandone su caballo si tiene premeditada una sorpresa...

El Jeque Arfa dijo:

— No dudo ahora de que Sabbah es el criminal.

Muchos se plegaron a las opiniones de los dos jeques, cuando en eso llegaron a la casa del Quibir los amigos de Ak Sonkor que habían salido en persecución de Beha Eddin y de sus cómplices, y contaron, con riqueza de detalles, el atentado de que había sido víctima Ibn Anar. También dieron cuenta de cómo les fué imposible alcanzar a los miserables.

Ya no había dudas. El rastreador no se equivocaba.

Aquel joven Jeque que había querido enlodar la reputación de Nizar, se retiró del corro, rebullendo encono: Montó a caballo y se encaminó a la vega.

Tabit Raschid ordenó a los guerreros tomar las lanzas y los arcos, montar a caballo y seguir la dirección que les fuese indicando el Kaif Bechir Ibn Amir.

El Quibir hizo silencio: un repentino malestar lo dejó leso. Tabit Raschid sintió que estaba viejo y enfermo. Quiso hacer un esfuerzo, pero debió comprender con profundo dolor que no podría ponerse al frente de sus guerreros, desafiando los peligros, dando ejemplos de valor.

Los jeques lamentaron la imposibilidad de su Emir, pero, no habiendo tiempo que perder y en ausencia de Zaid, el hijo más querido, guapo, generoso y arriesgado del Quibir, eligieron como cabeza de la expedición al sobrino de Tabit Raschid, llamado Abd As Samed Ibn Hosan Eddin.

¡Oh, Emir!:

Hondísima fué la pena que embargó al anciano al constatar, por vez primera, que no podía salir a vanguardia de la algara, y su amargura fué tanto más grande por tratarse de correr en defensa del honor beduino y de la vida de su hija predilecta.

Alá lo había dispuesto así, y el Señor de los Cielos y de la Tierra sabe lo que hace, y lo que hace es siempre justo.

Los árabes salieron en busca del enemigo, resueltos a no regresar sin haber vengado su honra.

En la mejor camella blanca, sentada en el *hodag*, iba cantando victoria otra de las hijas del Quibir, llamada Kadiga, a la que fué imposible detener en la tienda.

Abd es Samed Ibn Hosan marchaba a todo galope delante de los guerreros, montado en un corcel brioso y veloz: en la punta de su lanza flameaba un *kefiye* verde.

Los beduinos, todos en alborotado galope, entusiasmados de coraje, entonaban cantos de guerra:

— Las lanzas de astas delgadas, rectas y flexibles, de hierros puntiagudos y cortantes, son las avanzadas de los caballeros: ¡anuncian la muerte y preparan la victoria!

— Con las puntas de sus lanzas, los árabes, si tienen brazos firmes, potros resistentes y corazones arrestados, conquistan tierras, fortalezas, riquezas y vírgenes...

— ¡Nuestras lanzas no conocen cotas impenetrables ni horizontes que no logren!

¿Basta una lanza excelente para triunfar? ¡No! Es indispensable un caballero bien templado y una empresa

grata al Justiciero. ¡No conocemos la cobardía y nuestra causa es justa!

Kadiga, desde el hodag, respondía:

— ¡Árabes! ¡Jamás habéis poseído arma más eficaz y más grata al Altísimo que vuestros arcos y vuestras flechas! Estas conducen a gran distancia el destino; corren rectas y penetran los pechos mejor defendidos, del mismo modo como no es posible resistir a la voluntad del Omnipotente.

¡Alá recompensa a los arqueros!

— Tu causa es santa, ¡oh árabe! Mira con presteza, tiende el arco con brazo firme y no tardes en arrojar la flecha. Si así haces, ¡ten la seguridad de que en la punta va la muerte, y en las plumas la victoria y la recompensa!

¡Alá es grande y único!

El Kaif Bechir Ibn Amir guiaba a los guerreros. Galopaba delante de todos, examinando el campo y diciendo, de tiempo en tiempo, con gran entusiasmo: «Siguen siempre al norte». «Aquí se reunieron diez caballos más». «Por aquí pasaron los camellos que nos robaron, y los conducen hacia el Chebel Haurán». «Por acá van los bandoleros: son en total treinta hombres bien montados».

Cuando los guerreros llegaron a las márgenes del Nahr Yarmuk, Bechir Ibn Amir se detuvo, y dijo:

— Por aquí han entrado al río, yo pasaré primero y veré por donde lo han vadeado. Es posible que hayan hecho un trecho dentro del agua, para despistar.

Al cabo de cuatro horas, una parte de los beduinos continuaba su carrera siempre hacia el Norte pero inclinándose hacia Occidente. El resto tomó la dirección del Chebel Haurán para recuperar los camellos. Todos se dieron cita en el mismo paraje donde habían cruzado el Nahr Yarmuk.

Tabit Raschid había quedado en la tienda, acompañado de su escriba, de varios jeques ancianos y de algunos esclavos, prontos a repeler cualquier ataque al aduar.

El Quibir estaba profundamente abatido. Consolaron su tristeza la esperanza en el triunfo y el pensamiento de que sus tres hijos, Zaid, Ibrahim y Hasan, ya habrían cumplido con la misión de honor que les encomendara, y que pronto estarían de regreso de *Tadmur* o de las proximidades del *Nahr al Frat*, para donde habían partido hacía mucho tiempo.

XXI

HE DE MORIR A TU LADO

¡Oh, Emir!:

LOS ALEVOSOS raptores se apearon en un pequeño valle, en el fondo de agrestes montañas del *Chebel esch Scheik*, al noroeste del *Bahr al Huleh*, y acamparon en un aprisco oculto entre piedras gigantescas.

Después de discutir acaloradamente el reparto del botín, varios hombres se quedaron cuidando a las mujeres y el resto se apostó en las alturas con las aljabas llenas de flechas y tragacetes.

Sabbah llamó a un ismaeliano, que cargaba muchos crímenes, y le habló así:

— Tu vida está en peligro si no cumples mis órdenes. Por Mahoma, el Señor de los Profetas (¡que

Alá lo tenga en salud!), escucha bien y ejecuta mejor... Beha Eddin, el jeque beduino que tú conociste en la racia del mes de Schaual, y el damasceno Nizar Ibn Anar, aman a la misma mujer que tengo ahora en mi poder. Beha Eddin vendrá a reclamarla. El hijo del Visir, si vive, estará registrando el Haurán y es posible que descubra nuestra guarida. El Quibir no dejará rincón sin recorrer: posee un buen rastreador que olvidamos de inutilizar. ¡Debemos estar alertas! ¡Abre tus oídos, oh Solimán! Si viene hasta aquí Beha Eddin, corre a su encuentro y entretiénele con buenas palabras, jura que no me has visto o díle que me he marchado a un lugar que ignoras... ¡Por tus barbas, Solimán! Beha Eddin es beduino, noble y rico: conviene, por estas razones y otras muchas que no podrás comprender, tenerlo amigo... ¡Ah!, pero si no cree en tus palabras y adviertes que conoce nuestro escondite, llama a siete hombres, ¡lucha y mata! Si llega el Quibir Tabit Raschid, evita que te vea, no vendrá solo, tras él estarán casi todos los guerreros del aduar. Vendrás a dar alarma, para que podamos huir... Si en cambio divisas al damasceno Ak Sonkor... ¡ah! entonces... llama a todos nuestros hombres, vendré yo también... Evita ponerte a su alcance; si te sorprende ¡cuídate!, es hombre de gran pujanza y sobra a muchos fuertes... Si tu mano es firme, arma el arco y arroja una flecha... Si matas, ¡oh Solimán!, la bendición del Altísimo será infinita y te regalaré tres esclavas blancas, caballos velocísimos, buena cantidad de ha-

schisch, y tendrás el Edén en la tierra... Abre tus oídos, Solimán, y elije: ¡la perdición o la fortuna! Toma este oro...

— ¡Oh Señor! ¡Es poco para tan grande empresa! Eres generoso, y las mujeres se rinden enamoradas a tus pies...

Sabbah arrojó varias piezas de plata, y se marchó con harto garbo, satisfecho de la adulación de Solimán.

Pasaron horas de quietud.

Muchos hombres continuaban atalayados en las colinas, y los demás permanecían junto a las mujeres raptadas.

En la roca de las montañas había algunas cavernas que, en tiempos remotos, habían habitado los hombres primitivos: Sabbah se instaló en una de ellas, la aderezó con viejas alfombras, e hizo conducir a Fátima.

Al quedar solos, acarició soezmente a la jovencita y le ordenó:

— Descubre tu cuerpo; serás mía... ¡Pronto! ¿Quieres que te desgarre esos trapos?

— Si eres misericordioso, ¡mátame!

— Yo también cantaré canciones de amor... ¡Ven! No beses mis pies... Bañaré los tuyos con agua de rosas... ¡Si te resistes los bañaré con sangre! Estoy herido por tu culpa, y el tajo no cicatriza. ¡Oh, juro por Alí, que el turcomano Nizar conocerá muy pronto el frío de mi gumía!

— ¡La maldición de Alá te oprima, así como a tus padres y a tus hijos!

— Serás mía, mujer... ¿Olvidas que eres mujer?

Sabbah se echó en un rincón de la caverna sobre un mugriento almadraque, y ordenó que le trajesen bebidas, alimentos y perfumes. Bebió y comió hasta hartarse y, al terminar, sacó de su pecho una bolsita de cuero guadamecí y con lentitud fué mostrando un largo collar de cequinos.

— Un beso y una caricia valen todo esto, Fátima, mi bienamada de siempre...

Fátima comprendió que convenía fingirse dócil, para ganar tiempo y madurar la defensa y la huída.

Con astucia bien tramada, la cautiva se mostró sonriente, y probó las viandas y bebidas que le ofreció Sabbah, ya ablandado al creer conquistada a su presa.

De intento, Fátima comenzó a contar mentidas leyendas de supuestos paladines y fantásticas aventuras de enamorados en desdicha, y narró, con acento apagado y lengua pigre, imaginadas jorguinerías que aterraban a países ignotos... Así se sucedieron varias horas: largas y crueles para la narradora, cortas y lenitivas para la fiera que escuchaba.

Fátima fingió fatiga, y al dar término a una narración, se dejó caer sobre una alfombra y cerró los ojos.

El hombre se aproximó a la mujer deseada.

La quiso besar: temió despertarla, y se alejó mascullando:

— ¡Esta noche serás mía o beberé tu sangre!

Las sombras se esparcieron sobre las montañas y los valles.

Los fuegos encendidos en las cavernas vecinas parecían los ojos de las tinieblas, y los aullidos de los chacales semejaban gemidos de la inmensidad... El eco repetía los juramentos de los hombres enardecidos y los gritos de las mujeres injuriadas.

Cuando Fátima comprobó que estaba sola, se puso de pie, y con la ayuda de un candil, que encontró alumbrado, revisó la cueva. No había arma alguna. ¿Cómo escapar? Se arrojó al suelo, con los codos apoyados en la tierra y la cara entre las manos y, trémula de encono, quedó largo rato meditando. ¿Qué hacer en semejante ocurrencia?

La soflama de los fuegos de un vivaque iluminaba a Sabbah. Fátima lo vió besar a una mujer, luego dejarla con un gesto de fastidio, y llegar con paso acelerado hacia la caverna. La raptada recuperó la postura en que la había dejado el malvado, y aparentó dormir.

La jovencita oyó a su lado los pasos del hombre, le oyó murmurar cosas que no comprendió, y luego sintió la respiración pesada del réprobo. De pronto, dos manos brutales oprimieron su cintura, y el lascivo decía:

— ¡Sí, besaré tus brazos y tus senos!

¡Oh, Emir!:

Se oyó a lo lejos, repetida cien veces por la inmensidad de las montañas, una voz melodiosa que dejó inmóviles, por un instante, a los ismaelianos.

Sabbah se puso de pie, profiriendo anatemas, y salió al campo:

— ¡Hermanos! — gritó —: ¡Son los genios, las gules!...

Fátima clamó con todas sus fuerzas:

— ¡No! ¡Es Nizar Ibn Anar! ¡Aquí estoy pura, blanca como el alcanfor!

— ¡Perra! Ahora voy a traerte la cabeza de ese valiente...

— ¡Héme aquí, seré tuya!

Sabbah volvió junto a Fátima y la abrazó con pasión. La jovencita arrebató la gumía de la cintura del ismaeliano y, con energía, la clavó en el vientre del canalla, haciéndole una herida jemal.

— ¡Albricias, Alá! — exclamó, llena de satisfacción, al ver caer a sus pies al abominable.

Y mientras el perverso agonizaba, Fátima se arrepintió de haber matado. ¿La habían visto? ¿Viviría aún mucho tiempo? La venganza ismaeliana no tiene piedad y es traicionera. ¡Oh, Alá es Justo y Misericordioso! Confiada en que el Protector la ampararía del mal, corrió por las montañas.

Mediaba la noche; ahora parecía mas lóbrega y torva. Los sorprendidos habían apagado los fuegos y, deseando defenderse o escapar, se atropellaban y atacaban sin reconocerse.

La noche macabra, y de insensible lentitud, de-

moró mucho en pasar, hasta que, instantes inmediatos a la aurora, Fátima vió en la negrura un resplandor azul y comprendió que era un signo evidente de Alá. El alfanje del intrépido se había iluminado, y fué hacia él.

Mientras tanto, Ak Sonkor cantaba:

Fulminaré a los facinerosos con mi alfanje en llamarada. ¡He de combatir contra cien, seguro de la victoria!

El cielo se mancha de arreboles: ¡adelante los cobardes!; pronto la luz permitirá ver nuestras caras y saber dónde hieren las armas.

¡Oh, Fátima!, si vives, anuncia tu fidelidad y tu pureza; mi brazo viene a salvarte... ¡Si no respondes, has muerto, y he de morir a tu lado!..

En su desesperada carrera, Fátima cayó bruscamente junto a una roca donde un hombre se disponía a montar a caballo. El ismaeliano la tomó de un brazo. Entonces la enamorada manchó de nuevo la gumía con sangre enemiga...

El herido era Solimán, que dejó la vida diciendo:

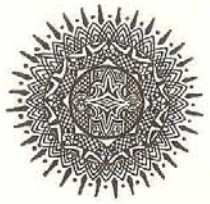
— ¡Alá es único!...

— ¡Alá me ampare! —, y Fátima montó el caballo del hombre que moría y, con rapidez de lebrel, enderezó hacia donde estaba su salvador.

Nizar interrumpió sus cantos al recibir sobre el broquel un recio golpe de jabalina y comprobar que las flechas caían a su lado como las hojas en el otoño. El Almocadén damasceno aguijoneó el caballo y, dando un salto en la penumbra, se precipitó al campamento enemigo. Varios hombres le atajaron el paso, pero Ak Sonkor se abrió camino, dejando a muchos mal heridos.

Fátima pudo llegar junto al impertérrito:

— ¡Emir, magnífico entre los valientes — le dijo —, soy pura como Aischa, ¡la calumniada! ¡El Divino me ha protegido!



XXII
CON EL PASO RETARDADO

¡Oh, Emir!:

A ÚLTIMA estrella brillaba en el cielo, cuando los enamorados castigaban sus caballos y bajaban la montaña a galope tendido. La huída fué trágica, desesperada. Los fugitivos oían las voces de los perseguidores y el zumbido de las flechas que perforaban el viento.

Ya en la llanura, Nizar oyó un quejido y vió a Fátima herida en un brazo. De un salto, Ak Sonkor montó sobre la grupa del caballo que conducía a Fátima y abandonó el suyo, gastado de cansancio.

Sin aminorar la marcha, mantuvo firmemente a la enamorada y vió que los enemigos se detenían para explorar el campo, creyendo, al ver el caballo sin caballero, que lo habían derribado.

Felizmente, Nizar perdió de vista a los ismaelianos y enderezó la cabalgadura hacia el aduar de los Benu Rabia.

Hacía tiempo que había salido el sol.

En la línea de una loma surgieron, de improviso, las siluetas de cuatro jinetes armados de lanzas. Las crines de los caballos y las vestiduras de los jinetes eran fuertemente castigadas por el viento.

Ak Sonkor se detuvo. Miró atentamente a los aparecidos y reconoció a gente del aduar de Tabit Raschid.

— ¡Alá es misericordioso! — gritó, haciendo señales con su brazo.

Los cuatro jinetes pusieron los corceles a la carrera.

Un caballo relinchó. Nizar fijó la mirada y, por la alzada, la amplitud de las crines, la gallardía y extensión del galope, reconoció a su yegua alazana.

— ¡Los ladrones!

Con las lanzas enristradas, los beduinos rodearon al Emir.

— ¡Nos hemos encontrado, oh turcomano! ¡Afirmo que esa mujer será mi esposa!

— ¡Eh, Beha Eddin! ¡Ladrón de caballos, y valiente cuando tienes compañía!

— No he robado tu yegua, pero, ¿qué importa esto si ahora te robaré esa mujer?

— ¡Cobarde! ¡Ruin! ¿Quieres?.. ¡Ea!.. Aleja a tus amigos y, si tienes honor, mide tu alfanje con el mío.

Ak Sonkor echó pie a tierra, desmontó a Fátima, que estaba desmayada, la dejó junto al caballo y desenfundó el alfanje.

Beha Eddin se apeó al mismo tiempo, ordenó a sus hombres estarse quietos y, con la cimitarra al aire, se puso frente al rival.

La lucha fué breve. Nizar desgarró al beduino con dos cortantes golpes en el brazo derecho y en el pecho y, al verle con el brío doblado, le perdonó la vida.

Se volvió para socorrer a su bienamada y continuar su marcha, mas los tres cobardes habían capturado a la jovencita y se alejaban a todo escape, hacia el *Nahr Scheria al Quibir*.

Uno de los cobardes, el que conducía a Fátima, había dejado su caballo y montaba la yegua alazana.

Ak Sonkor montó la bestia abandonada y corrió a los fugitivos. Dió alcance a uno y lo derribó de su montura; logró aproximarse a otro y lo desarmó, obligándolo a entregar el arco y las flechas. El beduino que llevaba a Fátima ganó distancia y parecía imposible alcanzarlo. ¡La alazana era tan veloz!

¡Oh, Emir, que me escuchas con tan graciosa atención, bien sabes que el amor da energías para realizar proezas inauditas y fuera de lo natural!... Y esto explica cómo Nizar Ibn Anar pudo esforzar de tal modo a su caballo que se puso a poco trecho del fugitivo, y lo increpó:

— ¡Detente! ¡Maldito! ¡Arriesgas la vida!

Era en vano: el raptor no se atemorizaba. Su buena montura continuaba la rápida carrera por el amplio desierto y a cada instante cobraba mayor distancia.

Nizar resolvió, mordido por el dolor, abatir su alazana, noble y sin par, pero no existía otro medio para detener al forajido sin peligro de herir a la bienamada. Aminoró la marcha, tendió el arco varias veces, y otras tantas flechas se clavaron en las carnes sudorosas de la yegua: Ak Sonkor sentía los flechazos como en carne propia...

Sangrando en abundancia, el animal retardó el galope y cayó extenuado.

El despreciable, al verse sin defensa, besó la tierra y pidió clemencia, en nombre del Perdonador.

Nizar se aproximó al beduino; al verlo cara a cara reconoció a un joven jeque, amigo íntimo de Beha Eddin. (Era el mismo jeque, ¡oh Emir!, que, con largo discurso, procuró en el consejo del Quibir enlodar la reputación de Nizar).

— ¡Perro!, me pagarás tu cobardía y la muerte de mi alazana.

— Perdóname, Señor... robé tu caballo por orden de Beha Eddin...

Ak Sonkor iba a ultimar al beduino, pero en ese instante Fátima gritó:

— ¡No mates!: ¡Teme la venganza ismaelianal.. —, y rompió en llanto, presa de indecibles dolores.

El invicto corrió junto a su amada y, estimando que le importaba más salvar a la inocente que castigar al canalla, cogió el caballo por la brida. Antes de montar se aproximó a su yegua moribunda, la contempló un instante y, por fin, le dió un flechazo de gracia. Luego se inclinó, besó el copete del animal muerto, y sintió sabor de lágrimas en los labios...

— ¡Alá lo ha querido! — protestó, y, repuesto de su emoción, cabalgó de un salto, cargó con la bienamada y galopó mucho tiempo vigilante, tornando su mirada inquisitora hacia los cuatro vientos.

Y mientras galopaba decía a Fátima:

— Este encuentro funesto me fué presagiado por dos gacelas que cruzaron delante de nosotros de izquierda a derecha. ¡Ojalá no sea el anuncio de males mayores!

(¡Oh Beneficiador, evita a los buenos creyentes los sufrimientos terrestres y concédeles las dichas celestiales!).

Cuando el sol marcaba la hora de zohor y requemaba la tierra, los esclavos que hacían guardia por el lado del poniente dieron voces de alarma: se divisaba a un hombre montado en un caballo que marchaba con la cabeza gacha y el paso retardado. ¿Quién era?

La actitud pacífica del desconocido tranquilizó los ánimos de los ancianos y de las mujeres, que ya habían tomado las armas. Al reconocer a Nizar

y a Fátima, todos entonaron jubilosas canciones de bienvenida.

Tabit Raschid, siempre imposibilitado por un mal que ignoraba, había quedado postrado en su tienda; sus ojos se cubrieron de lágrimas al comprobar que no podía salir al encuentro del triunfador.

Nizar se esforzó por mostrarse gallardo. Al paso lerdo de su caballo cansado, y con preciosa carga, llegó, atiesado en la montura, hasta la casa del Quibir.

Las mujeres cantaban:

— ¡Oh ínclito Emir! Eres hermoso y rico y desprecias la vida; eres fuerte y obediente a la voluntad de Alá, por eso retornas con la victoria en el filo de tu alfanje y en la punta de tu lanza.

— El amor te hace esforzado; te impele a la lucha y te da serenidad en el combate. ¡Quien no ama no triunfa!

— Como Antara, has batallado sin temor y sin descanso, para conquistar el corazón de tu bienquerida.

Con hazañas que creíamos imposible igualar, Antara ganó a la hermosa Abla. Tú superas al ardiente enamorado y conquistas, con tus versos y con tu temeridad, el amor de Fátima, la bella.

Tabit Raschid besó conmovido a Fátima y a Nizar y ordenó a la madre de la herida y a otras mujeres que le prodigasen los más solícitos cuidados. Fátima se desvanecía debido a la sangre perdida y a la ponzoña que rápidamente comía las carnes.

Ak Sonkor narró, con profusión de detalles, la forma como había realizado la liberación de la dueña de su albedrío, e indicó el sitio de refugio de los ladrones.

Por si acaso el rastreo hubiese fracasado, el Jeque despachó un esclavo para señalar a los guerreros la comarca donde podrían sorprender a los hombres de Sabbah y, animado por el retorno de la hija, recobró el entusiasmo y las fuerzas.

— ¡Tus acciones son ejemplares, Ak Sonkor!.. Has perdido tu veloz alazana. Te recompensaré regalándole dos de mis yeguas: las dos son de sangre purísima, puesto que descienden del mejor de los veinte caballos que dejó el Profeta al morir (¡que Alá lo tenga en salud!). Una es blanca y se llama Relámpago por su velocidad no superada; la otra es pajiza y se llama Noche y Día, por ser infatigable en la marcha...

— Tus dos yeguas, Quibir, me conducirán a la gloria.

Llegó la noche.

La flecha heridora había tenido rejalgar, cuyo empleo conocen muy bien los ismaelianos, y por esa causa Fátima sufría escalofríos y desvanecimientos, y por instantes quedaba yerta.

Fátima soportaba con entereza los dolores acerbos y torturantes de su mal y los suplicios de los placativos brujeriles. Una vieja reseca, para sacarle el veneno, le chupaba la sangre con tanta obstinación que la herida perdía fuerzas y vida.

Las hechiceras no conseguían mitigar el mal de la heroína. Nizar, desgarrado de ansiedad, escribió a su padre y despachó un mensajero hasta Esch Scham con orden de no regresar sin el mejor *hakim* de la ciudad.

— De la prontitud que pongas en llegar a Damasco depende la vida de Fátima... y la mía —, le había dicho Nizar al entregarle un pliego para el Gran Visir, y un bolsillo con dinares de oro.

— No, Emir, no acepto recompensa alguna. Volaré a Damasco...

— Es justo que premie con un regalo tu buena acción...

— Me has pagado por adelantado... Ignoras, al parecer, Emir, que yo y mis dos hijos fuimos rescatados con tu dinero, no hace mucho tiempo, cuando caímos prisioneros de los francos en una racia desgraciada que hicimos a las tierras de Sahel... Debo, por lo tanto, mostrarme reconocido... No me agrada tener deudas de gratitud... ¡Y Alá me acompañe!.. ¡Amén! —, había dicho Abderramán partiendo al galope de su veloz caballo.

¡Oh, Emir!:

No dudaba Nizar de que el médico damasceno sanaría a la enferma, pues, según su propia afirma-

ción, era más hábil que el puerco cristiano Johanna Ibn Mesue, el médico de Harún Ar Raschid; más erudito que el sevillano *Ben Zor*, que desde su juventud ejerció la medicina en Masr el Kháhira; más versado que *Ibn Sina*, el persa de Khamaithen, cuya inteligencia médica era tan grande que ya a los diez años de edad recitaba de memoria todo El Corán; más entendido e investigador que *Ibn Rosch*, el cordobés; poseía tan buena mano y profundísima ciencia que podía parangonarse con *Muza*, el vencedor de *Faraún*, el déspota (¡que Alá no se olvide de repudiarlo eternamente!), y, en fin, era más eficaz que todos los médicos de la tierra, ya se les reuniese en mayor número que *Rabia y Modar*.

Si bien temía mucho Nizar los procedimientos que pudiese emplear el hakim para curar a Fátima, confiaba en que serían mejores que los usados por el médico cristiano, cuyos extraordinarios métodos curativos causaban la indignación del Emir Usama. Este excelente emir y mejor amigo le había contado que presenció dos curaciones de un médico franco, que sólo sirvieron para conducir rápidamente a la muerte a los infelices hijos de Adán que creyeron en su ciencia. Cierto día, un caballero franco se enfermó de un abceso en la pierna derecha. El médico sentenció que moriría si no se le amputaba el miembro atacado. Llamó el expeditivo cirujano a un hombre fuerte, le entregó un hacha, y a golpes inhumanos hizo cortar la pierna enferma del franco. El caballero murió al instante. Otro día, el mismo

médico examinó a una mujer que sufría de escalofríos y dijo solemnemente: «La enferma tiene a Chaithán en la cabeza», y la hizo afeitar. Viendo que el mal arreciaba, volvió a decir: «Sí; no hay duda, Chaithán le ha penetrado en la cabeza», y con la navaja le cortó el cuero cabelludo en forma de cruz, llegó hasta los huesos y los lavó con agua y sal. La desgraciada mujer murió al instante.[1]

— ¡Oh Alá, inspira al médico que he llamado procedimientos musulmanes y no cristianos! — exclamó Nizar en voz alta, al finalizar sus tristes pensamientos.

Lleno de esperanza en el saber del hakim damasceno, el enamorado improvisó, esa noche, esta canción:

Los cielos prometen sombras plácidas, agua fresca, frutas sabrosas y mujeres complacientes: ¿valen tanto esas promesas, para trocarlas por la realidad de amarte y la esperanza de poseerte en la tierra?

¡No, bienamada, no cambiaremos nuestro jardín del amor! Pronto te daré el Paraíso en mi palacio, y olvidarás los afanes de la mujer del desierto: tendrás sombras y frescuras, cojines mullidos, policromías de flores y de telas bordadas, músicas y canciones dulces y ardientes; alfombras de sedas y tapices de jazmines; joyas relucientes y perfumes exóticos... Y si tus manos acostumbradas al trabajo quieren ocuparse, encontrarán a tu poeta para acariciarle en deliquio amoroso.

Y así, unidos, viviremos hasta que Munkar y Nakir vengan a interrogarnos: entonces te tomaré en mis brazos para que cuando el Ángel Azaraíl[1] *nos conduzca por el tenue puente de los abismos, nuestras guedejas puedan resistir el peso de mis pecados... y luego, en lo más alto, continuaremos cantando a la vida en el Jardín de Delicias Celestes, que yo quiero — ¡Alá me perdone! — ofrecerte ahora en la tierra.*

[1]) Usama declara, efectivamente, en su obra citada (ver CRÓNICAS), haber sido testigo de esas curaciones.

1) Cuando el texto está escrito en cursiva, los envíos al GLOSARIO están impresos en negrita.

XXIII

UN BESO

¡Oh, Emir!:

DESPUÉS DE una noche pasada en inútiles esfuerzos por calmar, con sangrías y cauterios horrendos, y con ruidosos ensalmos, los dolores de Fátima, las brujas resolvieron consultar al Destino, mediante vetustos exorcismos.

Reunidas al lado de la enferma, cuatro viejas flacas y helgadas pronunciaron palabras extrañas; hicieron sortilegios con puntas de flechas blancas y negras y, auxiliadas de la uromancia, presagiaron, en murmuración acuitada, que la hija del Jeque moriría...

Cuando Nizar se enteró del luctuoso jofor, hizo conducir a las fatídicas brujas delante del Quibir.

Oídas las razones de las agoreras, Tabit Ra-

schid consideró que el mal quedaría conjurado haciendo castigar a quienes tenían relaciones con los *chines afrietes*, y ordenó que las viejas fuesen lapidadas.

— ¡Hemos dicho la verdad! —, desgargantábanse las brujas, mientras que las mujeres y los chicuelos les arrojaban piedras. — Hemos dicho que Fátima morirá..., sin decir cuando. ¡Impíos! Por ventura, ¿creéis que vosotros no moriréis? ¡Todos moriremos, para continuar la vida en el Paraíso!... Abraham, El Mesías y El Profeta (¡que Alá los tenga en el Cielo Alto!), también murieron, ¡y eran enviados y mensajeros de Alá!...

A pesar de que las brujas fueron dejadas casi sin aliento, Fátima no guarecía: rápidamente se le escapaba la vida.

Las miradas de todos eran dirigidas de continuo hacia el norte, deseosos de poder anunciar la llegada de los árabes guerreros o del médico.

Las horas pasaban lentas y tristes. ¡El sol parecía detenido en medio del cielo!

Nizar hubiese querido poseer el anillo de Soleimán para dominar a los genios, tener cien caballos alados, ordenar a los vientos y poder disponer de un ejército de pájaros para emplearlos en recibir noticias de Damasco.[1]

¿Abderramán, enviado en procura del médico,

1) Referencias al Corán, Sura XXI, aleya 81; Sura XXVII, aleyas 17 y 28, y Sura XXXVIII, aleyas 29 y 38.

había llegado a destino o caído en manos de los ismaelianos?

Durante todo el día, agobiado por intensa pesadumbre, Ak Sonkor recorrió los campos: no marchaba a la guerra por no desamparar a la enferma. La inacción aumentaba su perplejidad.

Llegó la noche. Nizar, cautelosamente, fué a la tienda de su amada y susurró con dulce cadencia:

Mi canción de esta noche será la suprema canción de amor...

Y besó, apasionadamente, los labios de la bienamada.

En la casa del Quibir se esperó inútilmente, la llegada del poeta. Su ausencia no sorprendió, porque todos estaban desganados y ansiosos, preocupados por la suerte que tocaría a Fátima.

Tabit Raschid se sentía nuevamente enfermo.

XXIV

VICTORIOSOS

¡Oh, Emir!:

AL LLEGAR el nuevo día Fátima no mejoraba, y los campos estaban mudos.

Deseoso de ir en procura del médico, Ak Sonkor montó varias veces a caballo, y otras tantas, confiado en la voluntad de Alá, había dirigido su yegua «Relámpago» hacia el Bahr al Huleh, para unirse a los guerreros y exterminar a los culpables de todo su mal. Creyendo oír la voz de su amada, no podía alejarse del aduar.

Cuando ya no se veían las puntas de las lanzas; terminada la oración de icha y apagados los fuegos, ladraron los perros con medrosa insistencia y, al mismo tiempo, se oyó la alarma de los esclavos vigías.

Hacia el aduar llegaban trescientos caballos montados. ¿Enemigos? ¿Beduinos victoriosos, o vencidos?

Nizar se creyó con bríos como para resistir a un ejército: montó su blanca «Relámpago», desenvainó el alfanje y se plantó frente a la casa de Fátima.

No obstante su mal, el Quibir, caballero en un corcel del Yemen, salió al campo acompañado de algunos jeques ancianos. Era necesario estar dispuesto a todo.

Se advirtió que los que llegaban eran amigos, y vencedores: detrás de los caballeros venían arreados más de quinientos camellos y dromedarios haciendo sonar sus cencerros, los hombres cantaban y se oían voces de mujeres.

El campamento encendió infinidad de almenaras y los triunfadores fueron recibidos con aclamaciones:

— *¡Marhaba, marhaba!...*

De pie en el hodag, Kadiga cantaba:

¡Nuestros hombres son temidos y siempre victoriosos, y vosotras, mujeres árabes, no debéis ser escasas de caricias!

Junto a la tienda del Jeque Quibir fueron conducidos veinte ismaelianos, cinco habitantes de Dubará, tres soldados francos sorprendidos en las proximidades del Nahr Scheria al Quibir, y quince mujeres.

— ¡Oh, hermano de mi padre! — dijo Abd as Samed Ibn Hosan Eddin, besando las ropas de Tabit Raschid —. Podemos estar tranquilos durante mucho tiempo. Un pueblo próximo al Bahr al Huleh, refugio de ismaelianos, ha sido saqueado; hemos recuperado nuestros camellos y arreado muchos otros cargados de géneros y trigo. Nuestras mujeres han sido recobradas y traemos muchas otras. Tú ordenarás el reparto....

— Sobre ti llueva la bendición del Único. Eres justo: reparte tú mismo las presas, de acuerdo con la ley, y no olvides la parte que me corresponde, ni la que deben recibir los pobres y los huérfanos... Reparte las mujeres en calidad de esclavas, entre los que más se hayan expuesto. A los enemigos que hayan herido, hiérelos; a los que hayan matado, mátalos.

Tabit Raschid besó a su sobrino y le ordenó que se sentase a su lado para narrar los pormenores de la valerosa acción, y al mismo tiempo recompensó con munificencia al hábil rastreador Bechir Ibn Amir.

Kadiga fué descendida del camello con las mayores muestras de admiración, y recibió los agasajos de sus amigas. La madre y las hermanas la cubrieron de loas.

A petición del Jeque, Nizar improvisó:

¡Venerado sea el Clemente que dió a nuestros nobles las corazas de David

y la resistencia y la porfía de los creyentes!

Hemos combatido cien contra trescientos, pero los inicuos parecían cincuenta.

Los dromedarios vienen cargados de botín y los hombres agobiados de proezas. El nombre de nuestra cabila será respetado y temido hasta los confines del mundo.

La victoria es un don de Alá: permite ser generoso. El vencedor que no es magnánimo merece ser vencido.

La victoria es un don de Alá: permite a las enamoradas arrojarse, orgullosas y alegres, en brazos de los bienamados.

Cubra Alá con la sombra y el rocío de su bondad a la virgen de mis inquietudes, para que muy pronto yo pueda recibir sus halagos, ¡que serán mis mejores premios de triunfador!

XXV

EL MAGO PERSA

¡Oh, Emir!:

DESPUÉS DE la primera plegaria matinal, Ak Sonkor montó a caballo: tenía en su diestra un magnífico gerifalte y se entretuvo en cetrería, para olvidar sus cuitas. No logró distraer su inquietud, y se disponía a regresar a su tienda, cuando el golpe brusco de las bridas retrechó a «Relámpago». Nizar había visto venir por el norte una polvorosa nube, rodando por la tierra con estruendo de huracán. Creyó que el hakim y Abderramán llegaban de Damasco, y a todo galope fué al encuentro de los que esperaba con febril impaciencia. Después de mucho tiempo de carrera detuvo su cabalgadura: ¿le engañaron sus ojos y sus oídos? ¡El campo estaba solitario!

— ¡Juraría por la cabeza del Cadí! ¿Los chines se burlarán de mí? —, pensó Ak Sonkor al mismo tiempo que volvió su mirada hacia el aduar, y vió nuevamente una columna polvorienta que corría retorciéndose como una manga de arena. Entonces largó las riendas de su yegua, y, con velocidad de estrella fugaz, llegó a la casa del Quibir.

Fué inmensa la sorpresa de Nizar al ver que conversaba con Tabit Raschid, y con otros jeques, un anciano de barba blanca, puntiaguda como una daga, y trajeado ricamente a la usanza persa, y que a su lado estaba Abderramán.

— ¡Oh Emir Ibn Anar! — exclamó el persa en lengua turca —, seguramente no has advertido nuestro paso. Soy el Mago persa Gholam Alí Josro Adzerbeichan. Me encontraba en Ispahán, cuando fuí llamado por las invocaciones de los astrólogos y zahoríes de Damasco, y como soy exorable, tratándose de llevar a cabo una buena acción, me trasladé al punto al alcázar del Gran Visir, tu padre (¡que Alá premie!). El mal que aquejaba a Fátima no era curable por artes de médicos ni de cirujanos — que poco saben —; por eso he venido hasta aquí. Gracias a la protección de Sapondomad, hija de Ormuz, he llegado sin inconvenientes, en forma invisible. Ya visité a tu bienamada Fátima: puedes alegrarte. El aojo ha desaparecido: está fresca como una flor al amanecer, airosa como un alminar y ufana como una cabrilla...

— Abderramán, tu amigo — continuó diciendo el persiano —, cumplió puntualmente tu encargo y el Gran Visir le recompensó muy bien...

— ¡Alá te colme de bienaventuranzas, poderoso Gholam Alí Josro Adzerbeichan! — dijo Nizar, cayendo a los pies del persa y besando sus ropas.

Y luego, dirigiéndose a Abderramán, le preguntó:

— ¡Oh hermano!, ¿cómo debo agradecerte?

— Olvidándote de mí... He pagado mi deuda de gratitud. El Gran Visir me obligó a recibir este puñal, y este persa me forzó a seguirle dando tumbos por el aire... Al parecer éramos invisibles... Deseo que me dejen tranquilo, que no se ocupen de mí, que se olviden de Abderramán y, sobre todo, pido a Alá que me libre de encantamientos y me proteja de encantadores. Me voy a dormir tres días. Mis huesos me hacen mal... —, y Abderramán saludó al Quibir y se marchó de muy mal talante.

Comentóse amablemente el mal humor del viejo beduino, y, después de un instante de silencio, el Mago dijo:

— Ahora escucha atentamente, Emir Ibn Anar. Tu padre, el Gran Visir, el Dadivoso, te envía este anillo de topacio que aleja toda idea negra y tiene la virtud de hacer felices a quienes lo poseen...

— Para ti, ¡oh Jeque Quibir! — continuó el mago en lengua árabe —, el Gran Visir de Damasco envía este collar de ágatas con el cual alargarás los

años de tu existencia terrena, y este *musalá* de seda del Líbano para tus oraciones. Para Fátima, que es la más noble y bella Benu Rabia, envía este collar de cornalinas y esta cajita de oro, dentro de la cual hay polvos de piel de sapo y ceniza de mandrágora quemada con hojas de mirto. Con estos amuletos, Fátima vivirá en eterna juventud y perennemente enamorada... ¡Oh Quibir!, dentro de un instante llegará a tu casa un dromedario escoltado por cinco mamelucos: el animal viene cargado de ricos trajes de honor, sedas y tapices... Ahora, debo declarar en nombre del Emir Moin Eddin Anar, que su hijo Nizar Ak Sonkor deberá casarse con tu hija Fátima, al comienzo de la nueva luna...

— Se casará si cumple con su compromiso... Le faltan muchas canciones...

— Nizar cumplirá... El Gran Visir está seguro...

— Lo sabremos cuando cante su última canción...

— Cumplirá, si Alá lo quiere. El caso es que el Gran Visir llegará a tu aduar en tiempo oportuno para llenar las formalidades de práctica... ¡Amén!

Después de ponderar y agradecer los presentes del Gran Visir, el Jeque Quibir ordenó a sus esclavos traer un grandísimo plato de cobre estañado, especie de ataifor inmenso, donde rebosaba un guisado de cordero con aureola de *pilaf*. Alrededor de la fuente se sentaron hasta diez árabes principales, y se comenzó a comer despaciosamente.

Los esclavos rociaban el manjar con agrio *lében* y repartían tortas de langostas secas, que los árabes saboreaban con muy buen paladar, y que los extranjeros rehusaban con frases y gestos muy amables.

Con mucha dignidad, el Jeque eligió los mejores trozos de carne y los ofreció a los huéspedes, mientras los servidores escanciaban, en vasos de plata, leche de cabra y de camella.

Terminado el agasajo, todos se lavaron las manos y las barbas en aguamaniles bruñidos y los esclavos se apresuraron a regalarse, hasta quedar ahitos, con los abundantes relieves que aun llenaban la fuente.

Después de cumplimentar de mil maneras y con mucha liberalidad al Mago Persa, se efectuaron en su honor simulacros bélicos.

Gholam Alí Josro Adzerbeichan logró, ya entrada la noche, convencer al Jeque de que no podía retardar su regreso a Damasco. Entonces Tabit Raschid Ibn Bendar le dijo:

— Este puñal con mango de oro de Tíbar y de perlas hindúes, Señor, te protegerá en los momentos de peligro. Besa en mi nombre las ropas de mi hermano, el Gran Visir, y ruégale que se digne recibir los dos camellos que le envío cargados de telas y lana. No olvides decirle que las bodas de nuestros hijos tendrán lugar siempre que se cumplan todas las obligaciones contraídas...

— ¡Alá es grande y lo dispone todo de un modo perfecto! —, respondió el Mago.

Custodiado por los cinco mamelucos que habían traído el camello cargado con los presentes del Visir, y por cinco esclavos del Jeque, el Mago Persa tomó la dirección de Damasco. Había andado media parasanga, cuando el Mago oyó que lo llamaban. Un caballero se puso a su lado y preguntó:

— ¿Brunequilda?...

Recordando una recomendación del Gran Visir, el Mago dió esta respuesta:

— De tanto reir ha llorado... y luego ha enmudecido...

— ¿Cómo es posible que pueda casarme al comienzo de la nueva luna?

— Las razones que obligan a la mujer repudiada a esperar tres meses antes de casarse nuevamente... ¿son valederas para el hombre?

Nizar encontró justas las consideraciones del Mago y, creyendo que Brunequilda había recibido con tristeza, pero con resignación, su repudio, regresó al aduar intensamente feliz.

Después de la hora de icha, en el desierto se oyó la voz del poeta:

Pronto nuestros cuerpos se unirán en comunión de placer y nuestras almas se unificarán en un deseo fervoroso de eternidad.

Prolongaré mis caricias, para que el dolor de la tardanza te haga gustar con más vehemencia el éxtasis de la suprema y efímera dicha.

Hemos de amarnos un día con ímpetu, otro con ternura, y otro día hemos de llorar... y, luego ¡impetuosamente! ¡Así es la voluptuosidad del buen amor!

XXVI

LA MIEL NO DEBE TROCARSE EN ACÍBAR

¡Oh, Emir!:

CUANDO SE PREPARAN fiestas en una ciudad, en un palacio o en un aduar, si los hombres no son imprudentes ni desprevenidos, avizoran y escudriñan los caminos y el horizonte: se aseguran de que no hay enemigos preparando asechanzas. El regocijo no debe convertirse en duelo; la miel no debe trocarse en acíbar.

El Jeque Quibir, como hombre avisado, después de felicitar al poeta por su improvisación, dijo en alta voz:

— Mañana, antes de la salida del sol, iré a plantar mi lanza, si Alá lo permite, hacia el oriente... en un lugar que determinaré durante la marcha...

Corrió la voz de orden por todo el aduar: de tienda en tienda se repetía:

— Mañana, al salir el sol, el Jeque Quibir (¡Alá lo tenga en salud!) irá a plantar su lanza, si Alá lo permite, hacia el Oriente. Durante la marcha determinará el lugar...

A la alborada, la tienda de nueve palos perteneciente a Tabit Raschid estaba desmontada y en su lugar había cincuenta camellos cargados con la casa y las riquezas del Jeque.

Las esposas del Quibir y sus hijas montaron en magníficas camellas blancas, acostándose cómodamente sobre alfombras, en castilletes cubiertos con telas de seda.

Después de la oración de sobh, el Quibir inició la marcha en su camella de raza noble, seguido de otros jeques menores.

En toda la extensión del aduar había movimiento desordenado: se oían gritos, injurias, llamadas, risas y tropel de ganado.

Todo el campo, a los cuatro lados, dondequiera se extendiese la mirada, estaba ocupado por camellos cargados y por hatos de caballos, dromedarios, ovejas y cabras que remolineaban levantando tan densa polvareda, que cegaba, fuscando el cielo.

Detrás de los jeques marchaban las camellas conduciendo a las familias, a los ancianos, a los enfermos y a los lisiados. Delante de la cáfila, a guisa de enseña, iba con paso lento la camella blanca que trans-

portaba el hodag de honor, adornado con penachos de negras plumas de avestruz.

Los nobles montaban caballos o camellos, y estaban bien armados de lanzas y arcos, alertas para la defensa o el ataque.

A la zaga, a buena distancia, se pusieron en camino los rebaños, guiados por los esclavos. Incitaban a las bestias los incesantes ladridos de los perros y los ¡erres! estridentes de los abisinios. Algunos camellos asustados iniciaron corridas precipitadas, dispersando las ovejas y cabras.

Mientras marchaba la espaciosa y desgranada caravana, muchos hombres y mujeres dormían sobre sus monturas; algunos cantaban, otros llamaban a sus hijos perdidos, o galopaban fatigando a sus corceles, hasta hacer volver al rodeo a las reses descarriadas, que cargaban sus casas y fortunas.

En esa forma dispersa el aduar se transportaba lentamente, cruzando pedregales, montañas y áridos *nefudes*, bajo los agobiantes rayos del sol, que a cada instante se hacían más ardientes.

Las trombas de arena con sus giros caprichosos, y el espejismo con sus picachos y lagos imaginarios, distraían a las mujeres, mientras los sedientos palpaban sus odres vacíos...

Se divisaron algunas gacelas corriendo despavoridas. Con regocijado alboroto varios beduinos, y con ellos Ak Sonkor, lanzaron sus caballos y lebreles a la carrera. Compitiendo en velocidad y destreza, cada uno porfiaba en ser el primero: sabían

que las bienamadas, desde sus castilletes, los estaban observando, y... ¡tampoco era posible dar pie a las burlas de los demás árabes, que espiaban sus más pequeñas torpezas de equitación!

Venció Nizar: con sendas lanzadas apresó dos gacelas.

Terminadas las siete horas de marcha incesante, el sol estaba en lo más alto del cielo cuando el Jeque Quibir detuvo su camella, la hizo arrodillar, descendió y clavó su lanza en la tierra, manifestando:

— ¡Aquí levantaré mi casa!

La confusión y la algarada fueron inmensas.

Todos corrían ansiosos por adueñarse del lugar más propicio para plantar sus lanzas y levantar sus techos. Muchos no encontraban sus camellos; otros habían extraviado a sus mujeres e hijos.

Los animales se precipitaban a los abrevaderos y en su aturdida carrera ponían en peligro las vidas de los que iban a los ojos de agua para saciar la sed y llenar los zaques.

Las mujeres plantaron las tiendas rápidamente, encendieron los fogones y prepararon el arroz y el guisado de cordero. Los esclavos condujeron los rebaños a las próximas vegas.

El aduar quedó tranquilo. Sólo en el interior de las tiendas se trabajaba en desliar los bagajes. Los más nobles y ricos se entregaban al placer de las abluciones, para limpiarse de la tierrilla que les emblanquecía los ojos, las barbas y los trajes

¡Oh, Emir!:

A la hora de asr, Nizar fué a la tienda de Tabit Raschid y lo encontró, recostado sobre una montura de camello, admirando el collar de ágatas que le había ofrendado el Visir.

El Almocadén Ibn Anar se sentó a su lado y, sin decir palabra, examinó la sortija prodigiosa que le había enviado su padre.

El Jeque discurrió en voz alta:

— Este collar alargará mi vida y prolongará la angustia de los que desean mi muerte. Este collar alargará mi vida... pero, ¿me dará juventud?

— Con mi anillo, ¡oh Emir!, lograré que mi felicidad no sea turbada.

— Sí; pero no podrás apreciarla. Siendo siempre feliz ignorarás que lo eres... y no comprenderás las desventuras ajenas.

— ¡En el Paraíso seremos siempre felices, y sabremos que lo somos!

— ¡Olvidas que estamos en la tierra!

— Recuerda que Fátima me amará siempre...

— Ten en cuenta que los amuletos destinados a Fátima le dan la facultad de «vivir en eterna juventud y perennemente enamorada». Tu serás feliz, mas llegarás a viejo... El persa no ha dicho que Fátima vivirá siempre enamorada de ti...

— ¡Es posible?

— Lo prudente, hermano, es no utilizar estas alhajas. Ninguno de nosotros será dichoso sin juventud, longevidad, placidez y amor... El mal de

estos talismanes es el haber repartido esos dones...

— Haremos dichosa a tu hija...

— ¡No! — interrumpió el Jeque —. No tardaría mucho en ser víctima de la envidia. Debemos desprendernos de estas joyas que reparten, sin justicia, sus virtudes.

— Y, ¿a quién las daremos?

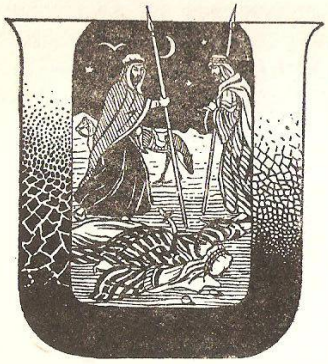
— Al primer hombre que entre en mi casa.

— Toma — dijo Nizar quitándose la sortija —. ¡Hágase la voluntad de Alá!

XXVII

LA DEUDA COBRADA

¡Oh, Emir!:



N CABALLO piafante cubierto de espuma, montado por un joven árabe, fué sofrenado delante de la gran tienda. El caballero bajó de un salto y se arrojó a los pies de Tabit Raschid.

— ¡La bendición de Alá te bañe de luz! ¡Perdóname, perdóname padre! —, imploró Zaid, secando sus lágrimas.

— ¡Marhaba! Habla, hijo: el llanto no me explicará la causa de tu dolor. Siéntate, Zaid: te escucho...

Zaid obedeció.

— Soy el más mísero de los arrepentidos. Soy digno del castigo más cruel. ¡Alá me perdone!

— ¿Dónde están Ibrahim y Hasan?

— Hablaré, padre, pero, por el Profeta (¡Alá

lo tenga en paz!), y por tus barbas, no deseo ser interrumpido...

— Habla...

— Hace muchos meses que ordenaste a Ibrahim, a Hasan y a mí, ir a Tadmur y al Nar el Frat, para vengar la muerte de tu hermano y el ultraje de que fué víctima su hija virgen, por parte de un sobrino del Jeque Quibir Harún Kadir. Montados en las mejores camellas que poseíamos, bien armados y protegidos por cotas de malla, salimos un amanecer con el corazón alegre, dispuestos a no regresar sin haber cumplido tu orden. Nos detuvimos en Damasco, entregados al placer del vino y del amor, en brazos de mujeres cristianas e israelitas. Con ser el menor, me impuse a mis hermanos, para convencerles de que debíamos continuar nuestro camino. Llegamos a Homs, y nuevamente nos detuvo la sed de vino y de mujer. Una noche, Hasan nos dijo: «Soy el mayor, y por mi autoridad dispongo volver a Damasco. Nos quedaremos dos meses y luego regresaremos junto a nuestro padre, declarando haber vengado la muerte de su hermano»... Me opuse, amenazándoles con la maldición de Alá y con la punta de mi alfanje. Así los obligué a disponer el viaje para después de la hora de sobh...

— ¡Mientes, infame!

Zaid recogió una ramita seca que había junto al fuego, y afirmó con voz vibrante:

— ¡Juro por la existencia de esta rama seca decir la verdad! Te ruego, ¡oh padre!, no interrum-

pirme... Hasan confesó entonces haber perdido en el juego mil dinares y nuestras tres camellas. Ordené a mis hermanos robar tres camellos, armas y provisiones. De ese modo pudimos salir de Homs, e internarnos en el desierto... Después de una larga marcha de seis jornadas, llegamos a Tadmur. Supimos que el aduar del Quibir Harún Kadir había sido trasladado a unas llanuras no lejanas del Nahr el Frat, y ordené emprender la marcha sin demora.... Mejorada nuestra fortuna en un audaz y lucroso asalto a una caravana de quince mercaderes, llegamos al campo enemigo y pedimos hospitalidad. Gracias a la astucia con la cual disfrazamos nuestras intenciones, fuimos recibidos sin desconfianza y con liberalidad. Una mañana Ibrahim y Hasan vieron, en la fuente, a la hija del Jeque Harún Kadir. Esa jovencita es alta y esbelta como una columna de Tadmur y de hermosura difícil de describir: sus ojos, dos estrellas que iluminan durante el día; su andar, suave como el soplo de la brisa en el calor del verano. Hasan e Ibrahim se enamoraron de la bella, a tal grado, que la pasión los condujo a olvidar que eran hermanos. También olvidaron el compromiso de honor contraído. Un día les dije: «Es tiempo de que cobremos la sangre y de que amancillemos a la hija del Jeque. Debemos matar a quien hizo matar»... Pero pasaban los días sin que nuestro honor fuese vengado... Una noche, padre, el hijo primogénito del Jeque regó la tierra con sangre, y su hermana ya no es virgen... ¡Perdóname!

— ¿Donde están tus hermanos?

— Por poseer a la hija del Jeque, Hasan mató, en lucha noble, a Ibrahim, y yo, para poder cumplir íntegramente tu orden, ultimé, sin traición, la vida terrestre de Hasan... ¡Juro por tu cabeza!

Tabit Raschid desenvainó la gumía y, de pie, se echó airado sobre Zaid:

— ¡Tu sangre pagará ese crimen! ¡Mientes! ¡Has matado a tus hermanos por codicia!

— ¡Juro, padre!...

— ¡Maldito!

Nizar cogió el brazo del Jeque, y arguyó:

— Si esa ha sido la voluntad de Alá, Quibir, ¡no maldigas, no mates! ¡Consulta al arfa!

Tabit Raschid quedó largo rato silencioso y agobiado, luego hizo llamar al arfa que había juzgado el asunto del rapto, y le consultó el difícil caso de Zaid.

Oídas las prudentes consideraciones del jeque árbitro, el Quibir encontró muy acomodado su consejo, y dijo:

— Comprendo: ¡Alá lo quiso! La sangre de tus hermanos, que no supieron honrar nuestra nobleza, ¡oh Zaid!, será rescatada con cien camellas que darás a sus esposas e hijos. Borrarás el pecado de tu crimen cumpliendo la *kafara*, que consistirá en la liberación de dos esclavos, en el ayuno de siete días y en la distribución de limosnas a los pobres, en cantidad equivalente a treinta camellas.

Alá ha querido que manches tus armas con sangre de hermanos. Él sabe lo que hace. ¡Amén!

— ¡Amén! — repitió Zaid.

— Llegas en un momento propicio, ya que difícilmente podrás olvidar tus crímenes. Toma estos collares, esta sortija y esta cajita de oro. Son talismanes de vida, de juventud, de felicidad y de amor... Este es el Emir damasceno Nizar Ak Sonkor Ibn Anar, enamorado de tu hermana Fátima... y es posible que pueda conquistarla por esposa.

Zaid besó las barbas del Quibir y de Nizar; guardó la cajita de oro, y luciendo en su pecho los collares y en el índice derecho la sortija, se retiró para ir a pedir perdón a las madres y esposas de sus hermanos, cumplir con las obligaciones impuestas por el Jeque y contar su proeza a los amigos.

Zaid fué admirado: cumplió con su deber de noble árabe. Si la voluntad de Alá resolvió que fuese derramando la sangre de hermanos, el Justo es el más sabio.

(¡El Protector perdona a los buenos piadosos que yerran involuntariamente, pero castiga implacable a los pecadores y a los impíos!).

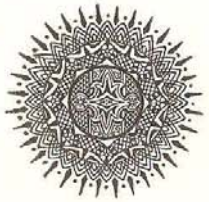
La madre de Zaid debió soportar las acusaciones e insultos de las madres y de las esposas de Hasan y de Ibrahim, inconsolables con las imploraciones de perdón de Zaid, e indiferentes a las frases de consuelo de las amigas.

Por la noche, Ak Sonkor cantó:

¡Oh poder omnímodo del Supremo! Creó la flor y su fragancia; el río y su frescura; el árbol y su sombra; el caballo y su carrera; la nube y su lluvia; la oveja y su lana; el camello y su dureza; el desierto y su libertad; el hombre, su ingenio y fuerza; la mujer, su hermosura y bondad...

Eres generoso, ¡oh Unico!, y por eso me atrevo a implorarte que concedas a este enamorado la gracia del Profeta para hacer un viaje nocturno a los siete cielos, caballero de Alborak, a fin de saber si existe hurí más atrayente que mi Dama.

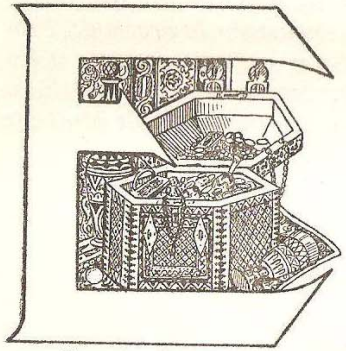
¡Si hiciese ese viaje al reino de los bienaventurados, estoy seguro que desearía volver prestamente a la tierra!



XXVIII

LA CARAVANA DE LA FELICIDAD

¡Oh, Emir!:



EL MUECÍN entonó, junto a la casa del Jeque Quibir, el azán matutino invitando a los creyentes al azalá. Muy pocos hombres se purificaron, en la fuente lejana o con arena, y se reunieron para efectuar, con suma indiferencia, sus oraciones.

Terminado el rezo, vióse con gran sorpresa, en la lejanía, por las partes que conducen a Damasco, revolotear infinidad de aves.

— Llega la caravana del Gran Visir — afirmó Nizar —. Lo anuncian las palomas de Esch Scham.

En efecto: un hombre venía con una larga vara a cuyo extremo colgaba un trapo rojo, sirviendo de señuelo a mil palomas blancas, que revoloteaban como encantadas.

Los camellos del Gran Visir cubrían larga cantidad de tierra y parecían aplastados por el peso de sus cargas. Por todas partes se veían jinetes que encabritaban sus caballos para mostrarse diestros.

Todos los damascenos estaban ataviados de galas y primores. Ostentaban cotas de mallas, corazas relucientes y cimitarras de empuñaduras de oro y plata, terminadas en pomos con piedras raras. Lucían turbantes polícromos de mucho valor, enriquecidos con plumas y joyeles.

Al frente de la caravana venía el Gran Visir, montado en un brioso caballo atezado, obsequio del Sultán. El Atabek vestía caftán de brocado color pajizo de gualda, turbante persa, con broche de piedras y perlas aprisionando rojas garzotas; en la cintura tenía dos gumías y una cimitarra, bruñidas y cinceladas con paciente esmero. A su lado, vistiendo ricas y vistosas sedas, montaba un caballo ruano, fogoso a fuerza de obligarlo a hacer aparatosos escarceos, el engreído favorito Emir Al Yaruki, siempre muy altanero en su apostura.

A la derecha del Visir cabalgaba un brillante caballo el Emir *Nadgem Eddin Ayub*, arrogante y marcial, pero sin orgullo, no obstante su merecida fama de descollante guerrero. Acompañábale su hijo, no menos digno, llamado Nur Ad Daula Schahinschah. Los dos estaban ricamente engalanados con finas sedas y lujosas armas.

Detrás del Visir, dispuesto a recibir sus órde-

nes, montaba un brioso bayo el camerlendo Mohammed Al Mustarchidi.

Luego venían el Cadí al Cudat y el Muftí de Damasco, cabalgando, por ser ya ancianos, palafrenes de calidad, y vestidos y armados con la esplendidez propia de sus altas investiduras.

Entre el acompañamiento había muchos emires, ulemas y ricos mercaderes.

Eran numerosos los soldados, mamelucos y esclavos, que formaban un verdadero ejército de guardias y servidores armados. Flameaban cien banderas chillonas, pero muy bien matizadas.

Sobre camellas blancas, primorosamente enjaezadas, con guarniciones verdes, rojas y doradas, venían ricamente compuestas quince señoras de altos dignatarios, que hacían compañía a la esposa del Gran Visir, madre de Nizar Ak Sonkor. Para asistir a estas damas llegaban también numerosas esclavas.

Los beduinos se apresuraron a montar a caballo: a toda carrera, con Nizar y Zaid al frente, fueron a recibir a los visitantes y a ofrecerles las primeras manifestaciones de hospitalidad.

Detenida la caravana en medio del aduar, los grandes de Damasco pusieron pie a tierra, y Tabit Raschid Ibn Bendar se adelantó para saludarlos de acuerdo con las consideraciones propias a sus respectivas dignidades y condiciones. Las mujeres fueron agasajadas por las esposas del Jeque Quibir y por las de otros personajes de la Cabila.

El Gran Visir y el Quibir se abrazaron y, besándose las barbas, dijeron:

— *¡Savindi!* Alá te regale con sus grandezas, así como a tus hijos y amigos, ¡oh ejemplar y admirado Visir! ¡Alá perpetúe y bendiga, con todos los dones de su sabiduría, al Sultán Mejdir Eddin Abak Ibn Mohammed!

— ¡La salud y la fortuna no se alejen de ti y que continúes siendo tan poderoso y temido como lo eres, para gloria de tu raza, oh Jeque Quibir Tabit Raschid Ibn Bendar!

Saludados los otros jeques, el Visir se volvió a su hijo, lo besó y le dijo:

— Alá te haga feliz y te de una vida heroica.

— ¡Él me permitirá imitar a mi padre!

Los huéspedes fueron invitados a sentarse en la tienda del Quibir sobre alfombras y almohadas, y se les regaló con manjares y bebidas refrescantes perfumadas con esencia de rosas.

Los árabes admiraban a los damascenos, llegados en caravana tan lujosa y vestidos tan ricamente, como jamás se había visto en un aduar beduino.

El asombro aumentó cuando Moin Eddin Anar obsequió al Jeque con un brillante y completo traje de honor. Todo era de la mejor calidad: el calzón de delgada tela blanca; el caftán de seda carmesí con bordados de oro; dos gambases, uno de camocán azul con finas pieles de marta cebellina y el otro de tafetán multicolor de Persia con pieles de armiño; el turbante de seda gualdada, de nueve

vueltas, ornado de una gran joya de amatista; un collar de cornalinas y ámbar; un tahalí con dibujos complicados de hilos de oro, del cual pendía una cimitarra damasquina, tan ricamente trabajada, que era digna de un sultán; los borceguíes eran rojos y en ellos había acicates de oro largos y puntiagudos.

Los beduinos, al ver prendas tan suntuosas, sonreían imaginando la mala figura que haría el Quibir vestido a lo damasquino...

Completaban el regalo del Visir, un brioso caballo tan veloz como el pestañear; un rico cabalhueste de tela roja con piel de pantera de Abisinia, y riendas y jaeces de igual calidad, con anillos e incrustaciones de oro y plata.

Y ese presente fué lo que más admiró y agradeció el Jeque.

Para los demás principales del aduar, el Gran Visir ofreció trajes de gala de menor valía, de acuerdo con la importancia de cada homenajeado.

Terminados los agradecimientos y las infinitas ponderaciones por tan insuperables presentes, después de una larga y pausada conversación general, el Gran Visir y el Jeque resolvieron tratar los pormenores de la *jitba*...

— ¡Oh hermano!, tu hijo aun no ha cumplido...

— Lo hará antes de la boda...

— Entonces esperemos.

— No; las formalidades son largas.

— Entre los árabes...

— Lo sé, hermano, pero tu hija y mi hijo se casarán con todas las formalidades correspondientes a los grandes y nobles de Damasco ...y nada cuesta comenzar a tratar desde ahora...

— Si Alá lo quiere...

Así principiaron las negociaciones de la boda. El Cadí y el Muftí de Damasco sellarían, en calidad de testigos, el contrato de matrimonio. Sería *gualí* el padre de la prometida, pero estaría auxiliado por un anciano reputado en la cabila como discreto y sapiente.

Se trató, de nuevo, sobre la especie y monta de la dote que recibiría la esposa: el Gran Visir, en nombre de Nizar, reiteró, con minuciosa exactitud, la calidad y suma de la dote convenida, clasificando la cantidad, cualidades y ¡hasta el color! del trigo, dátiles, alfombras, telas, esencias y perlas que debían cargar los cincuenta y un camellos y el asno prometidos, y al terminar añadió:

— Como de todo esto debe entregarse la mitad, tú resolverás cómo haremos para dividir los cincuenta y un camellos y el asno...

Después de largos secreteos entre el Quibir y otros jeques, Tabit Raschid sentenció:

— Evidentemente sobra medio camello y medio asno; también puede decirse que faltan esas dos mitades. Es forzoso agregar lo que falta, pero, ¡oh hermano!, deseamos ser generosos; solo agregarás un camello y renunciamos al asno, que no tiene

ocupación entre nosotros y estará muy bien en Esch Scham. Un camello no puede ser recibido sin su carga...

— Lo cargaremos de...

— De oro, ¡oh Visir generoso!, de oro... ¡La joven es noble!... ¿Ignoras la genealogía del Quibir Tabit Raschid Ibn Bendar? ¡Fátima es noble de las dos puntas! Tiene catorce años y es tan hermosa, que si la viese el Califa...

— Mi hijo es poeta y guerrero respetado en todas las tierras del islam... Ten presente que la dote estipulada es tan cuantiosa que sobrepasa lo natural y justo. No conozco que se haya dado igual desde que existo en la tierra... No soy nuestro Señor Isa, para hacer milagros y darte todo lo que me pides...

— Mi hija, ¡gualá!, es humilde, amorosa, ardiente y el placer que proporcionará es de un valor incalculable... Mi hija, ¡oh Atabek!, tiene todas las perfecciones de Asia, mujer de Faraún; de María, la virgen; de Kadiga, esposa de Mahoma (¡que Alá bendiga!) y de su hija Fátima, de la que lleva el nombre... Aumenta la dote, y hágase la voluntad de Alá... si tu hijo cumple con su compromiso...

Tras largo trato, se convino en que el camello agregado tendría una carga de mil monedas de oro de doce *mithkales*.

Estipuladas otras condiciones de menor importancia, se terminó recitando el fatihai el kitab y otros suras del Corán.

El Visir despachó un emisario a Damasco para ordenar al Emir Almojarife que enviase un camello cargado de mil monedas de oro, suma que debía entregarse en el instante de la boda.

Finalizadas estas largas negociaciones, Ak Sonkor remitió a Fátima, por intermedio del auxiliar del gualí, muchas sortijas, brazaletes, collares y telas de seda de valor considerable, y le hizo anunciar la proximidad de la boda.

Cumplido ese encargo, el ayudante del gualí y Abd Es Semed Ibn Hosan Eddin, el inteligente y resuelto sobrino del Quibir, se reunieron con varios hombres de la confianza de Nizar y del Visir, entre los que estaba el Cadí al Cudat y el camerlengo Mohammed Al Mustarchidi, y procedieron a dar principio a la tarea de entregar y recibir la importante dote.

Con la mayor calma se comenzó por examinar y ponderar las perlas, discutiendo su tamaño y oriente; se palparon las alfombras y telas, se las pesó y midió; se aspiraron las esencias, para saber si eran suficientemente fragantes. Se discutió acaloradamente, exigiendo el cambio de muchas perlas, alfombras, telas y perfumes, por no tener la fineza, la vejez, ni el color anunciado y no exhalar el penetrante y embalsamador perfume exigido. Para lo último se había dejado el examen de los camellos cargados de trigo y dátiles.

XXIX
LOS HALCONES

¡Oh, Emir!

SI BIEN LA abundancia de los presentes y de la dote satisfacían a Tabit Raschid, el Quibir no podía olvidar el hondo odio que sentía hacia los damascenos, ni la pena que le causaba el considerar que su hija se iría lejos, a morir de tristeza en la ciudad y manchar su sangre noble con la de turcomano. El Quibir abrigaba la secreta esperanza de que Ak Sonkor no pudiese — por gracia de Alá — cantar las veintiuna canciones... Pero, en tal caso, se perdería la dote, y eso tampoco era deseable...

¿Qué ocurriría?

Como Zaid viese pensativo al Quibir, se llegó a su lado y le dijo:

— No es posible, padre, cambiar el curso de lo que el Poderoso tiene determinado. Aleja tu pe-

sadumbre y distrae tu pena agasajando a los huéspedes, que han sido muy espléndidos. Ánimo, padre, y mostremos a los forasteros de lo que son capaces nuestros halcones.

— ¡Sea, hijo! — respondió Tabit Raschid —. Organiza la partida de cetrería, y hágase la voluntad de Alá (¡la oración para Él!).

Moin Eddin Anar y Tabit Raschid, acompañados de árabes nobles y de los grandes dignatarios de Damasco, se alejaron del aduar cuando el sol comenzaba su declinación.

Con gran boato, seguido de numerosos esclavos, marchó el lucido acompañamiento.

Cada señor tenía a su lado uno o varios halconeros, que llevaban en los puños, en perchas o en las ancas de las caballerías, imponentes pajarotes de encorvados picos y afiladas presas, con capuchos terminados en vistosos penachos de diversos colores.

Las palomas de Damasco habían sido encerradas en jaulas especiales, para que las rapaces no se encarnizasen inútilmente.

Delante de la cabalgada iban peones esclavos para batir el campo y hacer que se levantasen piezas. Los lebreles corrían olfateando, prontos a obedecer a la primera orden de sus dueños.

Árabes y damascenos estaban alegres, regocijados de antemano por el espectáculo y peripecias de la volatería.

Mientras se marchaba al paso, cada uno aqui-

lataba, con orgullo, las cualidades que caracterizaban a sus aves en el difícil arte de altanería.

El Gran Visir ponderaba a su enérgico gerifalte, adquirido en *El Kuds* de un mercader de Occidente. Su ave de alto vuelo tenía resistencia inusitada para vencer el viento: se remontaba con la cabeza alta y firme; sus grandes ojos, negros como dos pedazos de noche, fijaban la mirada con fiereza. Era lisonjero ver a la rapaz encumbrarse hasta más allá de las nubes, y no perdonar pieza, por más veloz que fuese.

El Gran Visir no olvidó de hacer elogios de su gran halcón de trece plumas en la cola, bien adiestrado para la caza de grullas, y que había hecho comprar en Adhana.

El Jeque Quibir encareció a su sobresaliente halcón, de garbo majestuoso, mirada penetrante, patas delgadas, garras anchas, plumaje unido y oscuro, y muy bien abajado. Su vuelo contra el viento era tan seguro, que con suma dificultad se le igualaría. ¿Acaso era mejor grullero el halcón o el gerifalte del Visir? ¿Y qué decir de sus sacres y tagarotes, por no hablar de sus raleones de corto vuelo, como su excelente azor y sus buenos esmerejones, gavilanes y alfaneques?

El Emir Nagdem Eddin Ayub ponderó asimismo las difícilmente superables aptitudes de sus rapaces, ya fuesen de alto o bajo vuelo.

El allegadizo Emir Al Yaruki, siempre con su enfadoso empaque, montaba muy ufano, teniendo en

su puño enguantado un águila desplumada y vieja, lograda de un emir de Persia, y de la cual contaba que hacía depredaciones en los espacios.

Ak Sonkor hacía al Emir fútiles preguntas, con mala intención, a las que éste respondía con frases grandilocuentes, embriagándose en su propia verbosidad. Su águila era la que más prestamente se elevaba, la que más presas agarraba. ¡Ya podían las grullas alzarse y hacer mil giros! Su águila las sobrepasaba; no había peligro de que errara el golpe, y si ya en tierra la zancuda ofrecía combate, era digno de verse cómo su águila la vencía en un instante, con mortíferos picotazos y golpes de garras.

— No ignoras, ¡oh Emir Al Yaruki! — le dijo Nizar —, que Harún Ar Raschid (¡la paz le sea eterna!), era muy aficionado a la cetrería... Una tarde, en Mosul, salió el Comendador de los Creyentes a cazar con un hermoso halcón blanco. Inesperadamente el ave se elevó hasta perderse de vista. Mucho tiempo después regresó la rapaz, trayendo entre sus garras un animal que era una mezcla de serpiente y de pescado, con plumas en forma de escamas... Tu excelente águila, Emir, traerá presas tan maravillosas: ¿no es así?

— Sí — respondió Al Yaruki —. Ese extraño animal del que me hablas es uno de aquellos que habitan los aires, en alturas inaccesibles a nuestra vista. Como bien lo has supuesto, mi águila suele elevarse en los atardeceres, o ya entrada la noche, y apresar serpientes blancas...

Viendo que varios damascenos prestaban mucha atención a sus palabras, Al Yaruki agregó, dirigiéndose a sus oyentes:

— ¿No habéis oído, hermanos, en la oscuridad del cielo sin luna, un ruido suave, como si rasgasen una tela o como si varias mujeres suspirasen sus intensas penas? Esos ruidos son causados por los sorprendentes habitantes de las alturas, cuando pasan demasiado bajo, sobre nuestras cabezas... ¡Ah, mi águila no les perdona la vida!

— ¿Y tú has visto esas serpientes blancas? — le preguntó Nizar.

— ¡Me ha sido imposible! Es tan atroz la lucha que mi águila sostiene con esos monstruos que, de ira, los devora antes de bajar a tierra...

Todos sonrieron ante la afirmación inverosímil del Emir al Yaruki: ninguna rapaz devora en los aires, y la desplumada águila del favorito Emir no era capaz de hacer presa ni de una inofensiva paloma... y esos monstruos — como bien lo sabemos todos, oh Emir —, son difícilmente vencibles...

El infatuado favorito no advertía que Nizar lo hacía hablar fuera de propósito, y que se regocijaba con los esmerados elogios que cargaba a su escuálido pajarraco.

Ak Sonkor, sonriendo con algunos allegados del Visir, entonó una mordaz improvisación en la cual quedaba muy mal el avechuzo que, para colmo, era macho y no hembra como lo exige el buen arte de halconería.

El Emir miró con ira al atrevido, aguijoneó al caballo, y se alejó mordiendo insultos.

En esta sazón, los peones abatidores anunciaron la presencia de una buena pieza, ¡una grulla!

— ¡Oh Visir! — dijo el Jeque —. Tu gerifalte tiene ahora la oportunidad de hacerse admirar, y mi halcón de sentirse avergonzado...

Regracio el Atabek la deferencia y recibió en el puño el pájaro que le pasó su halconero. Lo descapirotó, hizo correr la pihuela, le dió la voz de señuelo, y la rapaz se alzó en un vuelo raudo y suelto. Subió a gran altura, bien distante de la grulla. Ya muy arriba, revoloteó mucho tiempo, como complacido al ver el azoramiento de la pieza que, presintiendo el peligro, se esforzaba en elevarse. El gerifalte cobró mayor altura y se precipitó sobre el ave. Apresador y apresada cayeron a tierra. Obediente al llamado de señuelo, ¡ajú!, ¡ajú!, el gerifalte voló hasta posarse en el puño del Gran Visir, donde fué premiado con una buena gorga.

Mientras tanto un lebrel del Visir le traía la pieza ensangrentada.

Con bullicio y vítores, todos celebraron la destreza de la potente volátil.

El Quibir pudo demostrar igualmente la excelencia de su halcón, que hizo presa en forma magistral de un rápido busardo.

Nadgem Eddin Ayub lanzó su alfaneque tras una grulla, y fué tan admirable la destreza con la

cual triunfó la altanera, que mereció unánimes elogios.

Moin Eddin Anar le dijo:

— Tenías razón; no hay ave mejor que la tuya..

— ¡Que ya no es mía!... —, y Nadgem Eddin pasó el alfaneque al puño del Visir.

Mucho agradeció Moin Eddin Anar la amabilidad del Emir y, en cambio, le ofreció su infatigable halcón.

Así pasaron varias horas en las cuales muchos damascenos y árabes expusieron las habilidades de sus aves.

Ak Sonkor, Nur Ad Daula Schahinschah y Zaid se dedicaban a la cetrería de cuadrúpedos, que consideraban más varonil. Por fortuna le habían traído a Nizar sus buenos galgos, un sacre y un gerifalte imponentes, cuyas raleas eran las liebres y las gacelas.

Al Yaruki se abstuvo, muy prudentemente, de poner a prueba a su alabado plumífero, so pretexto de no ver presa digna de recibir la honra de su ataque.

Zaid y el hijo del Cadí al Cudat discutieron sobre cual de sus aves era la mejor palumbaria. Un halconero ofreció la presa: los dos contendientes quitaron los chaperones a un alfaneque y a un circaeto. Fué un espectáculo muy admirado la riña de las dos rapaces en las alturas, que por disputarse

la paloma cayeron a tierra, y encarnecidas se ultimaron.

Al cesar el juego de la caza se regresó al aduar.

Como las bodas debían realizarse a los cinco días, apremiaba el tiempo, y todos se entregaron al trabajo de preparación, con sorprendente actividad.

Ak Sonkor se dispuso a cumplir, desde la salida del próximo sol, los pormenores de la purificación.

Esa noche fué muy numerosa la reunión en la casa del Jeque: se comentaron los accidentes de la cetrería, se contaron historias verídicas y fantásticas, y muchos narraron encuentros con aduares enemigos en los que siempre habían salido airosos.

A una señal del Quibir se hizo silencio: Nizar armonizó el laúd y cantó:

Me apodan Ak Sonkor: dicen que soy tan seguro en la lid como halcón bien adiestrado; que me remonto en la poesía como la mejor altanera a las nubes.

A diferencia de los halcones, jamás he alzado el vuelo para abatir piezas inermes. Agito mis alas, abro mis garras, para atacar a los reptiles, que siembran la cizaña y la ponzoña.

¡Mis garras no perdonan al nefa-

rio codicioso, que quiere adueñarse de un corazón inocente y de un cuerpo virgen; no dejan sano a quien tiene la osadía de pronunciar tan solo, con solapada intención, el nombre de mi bienamada!

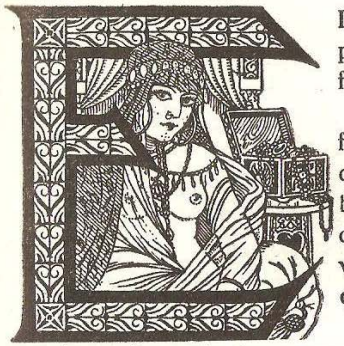
Sepan los malpensados: si es necesario, Ak Sonkor manchará, otra vez, sus garras con sangre de truhanes y de salteadores.

Mas, evite el peligro la doncella: ¡paloma que sale al viento, es pasto de gavilanes!

XXX

LA VÍSPERA

¡Oh, Emir!:



EL CAMPAMENTO despertó con actividad de fiesta.

Veinte esclavos, artífices de finas y complicadas ataujías, daban término a los puños de cien gumías de gran valor destinadas a obsequiar a los huéspedes. Los jinetes corrían sus corceles, dispuestos a vencer en el concurso inmediato. Los zagales tendían los arcos, disparando flechas a lejanas piedras blancas. De las alforjas del Quibir se sacaban antiguos tapices, ricas telas, bandejas y aguamaniles de oro y plata.

Un grupo de beduinos había salido por la noche hacia una población de felahes y, habiéndola sorprendido y saqueado, regresaba con un copioso cargamento de trigo, arroz y muchos objetos útiles

para brindar una hospitalidad conveniente a los señores de Damasco.

Desde el instante en que le fué anunciada la inminencia del matrimonio, Fátima permaneció en el harén rodeada de su madre, de jóvenes amigas y de numerosas esclavas. Todas le hacían compañía y la engalanaban con primor. Las damas llegadas de Damasco también fueron invitadas al harén de la prometida.

Muy de mañana se había conducido a la tienda de la graciosa gran cantidad de agua, destinada al baño de purificación. Después del lavatorio, el cuerpecito de la virgen fué frotado con perfumes y polvos de Persia y del Yemen; sus uñas fueron pulidas y pintadas con alheña, y sus ojos se alargaron por el efecto cuidadoso del cohol.

Cubrieron el cuerpecito inquieto de la novia con una alcandora de lanilla blanca y con un caftán de seda rojo recamado de hilos de oro y cubierto de flores aljofaradas. En las orejas de Fátima fueron colgadas arracadas de oro y perlas, y en la nariz lució un arillo.[1]

Una esclava compuso los negros aladares de la enamorada; trenzó sus guedejas y las adornó con esmeraldas y dinares de oro. Le pintaron de

1) Las mujeres de Palestina, Siria y Persia, usaban desde la más remota antigüedad, y usan hoy día, pendientes, arillos o cuentas de oro en la nariz, que la Biblia, en su texto hebreo, llama MEZEM. Génesis XXIV, 22.

rojo las mejillas, los pezones y el círculo umbilical, y ungieron con aceite perfumado de rosa los azules puntos del primoroso tatuaje de los labios y de la frente.

El cuello de Fátima fué enjoyado con collares de piezas rutilantes; los brazos y los tobillos fueron adornados con pulseras y carcaxes de oro y vidrio.

Una esclava armenia dió término a la inútil tarea de agregar donaire a la hermosura, calzando en los pies de la prometida unos pantuflos de seda.

Melindrosa y sonriente, con femenil orgullo al saberse bella y verse admirada, Fátima caminó por el harén con paso tenue, como temiendo quebrarse.

Mientras tanto, algunas damascenas recitaban los dos últimos suras del Corán, llamados *elmuavizhetani*, porque preservan contra las desgracias y sortilegios. Varias beduinas pronunciaban precipitadamente frases raras, con las cuales aseguraban alejar el maleficio de los chines y demás genios malos que rondan junto a los novios, atraídos por la música y el canto, y siempre maleantes.

La madre de Fátima era la que demostraba mayor premura en la recitación de conjuros y en vaticinar felicidades.

Una esclava egipcia, acompañada del adufe, cantaba:

La luna se enamoró del sol y el sol se enamoró de la luna. Durante mucho tiempo corrieron por el cielo sin poder alcanzarse. Bajaron a la tierra, y cambiando el curso de su camino se encontraron.

Los hombres creen ver en el cielo a la luna y al sol... Simple ilusión: ¡están ahora dentro de los corazones de Nizar y de Fátima!

Ak Sonkor en su tienda hacía abluciones, custodiado por sus amigos llegados de Damasco, por Zaid y algunos nobles beduinos que rivalizaban en la habilidad de cantar y bailar.

Antes del crepúsculo, el Jeque Quibir llamó a Nizar a su casa y le anunció:

— Pasadas cuatro noches, llegará el día de la boda, y te faltan...

— ...dos canciones.

— ¡No, te faltan cuatro!

— Dos noches, ¡oh, Jeque!, he cantado con mis labios y con mis armas...

— No he oído esas canciones.

— Cantaré cien más, si es necesario. ¡Alá es grande!

— Cantarás las veintiuna canciones convenidas.

— Tú ordenas y yo obedezco, y serán veintitrés...

Nizar cantó cuatro nuevos poemas de amor

que, como los anteriores, llenaron de admiración a los oyentes.

La primera de las cuatro últimas noches, improvisó:

¡No temáis los dardos, ni los golpes de lanzas, ni los filos de los sables enemigos! ¿No estáis protegidos con las camisas que os dió Alá?[1]

Cada uno de vosotros, por voluntad del Previsor, tiene cotas de mallas jacerinas, tan invencibles como la que se fabricó David para vencer a Goliat; tan tupidas como «la Extremosa» que perteneció al Profeta.

Todas vuestras mallas son dobles, ya sean de anillos o de placas: ¡las dobla vuestra fe en el Salvador!

Los reflejos de vuestras mallas son como los del río bañado por el sol y movido por la brisa, mas son duras e impenetrables cual río petrificado. ¡En vuestras mallas las flechas caen vencidas, las lanzas se quiebran con quejidos estridentes y los sables se mellan como dentaduras de ancianos!

Como esas mallas es mi amor por

[1] Referencia a las cotas de mallas. Ver Corán, Sura XXI, aleya 78 y Sura XXXIV, aleya 11.

ti, ¡oh Fátima!: ¡impenetrable a la indiferencia, invulnerable al olvido!

La noche siguiente, Nizar cantó:

¡Oh, acero blanco y brillante como una mujer hermosa; dúctil como una esposa amante, y cortante y firme como las disposiciones del destino!

Tú eres, sable, el mejor guía, el mejor amigo, el argumento incontestable. ¡Eres la razón!

Quien te empuña en la senda de Alá se ennoblece y es recompensado.

¡Hoja de acero forjada como las cejas de una virgen bella!: en el peligro das fortaleza, alejando la pavura; en la desgracia consuelas, dando esperanzas de días victoriosos; en la disputa afirmas y pocos se atreven a contradecirte

Tú, bella ladrona de mi albedrío, eres mi acero: me das consuelo, esperanza, fortaleza, seguridad... Por eso, ganando victorias, logro que en la punta de mi alfanje se ensarte la felicidad que antes, sin cuidado, pisoteaban las patas de mis caballos...

La penúltima noche, el enamorado improvisó así:

Se acerca la noche de nuestro regocijo: ¡término de mis inquietudes!

Te recibiré en mis brazos, y mis labios te bañarán de caricias insospechadas: ¡cada beso mío será un pétalo deshojado a las rosas de mi Jardín del Amor!...

Besaré tus piés; besaré tu vientre, y me embriagaré besándote los cabos de tu negra y perfumada cabellera.

Tú, bienamada, te entregarás obediente a mis caprichos...

En el fugaz delirio de nuestra unión, me darás el alma con el intenso suspiro de tu desmayo, y yo morderé tus senos para marcarlos con la cifra de mi cariño...

La noche del día determinado para la boda, el novio moduló la última canción:

Retira el velo que cubre tu semblante, ¡oh Fátima!, para que se ilumine la noche de mi última prueba.

Ahora la luna nueva se avergüenza de su palidez: tú le has robado el brillo y bañas de luz la noche azul del campo árabe...

Márchate, luna del cielo, aléjate para que se acorte la noche. ¡Cuanto tiempo pones en andar lo que otras noches cruzas a la carrera! ¿Te complaces en retardar el instante feliz, que aguardan

impacientes los enamorados? ¿Tienes celos de Fátima, la sultanita de la gracia y de la belleza? ¡Corre, luna del cielo, huye, como gacela perseguida; si no lo haces, largaré mi jauría y te arrojaré un venablo para hacerte morir! ¡Alá me perdone!

Cuando Nizar calló, la concurrencia murmuró largo rato, demostrando aprobación.

Tabit Raschid dijo al poeta:

— Has vencido y debo doblegarme a la voluntad de Alá. Eres digno de haber cantado en la feria de *Okaz*, en el instante de su inauguración, en la nueva luna del mes de Dul Cada. Tus versos merecerían estar suspendidos en la Caaba, junto a los *muallakat*.

— ¡Ak Sonkor ha perdido! — articuló una voz potente.

Todos miraron hacia donde estaba un hombre grande, a quien nadie conocía: Había llegado esa tarde a pedir hospitalidad.

— ¡Ak Sonkor ha perdido, y el Jeque Quibir no está obligado a darle su hija en matrimonio!... ¡Oh Quibir, déjame hablar! El damasceno ha perdido: no ha cantado veintiuna canción, como estaba convenido... Ha cantado veintitrés: por lo tanto faltó a lo pactado.

Tabit Raschid quedó silencioso, esperanzado en que podría impedir el matrimonio de su hija con el

damasceno, pero recordó de inmediato que la dote era considerable, y lamentó la incidencia.

El Gran Visir intervino:

— Sí, en efecto, Ak Sonkor ha sobrepasado la medida. Ahora tú, importuno, responde en el acto a esta pregunta: Cuando compras un azumbre de miel, prefieres ser servido en lo justo; pero si el vendedor, por error o por largueza, te da azumbre y cuarto por el mismo precio, ¿lo rechazas?

Titubeó el desconocido, y respondió débilmente:

— Sí; prefiero lo justo.

Todos se burlaron; y dos esclavos se disponían a alejarlo, cuando Ak Sonkor se puso de pie y declaró con varonil aplomo:

— ¡Ese hombre no está solo, Jeque Quibir! No muy lejos han de estar sus compañeros, que sin duda son los amigos del Jeque Beha Eddin. Sepan los que puedan oír; sean quienes sean los que tengan intenciones de ofenderme o de ofender a mi bienamada: ¡aquí está mi alfanje siempre cortante! Tú, miserable, ve y dí a tus amigos que tengan la valentía de atacar de frente.

Todos los concurrentes anatematizaron al rencilloso y, por orden del Quibir, un esclavo lo obligó a montar a caballo y lo escoltó hasta los confines del aduar.

Tabit Raschid y Moin Eddin Anar se cambiaron cumplimientos, y se olvidó el incidente.

XXXI
LOS GENIOS PROPICIOS

¡Oh, Emir!:

ANTES DE QUE la última estrella desapareciese borrada por el sol, el Mago Gholan Alí Josro Adzerbeichan, llegado misteriosamente al aduar, se encontraba no lejos del gran alfaneque haciendo arder una cantidad de ramas de un árbol recóndito, oriundo de Tabriz. Pronto se elevó una columna de llamas sin humo, que se confundió con las nubes. Cuando el fuego comenzó a extinguirse, el Mago pronunció palabras de conjuro, y surgieron a su alrededor infinidad de genios *perís*, que saludaron al persa con múltiples y profundas zalemas.

El Mago les dijo:

— ¡Oh sapientísimos hijos del misterioso país de *Ginnistán* y obedientes a la voluntad del Guardián y a las órdenes de Soleimán! ¡Oh poseedores de granos de la piedra *Sajrat*, esmeralda maravillosa, que os dan el poder de hacer milagros! Es a vosotros, venerables perís, que recurro para que ejecutéis una maravilla. El sol anuncia su llegada; antes de que veamos su primer rayo deseo que estas tiendas beduinas se truequen en palacios. Trabajaréis en forma invisible. Nadie deberá conocer la transformación antes de que el sol muestre la plenitud de su luz. ¡Por Soleimán el Sabio, os conjuro — ¡oh alarifes insuperables! —, para que cumpláis mis súplicas.

— Señor, somos tus siervos... — recitaron a coro los genios y, haciéndose invisibles, comenzaron a ejecutar los deseos del Mago.

Fueron a un lugar poco concurrido del río; el genio Emir hizo signos extravagantes con ambas manos y la tierra se abrió a gran profundidad. Allí encontraron una gruta donde se guardaba todo lo necesario para edificar una ciudad de palacios tan suntuosos como difícilmente lograrán hacerlos los hombres.

Había piedras y columnas tan grandes como las que se emplearon en las construcciones de Balbeek; mármoles de diversos colores, mosaicos minuciosos, cristales, porcelanas, telas, alfombras, almadraques, lámparas, y utensilios de azófar, cobre, plata y oro.

Mientras una parte de los chines extraía tanta

riqueza, el resto corría por el aduar sumiendo a los habitantes en un pesado sueño sobrenatural.

Inmediatamente después todos se dedicaron a derribar las frágiles tiendas blancas y negras de pelos de cabra, y elevaron en su lugar altos muros guarnecidos con esmaltes, atauriques y arambeles, y techados de cedro, con caprichosos almocárabes y estalactitas.

Los pisos fueron cubiertos con mosaicos; en el centro y en los rincones de las habitaciones había fuentes de agua cristalina y pirámides de nieve sólida, que refrescaban las amplias cámaras.

Por todos los rincones de las lujosas estancias pusieron cojines, telas tabíes y alfombras, y demás útiles necesarios a la vida regalada.

En las hornacinas de las paredes había braserillos donde ardían sahumerios de muy gratos olores.

Rodearon los palacios de jardines floridos y sombríos; de riachos y cascadas.

Terminadas las obras, el Mago llamó a los genios y les dijo:

— Estoy satisfecho. Podéis descansar hasta que yo os llame por medio de nuestras palabras secretas. No os alejéis demasiado.

— Iremos al Bahr Tabariya — informó el Emir de los genios —, y estaremos atentos a tu llamada, ¡oh señor y dueño de nuestras voluntades!

El muecín de Damasco, llegado con la caravana del Gran Visir, despertó sobresaltado cuando los rayos del sol hirieron, como dardos, sus ojos dor-

midos. Pidió perdón al Supremo por su retardo y, casi sin abrir los ojos, comenzó a entonar el pregón matinal.

Cuando los habitantes del desierto y los damascenos despertaron con pereza, como si aun estuviesen bajo la influencia de un beleño suministrado en grandes dosis, prorrumpieron, sobrecogidos, en expresiones y ayes de horror. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaban? ¿En el Paraíso? ¿Había llegado el día del Juicio Final?

Los hombres del séquito del Gran Visir también estaban atónitos y no se explicaban lo ocurrido, pero, como eran damascenos y gente de muchos conocimientos, ocultaban su sorpresa a los «ignorantes» hijos del desierto.

El almuedano damasceno hizo silencio, al ver, en lo alto del alminar de una gigantesca mezquita blanca, a un émulo ricamente vestido, que entonó el azán con armoniosa y potente voz.

El Gran Visir comprendió que la transformación operada en el aduar era obra de los chines propicios a los enamorados, y con el fin de calmar los ánimos y hacer renacer la confianza, mandó al Camerlengo Mohammed Al Mustarchidi montar a caballo y recorrer los jardines, proclamando:

— ¡Oh creyentes! Alá es el más Sabio y todo lo que viene de Alá está bien hecho... Los chines propicios han transformado el aduar: ¡Gloria al Bienhechor!

Esa mañana, el Gran Visir ofició de imán.

Terminada la oración, y pasado el asombro y el temor, se organizaron carreras, juegos de cañas y ejercicios ecuestres.

En el meidán, también obra de los genios perís, se reunieron los hijos del desierto y los damascenos luciendo las galas de sus caballos árabes, a cual más brioso, inquieto, de crines largas y tupidas y capaz de aventajar en velocidad al viento.

Al final de la pista, recta como un tiro de flecha, estaba pronta la estacada dentro de la cual se habían plantado siete lanzas, en las que se colgarían las prendas destinadas a premiar a los triunfadores.

El Gran Visir y el Jeque Quibir concurrieron también a presenciar las fiestas hípicas y ofrecieron, para ser disputadas en carreras de pelotón, recompensas dignas de sus elevadas condiciones.

Antes de que se diera comienzo a las carreras de honor, los dueños de caballos adiestrados se desafiaban, ofreciéndose gajes valiosos.

La concurrencia era numerosa, la vocería intensa, el piafar de los caballos hermoso y los relinchos de muchos potros excitaban los ánimos.

Un beduino y un turcomano afirmaban que sus caballos eran los más veloces. El primero apostó un alfanje con empuñadura de plata labrada, y el segundo una gandura tejida con hilos de oro. Las prendas se colgaron de las lanzas plantadas en el interior de la estacada terminal. Antes de ponerse en línea fué necesario encontrar a otro caballero

con montura tan buena y tan bien adiestrada como las de los dos contendientes, para que, sin apuesta, legitimase el juego, haciendo desaparecer el azar.

Los curiosos, por su parte, jugaban armas, trajes, ganado y dinero entre sí, esperanzados en el buen éxito de sus favoritos. Mientras la carrera se preparaba, eran acaloradas las discusiones, bien comentadas algunas frases graciosas y había gran curiosidad por ver lanzarse a la carrera a tan brillantes animales.

Los dos primeros caballos correrían montados por esclavos de pequeña talla y, no encontrando otro negro que les igualara en el peso, calculado a simple ojo por dos expertos, se permitió que el tercero fuese cabalgado por su propio dueño.

Llegado el momento de ponerse en línea, la mayor parte de la concurrencia emprendió una corrida desordenada hacia el final de la pista, con el objeto de ver la llegada y poder aclamar al triunfador.

Aclarada la polvareda, los tres jinetes iniciaron inútiles partidas, recomenzadas varias veces, hasta que al lograr igualarse dieron comienzo a la carrera.

Cuando los nobles animales se lanzaron, el espectáculo fué hermoso.

(¡Oh hijos del viento!, ¿acaso Alá creó para el hombre animal más bello, más fiel y más útil? ¡El Poderoso es previsor y para Él la oración! El Altísimo os ha creado, caballos árabes, de un puñado

de viento, al que igualáis en velocidad, para que, como el huracán, llevéis a los musulmanes a difundir por el mundo la verdadera religión revelada. ¡Alá es único!).

Los tres corceles corrían sin aventajarse, pero, ya próximos a la meta, «el legitimista» avanzó de una cabeza, y pronto de todo el cuerpo; entró en la empalizada y conquistó el alfanje y la gandura.

Las exclamaciones fueron intensas; la mayoría demostró gran tristeza y enojo, y muy pocos se alegraron.

El damasceno perdedor, cuyo caballo no había sido hasta entonces vencido, se consoló alegando:

— No hay que olvidar que el Profeta (¡la bendición para Él!), en parecida circunstancia, cuando su excelente camella fué vencida por la de un beduino, dijo: «Es una verdad incontestable que Alá no eleva nada aquí abajo sin que luego lo humille».

Después de varias carreras por las que se demostró escaso interés, se anunciaron, con gran alborozo, las pruebas de pelotón. La primera fué destinada a los caballos de menor alzada y raza menos pura; en ella intervinieron los beduinos pobres.

La atención se acrecentó cuando las moharras de las siete lanzas del recinto empalizado se vieron adornadas con riquísimas telas y muy finas armas: evidentemente se avecinaba la carrera de los caballos de gran alzada y de las más finas razas.

Los caballeros de Damasco y los Benu Rabia lucieron, en ese momento, sus corceles de pura sangre noble, entre los que había representantes de las cinco razas descendientes de las cinco yeguas del Profeta (¡que Alá glorifique!), cuyos antepasados pertenecieron a las caballerizas de Soleimán.

(Como bien lo sabéis, ¡oh preclaro Emir que me escucháis con tanta benevolencia!, la caballada del Profeta Sapientísimo fué recibida en herencia de David; ¡y entre sus ejemplares sin igual, estaban los cien caballos alados salidos del mar!).

Los jinetes paseaban con fausto a sus inquietos hijos del Sud, [1] cuyos nombres recordaban a corceles famosos.

Allí había uno que se lamaba Lizaz, como aquel caballo de Mahoma (¡la Cumbre de los Profetas!), de rapidez no igualada; otro había llamado Zard ar Rakib, como el que regaló Soleimán a la gente de Al Azd para que les ayudase a obtener el sustento durante el viaje. Cuentan que mientras los compañeros recogían leña para hacer el fuego, el caballero de Zard ar Rakib ya estaba de regreso de la montaña y había cazado una gacela. Otro caballo tenía el nombre de Al Hajis, en recuerdo de un hijo del anterior; otro se llamaba Ar Rubad como un corcel de Harún Ar Raschid, y los restantes habían recibido otros nombres ilustres y sonoros.

1) Una de las tradiciones árabes asegura que los caballos los recibieron del Sud, afirmándose que fué de Egipto.

Los diez animales eran hermosos, de gran alzada, gratos a la vista, fogosos en el paso, en la carrera raudos, firmes y atrevidos: las voces de los amos eran sus mejores acicates y la victoria su más apetecido alimento.

Después de muchas tentativas, los diez corceles lograron ponerse en línea y a la señal dada por el juez de partida se arrojaron a la carrera. El pelotón era imponente: flotaban los cabos negros, bayos y alazanes; flotaban las vestiduras de los jinetes; resonaban los cascos en la tierra como martillazos en el yunque. Cual si corriesen en el cielo, los caballeros precedían a una nube blanca que no lograba alcanzarlos.

Los gritos de entusiasmo enardecían a los hombres y a las bestias.

El alazán Zard ar Rakib llegó el primero, y detrás entraron en la empalizada siete caballos más, cuyos seis primeros jinetes se repartieron los premios.

Así también, ¡oh Emir!, ayudados por la velocidad de sus corceles, los árabes conquistan y se reparten ricos botines y extensas tierras: ¡no hay duda de que nuestros caballos llevan atado el bien en las crines de sus copetes!

Terminó la fiesta hípica con ejercicios hechos por los damascenos, cuya destreza admiraron los beduinos; hubo singulares combates de lanzas y de alfanjes; simulacros colectivos de combates aparatosos...

Nizar tomó parte en el juego ecuestre de la pelota golpeada con un largo vilorto o cayado;[1] juego que, como bien lo sabes Emir, es muy apreciado en Persia y fué practicado con entusiasmo por el Califa Harún Ar Raschid. Participaron en ese ejercicio algunos pocos nobles de Damasco que habían estado en Bagdad y en Ispahán. Esa recreación, en la que se desplegó muchísima destreza, no interesó a los Benu Rabia.

Con gran contento, muchos tomaron parte en el juego de alcancías: montados en ligeras caballerías, y a toda carrera, debían romper de un flechazo una pequeña bola de barro secada al sol y colgada de una lanza plantada en la tierra.

Lo que más regocijo causó fué el correr sortijas: en medio del campo se plantó un asta a cuyo extremo, a la altura de un caballo, había un pequeño aro de hierro; los caballeros, con sus monturas a todo correr, debían atravesar la sortija con las lanzas. Los más diestros cogían sus lanzas al vuelo; los menos hábiles hacían caer el asta de la argolla, perdían el equilibrio y caían a tierra, soportando de mal grado la burla general.

Mientras los unos se divertían en el meidán, otros, en los palacios y jardines, cantaban o narraban cuentos.

En un jardín, a la sombra de un amplio árbol, el caravanero del Gran Visir contó este cuento:

1) Se trata del actual juego de polo.

«Abu Kasim Alí me dijo que Husam Ibn Musa había oído decir a Omar Ben Zafar Eddin Abd Alá Ibn Yosuf que Malik Abu Ahmad le había dicho que fué testigo del siguiente hecho: Un jeque andrajoso llamado Mamum (¡Alá lo bendiga!) encontró en un camino a un hombre montado en una acémila, lo detuvo y le preguntó:

— ¡Oh hermano!, por tu salud, respóndeme: ¿Cómo ganas tu vida?

— Vendiendo en cien lo que compro en diez.

— ¿Y cómo vendes a los pobres?

— Para mí no hay pobres ni ricos: hay compradores...

El jeque continuó su camino; encontró a un felah y le demandó:

— ¿Cómo ganas tu vida?

— Ya lo ves, ¡oh Jeque!: fertilizando la tierra y vendiendo el trigo.

— ¿Cómo lo vendes?

— En sesenta dinares el producto de seis meses de trabajo.

— ¿Y cómo vendes a los pobres?

— Les doy lo que me sobra, que no es poca cosa.

El jeque, en su andanza, llegó a una ciudad y en un zoco vió a un hombre que cantaba. Después de oírle atentamente le interrogó:

— ¿Cómo vives?

— Cantando...

— ¿Y qué cantas?

— Ya lo has oído, mis versos...

— ¿Y cómo cobras tus versos?

— ¿Cobrarlos? ¡No! Los regalo a los hombres y ellos me dan lo suficiente para no morirme de hambre.

Volvió el jeque a desandar lo andado. Al llegar donde estaba el felah, le dijo:

— En la ciudad, en tal zoco, está fulano que vive cantando y deleitando a los creyentes. Es pobre; llévale un saco de trigo.

— Lo conozco y le debo más de una lágrima y más de una alegría. Le llevaré un saco de trigo.

Más adelante el jeque encontró al mercader:

— En la ciudad hay un creyente — le anunció — que canta en el zoco grande y deleita a los hombres. Anda y regálale con unas monedas de oro.

— Yo no doy a los que no trabajan en mi provecho.

Se sorprendió el Jeque, y lo apuró así:

— ¿Sabes manejar el alfanje y el arco? ¿Sabes empuñar la lanza para que hiera sin misericordia en defensa del islam y de tu honor? ¿Sabes lanzar tu corcel sobre los enemigos, sin pensar en la derrota ni en la muerte? ¿Sabes exponer tu vida en defensa del amor que sientas por una mujer? ¿Sabes llorar al ser vencido y dar gracias a Alá después de la victoria? ¿Eres capaz de

meditar en la grandeza del Único y de abstenerte de lo que prohibe El Libro?

— Ignoro lo que averiguas. Háblame un lenguaje que comprenda...

El jeque se apartó diciéndole:

— Me he equivocado. Creí que eras un hombre y compruebo que eres únicamente un mercader...

Volvió el viandante a la ciudad, se aproximó al cantor, y le preguntó:

— ¿Amas?

— ¡Vivo constantemente enamorado!

— ¿Lloras?

— ¡Los ríos de la tierra son mis lágrimas!

— ¿Ríes?

— ¡Más que el soplar de los vientos!

— ¿Sabe tu brazo defender al islam?

— Tantos infieles han muerto por mi brazo como injustos han sido doblados por mis sátiras...

— ¿Sabes desprenderte de tus bienes?

— La ciudad entera recibe mis bienes y en cambio rara vez yo recibo un poco de alimento y de cariño.

— ¿Meditas?

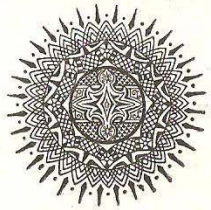
— Sin hacerlo, ¿cómo podría, en mis canciones, interpretar la vida y comprender la grandeza de Alá?

— ¡Oh hermano! — exclamó el jeque lleno de contento —. Después de muchos años de soledad y de meditación logré la Unidad; deseoso de

encontrar a un hombre puro, he salido a recorrer la tierra... Un mercader a quien interrogué, me respondió como lo hubiesen hecho la mayoría de la gente desde un Sultán a un mísero cargador de caravanserrallo; un felah a quien hice iguales preguntas me dió la respuesta que dan los hombres buenos, pero tú, ¡oh hermano!, me has respondido como lo hacen los poquísimos hombres capaces de comprender la sublimidad del Único. Vamos, alejémonos de los hombres egoistas y de los hombres simples.

El jeque y el poeta se alejaron de la ciudad sin que hasta ahora nadie sepa dónde están.»

Cuando el caravanero terminó su cuento, los beduinos dieron manifiestas muestras de aprobación, pero los damascenos que, como todos los habitantes de las ciudades, tienen almas de mercaderes, hicieron silencio.



XXXII

LA BODA Y EL VIAJE PRODIGIOSO

¡Oh, Emir!:

FÁTIMA ERA cuidadosamente depilada y bañada con aguas de algalia y de ámbar en tanta abundancia, que su cuerpo emanaba el perfume de un jardín.

En un amplio salón de su harén, convertido en palacio, la virgencita se puso de pie, caminó un trecho cimbrándose, y se miró en un espejo de bronce. Sonrió, y dijo para sí: «Soy hermosa; mi bienamado creerá que ha subido al Cielo».

Se dejó vestir. Durante el tiempo que la engalanaban, algunas esclavas besaban el suelo y cantaban así:

El joven es discreto y galán; es altivo y bien parecido, pero no lo es su-

ficiente como para merecer un beso de tus labios y el premio de tu tesoro.

Antes de la hora de zohor, Nizar fué a su palacio y se entregó a los esclavos para someterse, con fruición, al baño y al depilatorio.

Como terminase de recibir los masajes de práctica, el novio fué perfumado, su cabellera trenzada y la barba enrubescida y lustrada con zumos.

Ak Sonkor vistió un rico traje de seda al uso beduino: un gambás gris; ciñó un cinturón de hilos de oro; cruzóse un tahalí de cuero rojo, y luego se puso un dormán azul con ricos alamares y, por fin, sobre los hombros dejó caer un aba blanco. En lugar de turbante se cubrió la cabeza con un amplio kefiye níveo, mantenido con un ancho *agal* negro.

Ak Sonkor se puso en la cintura una riquísima gumía; cogió garridamente su alfanje y, dejándolo colgar del tahalí, dijo:

— Tú me has dado victorias sobre los malvados y desde ahora te llamaré «El castigo de Alá»—; y, rozagante, hecho un sultán — un sultán bien plantado y valiente —, se sentó junto a los amigos y comió y bebió con alegría, esperando el instante de recibir a la bienamada.

¡Con cuanta lentitud pasaba el tiempo!

¿Cual era la causa de la demora en conducir a la novia junto al esposo?

¡Oh, Emir!: la razón era muy importante.

El camello cargado de mil monedas de oro ha-

bía llegado tarde y el Jeque Tabit Raschid, usando de sus facultades de gualí, no daría el consentimiento para la realización de la boda hasta que no se procediese a contar y pesar cada moneda.

En esa lenta operación se estaba desde hacía mucho tiempo y era retardada por la porfía del jeque ayudante del gualí: afirmaba que para asegurarse de la autenticidad del oro no había mejor procedimiento que el empleado en su juventud. Más de medio día se pasó el anciano maltratando sus escasos dientes: mordía cada pieza de oro y la hacía sonar sobre un trozo de mármol.

Fátima, para mostrar a sus amigas la variedad de su ajuar, sufría, entretanto, con placer intenso, el suplicio de vestir sucesivamente varios trajes, todos a cual más lujoso y resplandeciente.

Cada vez que la novia cambiaba de vestidura, era perfumada de nuevo y trocaba los anillos, collares y carcaxes, a fin de armonizar el colorido de las joyas con las telas que la cubrían.

Cuando se anunció que la mitad de la dote se había recibido completa y sin menoscabo, todos se alegraron sobremanera. Había llegado el instante de conducir a la novia a casa del amado.

Una esclava trajo sobre un azafate de plata un fino almaizar perfumado con agua de nafa y con él cubrió la cabeza y el rostro de la novia.

Fátima permaneció sentada, estática y muda durante varias horas, recibiendo los homenajes de

las mujeres del aduar. ¡Suplicio de inmovilidad y silencio soportado con mucho contento!

Finalmente, al atardecer, las damascenas se embozaron con espesos velos negros y la jovencita salió del harén conducida por su madre y por la madre de Nizar, y rodeada de sus hermanas y amigas. Con paso lento, llegaron junto a una camella blanca cubierta de ricas colgaduras y adornada de un penacho carmesí. Arrodillado el animal, Fátima subió al hodag y, cerrando los cortinados granates, quedó silenciosa y con el corazón inquieto: se iniciaba la marcha hacia la felicidad.

La camella caminó con lentitud, entre infinidad de músicos, cantantes, bailadores y bufones, y escoltada por un centenar de mamelucos adolescentes, llegados de Damasco.

Al son de roncos adufes las mujeres cantaban, con voces jocundas y agudas:

He visto a la novia caminar pausadamente por un jardín de rosas: con lo cabellos negros cubría sus dos granadas. Las flores se marchitaron: ¡ya no podían dar alegrías al jardín!

Algunos hombres continuaban:

¡Oh, por tu dicha, déjame besar tu mejillas, posar mis manos en tu cintura, acariciar tu pecho, y me creeré en el Jardín de Delicias!

Cuando en el Palacio de Ak Sonkor se advirtió la próxima llegada de la novia, dos beduinos comenzaron a demostrar su habilidad en la danza de los sables, haciendo peligrosos molinetes con hojas afiladas.

Las voces de varios hombres modulaban:

— ¡Oh, mentado guerrero, poeta insigne, la bienamada baja de la camella sagrada y viene hacia ti con elegante paso de gacela! Tras ella la tierra se fecunda y nacen flores....

— Es graciosa como una rama de sauce mecida por el céfiro; es buena como una madre; es melíflua como la más cálida enamorada y es luz de luna encuadrada en la negrura de su cabellera.

Acompañado del Gran Visir, de su madre, del Cadí al Cudat y del Muftí de Damasco, Nizar Ibn Anar salió al jardín para recibir a la hermosa.

El Jeque Quibir, que había llegado al frente del acompañamiento, descendió de su caballo y besó a Ak Sonkor; luego besó a Fátima, y lo mismo hizo la madre de la novia.

Fátima quedó largo rato silenciosa frente a su esposo: estaba humilde, obediente y sumisa, como conviene a la mujer virtuosa, no olvidadiza de que los hombres son superiores a las mujeres por las

cualidades recibidas de Alá y porque gastan sus fortunas en dotarlas.[1]

Moin Eddin y su esposa — la esclava circasiana ennoblecida — besaron a su hijo y a Fátima con ternura.

— ¡Alá os dé mucha piedad y muchos hijos! —, sentenció el Muftí.

— ¡Alá os haga siempre justos y os evite discordias —, agregó el Cadí al Cudat.

Fátima se adelantó, y Ak Sonkor la cogió de una mano y la condujo al interior del Palacio, penetrando en una amplia sala. En medio de la estancia se detuvieron: saludaron solemnemente a los cuatro padres que los habían seguido; invocaron el nombre de Alá, y el joven Emir se llevó a su amada a una alcoba suntuosa.

La música y los cánticos se oían dulcemente, cadenciosos y arrobadores.

Cuando las estrellas perforaron el cielo para espiar la tierra, las madres de los desposados salieron a un balcón del Palacio y, con jubilosas voces, anunciaron:

— ¡He aquí la prueba incontestable que enfada a la Duda y a la Calumnia, y que satisface a la Virtud y a la Honra!

— ¡Los enamorados son felices!

Y las dos madres, satisfechas y orgullosas, mostraron a los parientes y curiosos la camisa de la esposa, manchada de rojo...

---

1) Ver Corán, Sura IV, aleya 38.

Salvado el honor de ambas familias, todos muy alegres se alejaron del Palacio donde reinaba el amor...

¡Oh, Emir!:

En realidad, la prueba evidente de la consumación del matrimonio fué obra del Mago Persa, que por arte mágico hizo ver lo que aun no existía. La verdad fué que los esposos, tan pronto como dejaron el gran salón, fueron sumidos en un profundo sueño y conducidos a Damasco, en una camella blanca que volaba más de prisa que un suspiro.

Los enamorados llegaron al amanecer al Palacio damasquino de Ak Sonkor, y allí se entregaron, realmente, a los deleites del amor.

Los beduinos despertaron en medio de los palacios y jardines: pasado el aturdimiento de las fiestas, no soportaban la prisión de los muros y los techos.

Acusado el persiano de haberles transformado el aduar en intolerable prisión, lo prendieron y condujéronlo, en clamoreante e innúmero cortejo, al Palacio del Quibir, para obligarle a devolverles la libertad, reintegrándoles el horizonte y el cielo.

El Mago Persa prometió, con sonoro juramento, cumplir los deseos unánimes, si tenían la paciencia de irse cada cual a su palacio.

Escuchada la imposición, el Mago quedó solo en medio de un jardín: dió diez vueltas sobre sus talones, esparció un puñado de tierra y pronunció

raras palabras. Los genios perís aparecieron al instante, y él les regració:

— ¡Gracias, buenos genios! Ahora es necesario sumir al aduar en un profundo sueño. ¡Corred!

Mil chines se desparramaron en los palacios, penetrando por las ventanas y por los ojos de las cerraduras, y, mediante signos especiales, hicieron quedar dormidos a mujeres y hombres, niños y ancianos. Precipitadamente volvieron a reunirse alrededor del Mago.

— Ahora debéis deshacer lo hecho. Vuelvan a su gruta encantada las piedras y los mosaicos; las telas y las alfombras, y cuanta cosa habéis puesto en estos palacios. Luego reconstruiréis el aduar como lo habéis encontrado cuando os hice venir de vuestro inefable país.

Se hizo tal cual lo ordenó el persiano y, por último, cuando todo estaba reconstituido a su primitivo estado, volvieron los genios a recorrer el aduar para despertar a los habitantes del aduar.

Terminada la tarea, los genios perís regresaron muy alegres a su reino de Ginnistán.

Al despertar, los beduinos y damascenos se habían olvidado por completo de que allí, en lugar de tiendas, hubo mansiones suntuosas y jardines miríficos.

El Gran Visir recompensó al Mago Gholan Alí Josro Adzerbeichan con su valioso anillo.

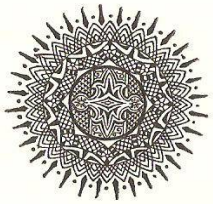
— Eres espléndido, Gran Visir, pues no ignoro que este anillo tiene el poder de facilitar la riqueza.

Con zalemas y elocuentes frases de agradecimiento, se despidió el Mago, anunciando:

— Nos veremos en Damasco. Me marcho en forma invisible —; y desapareció al punto de la vista.

Con el acompañamiento que había llegado de Esch Scham regresó Moin Eddin a la ciudad del Barada, habiendo todos recibido presentes de Tabit Raschid, entre los que sobresalían ricas gumías.

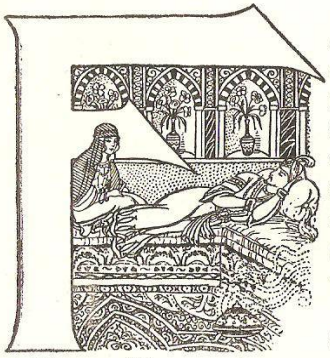
Los damascenos fueron despedidos con cálidas y sinceras muestras de afecto: desde el Jeque Quibir hasta el más modesto esclavo, se apresuraban a manifestar sus penas por la partida de tan grandes y generosos señores.



XXXIII

EN LOS BRAZOS DEL BIENAMADO

¡Oh, Emir!:



FÁTIMA SE ENCONTRÓ echada sobre almohadones, en una amplia y fresca cámara con techo de paciente alfarje y muros alacenados, en cuyos anaqueles había flores, en alongados vasos de vidrio.

¿Dónde estaba? Le parecía soñar. Pronto advirtió que Nizar — ¡su esposo! — dormía apaciblemente a su lado, y quedó maravillada de la hermosura del joven a quien, por vez primera, le era dado mirar y, si lo deseaba, acariciar con toda calma.

Diez jovencitas de aspecto agradable que entraron en la sala interrumpieron su contemplación. Sonrientes y respetuosas, las jóvenes hacían genuflexiones y dijeron:

— ¡Zalamalé! ¡Oh esposa feliz! Serás poseída

por el más generoso de los emires del amor. Eres bella como la esmeralda que en el *Caf* da su color al cielo. ¡Quiera Alá que vuestro amor sea inagotable!

La enamorada agradeció la simpática salutación con frases y gestos amables y se volvió a mirar al esposo, que aun dormía. Quiso depositar un beso en los labios del amado, pero temió despertarlo.

Una de las diez jovencitas armonizó un rabel y le arrancó agudos y altos acordes; otras dos martillaban los panderos.

Las restantes se despojaron de sus ligeras vestiduras y bailaron: los senos y los vientres temblaban, como rosas castigadas por la lluvia.

Con voz subyugante, las jovencitas cantaron, una a una:

— No os apresuréis amadores por gozar los deliquios del amor: ¿ignoráis que es frecuente la desilusión?

— ¡No!, en este caso será insaciable el deseo del que encontró la fuente que buscaba en su larga andanza por el desierto. Éste es el jardín donde recogeréis, una a una, las flores del placer sin igual y sin término.

— Despójate, ¡oh bella!, de tus ornamentos humanos: la hermosura que

te dió Alá se ofende con la que quisieron darte los hombres.

— Haz tu ramillete en el jardín del amor, mas para conservar lozano tu vergel riégalo cada día con agua de paciencia y de cariño.

— Al cosechar deleites haz la reserva necesaria para la nueva siembra.

— Si lo olvidas, pronto llegarán los días de escasez y en el corazón del amado sembrarás guijarros...

— ...Y llegará el invierno y él se marchará, como los beduinos, a otros campos en busca de primavera.

Terminados los cantos y las danzas, algunos negros eunucos depositaron, sobre octagonales escabeles nacarados, grandes platos con frutas, alfeñiques, dulces alcorzados y otros manjares sabrosos. También trajeron grandes alcarrazas, que resudaban bebidas heladas.

Nizar despertó, acarició las manos de la desposada y la contempló largo rato con cándido arrobamiento: era la primera vez que podía admirarla minuciosamente.

Como temiendo quebrarla o que desapareciese como una visión, fué acariciando su cintura y sus senos...

¡Gloria! ¡Era Fátima, esplendorosa, seductora y estaba allí, para él!

(¡El Fiel es grande y misericordioso!).

Por orden de Ak Sonkor las jovencitas despojaron a Fátima de sus vestidos, y la virgen, llena de pudor, ocultó su desnudez en los brazos del amado.

Poco a poco, Fátima se separó del esposo y, súbitamente, en medio de la sala, entre el humo de perfumes y de inciensos quemados, comenzó a bailar con roncería y molicie, al son de laudes, rabeles y panderos. Sus caderas y sus senos rehilaban, como el agua en una fuente. Al cesar la música, la virgen se arrojó sobre una alfombra, con felinas ondulaciones sensuales.

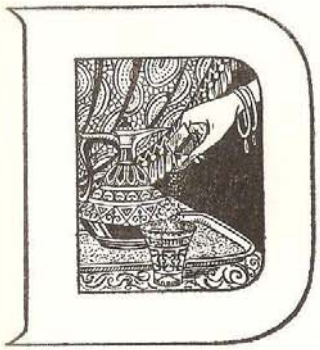
Cuatro esclavas con aljofainas y toallas purificaron a la esposa; cubriéronla de tules y rociáronla de perfumes.

Fascinado por la carne ardiente y virgen, y por los embelesos de Fátima, ávido de goce, en un arrebato exaltado e incontenible, el poeta guerrero cargó a la bienamada en sus brazos como a un trofeo, y la condujo a un aposento vecino... Allí, los enamorados permanecieron solos durante siete días.

XXXIV

LAS ESPOSAS MALCONTENTAS

¡Oh, Emir!:



DESDE QUE Brunequilda, la de ojos zarcos, la rubia como una brasa, la cristiana de Jerusalén, había muerto de amor, las otras tres esposas de Nizar Ibn Anar quedaron lastimadas y sumidas en profunda tristeza.

Mientras se ocupaban de los hijos, tejían tapices o bordaban gambases, solían permanecer calladas, contemplativas y plañideras. Enlazadas por la misma pesadumbre, olvidaron la rivalidad en que habían vivido, y ahora se visitaban con frecuencia para comunicarse sus temores.

Zainab, la damascena, la blanca y pálida como un jazmín, la quejumbrosa y tímida, no tenía hijos varones. Era la más apenada: si en verdad sus

dos hijas eran hermosas, en cambio eran mujeres, y Nizar no estaba satisfecho.

Mariam, la de Bagdad, la roja como el sol que se oculta, la enérgica y maternal, tenía un hijo varón y, por lo tanto, su pena era menos intensa. Mas se inquietaba: su hijo era enfermo, tímido, sin bríos, y Nizar culpaba a la madre de esos defectos.

Amina, la egipcia, la ardiente, la morena como una hoja de otoño, era madre de tres hijos fuertes y denodados, de quienes Ak Sonkor se sentía orgulloso, y, por consiguiente, era la menos acongojada. Tenía asegurado el afecto de su esposo, pero...

Las tres esposas olvidadas solían manifestar sus celos, prometiéndose maltratar al omiso con demostraciones de indiferencia, y ofender, con insidias y calumnias, a la que les robaba el cariño del bienamado.

Por las tardes, las esposas tristes se reunían bajo la frondosidad de los árboles cargados de frutas, y trataban, inútilmente, de distraerse de sus sinsabores oyendo las canciones y los cuentos de las esclavas.

Una tarde, una sierva armenia cantó:

El nombre que escribí en la duna de tu corazón, ¿fué borrado por el viento de tu indiferencia o por el soplo de dos labios finos y perfumados?

¡Entre Tabariya y Damasco el camino es pedregoso, fiero, duro; tanto, que sólo es comparable con tu agreste alejamiento! ¡Bienamado!

Otra esclava cantó de este modo:

Conozco la vega donde puedo encontrar el corcel de mi esperanza, que es sufrido como ninguno. Iré a buscarlo. Sobre él correré tierras, y, si la fatiga lo vence, no temeré ensangrentar mis pies para llegar a tu lado. Creyendo que aun conservas la miseria de un trocito de recuerdo, te preguntaré: el fuego que me consume ¿será capaz de derretir la nieve que enfría tu corazón?

Y otra cantó, con tierno acento:

Cada tarde, más allá del Líbano, el sol se arroja al mar para templar el fuego que le quema.

Mi bienamado es el mar donde apago el incendio de mi corazón.

Si no existiese el mar, el sol, a la postre, moriría: ¿he de morir puesto que mi corazón ya no puede bañarse en el mar del bienamado?

Y la cuarta esclava contó lo siguiente:

«Harún Ar Raschid, como bien lo sabéis, gustaba rodearse de sabios, poetas y músicos. Entre

sus favoritos se encontraba Ibrahim de Mosul Abu Ishak, que, como su hijo, era un músico de gran talento, a quien nadie supera a en el vasto imperio del Comendador de los Creyentes.

Deseaba Ibrahim de Mosul descansar de las fatigas de la Corte, y pidió al Califa que se dignase indicarle el día de la semana en el que no lo ocuparía en ninguna forma, a fin de dedicarlo a su casa y a su familia. El Califa le aseguró que cada *essabt* estaría enteramente libre.

Muy satisfecho, Ibrahim dió orden, un essabt, a la numerosa servidumbre, de cerrar las puertas de su mansión y de que, bajo ningún pretexto, se permitiese a nadie la entrada.

Contento y feliz, el músico poeta se entregó a los quehaceres de su casa, cuando al anochecer fué sorprendido viendo a su lado a un jeque de hermosa barba blanca y agradable aspecto, ricamente vestido de sedas.

Ibrahim se enfadó mucho y declaró, con frases violentas, que siendo essabt no quería recibir visita alguna.

El desconocido jeque no hizo caso del grosero recibimiento, y, con melosas palabras, saludó muy galanamente.

Tranquilizado el dueño de la casa, reputó que estaba faltando a los deberes de hospitalidad; pidió disculpas por su repentino enojo; rogó al desconocido que se sentase; le ofreció refrescos, vino,

dátiles, bananas, y luego le aseguró que le escucharía con atención, en todo cuanto desease.

El jeque habló de los tiempos de la «Ignorancia», de sus poetas famosos, y agregó:

— ¡Oh venerable Ibrahim de Mosul!: he oído muchas veces hablar, con harto elogio, de tus poesías, de tu arte en tañer el laúd y de la dulzura de tu voz. ¿Querrías cantarme una nueva poesía, una poesía que aun no haya oído nadie?

Ibrahim se hizo rogar, pero, tocado en su amor propio por los elogios del jeque, consideró que no era posible dejar de complacerlo. Cogió el laúd y cantó.

Jamás Abu Ishak improvisó y cantó con tanta perfección y tan melodiosamente. Después de oírle tres o cuatro canciones, el jeque le dijo:

— Tus poesías, tu voz, tu arte en tañer, son insuperables, pero, ¿permitirás a este humilde servidor tener la osadía de cantar en tu presencia?

— ¡Sea! — respondió Ibrahim, entregándole el instrumento, y proponiéndose ser indulgente para juzgar al desconocido, que tenía el desenfado de cantar después de haberle oído.

El jeque de la hermosa barba acordó el instrumento y se puso a improvisar.

Desde las primeras estrofas Ibrahim sintió un intenso éxtasis, y le pareció que toda la estancia, que las ventanas, los tapices, que todo lo existente acompañaba la canción. Abu Ishak se sintió muy pequeño delante del insospechado competidor, que,

mientras tanto, le hurgaba el alma con penetrante mirada. Cuando el jeque, sonriendo, dió término a su canción, Ibrahim le rogó:

— Me agradaría aprender esa canción...

— ¡Oh Abu Ishak!, repítela, ya la sabes; ya está grabada para siempre en tu memoria...

Y, pronunciando esa última palabra el jeque de la barba blanca y de los vestidos de seda desapareció instantáneamente.

Ibrahim quedó muy sorprendido, pero reaccionó pronto. Empuñó el alfanje y corrió a la puerta de su casa. ¡El pestillo estaba bien metido en el cerradero! Recorrió todo el harén y encontró, asimismo, todas las puertas cerradas. Llamó e interrogó a sus esposas, a las esclavas y a los esclavos, y nadie había visto entrar ni salir al desconocido jeque.

— Pero ¿habéis oído cantar?

— Sí — aseguraron todos —, hemos oído cantar como nunca hasta ahora. ¡Así deben cantar los poetas en el Cielo!

Triste, abrumado, dudando de la realidad de lo que había visto y oído, Ibrahim se retiró ensimismado a su habitación. De pronto, desde un extremo de la estancia, oyó un vozarrón que le anunció:

— ¡No te sorprendas si has sido vencido! No temas, ¡oh, Ibrahim de Mosul; yo fuí tu huésped, es a mí a quien regalastes con frutas, refrescos, helados y vinos deliciosos. Yo he cantado, yo, Iblis, ¡el mismo Iblis!, que te está hablando»...[1]

— ¡Señoras mías! — continuó diciendo la esclava contadora, después de reflexionar un momento —: el músico incomparable de la Corte del Comendador de los Creyentes pudo ser vencido sólo por Chaithán... Y ahora, señoras sin consuelo, ¿no es dado pensar que quien ha vencido vuestros encantos, quien ha triunfado sobre vuestro intensísimo amor, no sea el mismo Chaithán transfigurado en una hermosa y joven mujer?

— ¡Anatemas para la endemoniada! —, exclamaron a la vez las perturbadas esposas, y luego regalaron joyas a las cuatro esclavas.

¡Oh, Emir!:

Pasados los siete días que, de acuerdo con la costumbre, los enamorados quedaron solos con su amor, los esposos salieron a dar paseos por el jardín.

Ak Sonkor estaba trajeado con ricas vestiduras rojas, como es habitual que lo hagan los nuevos desposados. Fátima estaba cubierta de sedas y de tules azules.

---

1) Esta anécdota se encuentra también narrada, con mayores detalles, en el KITAB AL AGHÁNI EL QUIBIR (Gran Libro de las Canciones), obra dedicada a los músicos, del autor del siglo IVº de la hégira ABU FARADJ AL ISPAHANI (284—356 de la hégira, 897—967 de la era cristiana). Las leyendas populares de muchos países occidentales poseen narraciones parecidas.

Muchas veces, durante sus paseos, la novia había visto a lo lejos al grupo de esposas y de esclavas, y había manifestado su sorpresa por no haber recibido sus saludos. Deseaba conocerlas, para saber si eran jóvenes, hermosas, y sagaces como para absorber la pasión del bienamado. Ak Sonkor la alejaba, conduciéndola por escondidos caminos:

— Ya llegará el día... ¡oh Fátima! El tiempo es corto y quiero que seas toda para mí...

A la hora en que la noche comienza a nacer, el jardín quedaba solitario. Fátima tomaba el laúd y cantaba. Entonces, los árboles inclinaban sus ramas hacia los amantes, la noria se detenía y los ruiseñores callaban.

Entrada la noche, Nizar y Fátima solían sentarse en el pensil del terrado colindante a la alcoba y, durante largas horas, se complacían en la placativa admiración de las constelaciones. Nizar mostraba con el índice las estrellas cuyos nombres conocía... Y así, en arrobamiento, les parecía vivir lejos de la tierra.

¡Oh, Emir!:

Pasaron veintidos días sin que Ak Sonkor visitase a sus esposas e hijos, y sin que fuese a orar a la tumba de Brunequilda.

Zainab, Mariam y Amina comprendieron que Nizar las había olvidado, al punto de no cumplir con sus obligaciones rituales: por eso se reunían con mayor frecuencia para llorar y consolar sus desgracias.

Agraviadas en lo más íntimo de su amor propio, las esposas desechadas se aprestaron para la venganza. Una prometía irse a casa de los padres y presentarse al Cadí en demanda de divorcio; otra juraba que forzaría al olvidadizo a cumplir con sus deberes de esposo recurriendo en súplica al Cadí al Cudat y al Gran Visir, y la tercera aseguraba que cuando Ak Sonkor llegase a su habitación encontraría la puerta con el cerrojo bien echado.

Exasperadas las celosas, se comunicaban el conocimiento de filtros aptos para devolverles el amor del indiferente y de hechizos que pondrían término a la juventud y a la hermosura de la rival. Terminaban murmurando medrosas, que la beduina debía morir... Las noches y los días se sucedían en simples quejas y maldecires.

Una tarde en que Zainab se encontraba sola en el jardín, llorando, como de costumbre, el desamor del amado, apareció un hombre flaco, pequeño, giboso y tuerto que, amenazándola con una daga, la intimó:

— ¡Si gritas, te mato! Conozco la causa de tu pesadumbre y sé que jamás lograrás recibir de nuevo las caricias que anhelas... Lloras por culpa del hechizo de una mujer maldita, que tiene aprisionada la voluntad de Ak Sonkor. Fátima debe morir, porque ha matado. ¡Ojo por ojo, diente por diente! La sangre que por su culpa manchó la tierra debe cobrarse. Y tú y las otras esposas en desventura, debéis recuperar el amor perdido. ¡Fátima debe

morir! Esta cajita contiene unos polvos que debes mezclar en la leche que ha de beber la maldita. Sin que nadie advierta la causa, le quitará, poco a poco, la vida. ¡Dentro de siete días la beduina debe morir! Si no cumples esta orden y me denuncias, la maldición ismaeliana caerá sobre ti y sobre Nizar Ibn Anar. ¡Alá es grande! ¡Amén!

Zainab cayó al suelo sollozando: cuando se puso de pie estaba sola, y en la mano tenía una cajita de plata...

Pasaron cuatro días largos y crueles para Zainab: Encerrada en el harén, lloraba sin descanso.

Después de una noche de insomnio y de agitación resolvió cumplir la trágica orden y, cautelosamente, arrojó los polvos mortíferos en la taza de leche destinada a Fátima.

A los pocos días, una esclava golosa moría sin sufrimientos.

(¡Alá es justo!).

Unos días más tarde Zainab fué encontrada muerta, no lejos de la noria, con una daga clavada en el pecho.

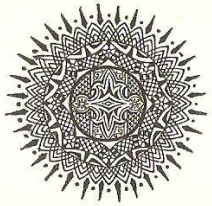
Las investigaciones por encontrar al criminal fueron infructuosas, pero, culpándose a los ismaelianos, los damascenos ultimaron en las calles de la ciudad a muchos de esos execrables sectarios.

(¡Alá castigará a los abominables con su reprobación eterna!).

Nizar Ak Sonkor visitó, por fin, a sus otras esposas; acarició a sus hijos; fué al cementerio a prosternarse ante las tumbas de sus dos esposas muertas...

Pasados algunos días de recogimiento, el enamorado volvió junto a Fátima, que era dueña absoluta de su corazón.

Y así llegó el último día del mes de Dul Hidcha, que era el término del año 542.[1]



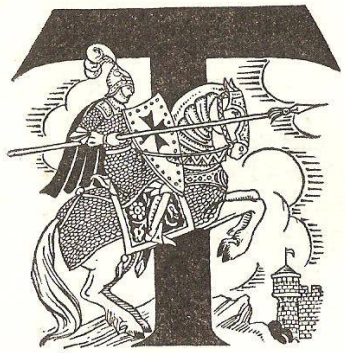
[1] 21 de Mayo de 1148 de la era cristiana.

LA TRAGEDIA

XXXV

LAS AUSENCIAS DEL BIENAMADO

¡Oh, Emir!:



TRANSCURRIDOS casi tres meses desde las bodas de Nizar y Fátima, el ensueño amoroso fué interrumpido por las inquietantes noticias recibidas secretamente por el Gran Visir, y comunicadas con mucho sigilo al Sultán, a los emires y a los áulicos.

Los cristianos de Occidente habían llegado a Sahel, no obstante las vergonzosas derrotas sufridas en las tierras que están en el país de *Rum* y que entonces eran del Sultán de Konia, Masud I, excelente turco.

Los reyes y nobles de Jerusalén y los francos recientemente llegados se reunieron en un lugar entre Sur y Acca, el día 4 del mes de Safar del

año 543[1], y resolvieron juntar sus fuerzas para atacar Damasco.

La concentración de los cristianos debía hacerse efectiva en Tabariya durante la luna llena del mes de Safar[2]. Los de la cruz eran muy numerosos, sus reyes valientes y de mucho coraje; tenían abundantes armas y caballería cuantiosa. La joya de Esch Scham estaba evidentemente en peligro.

A principios de Safar,[3] la mayoría de los damascenos ignoraba la gravedad de la situación. En las mezquitas, en las alhamas, en los almacenes de los zocos, se repetían las vagas informaciones traídas a la ciudad por algunos mercaderes llegados de Beirut, sin que nadie pudiese creer que los cristianos pretendieran atacar nuevamente Damasco, a la que no habían podido conquistar el año 520[4], no obstante haber vencido al gran musulmán Togtakin. Convencidos de que Alá protegía a la ciudad, nadie interrumpía la tarea cotidiana.

Moin Eddin Anar preparó cautelosamente con sus allegados la defensa, y se preocupó de buscar aliados.

Una de las primeras noches del mes de Safar salió de la ciudad, con desconocido destino para

---

1) 24 de Junio de 1148 de la era cristiana. La reunión se efectuó en un lugar llamado Palma por los francos.

2) A mediados del citado mes o sea durante los cinco primeros días del mes de Julio.

3) Fines de Junio.

4) Año 1126 de la era cristiana.

los damascenos, un grupo de veinte caballeros, llevando muchas provisiones y caballos de repuesto. Eran mensajeros que debían entregar de parte del Gran Visir un pliego secreto, ornado con moños de las guedejas de sus esposas, en señal de homenaje, al Atabek de Mosul, Seif Eddin Gazí.

El Gran Visir Moin Eddin Anar informaba al Señor de Mosul del peligro que amenazaba a Damasco, y le pedía el envío inmediato de auxilios para impedir la victoria cristiana, que tanto mal haría a la causa del islam. El Gran Visir preveía que la defensa de la ciudad sería muy difícil.

Ak Sonkor desplegó, desde la llegada de las alarmantes nuevas, una actividad entusiasta y comunicativa. Si bien le dolía en extremo abandonar por largas horas, y hasta por interminables noches y días, a su esposa Fátima, una fuerza superior e irresistible lo impelía a cumplir con su deber de Almocadén y de muslim, y le daba elocuencia para justificar, con inconsistentes palabras que tenían la apariencia de verídicas, su alejamiento de la esposa amada. Hacíale comprender que sus ausencias se debían a los deberes de su cargo y a los extraños caprichos del Sultán: mintiendo, le dijo que el Cadí al Cudat y su padre lo obligaban también a cumplir con la obligación de atender a las otras esposas que con razón sobrada lo reclamaban.

Fátima se entristecía viendo el brusco y sorprendente cambio de Nizar...

Una tarde de cielo diáfano, anacarado y rútilo,

mientras con tardanza anochecía, Fátima estaba en el terrado de su harén, apoyada en el barandado: escudriñaba las nieblas de la lontananza, y dejábase acariciar los brazos por un ondulante gato persa.

Una esclava sentada entre cojines y sobre alfombras, cercana de un brasero que quemaba polvos aromáticos, cantaba melodiosas canciones que la señora no escuchaba.

El pensamiento de la amante beduina corría y corría, hasta llegar al aduar...

Y, olvidándose de la intensidad de su amor y de la felicidad insuperable que la rodeaba, sintió una intensa ansia de libertad. Hacía un tiempo incalculable que no veía la salida del sol; que no recibía las caricias de la brisa; que no corría a su albedrío por los campos agrestes, y hermosos de inmensa soledad. ¡Hacía tanto tiempo que su mirada estaba limitada por muros y jardines, y que vivía en el mismo lugar, ajena a las inquietudes de las caravanas, con sus atrayentes temores por la aparición de un enemigo siempre aguerrido! ¡Oh, días azarosos y alegres de libertad! ¡Ah, desierto que engrandece porque el capricho es su única ley y no existe la tiranía de los harenes damasquinos, que aprisionan y aplastan! ¡Se está tan sola en la ciudad! ¿Por qué razón no conocía aún a las otras esposas de su Emir? En el desierto vivirían juntas, y por tácita pleitesía muy bien avenidas, y hubiesen sido sus compañeras confidentes.

¿Qué harían sus padres, sus amigas? ¿Guántas victorias habrían ganado los beduinos?

¡Oh sendero de la fuente y frescura del agua rebosando en el cántaro!

¿Por qué se repetían y prolongaban las ausencias de su amado? ¿Por qué le prohibía interrogarle sobre las otras esposas, de las que sólo sabía que se llamaban Amina y Mariam, y que eran madres?

¡Mas, ah, si el encerramiento satisfacía a Nizar, era soportable, grato, dulce! Obedecer sin protestas a la voluntad de un esposo amado, ¿qué más dicha?

Si Ak Sonkor no multiplicase las precauciones para vigilarla, prueba sería de que no la amaba. Si no fuese inaccesible a los caprichos mujeriles, ¡no existiría mujer tan insensata para amarle!

El desierto desapareció poco a poco de la imaginación de Fátima y, haciéndose a la realidad, la jovencita escuchó a la esclava, que en ese momento decía con cadenciosa y sonora voz.

Esposa amante que dejan sola: entibiáronse las caricias del bienamado; prolongáronse sus ausencias, y la esposa amante, sin advertir su alejamiento, lo creía siempre suyo y siempre enamorado.

Esposa amante que dejan sola: el bienamado es inconstante y otros labios lo atrajeron... Él no conoce el amor

perdurable, porque siempre se enamora de la que no posee...

Esposa amante que dejan sola: una sultana de Persia...

Fátima se aproximó a la esclava, tomóla de un brazo impidiéndola tañer el laúd, y le preguntó con voz trémula:

— ¿Qué quieres decirme con esas palabras?

— Ésta, señora, es la canción que cantó una esclava a una sultana de Ispahán...

— ¡Exijo que me expliques el misterio de tus palabras!

— ¡Señora, perdóname! — exclamó la esclava besando el suelo.

Fátima alzó la voz, y con imperio ordenó:

— El eunuco te azotará si no me dices lo que oculta mal esa canción. Explícame...

— La mujer que me enseñó ayer este canto...

— ¿Quién era?

— Yasmik, la esclava armenia...

— ¿La confidente de Mariam?

— ¡Sí! Ella me dijo: «si quieres bien a tu señora, cántale la canción que te enseñaré», y luego..., cuando la hube aprendido...

— ¿Qué dijo?

— Dijo que «la esposa que dejan sola» eras tú, porque el Emir... ¡Oh, perdóname si te hago daño!...

— ¡Continúa!

— El Emir Ak Sonkor no merece la bondad que le prodigas; ni las caricias de tus manos, ni el regalo de tu cuerpo... En el Palacio Verde, donde debió alojarse Brunequilda, la cristiana, vive ahora otra mujer... Una esclava rubia, jovencita y hermosa... ¡que es su barragana!...

— ¡Mientes!

— Repito lo que me dijeron...

Fátima cogió el hurgón del brasero, dando golpes sobre la delatora repitió:

— ¡Mientes, mientes! Mi bienamado es fiel y sus afirmaciones son ciertas... Sus ausencias... ¡Si lo sabré yo! ¡Mientes, como cochina esclava que eres!... ¡Vete, márchate, o llamaré al eunuco!

Nizar apareció en la puerta del terrado. Viendo de tal modo arrebatada a Fátima, se apresuró a quitarle la peligrosa arma, y blandamente le preguntó:

— ¿Qué es lo que ha podido enfadarte? ¿Quién ha sido la maliciosa que te ha irritado?

La beduina respondió:

— Castigaba a la torpe Ofeira. No puede aprender una poesía que cantan en el desierto...

Entregóse cordialmente Fátima a los brazos del adorado, y recibió el agasajo de un beso. Pronto se separó ceñuda, y se sentó sobre los cojines, regateando sus halagos. Miró al cielo largo rato, y, observando de soslayo a Nizar, dijo melosamente y con malicia:

— ¡Una estrella fugaz!... Pasó por el firma-

mento como suele pasar el amor por la vida de los hombres: Luce un instante, pero es deleble su brillo y su existencia... Ven, Nizar, descansa a mi lado... ¿Quieres oír la canción que no pudo aprender Ofeira?

— Sí, Fátima; canta, que tu voz me hace mucho bien... —, y se tendió sobre las alfombras.

Recibió la esposa el laúd de manos de Ofeira, preludió instrumento y voz, y comenzó a cantar:

¿A dónde has ido poeta, y de dónde vuelves guerrero? ¿Te detuvo el combate o el amor?

Jamás creeré que me engañas, ni advertiré que son frías tus caricias: ¡me amoldaré, como lo ordenó el Profeta, al genio del esposo amado!...

Si es instable tu querer, ¿qué me importa? Cada vez que estés en mis brazos sabré que soy la preferida... ¡y esa es mi gloria!

— ¿Eso cantan en el desierto? — preguntó Nizar, que había barruntado las intrigas de la esclava y de sus otras esposas. — Has cantado muy bien, pero ahora... ya es tiempo de que sepas la verdad...

— Me irás a decir que en el Palacio Verde...

— ¿En el Palacio?...

— Sí; allí tienes a una mujer que...

— ¿Qué dices, Fátima?

— ¡Ofeira me lo ha dicho! — y, de pie, la acusó, señalándola acusadora con el índice.

Ofeira se alejó llorando pero íntimamente satisfecha. El Emir le había mostrado en forma incontestable su preferencia antes de su ida al aduar de los Benu Rabia — ¿no era ella bien hermosa? —, pero a su regreso, por culpa de la beduina, la desdeñaba.

¡Ofeira se había vengado! ¡Ya no tendría paz Nizar, el inconstante; ni la Benu Rabia podría ser feliz! Y, además, la esclava tenía en un cofre bien guardado hermosos collares de corales y uno de perlas, que le habían dado Mariam y Amina, para que sembrase la duda y el desconcierto en los corazones de los dos enamorados.

El Emir salió del terrado, y llamó a Muza.

Cuando el eunuco se echó a los pies de su señor, recibió esta orden:

— Castiga a Ofeira con veinte azotes, y luego enciérrala en el sótano más bajo.

La esclava quiso escaparse, pero no lo logró y soportó con soberbía el castigo y el encierro.

(¡Alá encamina al infierno a los intrigantes!).

Nizar se aproximó a Fátima, y con mucha calma le dijo:

— Amada: no ignoro que mis otras esposas cometen insensateces carcomidas por los celos. No des crédito a sus villanías. ¡Perdónalas! Debes tú ser inasequible a la calumnia. Aquí en Damasco —

¡no lo olvides! — está siempre latente a nuestro lado el mal y el crimen. Defiéndete no creyendo en todo lo que tus oídos oigan o en lo que tus ojos vean...

— ¡Qué soledad!

— Escúchame paciéntemente. A través de los balaústres veo allá lejos una luz anaranjada; seguramente se escapa de una ventana, ¿la ves? ¿Sí? Como es real su existencia, así es verídico lo que te voy a decir. Mis ausencias tienen motivos más serios que los de concurrir al Alcázar, asistir a los festines, y ponderar las incongruencias o los dislates del Sultán... Mis alejamientos se deben a los peligros que nos amenazan; que amenazan a Esch Scham. Los procaces cristianos han llegado en gran número de Occidente y se aprestan a atacarnos... Se reunirán en Tabariya a mediados del mes de Safar y desde allí vendrán a nuestro encuentro, si les ofrecemos la cara, o a sitiar Esch Scham, si resolvemos encerrarnos. ¡Hemos de defendernos hasta descrestar el orgullo de los rumíes y francos, y esmaltar nuestras vidas, abriéndonos de par en par las puertas del Jardín de los Jardines!...

— ¡Alá nos ayudará!

— Mi padre — continuó diciendo Ak Sonkor — prepara la defensa y ya despachó emisarios a Mosul para pedir ayuda. Nuestros guerreros serán bien apercibidos, y en el momento oportuno se anunciará a los damascenos que deben defenderse y morir, si Alá lo dispone, adelantando, así, — ¡oh fortuna! —, nuestra entrada en los Cielos. Y ésta es la verdad. Por la noche me ausentaré para Balbeek; pediré el auxilio de los turcomanos y, luego, después de mi regreso, volveré a salir para organizar el escalonamiento de los veedores, que nos anunciarán la proximidad del enemigo. Ahora que me has escuchado comprenderás y justificarás mis ausencias... ¡Venceremos, Fátima, y entonces nada, ni nadie, podrá alejarme de tu lado!... ¡Y ya te he dicho más de lo que debía!

Nizar acarició a Fátima, le selló los labios con un beso y permaneció mirando las sombras de la noche que ya invadían los campos y la ciudad.

Fátima le dijo al oído:

— Los Benu Rabia vendrán en defensa de Damasco: enviaré un mensaje a mi padre...

— No; no será necesario. Espera. Si estamos realmente apurados, entonces sí... No conviene alarmar a los aduares, porque no tendrán la paciencia de esperar el momento oportuno para entrar en combate... perturbarían la defensa...

— Tú, Emir, ordenas... Esta esposa, que es tu esclava, ¡y que es beduina!, ¿podrá permanecer indiferente cuando el peligro te circunde?

Los dos amantes quedaron en silencio. Acostados sobre cojines, estaban abrazados, mirando el cielo estrellado. En el jardín cantaron los ruiseñores y se oyó caer el agua de las fuentes y el lejano rumor de la noria.

Ak Sonkor interrumpió el silencio diciendo:

— Cuando seas madre, nuestro hijo será semejante a mí en valentía y a ti en fidelidad y nobleza...

Fátima se estremeció, pero ocultó su conmoción.

Guardaba un secreto que no se atrevía a revelar por temor de que fuese prematuro, y ahora, con mayor razón, se guardaría bien de estorbar el entusiasmo guerrero del Emir. Si ciertamente advertía los síntomas de la maternidad, no convenía apresurar las alegrías: ¡Alá suele trocar con frecuencia sus anuncios!

— Cuando... sea madre... —, se limitó a responder —, entonces... Tengo la certidumbre de que nuestro hijo será un varón... ¡Cuando sea madre!...

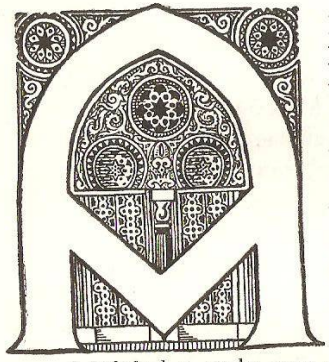
Fátima no pudo continuar, dejó caer su cabeza en el pecho de Nizar, y sollozó...

— ¡Fátima, Fátima!... ¿por qué lloras?

XXXVI

LOS GENIOS MALÉFICOS

¡Oh, Emir!:



K SONKOR LLEGÓ al Palacio Verde cuando muchos amigos, todos jóvenes, ya estaban reunidos en una amplia sala alumbrada por anchos velones, que daban a los rostros contrastes tenebrosos de pálidas claridades y recias sombras.

Después de saludar con afabilidad a cada uno de los asistentes, Nizar deliberó con ellos. Al terminar acalorados y fervientes discursos, juraron los jóvenes solemnemente por Alá, por el sol y la luna, y por el divorcio, adunar energías para defender el islam, olvidándose de la vida; únicamente dispuestos a complacer al Hacedor.

Nizar dió, por fin, varias órdenes, y el concurso se disgregó.

Mediaba la noche cuando Ak Sonkor quedó solamente acompañado de su nuevo esclavo favorito, llamado Kaís.

— ¿Está todo listo? — preguntó Nizar.

— Esperan los soldados de la escolta, y los caballos se inquietan por correr...

— ¡Vamos!

Al transponer una puerta, el Almocadén vislumbró un brazo de mujer en alto y un puñal amenazante.

— ¡Tú, que has querido hacerme morir, morirás! — gritó una voz de mujer.

Cuando el brazo bajó para herir, la emboscada se desplomó dando un alarido estridente y cubriendo el mosaico de sangre.

Dos sombras se alejaron sin ser reconocidas.

Ak Sonkor ordenó al esclavo perseguir a los fugitivos y llamó a los siervos para que trajesen luz. Mientras tanto, atendió a la mujer que se moría.

— ¡Ofeira! ¡Has querido matarme y Alá te castigó! ¡Ofeira! ¡No hay otro dios que Alá y Mahoma es su profeta!

— ¡Perdóname, Emir! ¡Alá es generoso! — alcanzó a murmurar la esclava.

Kaís no encontró a los dos hombres misteriosos que habían ultimado a la esclava malintencionada, e inútiles fueron las búsquedas que se ordenaron hacer por las inmediaciones del Palacio.

Nizar se alteró de irritación, reprochando se-

veramente a Kaís por su ineficacia, y lamentó la desaparición de Jalil, el abisinio, fiel, diestro y pronto en cualquier trance. Por último, despachó al malavisado esclavo, ordenándole quedarse en el Palacio ocupado en menesteres subalternos.

Llamó a un esclavo abisinio que se había distinguido combatiendo contra los malhechores, y por su agilidad en cumplir sus órdenes, y le dijo:

— Tú me acompañarás en los momentos de calma y de peligro. Supongo que como es igual tu color al de Jalil, también le igualarás en fidelidad y desembarazo en llevar a buen éxito mis caprichos más absurdos. No dudo de que serás atentado en todo lo que te mande...

— Alá — ¡loado sea! — me dará la inteligencia y el valor para servirte, Señor... — respondió el negro, besando con mucha satisfacción los pies del Emir.

Muy contrariado por la trágica ocurrencia, Nizar demoró la partida hasta que todo quedó dispuesto para el entierro de Ofeira; y sin preocuparse más, salió precipitadamente, antes del alba, en dirección de Balbeek. A su lado, montado en buen caballo, galopaba orgulloso Jacub, nuevo servidor del Almocadén.

El abisinio Jacub era muy delgado y parecía débil; pero poseía gran resolución en la pelea, comprensión fácil y, sin duda, sería un valladar que defendería con mucha eficacia a su señor.

¡Oh, Emir!:

No te sorprendas de que Ofeira haya podido fugarse del sótano del Palacio del Emir, donde había sido encerrada. Los ismaelianos penetran por todas partes y abren cualquier puerta — ¡están asociados con Chaitán! —, pero Alá será cruel con ellos, y sus cómplices también conocerán el fuego del séptimo infierno, que es el más bajo y al que se entra por la puerta llamada *alhauia*. Allí, no lo ignoras Emir, son precipitados los hipócritas, como claramente lo dice el Libro.[1]

¡Oh los sufrimientos que esperan a los que menosprecian la lealtad, a los idólatras, a los infieles y a los malvados! Estarán siempre entre llamas; caminarán sobre brasas; vivirán en oscuridad perenne; de los calores de hoguera pasarán sin transición a fríos glaciales; respirarán sin tregua el vaho de aguas putrefactas, y sus alimentos serán abrojos, espinas, puercos y alimañas asquerosas.

(¡Alá es implacable con los descreídos y con los que olvidan el Libro, y con aquellos que les dan compañeros!).

¡Oh, Emir!:

En la nocturna soledad de estrechas y apartadas callejuelas de Esch Scham dos embozados marchaban cautelosamente deteniéndose en los huecos de las puertas o corriendo junto a los muros: temían ser vistos y perseguidos.

En un momento en que los cautelosos se re-

1) Corán, Sura IV, aleya 144.

fugiaron junto a la puerta de una vieja casa, el más pequeño preguntó:

— ¿Estás seguro de haber dado bien el golpe?...

— Sí; ¡Ofeira ha muerto!...

— ¡Ah, la infame! ¡Iblís la llevará a su reino y será maldecida...! No —¡perdóname Alá!—, no debo desearle mal alguno: gracias a su maldad he comprobado que él es la cumbre de la lealtad y la pirámide del heroísmo... ¡Ay Ofeira!: has querido dar muerte al que es padre de... ¿Oyes?... ¿Qué significan esos ruidos? ¿Nadie nos vió salir del harén? ¿Cómo logró Ofeira liberarse de la prisión? ¿Por dónde vamos? ¡Tengo miedo! Paréceme que nos vamos bajando al infierno... ¡Alá, protégeme, ampárame!

— No temas... —, respondió el más robusto de los prevenidos caminantes, obligando a acelerar la marcha a su compañero. — Los que se han detenido ante esa casa son malos creyentes que están borrachos, y dan aldabazos en la puerta de la habitación de una cortesana... Doblemos por esta calle...

— ¡Corramos!... ¡Sí! ¡Mira!... Allí vienen los chines... ¡las gules! ¿Oyes esas voces?... ¡Qué sola me siento en la ciudad!... ¡Socorro, Alá, Alá... los ismaelianos!

Presa de un pánico desesperado, Fátima se asió de los brazos del eunuco Muza Ben Abbas.

— ¡No temas, señora! — le repetía el eunuco —. Ya estamos cerca del Palacio. Demos gracias al

Protector, de que no nos hayan descubierto... Doblemos por esta otra calle... No, allí viene gente... Son guardias que rondan...

— ¡Los ismaelianos!... yo maté y ellos se vengarán...

— No temas, Fátima: nadie sabe aquí lo que ocurrió en el desierto...

— ¡Ellos no ignoran nada... y son rencorosos!

— ¡Apresúrate!

Con múltiples precauciones el eunuco exploró los contornos inmedicatos a una puerta excusada del Palacio, y cuando se aseguró de que nadie podría verlos, la abrió. Amparando con los brazos a Fátima, corrió hasta el harén...

La joven beduina cambió las ropas de hombre que vestía por las suyas; ordenó a Muza alejarse para esconder las varoniles prendas, y volver al instante.

Fátima, consciente de su culpabilidad por haber abandonado el harén sin consentimiento del esposo, se postró mirando hacia la Meca y oró largamente.

Cuando Muza ben Abbas volvió, nacía el día y los muecines entonaban la invitación al azalá.

Ama y esclavo rezaron, y luego la señora ordenó:

— Cuéntame, sin omitir detalle, como Ofeira pudo escapar de su encierro y cómo tú la vistes venir a mi harén y cómo nos vistes salir. ¿Te iluminó Alá?

— ¡Oh Señora!: te haré un relato minucioso.

Castigada como correspondía a su audacia, Ofeira quedó con las espaldas maceradas de manera que no había lugar que no fuese morado, azul o rojo.... Mientras se la golpeaba, decía que por amor al Emir y para vengarse de ti — que torcistes la perseverante deferencia que Nizar le había tenido —, era capaz de soportar males mayores. Afirmaba también que muy pronto tendría ocasión de devolver la ofensa que le infería el que se dispuso derruirle la belleza del cuerpo, sin que lograse quebrantarle la grandeza del alma... Encerrada en la mazmorra del Palacio, todo quedó olvidado. Pasadas unas horas oí un grito en el silencio de la noche. Corrí prestamente, y ví la puerta del calabozo abierta y a un guarda herido en el suelo. ¡Ofeira no estaba en su prisión! Logré verla correr por los corredores, hasta que entró en tu harén. La seguí. Detrás de esa cortina oí lo que ella te dijo y las amenazas que hizo. Centinela bien alerta yo espiaba: al menor movimiento criminal, ella hubiese caído, como a la postre cayó... Oí, con mucha claridad, las razones que tú le diste para convencerla de que te sentías muy satisfecha. ¿Que tu esposo era deseado por otras mujeres? ¡Sea! Eso aumentaba tu contentamiento, puesto que eras la preferida... Porfió Ofeira con tesón y pudo hacerte beber un filtro corrompido y corruptor, que, en lugar de ser incitante para el embeleso amoroso, te enfermó de celos... Mahoma (¡la veneración de los creyentes le sea eterna!) ponderó los celos, pero deben ser perniciosos para la

felicidad... si bien nacen, justamente — según me lo han dicho —, del ingenuo deseo de lograrla... No pude evitar que bebieses el infernal brebaje. Te dominaba la aprensión, pero en ese instante — ¡ay imprudente! — perdistes el temor y te confiastes a esa mujer... ¡Pudo envenenarte!

— ¡Oh, Muza, defiéndeme!: los ismaelianos me acechan...

— Si no cometes imprudencias, y estando yo a tu lado, no temas...

— Continúa...

— El filtro de amor se convirtió... ¡Ay bella! — dispénsame una digresión —, deseo hacerte una pregunta: ¿Qué es el amor? ¡Jamás he amado!.. ¿Constituye un placer el amar, viendo, como veo, a los amantes como poseídos por los genios malos al servicio de *Arrachim?*

— El amor, Muza Ben Abbas, es algo inefable, una angustia, un deseo no saciado; es el soñar despierto, que te hace ver la vida de la tierra y preveer la del Cielo bajo un solo color; que te permite recordar y pronunciar con trémula agitación un solo nombre; pensar en una sola alegría, la posesión exclusiva de una voluntad y de una vida, que se trueca a cada instante en una sola tristeza, la duda... El amor te hace vivir por una sola causa; combatir para enorgullecer a un solo creyente; concebir... para perpetuar el amor... en un afán inalterable de eternidad... No aman, Muza, quienes no se olvidan de sí mismos...

Escuchó alelado el eunuco sin comprender el discurso de Fátima, mas viendo que la esposa miraba con tristeza la nubecilla de humo que escapaba del sahumerio, y que sus ojos se llenaban de lágrimas, interrumpió el silencio expresando:

— Comprendo... el amor es la suprema tristeza, porque no he conocido enamorado que no llore...

— Ahora continúa, Muza, y no me hagas preguntas que interrumpen la unidad de tu narración...

— Continuaré, Señora... — respondió el eunuco.

Tosió Muza repetidas veces, y atemorizado dijo:

— ¡Me olvidé de lo que contaba!

— Decías que Ofeira me hizo enfermar de celos...

— ¡Ah, sí, ciertamente! Así pudo convencerte de que las dos debíais ir al Palacio Verde donde veríais al Emir en brazos de su nueva favorita, ¡de su barragana! Al advertir poca resolución de tu parte, Ofeira atizó tu vanidad diciéndote: «Mírate en este espejo — y sacó uno de entre sus ropas —. ¡Eres hermosa! ¿Has olvidado el desierto y el aduar? ¿No recuerdas a los beduinos, impetuosos en la carrera y el combate; libres como las nubes y los vientos; dueños de llanuras y montañas? ¿Eres indiferente al recuerdo del Emir Beha Eddin, el noble y rico guerrero, que por tu amor fué expulsado del aduar de los Benu Rabia, y yerra por las tribus pidiendo hospitalidad? ¿Puede llegar a tal punto tu obsesión hasta olvidar que eres beduina, ¡Fátima!, noble beduina Benu Rabia? ¿No te duele haber aban-

donado a tu padre, el Jeque batallaroso, y a tu madre la de incomparable bondad? ¿No te ruborizas, tú, árabe, ¡noble!, de haberte entregado a un turcomano, cuyo padre fué esclavo? Mírate en este espejo, Fátima: ¡eres hermosa! Yo sé de muchos que están dispuestos a jugarse la vida, aquí en Damasco y en las tiendas beduinas, por poseerte... Y tú, inconsciente de tu valía, soportas el abandono en que te tiene el ingrato y versátil Ak Sonkor, que en este instante, en este mismo momento, está en brazos de otra mujer, que no es su esposa...»

— Así te habló la intrigante — continuó diciendo Muza —, y tú quedastes pensativa... Asegurándote Ofeira que nadie conocería tu aventura te dió trajes de hombre, te obligó a vestirlos, y con ella salistes del harén, camino del Palacio Verde... Gracias al poder — desgraciadamente fugaz — de ver lo invisible a los hombres, que me dan las gotas que bebí de un líquido heredado de mi madre, y que siempre llevo conmigo, pude conocer lo que ocurría a tu lado durante el tiempo en que la esclava te hablaba con su rápido chorro de palabras tentadoras. Chaithán había podido alejar a tus ángeles guardianes, y a tu alrededor, y sobre tu cabeza, danzaban infinidad de chines maléficos...

— Sí... sí, esta noche ví las gules...

— No eran las gules. Yo ví muy bien, pero te oculté la verdad. Las gules viven en las ruinas y en los desiertos. Lo que vimos, cuando volvíamos del Palacio Verde, fueron *silahes*, llegados del Chebel Kasiún; yo los alejé recitando el Fatihat el Kitab.

— Prosigue, Muza. ¿Qué veías a mi lado mientras Ofeira me hablaba?

— Muchos chaiathín cogidos de la mano, reían y cantaban poesías lascivas... Tenían cuerpo de cerdos y sus cabezas parecían de cristianos... Ví muchos *cotrobes*, con cuerpos de gatas; se habían puesto caras de israelitas... Sobre tu cabeza revoloteaban infinidad de *vahavies*, en forma de cerastas aladas... También había monstruosas afrietes, tan terribles, que Soleimán — ¡con su poder! — venció y amansó una sola... Estos y otros muchos genios infernales nacidos de los treinta huevos puestos e incubados por la mujer de Chaithán, prorrumpían en improperios, invitándote al pecado. Tú no los oías, pero tu semblante se había transfigurado y creíste prudentes y justas las impías palabras de Ofeira, que en ese instante, y siempre, tenía coloquios con Iblis...

— ¡Tengo miedo! — dijo Fátima muy bajo.

— ¡No temas! Yo recité entonces muchos suras y los genios maléficos se alejaron, pero no pude hacerte renunciar a tus deseos de sorprender al que creías voluble... Para defenderte y desenmascarar a los que se asociaban con Ofeira para el mal, os seguí... El resto lo conoces tanto como yo...

El velón que alumbraba la cámara se agotaba, y la llama inquieta hizo mover las sombras sobre los muros. Fátima dió un grito:

— ¡Los ismaelianos!...

— ¡No, Señora! Si es verdad que ellos están yermando la ciudad con sus atrocidades, te repito: ¡no temas! Muza Ben Abbas no conoce el miedo ni se dejará atraer por los enemigos de tu señor, ni por los que se abanderizan para el delito, aunque le ofrezcan las riquezas de la Sultana de Saba, que tanto maravillaron al mismo Soleimán... — y diciendo así encendió un nuevo velón.

En eso estaba Muza cuando en la puerta de la amplia cámara apareció una mujer con el rostro pálido y los labios trémulos. Era Mariam que, sin entrar, exclamó:

— ¡Beduina! Por artes que debes a las confidencias de *Ibla*, absorbes a nuestro Nizar... Le impides cumplir con sus obligaciones de esposo, en la forma ordenada por el Libro...

Muza bebió unas gotas del mejunje mágico que le daba el poder de ver lo invisible.

— ¡Te maldecimos! — continuó la mujer —. Tu despótico egoísmo nos sume en infinitas tristezas y, por nuestros hijos, ¡por los hijos de Ak Sonkor, nuestro señor!, no soportaremos más tiempo semejante ultraje...

Ante la inesperada aparición de Mariam y el tono estentóreo de su ronca voz, Fátima se atemorizó, se retiró a un rincón y miró a la otra mujer sin atinar a responderle.

Muza Ben Abas empuñó el látigo que llevaba siempre en su cintura, e iba a castigar a la insolente, cuando Fátima se lo impidió, cogiéndole el brazo.

— No, Muza — le dijo —, no castigues a la que sufre de amor... ¡Prémiela el Justo, porque tiene mucha razón en amar al único hombre digno de ser amado!...

Muza dejó caer el látigo y recitó algunos suras, mirando fijamente a Fátima. Luego, dirigiendo la mirada al techo, corrió hacia una ventana y miró al cielo...

Fátima se aproximó lentamente a Mariam y le dijo:

— Seremos buenas amigas, y yo no estorbaré...

— ¡Te engañas! Ni Amina ni yo caeremos en las redes de tus embelecos infernales.... ¡Te maldecimos! ¡Tu vientre será estéril para la eternidad!

— ¡Eso no! ¡Seré madre!

— Si acaso lo eres, será por obra de Chaithán... ¡Tus frutos serán!...

— ¡Impía, blasfemas! ¡Alá es el más grande y me protege! — gritó Fátima, cayendo sobre unos cojines, y diciendo en frases cortadas por la desesperación: — ¡Alá protege el fruto de mi vientre! ¡Loado sea Alá soberano de todos los mundos!

Muza Ben Abbas recogió el latigo y acalló las vociferaciones de Mariam dándole un latigazo tan fuerte que la hizo caer; la agarró con violencia y la arrastró hasta su harén.

Fátima quedó sola en un rincón llorando amargamente.

Al poco tiempo regresó Muza Ben Abbas y consoló a la lastimosa beduina con palabras adecuadas, y agregó:

— ¿Sabes tú, señora mía, lo que ví a tus pies cuando bebí el licor maravilloso?... ¿Quieres saberlo? Una escalera de oro, con peldaños de diamantes... En cada escalón había un ángel hermoso y muy ricamente vestido... La escalera iba hasta el Cielo, hasta el Cielo más alto... y era larga como cuatro mil jornadas de marcha. ¡Y el Ángel Chabrail te cogió de una mano y comenzaste a subir!....

XXXVII

EL AZALÁ INTERRUMPIDO

¡Oh, Emir!:

CUANDO DESPUÉS de varios días de ausencia Ak Sonkor regresó al harén y se entregó a los brazos cariñosos de Fátima, ésta se apresuró a contarle todo lo ocurrido desde su partida y a detallar las aflicciones que la habían quebrado durante ese tiempo.

El Almocadén nada ignoraba — Muza Ben Abbas lo había informado bien —, y por eso se sintió muy satisfecho. Comprobó que su bienamada era incapaz de ocultarle sus propias culpas.

Cuando Fátima terminó su confesión con estas palabras: «Ahora, esposo y señor, puedes darme el castigo que en justicia merezco», Nizar se limitó a decirle:

— Quien confiesa sus propios pecados, como

tú lo has hecho, tiene de antemano ganado el perdón de Alá y de los hombres. Confío en ti y espero que no incidirás nuevamente porque entonces tus faltas serán difícilmente excusables, y severamente castigadas... La guerra se avecina, y tengo necesidad de saberte siempre fiel...

— Lo fuí, lo soy y lo seré... Si es menester yo también lucharé a tu lado.

— No. ¡Te lo prohibo! Sé que no temes ningún peligro: sé que con tu presencia seré victorioso... No, no debes salir del harén. Reclamaré tu sonrisa al regresar triunfante de la batalla. Quiero que evites cualquier peligro porque tú deberás ser madre de mi hijo...

— ¿Nuestro hijo?

— Sí; el día que me anuncies que serás madre...

— ¿Y si te lo anunciase ahora?

— Entonces, ¡por la vida de mi hijo!, no iría a la guerra... Y me quedaría para agasajarte noche y día, velar tu sueño y recibir en mis brazos al que llevará mi nombre y aumentará mi fama y dicha...

— ¡Cobarde! Una mujer árabe no puede amar a quien renuncia a la guerra, sea cual sea la razón que invoque. ¿Podrías abandonarme a la furia de los infieles, que me hiciesen prisionera, que fuese esclava? ¡Ignominiosas son tus palabras, bienamado, sólo justificables en una mujer pusilánime!.. ¡Soy beduina, soy Benu Rabia!

— ¡Tu enojo te engrandece!...

— No seré madre hasta que retornes al harén con la enseña de la victoria en las crines de tu corcel... Compréndelo bien: quiero que seas el rayo destructor de los enemigos del islam; quiero que seas el campeón inimitable, que derrueque a quienes se niegan a someterse a la voluntad del Señor de los mundos y de los cielos; deseo que en la Guerra Santa, que es el zaguán del Paraíso, superes en heroísmo a todos los creyentes... No importa si no ganas la pelea; quien se portó con valentía y no temió aparejarse para morir en la senda de Alá, ¡siempre es victorioso!... ¡Hazlo así por tu bienamada, y para que nuestro hijo llegue al mundo con el orgullo de ser tu hijo!... Si estas palabras carecen de humildad, recuerda que soy beduina, y si crees que debes humillarme, aquí tienes mi cuello... ¡Castígame!

Fátima se arrodilló ante Nizar, y el esposo le dió un beso de perdón en la frente, y la acarició con mucha ternura.

— Los cristianos — dijo Ak Sonkor después de largo silencio — están en Tabariya desde el 26 del mes de Safar y pronto podré realizar tus deseos: combatiré con ahinco; ¡ante la muralla de mi pecho se detendrá el enemigo! ¡Lo juro por tu amor! Ahora, déjame descansar a tu lado; me arrobaré con tu voz; ¡que tus caricias me hagan olvidar la vida!... ¡Oh, Emir!:

Ak Sonkor había hecho fustigar a Mariam y ordenado que se aumentase la vigilancia de sus

harenes. Encomendó de modo especial al eunuco Muza Ben Abbas el cuidado de Fátima, para evitar, durante su partida a la guerra, cualquier sorpresa.

Seguro de que ya nada podría perturbar la tranquilidad de la vida de la bienamada, Nizar permaneció a su lado varias noches, que fueron encandecidas de pasión.

¡Oh, Emir!:

Una noche, durante la oración de icha, Nizar se encontraba prosternado, cuando fué interrumpido por un esclavo que le dijo:

— ¡Perdóname, Emir y Señor! Un enviado del Gran Visir (¡el Misericordioso lo colme de gracias!) desea hablarte con urgencia. El asunto es muy grave...

Ak Sonkor se puso de pie sumamente irritado. El impertinente había anulado su oración, quebrando la unidad de la raca.

Ibn Anar llamó a dos esclavos y ordenó castigar al que se había atrevido a perturbarle, y dispuso que al terminar su devoción debía encontrar a su lado al esclavo culpable.

Nizar volvió a ponerse de cara a la kibla y, con voz muy baja, pronunció la intención de efectuar el azalá de icha, compuesto de cuatro racaas.

Terminado su rezo, sentado sobre los talones, volvió la cara hacia el hombro derecho y luego al izquierdo y dijo: «¡que la paz sea con vosotros así como la misericordia de Alá!»

Cuando el hijo del Visir terminó de pronunciar el nombre del Justo, el esclavo castigado se arrojó a los pies de su señor y anunció:

— ¡Aquí está el mensajero del Gran Visir, oh generoso Emir!

Entró un soldado en la sala, y manifestó:

— ¡Oh Ibn Anar! El Gran Visir te ordena ir a su Diván. Las alcandoras encendidas y las ahumadas hechas en varios lugares del sud, notician peligro: el enemigo se aproxima.

Felizmente Alá permitiría a Ak Sonkor cumplir su juramento hecho en Jerusalén. ¡Los cristianos sabrían quién era Nizar Ibn Anar, y tendrían una nueva lección por su temeridad en atacar Damasco, la ciudad jamás conquistada por los hombres de la cruz!

Nizar llamó al abisinio Jacub y le ordenó ensillar a la blanca yegua «Relámpago», regalo del Quibir; vistió una cota de malla, un luciente y cincelado casco, ciñó su alfanje «El castigo de Alá», y corrió al harén. Abrió lentamente una puerta de la alcoba de su bienamada, y vió que Fátima se hermoseaba, esperando su llegada. La contempló un instante y, sin decir palabra, salió del Palacio apresuradamente.

Por las calles de Esch Scham, en las sombras, galopaban seis jinetes: delante iban dos mamelucos, con teas encendidas, dando gritos estentóreos, para abrir camino entre el gentío; detrás iban Nizar y

Jacub y dos esclavos bien armados. Los caballeros se dirigían al Palacio del Atabek.

En las proximidades de la residencia del Gran Visir había una muchedumbre bulliciosa y movimiento de soldados: evidentemente se preparaba la guerra.

El Diván del Atabek estaba lleno de emires, mercaderes y cortesanos, que conversaban con exaltamiento. Nizar se abrió paso entre la concurrencia, y al llegar junto a su padre lo saludó con respeto.

Moin Eddin Anar tomó a su hijo de una mano y le notició en voz baja:

— Será necesario sacrificar tu amor por la causa de los creyentes. Alista tu lanza y tus hombres. Es la hora de hacer brillar tu alfanje. Los francos nos atacan...

El Gran Visir fué interrumpido por un emisario del Sultán, que le entregó un pliego escrito. Después de leerlo Moin Eddin Anar dijo al mensajero:

— Comunica a mi Señor que iré tan pronto como haya despachado a los emires.

El Emir Nadgem Eddin Ayub saludó amablemente a Nizar.

— Mi hijo Nur Ad Daula Schahinschah — añadió — está listo para defender la ciudad. Espero que los dos seréis buenos compañeros.

— Alá nos hará fuertes, ¡oh victorioso defensor del islam!

— Según los informes recibidos de un guardia

de frontera, los ferensis, en número mayor de veinte mil caballeros y sesenta mil infantes,[1] vienen guiados por tres reyes: Balduino de Jerusalén, Luis de Francia y Conrado de Alemania, que llaman Emperador. También vienen con ellos los Templarios y los de San Juan. Los infieles llegan desde *Banías* y parecen dispuestos a plantar sus tiendas en Darie, distante, como tú bien lo sabes, sólo una parasanga y media de Damasco. ¡Ojalá que el peligro que nos amenaza exalte a los damascenos, y su fervor piadoso los incite a alistarse en la *chihad!*

— ¡Oh Emir! — respondió Nizar —, los damascenos son buenos creyentes: jamás los adoradores de la cruz entrarán en nuestra ciudad...

Un mercader intervino en la conversación:

— El Mago Persa Gholan Alí Josro Adzerbeichan, que puede ver a distancia, asegura que los francos son muy numerosos y están muy bien armados...

— Nosotros tenemos las armas de Alá, que son invisibles —, apoyó con crudeza el joven Almo-

---

1) Estos números están de acuerdo con las noticias dadas por los cronistas musulmanes. Guillermo de Tiro, en cambio, dice: "Il était vrai cependant que dans la seule armée de l'empereur on comptait soixante-dix mille guerriers à cheval de cuirasse, outre la cavalerie légère et les fantassins dont le nombre était infini. Dans l'armée du roi de France on ne comptait guère moins de combattants portant la cuirasse, tous soldats éprouvés par les perils de la guerre, la multitude de fantassins était telle qu'elle semblait couvrir la surface de la terre".

cadén, y con viva emoción se dirigió a su padre, diciéndole en voz alta:

— No hay que demorar la llamada a la guerra, ¡oh Visir! Hemos de vencer, porque Alá nos proteje. Por tu cabeza, padre, ¡juro que mi brazo no descansará hasta que se grite victoria!

— Que tu alfanje y tu lanza confirmen esas palabras, hijo mío...

Moin Eddin Anar llamó con un signo amable al Emir Nadgem Eddin Ayub y se retiró a una habitación vecina acompañado del Cadí al Cudat, de su privado el Emir Al Yaruki y de muchos emires y altos dignatarios.

Detrás iba el Jeque Almojarife haciendo, afanosamente, sumas y restas en un librote: debía informar sobre el estado de la hacienda pública. ¡Se había gastado tanto en lujos inútiles!

Nizar, para calmar su coraje, salió al jardín, anheloso de respirar ampliamente. Se aproximó a un grupo de veinte jóvenes que conversaban sentados al borde de la fuente, junto a un flamero. Eran los mismos que se habían juramentado en el Palacio Verde, aquella noche en que Muza quitó la vida a Ofeira. Todos estaban impacientes por ver llegado el instante de emplear sus armas y mancharlas con sangre de francos.

Un joven tendía un arco y lanzaba flechas imaginarias a supuestos enemigos.

— ¡Eh, Mansur Ibn Said!, pronto tendrás la

oportunidad de utilizar con provecho tu excelente puntería...

El aludido contestó:

— Esos idólatras que afirman que nuestro Señor Isa (¡que Alá conserve en perpetua paz!) murió en la cruz, caerán, como esa flor, heridos por mis dardos... —, y arrojó una flecha que desgajó una rosa.

Un chafarote tronchó la rama de un cerezo. Empuñaba el arma un niño de once años de edad, fuerte, alto, brioso.

— ¡Juro por tu salud, Nizar Ak Sonkor Ibn Anar, que he de cortar las cabezas de los francos con la misma facilidad con que he roto esa rama! ¡Juro por la salud de los creyentes: un día los infieles, que ofenden la grandeza y la unidad de Alá, temerán mi nombre!

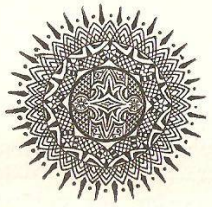
— *¡Yusuf Ibn Ayub!* — replicó Ak Sonkor —, deja el arma y vete junto a tu madre. Eres un niño, y si te encuentran aquí te castigarán. Si no obedeces te acusaré a tu hermano Nur Ad Daula...

— ¡Yusuf Ibn Ayub no teme a nadie!

Nizar fué distraído por algunos amigos y se olvidó de la temeraria criatura.

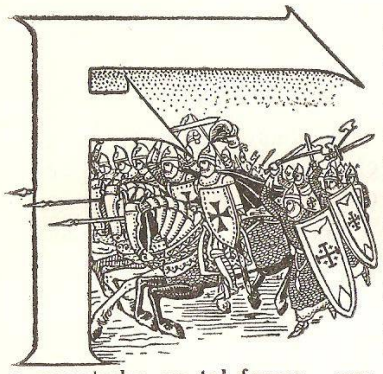
Por el patio y el jardín pasó el Gran Visir seguido de una comitiva numerosa. Todos montaron a caballo y, precedidos de soldados con hachas encendidas, se dirigieron al Alcázar, donde los esperaba el Sultán Abd Adula Mejdir Eddin Abak, con el objeto de celebrar un magno consejo.

Nizar montó sobre «Relámpago» y, con Jacub, los dos mamelucos y los dos esclavos, corrió a ponerse al frente de los soldados de la Guardia del Sultán.



XXXVIII
EL ATAQUE

¡Oh, Emir!:



FINALIZABA el día Yum alchuma, 4 Rabi al Aual del año 543,[1] cuando los damascenos vieron llegar, desde Banias, a la hueste cristiana, golosa de lucro y de gloria, compuesta de sesenta mil jinetes. La almofalla era tan numerosa y y marchaba en tal forma, que parecía un mar desbordado.

El enemigo acampó en Darie. Con grandes demostraciones de alegría, los infieles clavaron sus estandartes y levantaron sus pabellones de mil colores y tamaños. Los fuegos de los vivaques pare-

[1]) Antes de la puesta del sol del día Viernes 23 de Julio de 1148.

cían incendiar Darie, y eran como banderas de Chaithán en las tierras de Alá.

Desde las primeras horas del Yum essabt 5 Rabi al Aual,[1] Damasco se preparó a la defensa. Los heraldos de armas recorrieron las calles llamando a la Guerra Santa; los campesinos y muchos habitantes de los huertos transportaban al interior de los muros sus familias, los caballos, camellos, asnos, y demás ganado, así como los muebles de valor y todo el trigo que poseían.

En cada rincón de la ciudad se advertía inquietud y actividad marcial.

Al aclarar el día,[2] los damascenos atalayados en los techos de las más altas habitaciones y apiñados en los minaretes, observaban las llanuras y las montañas que circundan la gran ciudad. La guarnición, alineada en las murallas, oteaba el campo, con los arcos tendidos y las aljabas repletas.

En los huertos que rodean la ciudad se habían emboscado infinidad de guerreros, para atisbar y detener el avance de los invasores.

Desde las torres flanqueantes y las albarranas; desde las saeteras y los parapetos se elevó un clamor atronador, anunciando que las primeras avanzadas enemigas salían de Darie.

¡La agitación de la ciudad fué incontable!

---

[1]) Al anochecer del día viernes 23 de Julio.

[2]) Siempre el Yum el essabt 5 Rabi al Aual, pero ya el Sabado 24, pues el día musulmán comienza a la puesta del sol.

(¡Oh, Alá misericordioso!, de ti emanan nuestras dichas y nuestras abundancias y también nuestros dolores y nuestras indigencias. ¡Eres el Justo!).

Se vió venir a los francos con gran alarde de hombres y armas. Innúmeros caballeros montaban arrogantes y fornidos bridones, de andar lerdo, debido al peso desmesurado de los jireles y caparazones multicolores, de las armaduras coruscantes, de las anchas y largas espadas, y de los lanzones gruesos como entenas.

Una muchedumbre sin fin venía a pie, fatigada y jadeante. Todos estaban armados de grandes espadones y hachas, defendidos con altos escudos, corazas y cascos que reverberaban al sol.

Enardecidos por la insolencia de los francos (¡la maldición para ellos!), los musulmanes, sin esperar a tener al enemigo a conveniente distancia, comenzaron a arrojar flechas y venablos, que morían en la tierra. Toda la ciudad voceaba insultos e imprecaciones contra los puercos invasores.

Delante del ejército infiel venía un muftí cristiano con una cruz;[1] por todo el horizonte se veían estandartes, jirones y banderas de diversas formas y colores, que tremolaban débilmente.

Cabalgando un fornido trotón, y rodeado de muchos hombres abanderados y bien empavesados, venía un joven franco, rubio, alto, vigoroso y de

---

[1]) La Santa Cruz llevada por el Patriarca Fulcher de Jerusalén.

aspecto imponente: era uno de los reyes cristianos, el de Jerusalén.[1] (¡Alá no lo aleje de los sufrimientos eternos!).

Detrás de los numerosos secuaces del Señor de Sahel, del Conde de Tabariya y de los caballeros Templarios y de San Juan, en medio de brillante escolta, marchaba otro rey, el de los francos de Occidente,[2] caballero de un zaino robusto. Avanzaba al compás de cajas y pífanos, seguido de gran cantidad de infantes y jinetes muy bien armados, y a la sombra de múltiples pendones y oriflamas desplegados.

Por último, llegaban los soldados alemanes: estaban provistos de lanzas, espadas, hachas, ballestas y adargas, y protegidos con buenas corazas. Aventajaban a los otros francos en la caballería, muy numerosa. Formaban escuadrones al mando de emires, y venían al compás de atabales y trompetas, bajo el ondeaje de insignias y gonfalones.

El emperador de los alemanes[3] estaba al frente, acompañado de sus excelentes nobles y montado en magnífica alfana.

La tamaña multitud cubría toda el haz de la tierra y estaba pertrechada con tanta abundancia, que se comprendió que la resistencia sería penosa, dura. Aumentó el recelo de los damascenos el ver

---

1) Balduino III.
2) Luis VII.
3) Conrado, Emperador de Alemania.

que los enemigos continuaban su movimiento hacia el Occidente y el Norte, justamente donde la ciudad estaba desguarnecida de murallas.

Se creyó, además, que en Darie habían quedado las espaldas, con gente de a pie y de a caballo; se supo, más tarde, que la muchedumbre que se divisaba era la chusma de los bagajes y gran cantidad de mercaderes y de mujeres, estorbos que siempre siguen a los ejércitos francos. Sin mercaderes que vendan los mantenimientos y muchas otras cosas supérfluas, los codiciosos cristianos son incapaces de guerrear. Asímismo, las esposas de los grandes señores cristianos habían quedado en Darie, esperando que acampase el ejército invasor para reunirse con sus maridos.

¡Con cuánto embarazo y avilantez hacen la guerra los cristianos!

La falange de francos penetró en los huertos y se apoderó de algunas casas.

Reforzada la defensa, se luchó con empuje; pero los malvados atacaban con mucho ardor, guiados por el Rey de Jerusalén.

Sin conocer las estrechas callejuelas formadas por las albarradas con que se dividen los huertos, los ferensis aventuraron por allí el ataque, cometiendo el desacierto de no utilizar la larga calle que conduce a la ciudad.

Los movimientos de los atacantes eran lentos; sólo podían marchar de uno en fondo. Se aprovechó el error, aspillerando las tapias y hostilizando a los

invasores de costado, con piedras, dardos, flechas, azagayas y jabalinas. Los musulmanes se atrincheraron también en las casas y en las torrecillas, que habían hecho construir los ricos propietarios de las alquerías para almacenar sus frutos. Desde lo alto, maltrataban al enemigo con hondazos y con cuanta cosa arrojadiza caía en sus manos.

Perecían muchos francos: la mayoría, para salvarse, debió marchar sobre los heridos y sobre los cadáveres. Desesperados ante el espectáculo de la muerte y la poca esperanza de escapar; ansiosos, sedientos, extenuados, llenos de pavor, los francos se disponían a la retirada.

El Rey de Jerusalén vió el peligro: echó pie a tierra, embrazó la rodela con fuerza, asió con rabia la espada, mordióse los labios, mostró la mueca de una sonrisa y, con el rostro hecho una gualda, se puso al frente de quienes comenzaban a flaquear.

Enrostrándoles su cobardía les ordenó atormentar y batir en brecha los muros de adobe que los aprisionaban. Desde ese momento, libres en la acción, los cristianos comenzaron a atacar con tal furor, que los defensores debieron replegarse, perdiendo muchos guerreros.

Fué tan recio el combate, fué tan grande el deseo de muerte o de victoria, que muchos francos, trabados en la defensa y el ataque por el calor y el peso de sus armaduras, se apresuraron a quitarse las celadas, los petos, las espalderas, las grebas, los brazales, manoplas y mallas, y, así, ali-

gerados, sólo con escudos y espadas, redoblaron sus fuerzas... ¡Muchos calmaban la sed bebiendo la sangre de sus heridas!

Los fieles, no obstante, resistían con valiente porfía, y hasta comenzaron a ganar terreno. La situación cambió de pronto, por la inesperada impetuosidad que dieron los contrarios al ataque, lo que obligó a los musulmanes a retroceder lentamente hacia la ciudad.

El Emperador (¡Alá lo tenga en perpetuas tinieblas y en calores eternos!) había reforzado el ejército cristiano y llegó, en atropellada y dura acometida, a ocupar un brazo del Barada.

Para sostener a los fieles que estaban en desventaja, los damascenos salieron de la ciudad con magnificencia y entusiasmo.

Como adalid avanzó, rodeado de su guardia y séquito, el Sultán Abd Adula Mejdir Eddin Abak, armado con punzante lanza y sable recto; defendido con adarga y loriga resplandecientes, y con un casco terminado en pajizas y rojas martinetas. Su yegua rucia tordilla piafaba inquieta por largarse a la carrera, sin que su caballero se atreviese a lanzarla. Su falta de interés por los asuntos del Estado y su vida de holganza le habían hecho pusilánime.

A su lado salió el Emir Caudillo y Atabek Moin Eddin Anar, protegido por fina cota de malla jacerina y por un yelmo cincelado reluciente al sol. Montaba un brioso y veloz morcillo del Yemen. En el brazo izquierdo tenía un escudo negro, sobre el

cual, en letras áureas, se había estampado esta empresa:

¡Quien muere en el sendero de Alá es victorioso![1]

Al aproximarse al enemigo, el Emir Caudillo espoleó su montura, desenfundó su sable hindú, se arrojó sobre los oprobiosos, y con voz tonante clamó:

— ¡Musulmanes, la victoria es nuestra! ¡Alá lo sabe y lo ve todo, y nos recompensará con las delicias eternas!

Ante el empuje y el coraje de que dió muestras Moin Eddin Anar, los damascenos cobraron energías y corrieron hacia los invasores seguros de la victoria. Hacían sonar los tambores e instrumentos de modo tan desconcertado; gritaban, ululaban, atronaban, abaldonando de tal modo de palabras y de hechos a los contrarios, que estos se atemorizaron.

El Emir Nadgem Eddin Ayub, vestido y armado con riqueza, demostró ese día que no era infundada su reputación de diestro en guerrería y desmedido en la bravura. En su pelta, sobre rojo, se leía:

¡Mi color te anuncia sangre!

Con los emires combatían los jóvenes Nizar Ak Sonkor Ibn Anar, Nura Ad Daula Schahinschah Ibn Ayub, y sus otros compañeros. Cabalgaban yeguas de calidad y se habían propuesto competir en audacia.

---

1) Ver Corán, Sura IV, aleya 76.

Cubierto con un aba blanco recamado de plata, con la mirada feroz y los labios trémulos injuriando al enemigo, Ak Sonkor abalanzó su bravo alfaraz, esparciendo el terror en las filas francas. Su alfanje «El Castigo de Alá» se manchó de sangre, y cada vez que abatía a un aguerrido cruzado, Nizar repetía con ruda voz el mote que estaba incrustado con oro en su pavés de campo perla:

¡Por Alá y por mi amada!

La pujanza con la cual peleaba el Almocadén obligó a muchos adversarios a arrojar las armas, besar la tierra y pedir alafia.

Entre los intrépidos guerreros estaba también el persa Gholan Alí Josro Adzerbeichan, el astrólogo, montado en caballo de soberbia alzada y dando muestras de un valor admirable. Frecuentemente suspendía el combate para responder a los creyentes, que le consultaban sobre lo que se veía en su espejo mágico, y sobre el resultado final de la guerra.

No lejos de estos altos señores había mamelucos que conducían caballos de respeto y armas de repuesto.

Combatían a pie o montados en caballos, camellos y hasta en asnos, los demás defensores de la ciudad: eran viejos, jóvenes, mujeres y niños; los que vestían lujosos gambases y fastuosas marlotas, así como los cubiertos con haraposas almalafas y raídos almaleques. Todos estaban apercibidos con gran variedad de armas y estaban muy dispuestos

a vencer o a morir *chuhada*. Los mal armados y peor defendidos, recogían los escudos, los coseletes y los restos de armaduras que los francos desparramaban por el campo, y empuñaban las lanzas y espadas de los cristianos muertos.

En cierto momento, hasta los adarves fueron descoronados, y los arqueros y toda la guardia del Sultán se mezclaron al turbión damasceno.

Pronto los fieles lograron reconquistar una de las márgenes del Barada y los invasores detuvieron su marcha.

Aprovechó esta coyuntura el Sultán, pretextando que ya era inútil su presencia, y con una pequeña escolta, comandada por el Almocadén Nizar Ak Sonkor, se reintegró, medroso, al Alcázar.

A su paso por las líneas de mujeres, que defendían las inmediaciones de la ciudad para atajar la retirada de los creyentes cobardes, el Sultán fué recibido con violenta hostilidad.

Parte de las mujeres amenazábanlo con viejas espadas y garrotes; parte con cachiporras y mazas, y todas lo avergonzaban diciéndole:

— ¡Oh, Sultán! ¡Alá debió crearte hembra y no varón! ¿Ignoras que huyendo ante el enemigo te encaminas al Infierno?

Otras le mostraban sus párvulos, y le decían:

— ¡Avergüénzate de tu mujeril temor! ¡Estos infantes, cuando sean hombres, maldecirán tu memoria, y Alá te cerrará las puertas del Cielo!

Una mujer corrió, y se interpuso en el camino

del Sultán. Con un largo palo espantó el caballo, dándole estacazos en la cabeza, y amonestó a Mejdir Eddin Abak con estas palabras:

— Retorna al combate, ¡por Alá el Grande! ¡Vuelve al campo de pelea que es la buena ruta del Paraíso!

Los soldados despejaron el camino para que el Sultán y su escolta pudiesen entrar, a toda carrera, en la ciudad.

Una vez que el Sultán se cobijó en su Alcázar y fué recibido con aparatosa simpatía por los efebos y falsos poetas, Ak Sonkor hizo girar su caballo y regresó al combate.

Nizar había recibido sin una protesta los insultos de las mujeres dirigidos al Sultán y a su acompañamiento, pero al salir de la ciudad detuvo su caballo ante las damascenas exaltadas de fe, y las arengó:

— ¡Damascenas! ¡Nizar Ak Sonkor Ibn Anar no es un cobarde! ¡No hay otro dios que Alá y Mahoma es el Mensajero de Alá! Os traeré la victoria, para arrojarla a los pies de las madres de Esch Scham... ¡Por Alá y por mi amada!

Aclamáronle las mujeres, y lo señalaron a sus hijos diciéndoles:

— ¡Queremos que cuando lleguéis a ser hombres, seáis como Ak Sonkor, el belicoso! ¡Alá te indicará el camino de la bienaventuranza, Ibn Anar! ¡Oh, Emir!:

El *hinzir* que llamaban Emperador era arrisca-

do y vehemente: viendo el lento retroceso que comenzaban a efectuar los cristianos, atropelló con la caballería, cortó las tropas de los reyes de Occidente y de Jerusalén, y pasó al frente de los invasores. Se mezcló, sin miedo, en la refriega, y tanta diligencia puso en su arremetida, que descendió de su montura para combatir con más brío. Estaba bien amparado con escudo, peto y casco, y tenía muy buena espada.

Un musulmán (¡que Alá tiene en gloria!) arrostró al atrevido Emperador. El guerrero fiel era alto, forzado y bravo como pocos. El cristiano aceptó el reto, y los dos hierros se cruzaron en duelo largo y atroz.

Al ver en peligro su vida, el Emperador, con la ayuda de Chaithán, halló insólitas fuerzas: asió con ambas manos su espadón, lo alzó muy alto, y con un golpe recio y jamás visto, dejó caer el filo por entre el cuello y el hombro izquierdo del contrario, y lo partió brutalmente en dos mitades.

Ante tal espectáculo, el espanto cundió y los defensores de Esch Scham se replegaron un poco, sin dejar de batallar un solo instante.

Al ver la valerosa acción del Emperador, el Emir Nadgem Eddin Ayub corrió furibundo a su encuentro con la lanza bien empuñada, pero chocó con un grueso grupo de francos que, haciéndole frente, le impidió abordar al sultán de los alemanes.

Dando voces de que ningún musulmán le estorbase en sus propósitos, el Emir abandonó la lanza,

desenfundó el sable recto y decapitó a cuanto cristiano se opuso a la rauda carrera de su bien templada yegua. El Emperador, impedido o acobardado, no le ofreció duelo, resguardado prudentemente por sus numerosos secuaces.

Una flecha hirió al Emir en el brazo izquierdo, sin que por eso el valiente perdiese su acometividad.

Fué entonces, en lo más crudo de la contienda, cuando llegó un anciano y venerable morabito que había vivido durante cuarenta años en una de las cavernas próximas a la gran ciudad, haciendo penitencia y olvidando la crueldad de los hombres. Vivía en unidad con Alá, y ahora está en perpetua bendición en los jardines del Paraíso, sentado sobre tronos y mirándose cara a cara.[1] Junto con este venerable místico, originario de Magreb, llamado Hoddiat Eddin Yusuf Ibn Dhia Nas Al Findelaoni, estaba el austero y sapiente Jeque Abd Ar Rahman Al Halhuli (¡Alá recompensa a ambos con su gracia!).

Esos dos jeques eran los mejores entre los musulmanes.

Al Findelaoni preguntó a su compañero:

— ¿Son esos los rumíes?

— ¡Son francos!

— ¿Hasta cuándo, entonces, quedaremos inmóviles? ¡Defendamos la grandeza de Alá, el Único!

1) Ver Corán, Sura IX, aleya 112.

Los dos diáfanos avanzaron al centro del campo de batalla. Fueron inútiles los empeños de muchos musulmanes para impedir el sacrificio de los ancianos. Los santones continuaban su camino con mansedumbre, con la mirada fija, el paso firme y pronunciando sin término el nombre de Alá.

Al tropezar con algunos creyentes muertos, se detuvieron, y gritando: *¡Bismílah!*, arrancaron los alfanjes que empuñaban dos cadáveres, y aceleraron la marcha hiriendo a muchos cristianos.

El Gran Visir se aproximó al Jeque Al Findelaoni y le dijo, con amables palabras:

— ¡Oh Santo entre los hombres sin mancha! Por tu pureza y por tus largos años estás dispensado de combatir en la senda de Alá.

A lo cual el sufí respondió:

— Yo he vendido y Él ha comprado. Él no rescindió el compromiso y yo no le pediré su anulación...[1]

El ulema continuó su camino hasta que, sin fuerzas y herido, cayó martirizado en las proximidades de la aldea de En-Neireb, a media parasanga de Damasco.

Junto a Al Findelaoni (¡que Alá premie siempre!) cayó muerto Abd Ar Rahman Al Halhuli (¡que Alá tiene en el lugar más alto!).

Al ver caer a los santones, los musulmanes

1) Corán, Sura XXXVII, aleyas 42—43.

creyeron que era una revelación de la voluntad de Alá. Dominados por el terror recularon en desorden, siendo inútiles los esfuerzos del Caudillo y de los emires por detener la desbandada.

— ¡Muslimes, adelante! ¡Alá nos guía y nos dará el triunfo! — gritaba el Visir Caudillo.

Y espoleando cruelmente a su yegua, avanzaba haciendo caer las lanzas que se le oponían y malhiriendo a los más porfiados cristianos.

Sus esfuerzos por infundir confianza fueron inútiles. Quedó solo en el campo, cuando un cristiano se abalanzó, y le hubiese dado muerte, si el alfanje de Nizar no lo desarmara.

— ¡Padre! — clamó Ak Sonkor —, ¡estamos solos! Tu vida es la vida de Esch Scham y debes replegarte con los fieles... ¡Mañana estos puercos comerán la tierra! —; y diciendo así, el joven Almocadén cortó de un tajo la pechera de la sobrevesta del cristiano, y en la punta de su alfanje ensartó una cruz roja sobre fondo blanco. Moin Eddin y Nizar hicieron girar sus caballos, y, con el trofeo de la cruz, el Almocadén y el Visir se unieron a los creyentes.

En ese mismo instante Nur Ad Daula Schahinschah llegaba al lado de su amigo Nizar con la cabeza de un cristiano clavada por un ojo en la punta de su lanza. La sangre que se escurría por el asta, en gruesas y espesas gotas moradas, resbalaba pausadamente por el puño y entre los dedos de la mano diestra del joven guerrero.

Los cristianos recuperaron el terreno que habían perdido.

En el campo había quedado el abisinio Jacub que al correr en ayuda del Visir y de Nizar, su señor, fué rodeado por los francos, viéndose obligado a luchar contra diez hombres.

Defendido con cota de escamas, casco y escudo; armado con un largo alfanje, Jacub sorprendió a sus contrarios por la vehemencia con la que hería y descalabraba a los que osaban oponérsele.

Enfurecido por el ensañamiento del negro, un forzudo cristiano (¡Alá lo tenga siempre muy bajo!) se adelantó a desafiarlo, ordenando a los suyos que lo dejasen solo; se consideraba más que suficiente para rematar al creyente. El infiel era muy alto, de cuerpo robusto, y parecía mucho más grande junto a la menuda contextura del abisinio. El caballo de Jacub estaba herido, y el del cristiano, en cambio, era brioso y obediente. Los dos campeones eran desiguales en el aspecto, pero idénticos en el furioso combatir.

Preparándose para la pelea, Jacub pronunció el nombre de Alá, y, bajando la mirada, recitó precipitadamente la oración del miedo. Luego, alzó la frente y gritó:

— ¡Caballero de Alá, adelante! — y abalanzó su caballo contra el adversario.

La coraza del detestable franco era buenísima y el alfanje de Jacub rebotaba, sin causarle el menor daño.

El cristiano, exasperado por la resistencia y sagacidad del abisinio que paraba todos sus golpes, alzó muy alto su larga espada y la descargó contra la cabeza del esclavo.

¡Fué formidable la espadada! Encajóse el acero en el casco de Jacub, derribándole del caballo. El cristiano perdió el equilibrio y también fué descabalgado, sin que por eso dejase de empuñar con mucha fuerza su espada.

Los dos campeadores estaban abatidos, y el calor y la sed los acababan. Sólo podían tomar aliento y lanzarse improperios.

Jacub, más ágil que su contrario, logró desprenderse el casco y, cubierta la cara de sangre, se arrastró hasta el alcance del puerco infiel, y, dando luz a su gumía, le dijo:

— Si quieres el perdón e irte al Cielo, repite conmigo: ¡No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta!

Y de inmediato hirió al cristiano en el cuello, metiéndole la gumía hasta la guarnición.

Cuatro abominables cristianos desmenuzaron al esforzado y leal Jacub, que Alá se llevó derechamente al Jardín de Delicias.

Cuando Nizar vió la mala suerte de Jacub ya era tarde para socorrerle. Mientras se dispuso el Almocadén a salir de nuevo al campo, los cristianos descuartizaron a hachazos y degollaron al negro, clavando su cabeza en la punta de una lanza.

Nizar arrojó su yegua sobre los que habían

cometido el repulsivo crimen, y los revolcó a golpes de alfanje, dejándo muchos muertos.

Ak Sonkor no se contentó con ese éxito. Adelantóse hacia el enemigo, se puso de pie sobre los estribos, y en lengua franca gritó:

— ¡Salga el cristiano de más braveza! Un emir musulmán quiere sustentar la verdad alcoránica en contra del más noble de vosotros, ¡comedores de cerdos! ¡Mi mejor argumento será el filo de mi cuchilla! ¡Apréstese el bravucón a irse al infierno antes de lo que pensaba!

Largo rato quedó el reto sin respuesta, pero en cambio caían a su lado muchas flechas y gruesas piedras.

Al fin un franco avanzó, montado en pesado caballo overo con bardas de malla muy espesas; bien forrado el caballero en loriga larga y coraza en el pecho; yelmo puntiagudo bien metido y emplumado de diversos colores; el nasal ancho y la mirada insolente. Tenía un alargado escudo y enristrada una lanza muy gruesa. Al flanco izquierdo del trotón pendía una espada, que casi tocaba la tierra.

El caballero franco, que parecía ser muy noble, se adelantaba sin apuro, al paso de su montura. Era imponente su aspecto; a muchos musulmanes se les ocurrió compararlo con una andante plaza fuerte.

Nizar, en cambio, montaba su delgada, crinuda e inquieta yegua, empuñaba su alfanje, sutil y gracioso como luna en creciente; embrazaba el escudo, redondo y pequeño como un seno de virgen; su pe-

cho estaba protegido por una cota de malla, jacerina, es verdad, pero flexible y delgada como una camisola de seda; su yelmo cincelado era liviano; sus ropas, blancas y flotantes; el continuo correr de su caballo, elegante como el de una gacela.

De los dos bandos contrarios cesó el lanzamiento de proyectiles, dejando que combatiesen los valerosos: todos observaban interesados en el espectáculo de la justa, momentáneamente olvidados de la guerra.

Cuando el franco creyó que tenía al alcance de su lanzón al emir damasceno, lastimó con las agujas de sus acicates al trotón, y embatió con aparato y estruendo, como si se desplomase un torreón.

Nizar esquivó el golpe con sólo encabritar a su yegua. Y durante mucho tiempo, desviando el cuerpo, obligando a dar saltos a su corcel, largándole las riendas o sofrenándolo bruscamente, burló los ataques del cristiano. Tan pronto Ak Sonkor golpeaba con su alfanje la testera del bridón enemigo, como en los flancos daba de plano sobre los brazales del caballero, o por las espaldas hacía sonar con formidable golpe la grupera que protegía las ancas del fornido animal... Jugaba como quería con el bravo cristiano, burlándose con frases hirientes y risotadas sarcásticas.

El franco, viendo su impotencia y deseando dar término cuanto antes a situación tan poco airosa, arrojó el lanzón a tierra, agarró la espada, quitóla

de la vaina, y luciéndola con orgullo miró un instante a su contendiente, y gritó con voz de trueno:

— *¡Diex le volt! ¡Diex le volt!*[1]

Como la gritería se elevase en ambos campos estimulando a los combatientes para que acabasen la pelea, Nizar resolvió también terminarla: espoleando su yegua llegó a un costado del franco, dióle un encontrón, al mismo tiempo que «El Castigo de Alá» cortaba la barbera y la gola de cuero que protegían al cristiano, y se mojaba con sangre de infiel.

El franco tuvo fuerzas para alzar su espada y dejarla caer sobre Nizar: el acero rompió la cota del Emir y le rasguñó el hombro izquierdo.

El cristiano tenía un tajo en la garganta y, como sangrara mucho, largó la espada y se cayó a un costado del caballo, gimiendo broncamente...

El trotón del cristiano echó a correr despavorido, dando botes y arrastrando a su caballero, que había quedado con el escarpe izquierdo prendido del estribo.

¡Admirable desquite!

— ¡Por Alá y por la amada! — gritó en triunfo Ak Sonkor, y, cumplida sobradamente la vengan-

1) El ulema Omar Caon Teirit Abd Alí, al llegar a este punto del manuscrito, me dijo que era poco claro y que parecía la transcripción fonética de una frase dicha en franco por el cristiano. Según la lectura que me hizo Omar, creo no equivocarme reconstruyendo la frase en la forma que lo dejo escrito. „Dieu le veut" fué el grito de guerra de los cruzados.

za por la muerte de Jacub, volvió al grueso de los creyentes, que festejaron con ovaciones su temeridad.

El gemir de los heridos, el ululato de las bestias en agonía, turbaban a los más fuertes. Sobre el campo revoloteaban muchas carniceras esperando el instante de poder caer sobre los cadáveres.

¡Oh, Emir!:

Los cristianos recuperaron el terreno que habían perdido y, rápidamente, avanzaron hacia los huertos de *Meidán Aljadar,* sito al lado derecho del Barada.

Con gran alacridad e ímpetu los infieles saquearon las casas vecinas, desnarigaron a muchos prisioneros, desorejaron a otros y violaron a las mujeres que pudieron prender.

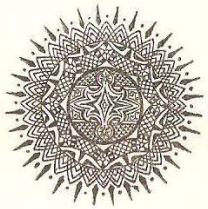
Sintiéndose seguros, comenzaron a talar infinidad de árboles para hacer empalizadas protectoras, construir torres de aproches y arietes; además, escampaban los huertos para emplear con mayor facilidad la caballería.

Los flechazos, dardadas y hondazos descalabraban a muchos francos, impidiéndoles realizar su devastación con rapidez; pero, llegada la noche, fué imposible impedirles trabajar libremente.

El Emperador y los reyes instalaron sus campamentos en el Meidán Aljadar e hicieron llegar a sus esposas; tras ellas vinieron los mercaderes con sus carros bien cargados.

Los grandes señores francos, ante la certidum-

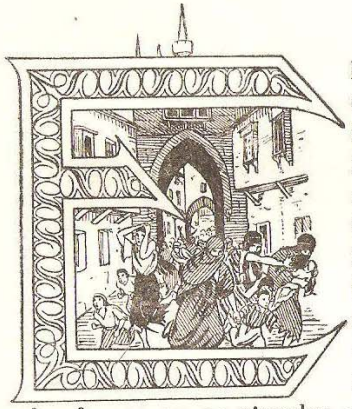
bre del triunfo total, en lugar de concertar el mejor modo de sitiar la ciudad, se ocuparon en intrigas mezquinas: les importaba, sobre todo, sacar el mayor provecho personal de la conquista, que realizarían al día siguiente...



XXXIX

ASEDIADOS

¡Oh, Emir!: ésta fué la noche de las angustias.



EL DESORDEN con el que volvieron de la batalla los damascenos; la prontitud con la que se difundieron los detalles de la muerte del heróico sufí de la montaña y de su compañero, así como el conocimiento de la victoria lograda por el Emperador franco en su singular combate con el fuerte creyente, llenaron de angustia a los fieles. ¿Alá los había abandonado?

La desconfianza se hizo general. Los francos eran numerosos, veteranos, y parecían dispuestos a efectuar un largo sitio.

¿Se podría resistir semanas y meses? ¿Llegarían a tiempo los socorros pedidos a Mosul, al Ata-

bek Seif Eddin Gazí y a su hermano Nur Eddin, para debatir igualados?

Jamás como esa noche fueron oídas con tanta emoción religiosa las voces de los muecines; jamás se obedeció con tanto fervor al azán, impregnado de subyugadora grandeza divina: «¡Alá es grande! ¡Afirmo que no hay otro dios que Alá y que Mahoma es su Profeta! Venid al azalá, venid a la salud. ¡Alá es grande y no hay otro dios que Alá!»

¿Cantó mejor *Bilal Ibn Hamema* cuando el Nabí le ordenó pregonar en Medina la llamada a la oración?...

Las mezquitas se llenaron de creyentes que imploraban la protección del Justo. Las plegarias de esa noche del Yum alahad[1] fueron escuchadas por los habitantes de la ciudad con inflamada piedad. Los suras del Corán fueron recitados por los almocríes desde lo alto de los almimbares, y la asistencia los oía ansiosa de salvación. Junto a las tumbas de los santones los damascenos se apelotonaban y destruían sus vestidos, dejando jirones en las rejas. Muchos se acostaban sobre cenizas y las mujeres se rasguñaban los rostros.

En la Gran Mezquita se expuso el Corán recopilado por el Califa Omar (¡que Alá tenga en perenne paz!); la macsura que guarda la cabeza de *Mar Johanna*, fué rodeada de fieles: ¡clamaban misericordia del Indulgente!

[1] Sabado 25, pero ya el Domingo 6 mahometano.

Nizar, en un arranque de exaltación, subió al almimbar de la Gran Mezquita y, lanza en mano (¡Damasco había sido conquistada para el islam con la fuerza de las armas!), pronunció una jotba — ¡toda una llamarada de exhortaciones piadosas y bélicas! — que enardeció a los oyentes, dando, por un instante, a los derrumbados ánimos, la tiesura de la confianza.

— ¡Oh creyentes! — terminó diciendo Ak Sonkor con seremidad —, hagamos la oración del temeroso, que practicaron el Nabí (¡Alá se complazca con él!) y los musulmanes más puros y denodados... Sabed, asimismo, que nada importa si los guerreros no pueden practicar puntualmente las cinco oraciones: el Gran Visir ha dispuesto que el Cadí al Cudat las diga y ejecute en nombre de quienes luchan por la grandeza de Alá, el Único, el Guardián, el Clemente...

Y, bajando del almimbar, se unió el Almocadén a los devotos para hacer una oración de dos racaas y recitar el sura que comienza así: «¡Loado sea Alá, Señor de todos los mundos!».

¡Oh, Emir!:

Ante la imposibilidad de librar combates decisivos, y considerada la contingencia de que las provisiones escaseasen, los emires prepararon la evacuación de la ciudad, por las puertas de Oriente y del Sud.

Los habitantes habían abandonado sus casas y llenaban las calles, preguntándose lo que les depa-

raría la voluntad del Sustentador. Todos se miraban absortos; había aflicción en cada pecho y el aturdimiento les quitaba la energía y la iniciativa. ¡Tenían miedo! La flaqueza del ánimo les hacía andar atolondrados y sin concierto. Los más diligentes mandaban a los pusilánimes, animándolos en la tarea de apercibirse para la evacuación inmediata.

Los barrios israelitas y cristianos fueron atacados, siendo difícil impedir los desmanes a que se entregaban, ciegos de ira, quienes afirmaban que estos estaban combinados con la hez que los cercaba. ¿Tenían razón? ¿No está escrito: «¡Oh creyentes, no tengáis por amigos a los judíos ni a los cristianos!»; «los judíos no han creído a Isa y han inventado contra María una mentira atroz»; «hemos dado la recompensa a los cristianos que creyeron, pero la mayor parte son perversos»?[1]

Todo eso dice El Libro: ¿es posible tener por amigos a gente que no ve la verdad evidente?

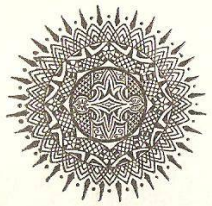
Por la ciudad corría una ráfaga de incertidumbre, estupor, desolación y pavura que helaba a los más impávidos. ¿Qué sobrevendría? ¿Los profanadores los derrocarían hasta romperlos y rematarles la vida? ¿Cuándo fenecería la guerra? ¿Recibirían ayuda de los potentes emires de Mosul y de Alepo?

El Sultán, medroso como una mujer, consultaba a los astrólogos, sin atinar a defender su reino; en

1) Ver Corán, Sura V, aleya 56; Sura IV, aleya 155; Sura LVII, aleya 27.

cambio le preocupaba mucho que no se perdiesen sus riquezas, ni sufriesen sus concubinas y afeminados donceles.

(¡Solo Alá conoce lo que ocurrirá mañana; Alá es Señor de la voluntad de los hombres y regulador de los destinos!).



ancho velón, Amina y Mariam se entregaron a la infalible ceremonia de maleficiar a Fátima.

Mariam dibujó con carbón, sobre un trozo de tela blanca, la grotesca figura de una mujer. Amina, señalando con el índice, murmuró rápidamente: «Ésta es Fátima, Fátima la beduina Benu Rabia. Ésta es Fátima, la que se intrusó en nuestra vida. ¡Ésta es Fátima, la que debe morir!»

— ¡Ésta es Fátima! —, repetía Mariam.

Las dos mujeres recitaron, postradas y a borbollones, estas aleyas: «Me ha sido revelado que un grupo de genios, habiendo escuchado la lectura del Corán, dijeron: En verdad hemos oído un Corán maravilloso, que guía hacia la recta fe. Creemos en él y nosotros no asociamos otro dios a nuestro Señor puesto que en verdad Él — ¡que su Majestad sea ensalzada! — no ha tomado ni compañía ni hijo».[1]

Febrilmente clavaron en la pared el paño con la imagen de Fátima. Prorrumpiendo en puercas injurias, lo escupieron y cada una encajó un puñal en el corazón de la beduina. Volviendo a prosternarse, repitieron las anteriores aleyas, y agregaron: «Responded a la llamada del predicador de Alá y creed en Él. Él os perdonará vuestros pecados y os librará de crueles suplicios. El que no responda a la llamada del predicador de Alá no lo engañará en

1) Corán, Sura LXXII, aleyas 1 a 4.

la tierra y no encontrará otro protector. ¡Esos están en error evidente!».[1]

De nuevo incorporadas, reanudaron los insultos. Pinchando con largos alfileres la figura de Fátima, decían:

— ¡Muere, Fátima, ladrona de nuestro bienamado! ¡Muere por enfermedad, puñal o veneno! Muere, así como ahora tienes estos puñales horadándote el corazón y como te estamos torturando con estas puntas.

Mientras tanto, la noria continuaba su alegre rodar en el agua y las aves nocturnas graznaban su lúgubre saludo al misterio...

Cuando el Palacio, con el andar de las horas, parecía agobiado por las sombras y el mutismo, Muza Ben Abbas, que montaba guardia adyacente al harén de Fátima, se durmió por obra de un líquido que le fué mezclado con la comida de la noche. Entonces, tres hombres haraposos y pestíferos penetraron en la alcoba de Fátima.

Uno fué hacia la ventana y la abrió; otro desplegó un gran paño negro que serviría de mortaja y el último se aproximó al diván donde los amantes solían pasar horas de dulzura y de deleite, y, con mano firme, dejó caer el puñal:

— ¡La sangre de mis hermanos está vengada! ¡Alá es grande!

Las puertas de la habitación se abrieron con

1) Corán, Sura XLVI, aleya 30 y 31.

estrépito y las dos esposas, con teas llameantes, aparecieron exclamando:

— ¡El Justiciero ha hecho justicia!

Los confabulados quedaron estáticos: Fátima no estaba en su lecho.

— ¡Adúltera, adúltera! — vociferaron las esposas —. ¡La condenación de Alá la precipite en las profundidades del Infierno!

Dos de los ismaelianos exigieron la segunda mitad de la paga. El tercero se negó a recibirla y arrojó, a las caras aterradas de las dos mujeres, el oro cobrado por adelantado.

— ¡Perras! — les dijo —. He querido vengarme, pero no venderme. ¡Soy árabe, soy noble! ¡Me llamo Beha Eddin!

Los ismaelianos, como bestias famélicas, apañaron y arrebatáronse las joyas y el oro que caía al suelo. Luego los tres inicuos se fugaron por la ventana.

Las esposas corrieron por los salones y galerías del harén, llenándolos de misterio y de infamia: las llamas de las antorchas se alongaban con la carrera y los gritos de calumnia se hacían interminables:

— ¡Adúltera, maldición para la beduina adúltera!

El Palacio quedó silencioso.

A punto de llegar el alba, Nizar penetró en su harén.

El guerrero estaba sudoroso y jadeante: tenía

embrazado el pavés y empuñado el alfanje; sus ropas y sus armas estaban manchadas de sangre.

— ¡Fátima, Fátima! —, y continuó llamando por corredores y estancias, sin que nadie respondiese.

Mariam y Amina aparecieron haciendo zalemas.

Amina dijo:

— ¡Oh intrépido! Tus esposas amantes, tus esposas buenas y fieles te aguardan para ofrecerte agua fresca, abluciones purificantes y caricias que adormecen y sacian... ¡Oh Señor!, en nuestros labios hay besos y en nuestros pechos deseos...

— ¿Dónde está Fátima?

— Las madres de tus hijos...

— ¡Fátima, Fátima!

— ¡Ay! Emir — susurró Mariam —, la verdad es cruel. Tememos tu enfado y tu vergüenza... Fátima no está en tu harén... ¡La adúltera!

— ¡Malditas! ¿Dónde está Fátima?

— ¡Alá lo sabe!...

— Es misericordioso y clemente...

— La noche es oscura...

— ¡Esa calumnia debe ser certificada con cuatro juramentos!

— Juro cuatro veces haber dicho la verdad. ¡Lo juro cuatro veces! —, afirmó Amina.

— ¡Mientes!

— ¡Juro cuatro veces, por el Vidente, haber dicho la verdad! —, sostuvo Mariam.

— ¡Mentís, mentís!

— La maldición de Alá nos precipite en el

fuego más violento, si hemos mentido —, insistieron las dos esposas.

— ¡Muza, Muza! — llamó Nizar, sin que el eunuco acudiese.

Salió el Emir al corredor y vió en el suelo, en el umbral de una puerta, al eunuco dormido. Lo despertó con violencia. Muza nada sabía, nada había visto ni oído, y Ak Sonkor castigó al poco alerto servidor llamando a dos esclavos y haciéndolo encerrar en un sótano.

— Juro, Emir — decía Muza mientras lo conducían los esclavos —, que si me he dormido debe ser porque Chaithán venció a mis ángeles guardianes... ¡Oh el depravado!

Volvió Nizar a entrar en el amplio aposento del harén donde habíen quedado Mariam y Amina, y ordenó con voces airadas que lo dejasen solo y, sin poder contener su dolor, se echó sobre un diván a llorar.

Requemado de celos y de indignación, resuelto a disponer que se buscase a la adúltera por toda la ciudad para darle el castigo merecido, Ak Sonkor se puso de pie y abrió con violencia la puerta que daba a la alcoba de delicias.

El primer fulgor entraba por los vidrios multicolores, y, en su lecho, envuelta en tules, con los brazos desnudos y los senos libres, dormía Fátima.

El almuedano de una mezquita vecina moduló el pregón del alba, pero el guerrero fué indiferente

a la invitación, y despertó bruscamente a la bienamada.

— ¡Fátima! — dijo —, en mi pavés está escrito este mote: «Por Alá y por mi amada». ¿Lo ha manchado tu traición?

— ¡Oh Señor!, Alá me ha concedido el favor de tenerte a mi lado. Sé que he sido calumniada: las desgracias nacen de las palabras.[1] Debes oírme. Juro por tu cabeza que soy pura de corazón y de cuerpo, como cristalino el rocío. ¿Los infamadores han dado el testimonio de cuatro musulmanes? Si esta noche de dolor y de desesperanza me alejé de tu harén fué para socorrer a los creyentes y defender las tierras de Alá. ¡Oh Nizar!: ofrecías tu sangre en el camino sagrado y yo no podía continuar indiferente. ¡Soy beduina! No tengo en tu palacio una persona amiga que se preste a cumplir mis órdenes. Muza se negó a obedecerme, y fuí obligada a alejarlo con un pretexto engañoso. Mis esclavas han marchado a la guerra porque así lo he dispuesto. ¡Soy beduina! Apremiada por el deseo de contribuir a la salvación de Esch Scham, salí por esa ventana y, en las sombras, llegué al centro de la ciudad. Con brazaletes y zarcillos pagué a un beduino para que corriese a anunciar a mi padre el peligro que amenaza a Damasco. ¡Sí; los Benu Rabia somos guerreros capaces de

1) Proverbio cuyo origen atribuyen los musulmanes al Profeta.

abatir ejércitos poderosos, y nuestros hombres saben hendir sus lanzas donde la muerte alivia de la vida! Ése es mi pecado, Señor de mis noches y mis días...

— ¡Maldición para el vil calumniador!; será precipitado en el *Hutamah*, el fuego de Alá![1]

Las dos esposas sorprendidas en mentira evidente, que no pudieron presentar cuatro testigos para certificar su deleznable y ultrajante afirmación, fueron castigadas, por mandato de Nizar, con ochenta golpes de azote.

Muza Ben Abbas fué liberado porque, según lo afirmó Fátima, cumplió fielmente las órdenes de Nizar.

Apaciguado el guerrero, recibió amorosamente en sus brazos a Fátima, la siempre preferida...

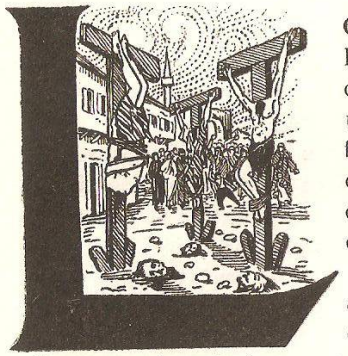
---

1) El Corán, Sura CIV.

XLI

LOS CRUCIFICADOS

¡Oh, Emir!:



LOS GUERREROS de Damasco lograron reconquistar esa noche una parte de los huertos, y los fortificaron con troncos de árboles, obstruyendo los aproches enemigos.

Al amanecer del Yum alahad 6,[1] los damascenos vieron a los sitiadores reunirse junto a sus reyes, mientras uno de sus hombres oficiaba de imán. El Yum alahad es santificado para ellos, como lo es para nosotros el Yum alchuma.[2]

Como viesen a los cristianos distraídos en sus oraciones, los fieles salieron nuevamente de la ciudad

---

1) Domingo 25.

2) Día Viernes.

y reforzaron la guarnición que tenían en los huertos. El sol ya iluminaba con ardor los alminares y agostaba los campos.

El día era tan sofocante y el sol tan fuerte, que era ascua la tierra y parecía querer derretir a los hombres.

Cuando los valientes se aproximaron al Barada vieron bañarse a los puercos cristianos. Esos inmundos no conocen la vergüenza: se bañan sin calzones, completamente desnudos, y ninguno está depilado. Al advertir la llegada de los damascenos se apresuraron a vestirse y a protegerse con mallas y corazas. La lucha no tardó en ser nuevamente encarnizada y cruel.

Los combatientes eran harto porfiados y aguerridos: cubiertos de barro y de sangre no desmayaban un instante, y mientras esquivaban cien golpes repartían doscientos bien certeros.

En una y otra parte había muchas mujeres que peleaban con igual empuje que los hombres: mientras las nuestras — ¡honestas! — no descubrían sus cuerpos, las francas, en cambio, se desgarraban los vestidos y descuidaban sus cabellos para atacar y defenderse con mayor libertad. Todas las cristianas se comportaban con los hombres como mujeres impudentes.

(¡Oh, Alá nos ha agraciado con buenas y sanas costumbres!).

Los cristianos capturaron a muchos musulmanes y les cercenaron las narices, les segaron las orejas

y los deslenguaron, con tal presteza, que se advertía en ellos larga práctica. Muchos, dando risotadas diabólicas, preferían hendir sus dagas en los ojos de los fieles (¡Alá tenga a esos mártires en el Jardín de Delicias Eternas!).

Los gritos de dolor de los mutilados, de los heridos y de los moribundos eran tan horrendos, que el ululato redoblaba la ira y el furor guerrero en las filas de los que combatían bajo la protección del Vengador.

Lo que más enfurecía y exaltaba a los creyentes, eran los alaridos de muchos muslimes empalados, agonizando con hórridos dolores.

(¡Alá condene sin misericordia a los nefarios cristianos!).

Para castigar la crueldad enemiga, los damascenos degollaban a los malvados que prendían, y hasta a los muertos. Con las cabezas clavadas en las moharras de las lanzas, entraban en la ciudad, orgullosos de sus trofeos, y se presentaban a los delegados del Gran Visir para recibir, por cada cabeza, la paga prometida.

Muchos musulmanes, después de vencer en encarnizadas luchas a enemigos de valentía ejemplar, les abrían las entrañas para comerles los hígados, y adquirir con ello la misma o mayor bravura, resistencia y porfía guerrera, que el valeroso cristiano abatido.

Los damascenos perdonaban la vida de los guerreros de calidad y de los mocetones bien pa-

recidos: los conducían, bien maneados, al interior de la ciudad y los encerraban en mazmorras malsanas, para venderlos más tarde como esclavos o reclamar un fuerte rescate. Lo mismo hacían los bárbaros con nuestros zagales y mujeres.

Al atardecer los musulmanes fueron victoriosos.

Después de muchas horas de fiera pelea, los damascenos, muy diezmados, se volvieron a la ciudad. No les fué fácil vencer la resistencia que les opusieron las mujeres de Damasco, que los injuriaban y bastoneaban sin misericordia, para obligarlos a regresar a las líneas delanteras.

Desaparecida la oposición cuando se hizo comprender a las porfiadas que no retrocedían vencidos y que era útil dar descanso a los combatientes, los indomables muslimes pudieron entrar muy satisfechos en la ciudad.

Nizar estaba a la cabeza de los soldados de la Guardia del Sultán, muy aminorada porque la mayoría se había ido al Paraíso por las puertas del heroísmo.

Cuando Nizar pasó por delante de una mezquita, un sufí se echó al suelo, con peligro de ser pisoteado por el caballo del Almocadén. Besando la tierra decía:

— ¡Oh victorioso!, Alá te ofrece la satisfacción de poder vengarte de los que atentaron contra la vida de Fátima, inocente como Aischa, la Madre de los Creyentes, cuando fué injustamente calumniada.

— ¡Habla! Si mientes, olvídate de la vida...

— Si me quieres oír, apéate y apartémonos a un lugar solitario.

Prevenido, para evitar las contingencias de una celada, Nizar se dejó conducir a una calleja sombría. Tras larga y fatigosa conversación, y a cambio de cien dinares, Ak Sonkor pudo saber cómo habían obrado los confabulados y dónde podría encontrarlos. El delator calló el nombre de las esposas pérfidas...

Por la noche, los mamelucos del joven Emir corrieron, bien armados, a un lejano lugar de la ciudad, refugio de infectos ismaelianos. Al término de una atroz lucha cuerpo a cuerpo, lograron dar muerte a dos de los sicarios, pero el tercero pudo fugarse.

La muchedumbre musulmana, indignada, decapitó los dos cadáveres y los crucificó.

Las mujeres y los niños se aglomeraron frente a las cruces y prorrumpieron en vocingleras invectivas.

Un árabe, que vió las cabezas sangrientas de los crucificados, reconoció la de Beha Eddin.

(¡Alá castiga a los que debe castigar!).

¡Oh Emir, que me escuchas con bondadosa atención!: en esta oportunidad se reprodujo el episodio de hace veintitrés años. ¿Recuerdas? En Mosul, un Yum alchuma, mientras el Sultán Ak Sonkor Bursi (¡Alá lo tenga en gloria!) se encaminaba a la Gran Mezquita[1] fué muerto por ocho ismaelianos disfrazados de derviches...

---

[1] Un Viernes de fines del año 1125 de la era cristiana.

La madre de uno de estos criminales, creyendo que su hijo había sido crucificado con los otros culpables, hizo públicas demostraciones de júbilo: salió a los zocos manifestando, a gritos, su agradecimiento a Alá; se compuso los ojos con cohol y las uñas con alheñe; mas pronto trocó su alegría en lágrimas...

Y, ¡oh, Emir!, el tercer ismaeliano damasceno que pudo fugarse de la muerte se refugió junto a su madre y le contó la apretura en que estaba. La ismaeliana, como lo hizo aquella de Mosul al enterarse de que su hijo se había salvado, se entregó a las más intensas manifestaciones de dolor. Como la mujer de Mosul, la de Damasco hizo jirones sus vestidos, se arrancó los cabellos y se ennegreció la cara con tierra. ¡Su hijo no había tenido la grandeza de saber morir mártir; nunca podría entrar en el Paraíso y gozar de las delicias eternas! ¡Su cobardía lo había condenado para la eternidad!

Para reparar la falta del pusilánime, la madre damascena cogió un cuchillo y le dió muerte, gritando:

— ¡Allá, en lo más alto de los cielos, quiero encontrarte!

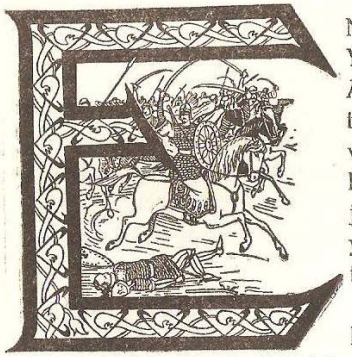
(¡Alá perdone a esa madre, que no vió la luz de la verdad!).

Junto a los dos ismaelianos crucificados el pueblo de Damasco plantó otra cruz, donde clavó otro cadáver sin cabeza.

XLII

POR ALÁ Y POR LA AMADA

¡Oh, Emir: éste fué el día de la esperanza!



EN LA ALBORADA del Yumzaletneín, 7 Rabi al Aual, cuarto día de sitio efectivo,[1] se resolvió salir de la ciudad, hostilizar al enemigo junto a las empalizadas, y fatigarlo con frecuentes escaramuzas.

Un franco de larga barba blanca, que luego se supo que era un derviche cristiano, venía hacia los musulmanes montado en un asno. El jeque tenía en su pecho, pintado en color rojo, el símbolo de su religión y en ambas manos ostentaba cruces. Avanzaba pronunciando, a grandes voces, palabras incomprensibles. Un prisionero explicó a los damascenos las palabras del jeque cristiano: afirmaba que

1) Lunes 26 de Julio.

los musulmanes serían vencidos con la ayuda del Mesías (¡Alá lo bendiga y perdone la ofensa que le infería el infiel!).

El brío de ese anciano atrajo a su lado a muchos francos, que hicieron frente a nuestros ataques. La flechería musulmana fué tan nutrida y certera, que pronto dió muerte a muchos bárbaros, y entre ellos también cayó el anciano de las cruces.

Ante este hecho, que no esperaban, los enemigos se dispersaron llenos de pavor, pero no por eso estaban vencidos. Viendo la imposibilidad de librar combates decisivos, y desanimados, los musulmanes se replegaron hacia los huertos.

Al borde de un riachuelo desprendido del Barada, un franco herido y debilitado por la fatiga hacía grandes esfuerzos por llenar un yelmo con agua y apaciguar su sed. El Mago persa Gholam Alí Josro Adzerbeichan, que se encontraba agazapado detrás de la maleza, sintió piedad por el sediento: se aproximó al infiel, llenolé el yelmo de agua y le dió de beber.

Como el puerco cristiano viese que un musulmán le había socorrido, escupió el agua y tomando un guijarro lo arrojó a la cara del persa, denostándolo:

— ¡Yo no acepto ayuda de inmundos! ¡Maldito seas!

Adzerbeichan se echó sobre el cristiano, le puso las rodillas en el pecho, desenvainó el puñal — el mismo que le había regalado el Jeque Tabit

Raschid — e, impasible, sin decir palabra, le cortó las venas de los brazos.

Mientras el infiel se moría, el Mago Persa pronunció frases en su idioma e hizo gestos y manoteos nigrománticos. Cuando la vida se alejó del cuerpo del infiel, le preguntó a la muerte:

— ¡Oh, implacable e inevitable, díme el misterio de las cosas futuras y ofrece, con una revelación, la paz al corazón de los creyentes!... ¿Te llevará el Lapidado a sus dominios? ¿Qué es la vida y qué es la muerte?

El Mago Persa era musulmán sólo en apariencia; ocultamente profesaba una religión impía. ¿Puede un musulmán interrogar en esa forma a lo que es obra de la voluntad de Alá?

Un hombre del Rey de Jerusalén corrió a donde estaba el Mago y de un cachiporrazo lo dejó muerto. (¡Alá es justo!).

¡Oh, Emir!:

Los reyes y nobles francos continuaban tejiendo sus intrigas: los de Sahel no podían permitir que se cumpliese el empeño del Emperador de dar Damasco a un noble que llamaban «Conde».[1] ¡Oh torpe arrogancia, los infieles se repartían un botín que aun no habían conquistado!

(¡Alá castiga a los concupiscentes!).

Entre los prisioneros cristianos Moin Eddin Anar encontró codiciosos delatores: bien gratificados, de-

1) El Conde Dietrich von Flander.

nunciaron que por instantes se hacía mayor el descontento, la rivalidad y la desconfianza entre los bandos de Occidente y de Sahel.

¡Oh, Emir!:

Pasada la hora de asr, varios jóvenes bien armados, jarifos e intrépidos, montados en yeguas de cabal alzada, cubiertos de vistosos alcafares y seguidos por soldados de la Guardia del Sultán, recorrieron la ciudad arrastrando a la población hacia el enemigo, proponiéndose librar un recio combate, costase lo que costase. Con el ejemplo, enfervorizaban a los damascenos.

¡Oh, Emir!:

Ponían en práctica esos jóvenes el plan de acción que habían tramado en el Palacio Verde. No escucharon los consejos de los viejos emires que pretendieron retenerlos. ¡Absurda pretensión la de querer encadenar los bríos de una juventud que en la urdimbre de sus caracteres el coraje tejía sus más crudos heroísmos! ¡Imposible encauzar por el valle de la meditada prudencia a quienes poseían, en grado superlativo, las ejemplares preeminencias de una juventud resolutay abnegada a los mandatos de El Libro!

¡Alá es grande!

Nizar Ibn Anar y Nur Ad Daula Ibn Ayub corrían repitiendo a grandes voces el botasilla árabe: «¡Caballeros de Alá!... ¡A caballo! ¡El Paraíso está delante de vosotros!»

Siguieron a los guerreros numerosos valientes

de Damasco, que no le tenían asco a la muerte. Entre ellos iba un niño, montado también en un brioso caballo y defendido de adarga y armado de alfanje: era Yusuf Ibn Ayub.

Los damascenos salieron de la ciudad, y viendo aumentar su número con los que estaban en los huertos, avanzaron confiados en la victoria.

Un clamor intenso llegaba hasta el cielo: ¡Alá es grande! ¡Afirmo que no hay otro dios que Alá y que Mahoma es su Profeta!

Y la algazara era numerosa y resuelta.

En los harenes, las mujeres y los ancianos lloraban y gemían despavoridos. Fátima, en cambio, no lloraba: vestida de hombre salió a los jardines de su palacio, logró burlar la vigilancia y se internó en las callejuelas damasquinas.

En un caravanserrallo trató con algunos mercaderes armenios y adquirió, a cambio de un collar de perlas, una vieja camella y malas armas.

La esposa amante probó la fuerza de un arco, lo encontró bueno y, con el ánimo encumbrado, encaminó la camella al encuentro de los combatientes.

En una callejuela oyó que la llamaban con desesperada voz y al detener la camella, temerosa de que la hubiesen descubierto, vió que Muza Ben Abbas llegaba a la carrera de un flaco caballo. Estaba defendido con un capacete que le quedaba grande; con una vieja y agujereada cota de mallas; con un escudo cubierto de abolladuras, y tenía una lanza herrumbrosa y un sable mellado.

— Te vi salir y te he seguido. Alá recompensará tu valentía; y quiero morir en la buena senda... Adelante, mujer, que yo sabré defenderte, y tú espantarás el miedo de los creyentes... Aguarda un instante: quiero recitar la oración del temor, que me hará invencible.

Se apeó Muza y, después de orar en medio de la callejuela, dijo con temblorosa voz:

— Si Nizar, mi señor, se entera de que te he dejado salir, me cortará la cabeza... ¿Sabrás defenderme?

— Sí, Muza, yo le diré la verdad. Alá le inspirará piedad, y serás perdonado. ¡Nizar no olvidará que tú le hacías jugar cuando era pequeño!

— ¡Oh, señora! Aquellos tiempos eran de bienestar: ¡las intrigas y la guerra han endurecido el corazón de mi señor!

— No temas. ¡Adelante!

Fátima hizo marchar la camella, y a la zaga fué el caballo de Muza Ben Abbas, cargado del pesado cuerpo del eunuco, que para infundirse valor no dejaba de repetir el nombre de Alá.

Al salir de la ciudad vieron el polvo que levantaban los guerreros y oyeron los rugidos sordos y monótonos de la muchedumbre enfurecida.

Fátima y Muza se atemorizaron, pero la beduina se dió ánimo gritando:

— ¡Ah, las racias de los caballeros del aduar! ¡Ah, el cielo despejado y los alaridos de los combatientes! ¡Alá, dame la fuerza para vencer y para

salvar, si es necesario, a mi bienamado! ¡Musulmanes, adelante! — y castigó a la camella, al mismo tiempo que cogió su arco y preparó las flechas.

Muza la siguió: preparándose a la muerte recitaba con cadencia de letanía:

— ¡Afirmo que no hay otro dios que Alá y que Mahoma es su Profeta!

En medio del tumulto Ak Sonkor oyó una voz de mujer, que decía:

— ¡Adelante, muslimes! ¡Alá nos conduce a la victoria!

Nizar reconoció la voz y detuvo su caballo. Fátima estaba a su lado, sobre una camella, de pie en el hodag, protegida con una cota de malla y un escudo. Estaba transfigurada por el entusiasmo y la fe.

— ¡Retrocede, mujer temeraria! ¡Tu vida está en peligro, y tu vida es la mía! Te ordené no salir del harén, ¡y me has desobedecido!

— ¿Y tú me lo reprochas? He de conllevar tus fatigas y riesgos: ¡soy árabe y beduina! ¡Nizar!: ¿olvidas que eres musulmán? El Emir de los Profetas, tú me lo has dicho, conquistó estas tierras que los infieles están profanando. ¿Olvidas las *gazúas* de los días venturosos? ¡Caballeros de Alá, adelante! ¿Permitirás, Emir, que Fátima pueda avergonzarse de su señor?

Al oír el apóstrofe de la mujer amada, el Almocadén redobló su fogosidad, y de su pecho salió este juramento:

— ¡Por Alá y por mi amada! ¡Juro por el Justo

y el Grande y por tu corazón, Fátima la bienvenida, que no te avergonzarás de tu señor! ¡He de vencer!

Nizar hizo girar su caballo y afrontó el grueso de las huestes francas, repitiendo: «¡Por Alá y por mi amada!»

Los cristianos habían salido de las empalizadas y ahora daban la cara, en gran número, dispuestos a rechazar al ataque.

Fátima, obligando siempre a su camella a marchar, decía con vehemencia:

> *¡Chihad! ¡Guerra Santa! ¡Los incrédulos se atemorizan y caen en los brazos de Chaitán!*
>
> *¡Adelante, creyentes! Iréis a beber las aguas del Kauzer que en el Paraiso corren por un lecho de piedras preciosas y de nieve, perfumadas de musco y de sabor de leche. ¡Adelante, musulmanes!*

Y avanzando:

> *Alá envía en socorro de los creyentes ejércitos invisibles; son miles de ángeles-guerreros. ¡Oh musulmanes, junto con vosotros combaten los ángeles* mocarrabin *enviados por el Dispensador de Victorias! Visten ricas ganduras y turbantes verdes, y sus caballos están cubiertos con pomposos paramentos. Sus armas son potentes y sus golpes mortíferos. ¡Musulmanes, adelante!*

Y siempre avanzando:

> *¡Chihad! ¡Guerra Santa! Los que mueren dando testimonio de su fe gozarán, al instante, de las infinitas delicias celestes. ¡Se bañarán en aguas cristalinas! Recibirán las caricias de vírgenes eternas — poseedoras de ojos seductores con mirar recatado —, y agraciadas con cuerpos color de perlas; con cabellos largos y azules como las noches, ¡y con senos enhiestos y redondos como globitos de marfil![1]*
>
> *¡Chihad, guerra santa!*

Los francos aumentaron sus tropas y lograron rodear a los creyentes. La matanza fué cruenta; los enemigos se superaban en combatividad y en crudeza.

Una saeta punzó el cuello del joven Nur Ad Daula Schahinschah Ibn Ayub y lo derribó del caballo, no lejos de una de las puertas de la ciudad.

Al ver abatido a su hermano, Yusuf saltó a tierra, pronunció en los oídos del moribundo la profesión de fe y, con seguridad y fuerzas sorprendentes en su edad, hizo frente a dos cristianos.

Ak Sonkor vió la proeza del niño Yusuf: se

---

1) Alusión al Corán, Sura XXXVII, aleyas 45-47 y Sura LVI, aleya 22.

arrojó sobre quienes se disponían a darle muerte y sembró, con su alfanje, cuerpos de cristianos en las tierras de Alá. Mientras derribaba infieles, el Emir poeta cantaba:

¡Oh, mujer que redoblas la serenidad de este grupo de indómitos; Alá te ha enviado para hacernos victoriosos!

Mi caballo, hermoso como los cien de Soleimán, es fuerte, y no teme el embate. El «Castigo de Alá» se ensaña, y es todo sangre.

Conquistaremos tierras y pueblos de Dar Al Harb *y la Revelación iluminará a los que hoy viven en las tinieblas. ¡Cuando se sienta* El Grito, *anunciando* La Hora, *los incrédulos serán arrojados al fuego y vivirán en agua hirviente, envueltos en un torbellino de humo espeso!*

¡Caballeros de Alá, adelante!

Fátima avanzaba siempre, y su arco despachaba flechas como gotas al llover arroja el cielo.

Un hombre del bando musulmán llegó al pie de la camella de Fátima, armó un arco y disparó una saeta... Felizmente la flecha se clavó en un madero del hodag. Volvió el hombre a armar el arco, pero habiéndolo visto Muza se precipitó sobre él y lo hirió, con su roída espada, en el pecho. El hombre

recibió el golpe sin inmutarse: desnudó su alfanje y derribó al eunuco del caballo dándole un golpe tajante en el brazo.

Muza se consideró muerto y se arrojó a tierra.

— ¡Afirmo que no hay dios más que Alá — decía —, y que Mahoma es el Mensajero de Alá!... ¡Oh, Fátima!, defiéndete... ¡Ak Sonkor!, tu bienamada está en peligro... —, y luego hizo silencio.

Nizar oyó las voces de Muza, apresuró su yegua, y con un golpe de alfanje tronchó la cabeza del traicionero, como si hubiese cortado una manzana del árbol.

— ¡Puerco ismaeliano, hijo de perro, te irás al infierno! — maldijo Nizar.

Muy contento Muza de que el Ángel Azaraíl no le hubiese arrebatado la vida, comprendió que para alejar todo peligro le convenía ser considerado muerto, y se quedó mucho tiempo inmóvil. Con un ojo, que abrió con muchas precauciones para evitar ser visto, comprobó que estaba solo y que no corría peligro. Rápidamente se puso de pie, se secó con las haldas de su caftán la herida del brazo y echó a correr hacia la ciudad, prorrumpiendo en voces de dolor y divulgando que se moría.

Antes del ocaso se recibió una grata noticia: de la Bekaa llegaban refuerzos de veinte mil curdos y turcomanos. Con ellos los defensores sumarían ciento treinta mil lanzas y arcos.

La confianza en el triunfo final dió la victoria a los creyentes.

¡Oh, Emir!:

Fátima volvió al harén donde encontró a Muza quejándose de una herida mortal que no existía. Personalmente lo convenció de que sólo tenía un tajo superficial, que cerraría muy pronto, y le agradeció haberle salvado la vida.

En el momento en que la joven beduina recompensaba con una sortija al eunuco, entraron en la habitación Mariam y Amina, y la insultaron por perfidia hacia el bienamado.

Fátima las escuchó en silencio, interiormente martirizada por la injusta aversión que causaba a las que debieron ser compañeras y no enemigas, y, al fin, les dijo con infinita dulzura:

— ¡Alá os perdone y os evite en la vida futura las dolencias que os causan los celos!... Yo no tengo en nada la culpa, y en mi corazón se anidan los mejores deseos... ¡bien lo sabe el Sabedor Supremo!

Muza expulsó con violencia a las vituperables e irritadas esposas; obligó a Fátima a retirarse a la alcoba para reposar, e hizo que las esclavas le trajesen agua y perfumes para las abluciones.

La enamorada permaneció mucho tiempo sin dormir. Esperanzada en ver llegar a Nizar, vió venir la claridad del alba, y fué entonces cuando una esclava le entregó un pliego escrito:

— ¿Sabes leer, Esma?

— Llama a Muza que fué taleb...

Muza tardó mucho tiempo en llegar, y Fátima lo reprendió como a un niño:

— ¿No sabías, torpe, que te llamaba para que me leyeses una carta de Nizar?... Lee, y no te interrumpas...

Muza exigió que se encendiese un velón; miró largamente el papel doblado; quebró el sello y, después de pasar la vista por todo el escrito, comenzó a leer con lánguido acento y lentitud fastidiosa:

— «¡Alá es clemente y misericordioso!

«Bienamada: El Vidente (¡venerémosle!) nos dió fuerzas para resistir. ¡Loado sea el Dador de Victorias! Tus desobediencias a mis órdenes no son perdonables, porque te expones a partir al Cielo, y sabes que yo no podré vivir en la tierra sin tus caricias.

«¡Eres mujer! Te prohibo repetir la salida al campo de batalla, donde Nizar Ak Sonkor se debe bastar. ¡Pienso ahora en las venturas venideras, cuando, victorioso, pueda besar tus senos, morder tus labios, y hacerte madre, con las delicias que sólo tú eres capaz de ofrecer!

«Muza Ben Abbas recibe, con esta carta, la orden terminante de impedirte salir del Palacio. Si no sabe evitarlo, verá, al instante, clavada su cabeza en la moharra de una pica...»

Suspendió Muza la lectura: se le había anudado la garganta. Se pasó las manos por el cuello, hipó, y preguntó amargamente:

— ¿Has oído, Fátima? ¿Has oído?

— Sí, y en ese caso Alá te llevaría al Cielo con presteza, porque tu desobediencia se debería a quererlo servir... ¡Prosigue, Muza, prosigue...!

Después de un instante, Muza continuó leyendo con desgana:

— «Al volver vencedor quiero ser recibido en mi harén por tus cálidos brazos y tus labios sonrientes».

— Tiene mucha razón — interrumpió Muza suavemente.

— Continúa, continúa...

— «Estoy en las almenas y no puedo abandonar mi puesto. Mañana, si Alá lo permite, volveré a salir en demanda del nuevo campeón cristiano que se atreva a aceptar mi reto. Tú, mujer, recuerda que has de ser la madre de mi hijo, y yo no olvido que he de ser el victorioso que te llenará de orgullo. Alá es grande, y no tiene compañeros. Amén.»

— ¡Nuestro hijo!... ¡Nuestro hijo! — dijo Fátima con palabra cansada, y luego lloró serenamente.

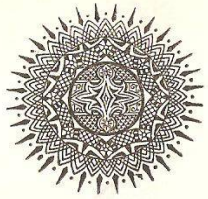
Muza Ben Abbas apagó el velón y luego se arrodilló a los pies de Fátima, besó el suelo, y dijo:

— Debo obedecer, y ya no podrás salir del harén, ¡señora mía!

— ¡Hágase la voluntad de Alá y de mi bienamado!

Dolores agudísimos postraron a Fátima... Cuando el almuedano del Palacio entonó el pregón matinal, constató que ya no podría ser madre...

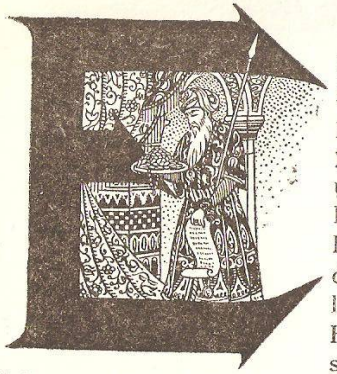
(¡Alá es infalible, y lo que determina es siempre justo!).



XLIII

AMENAZAS Y OFRECIMIENTOS

¡Oh, Emir!: si con amenazas y violencias no sucumben tus enemigos, ofréceles dádivas y besarán tus pies.



EL SULTÁN DE MOSUL, Seif Eddin Gazí, había pregonado la gazúa y reclutó rápidamente un ejército numeroso. En marcha forzada por los penosos y árduos desiertos de Esch Scham, llegó a la ciudad de Homs, acompañado de su hermano Nur Eddin Mohammud, Sultán de Alepo.

Desde Homs, separada de Esch Scham como tú bien lo sabes, ¡oh Emir!, por más de treinta y tres parasangas, Seif Eddin envió un mensajero a la ciudad bloqueada, para comunicar al Sultán Mejdir Eddin Abak y a su Gran Visir, que, accediendo al

pedido de auxilio, estaba dispuesto a socorrerlos. El enviado entregó un parte a Moin Eddin, que decía: «He llegado a Homs con todos los hombres «de mi Reino que están en condiciones de tomar las «armas. Si es necesario que corra en vuestra ayuda «deberá establecerse en Damasco uno de mis emires «con un cuerpo de tropa. Si en el campo fuese de«rrotado y mi ejército no pudiese entrar en la ciu«dad para defenderse, ninguno de los míos podría «salvarse — ¡tan lejos está mi Reino! —, y los fran«cos se apoderarían fácilmente de Damasco y de «otros lugares y tierras.

«Os juro que, si la victoria es nuestra, no me «quedaré en la ciudad un día más del necesario pa«ra alejar totalmente al enemigo y para que mis «tropas efectúen la evacuación. Retornaré de inme«diato a mi país.»

Asimismo, el Sultán de Mosul escribió a los réprobos llegados de Occidente una carta llena de conminaciones y amenazas. Les noticiaba que si los cristianos no resolvían regresar a sus posesiones, pronto avanzaría con sus invencibles guerreros, y entonces la ventaja de los musulmanes sería segura, y la derrota cristiana muy penosa. Llegaría con ánimo de acabarlos, no perdonando ni una vida, y no deteniéndose hasta las orillas del mar.

Moin Eddin Anar conocía muy bien las ambiciones del Señor de Mosul y dilató la respuesta. Quiso hacer, solo, un último esfuerzo.

Desde el atardecer de la tercera jornada de

sitio efectivo, el Gran Visir tenía amplia confirmación de las noticias suministradas por los cristianos felones, y estaba enterado en detalle de las rivalidades existentes entre los *poullains* y los francos de Occidente. Sus informaciones eran muy fidedignas merced a la sagacidad de los espías que había enviado a los reales de los cercadores. Ellos supieron catar la importancia de los bastimentos y armas; calar, con mucha perspicacia, los designios de los reyes y de sus allegados y la rapacidad de los más simples infieles.

Como hombre de buen consejo, Moin Eddin Anar confió a la industria lo que le parecía difícil y lento obtener con las armas.

¡Oh, Emir!:

Así fué como esa mañana del cálido Yum altelata 8,[1] quinto día de asedio efectivo, amaneció viendo el campo sin combatientes.

Moin Eddin hizo llegar a manos de los reyes de Occidente un pliego en el cual les decía: «El «Sultán de Oriente llegará con un ejército al cual «vosotros no podréis resistir. En consecuencia, ale«jaos; de otro modo yo le entregaré la ciudad y vo«sotros no podréis escapar a su venganza.»

Envió también confidentes al Rey de Sahel, al régulo de Tabariya llamado Guillermo de Bures — con quien había tenido muy buena amistad en tiempos de las treguas — y a otros nobles cristianos

[1] Martes, 27 de Julio.

de Oriente. A todos ellos les escribió diciendo: «Os «encontráis en una alternativa enojosa: si los francos «llegados de ultramar se enseñorean de Damasco «se guardarán para ellos la ciudad, y vosotros, cris«tianos de Sahel, correréis el peligro de perder to«dos los señoríos que en este momento poseéis. Si «yo me veo forzado por la necesidad a entregar la «plaza a Seif Eddin, Sultán de Oriente, sabéis muy «bien que no podréis impedir que se ampare muy «pronto de Jerusalén.»

Junto con esas advertencias, y por medio de sus enviados, hizo ofrecimientos muy gratos a los malditos: prometió entregar doscientas cincuenta mil monedas de oro. Doscientas mil al Rey de Jerusalén y el resto al Conde de Tabariya, si convencían al Emperador de la necesidad de levantar el sitio y alejarse para siempre de la ciudad.

Las amenazas de Seif Eddin Gazí consternaron a todos los francos y las promesas de Moin Eddin Anar estimularon la codicia, la indecisión y la discordia.

Los francos ya no guerrearon: muy pocos hacían frente a los grupos de férvidos damascenos que los atacaban. La mayoría de los cristianos se dedicaba a curar sus heridas, a reparar sus armas y, sobre todo, a trabar acaloradas, largas y tontas disputas, para los nuestros muy provechosas.

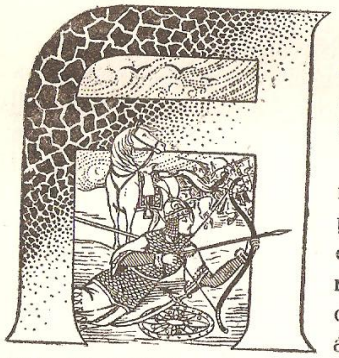
Los desmedidos apetitos minaban la unidad y la eficacia de los sitiadores.

¡Alá oía las plegarias de los musulmanes!

XLIV

EL HALCÓN ABATIDO

¡Oh, Emir!:



K SONKOR NO podía aquietarse mientras los enemigos continuaban a las puertas de la ciudad.

El Almocadén no ignoraba el ardid desplegado por su padre: conocía bien las promesas que había hecho y el mal estado de ánimo de los francos, pero no resistía al impulso de salir nuevamente a medirse con los adversarios. ¡Deseaba vencerlos batallando!

Nizar se encaró con el favorito Al Yaruki y le incriminó su cobardía al aconsejar a los emires la conveniencia de detener la acción, en espera del resultado de las intrigas iniciadas por el Gran Visir.

Separando de un brusco empellón al favorito que pretendía impedirle la entrada al diván de su

padre, el Almocadén abrió una puerta con violencia. Avanzó un paso y se plantó. El Gran Visir hablaba con varios emires y con un prisionero franco.

El Visir y los emires, sorprendidos por la apostura provocadora de Nizar, suspendieron la conversación.

Trémulo de enojo, Ak Sonkor habló con acrimonia:

— ¡No es así como ganan la guerra los creyentes! ¡Emires! ¡Padre!: ¿qué hacéis que no volvéis al frente de nuestros soldados y de los damascenos, que murmuran justamente irritados por la indolencia de sus caudillos?

Desenvainó su alfanje, dió con el acero un fuerte golpe sobre el pavés, y dijo:

— ¡Por Alá y por mi amada!

Dejó suspensos a sus oyentes y se alejó por los corredores, llegó al jardín, montó a caballo, y enderezó al Alcázar.

El atrevido Almocadén penetró de improviso en el diván del Sultán. Encontró al soberano rodeado de varios efebos y poetas que miraban, con repugnancia, una partida de ajedrez del Sultán contra un hindú.

Nizar permaneció un instante observando la escena. Reinaba gran silencio. Un allegado saludó a Ak Sonkor, y le informó de que el Sultán había conquistado al hindú muchos collares de perlas; que, apostando grandes sumas de oro, también le ganó

los cinco dedos de la mano izquierda, y que ahora estaba a punto de hacerle perder todo el puño.

Ak Sonkor se acercó a los jugadores. Efectivamente: ante piezas muy grandes, traídas por el hindú, labradas en marfil y representando hombres y elefantes, el Sultán sonreía. El tablero y las piezas estaban manchados de sangre.

El seco hindú tenía la tez color aceituna, los labios temblorosos y la mirada exaltada. Sus pringosas ropas tenían lamparones de sangre. A su lado había un brasero ardiendo y sobre las brasas un recipiente con un líquido rojo que hervía. Sobre un platillo de oro estaban cinco dedos destroncados, morenos, largos, con las uñas lívidas. Diez gruesas gotas de sangre sobre el mosaico del suelo parecían estrellas infernales.

El Sultán hizo la última jugada, y dijo: ¡Jaque!

El hindú desenvainó rápidamente un gran puñal *harrí*, apoyó el brazo sobre el suelo y dió un fuerte hachazo. Sin dar un quejido ni mudar el semblante se cortó el puño izquierdo, metiendo el brazo en el recipiente del líquido hirviente.[1]

Un vendaval de ira conmovió al levantisco Almocadén, al ver la desvergonzada dejadez de Mejdir Eddin Abak, en momentos tan supremos. En un transporte incontenible de rebeldía, Nizar dió un

1) Estas amputaciones eran frecuentes en esa época entre los jugadores hindúes. En LES PRAIRIES D'OR de Maçoudi, Tomo III, se cuenta también un episodio parecido.

golpe con el pie sobre el tablero, descalabrando las piezas.

Lleno de coraje, encarándose con el remiso Sultán, Nizar lo vejó con esta improvisada invectiva:

Desde extramuros llega el clamor del combate: ¿no envidiáis, damascenos, a los que mueren en la buena senda?

En extramuros se adivina el eco de músicas apacibles y el canto de efebos blancos y cariñosos.

Los combatientes se preguntan: ¿Hay creyentes capaces de olvidar que el islam está en peligro? ¿Hay quien pueda creer que se lo defiende con la molicie y con el menguado placer?

El Sultán recibió la injuria con velada tranquilidad.

Un poeta, que había ganado hacía poco la voluntad de Mejdir Eddin Abak, le dijo en voz muy baja:

— ¡Oh Sultán! ¿Permitirás que un simple almocadén te ofenda en esta forma? Una sola palabra...

El Sultán llamó a un mameluco, y le dijo al oído:

— Cuando Ak Sonkor salga del Palacio, prendelo, enciérralo en un tabuco de la alcazaba, y espera mis órdenes.

Ak Sonkor advirtió que algo se tramaba en su contra. Hizo varias zalemas y se despidió:

— ¡Oh, Sultán y señor!: ¡Alá recompensa a los mártires! Salgo de aquí para atacar y hacer besar la tierra a los cristianos, con riesgo de mi vida. ¡Que Alá me proteja! —, y retiróse con súbito y marcado paso: el arrostrado alfanje golpeaba rítmicamente el mosaico de la sala... ¡martillazos que resonaban con la insolencia de un insulto!...

Al salir del Alcázar, Ak Sonkor vió que faltaba su caballo y lo buscó con inquietud. Pronto se encontró frente al mameluco que había visto junto a Mejdir Eddin Abak. Tomando sus precauciones le ordenó:

— ¡Devuelve mi caballo!

— Obedece a la voluntad de nuestro Señor...

— Obedeceré... ¡si se me vence!...

Al verse rodeado de varios mamelucos, Ak Sonkor desenvainó el alfanje, pero no le fué necesario emplearlo, porque un soldado de la guardia le traía su caballo y haciale señas, indicándole que le convenía montar cuanto antes.

Ak Sonkor amenazó con su arma a los mamelucos, se puso de un salto sobre el caballo, y salió a toda carrera acompañado de algunos soldados adictos.

Un pelotón de mamelucos los siguió, sin poderles dar alcance.

El Almocadén salió de la ciudad apellidando a la guerra, seguido por muchos damascenos y por unos cuantos soldados de la guardia, que le eran fieles.

Había pasado la hora de zohor, y Fátima estaba en su harén como leona enjaulada. ¿Qué haría su bienamado? ¿Guerrearía o aun estaría en las almenas? Exigió a Muza que enviase esclavos para averiguar el paradero del Almocadén, y cuando le trajeron la nueva de que había salido de la ciudad al frente de sus soldados y de muchos damascenos, ordenó, con voluntariosa energía, al esclavo portador de la noticia:

— Ensilla mi camella y tráeme las armas...

— ¡No, Fátima, no saldrás!... — exclamó Muza Ben Abbas.

— ¡Alá me lo ordena! Anoche soñé que Ak Sonkor me reclamaba... ¡He de salir aunque tenga que pasar sobre tu cuerpo, Muza! ¡Alá me lo ordena! ¿Qué me importa la vida si ya no seré madre?...

Fátima parecía iluminada por celestial bendición. Menuda de cuerpo, ahora se agrandaba a los ojos de los esclavos y de Muza. El imperio de su mirada empequeñecía a todos.

— ¡Aquí mis armas! — ordenaba haciendo retumbar su voz en la amplitud de la cámara.

— Los genios maléficos te están torturando el alma, señora —, manifestó Muza prosternado ante Fátima, y llorando de miedo.

De pronto el eunuco se puso de pie; corrió hacia las esclavas que en un extremo de la sala miraban aterradas la irreductible violencia de Fátima, les ordenó traer un laúd y panderos, cantar y

bailar para distraer a la porfiada, y alejarle sus malos pensamientos.

Fátima recibió a las esclavas con enfado, les arrebató el laúd y lo hizo añicos sobre el mosaico, repitiendo:

— ¡Alá me lo ordena!

— ¡Los genios maléficos te conturban! — gritaba Muza buscando en sus ropas el frasquito del líquido mágico. Después de revisar inútilmente todos los pliegues de su traje y de desdoblar su turbante, comprobó que había perdido o le habían robado la prodigiosa mixtura.

Protestó el eunuco, golpeóse el pecho, se rasguñó la cara, se golpeó la cabeza con mucha fuerza en las paredes, quejándose entre sollozos:

— ¡Ya no podré ver lo recóndito! ¡Oh, malditos chaiathín! ¡Oh, miserables ismaelianos: me habéis robado lo que ya no podré reemplazar! — y quedó sumergido en tristes meditaciones.

Fátima aprovechó la desesperación de Muza para alejar a las danzarinas, y aproximándose al eunuco le dijo con blandura:

— ¡Ahora recuerdo! Seguramente has olvidado el frasco en el baño; cuando penetrastes, después de mis abluciones...

Lo creyó posible Muza y entró en la alhama, pero así como estuvo dentro, Fátima cerró la puerta y le echó la llave.

Muza advirtió tarde la estratagema y dió grandes voces sin que nadie pudiese oírle: los muros

eran muy espesos y no había ventanas. Los mil ojos de vidrio de las veinte bóvedas parecían mirarle con burla...

¡Oh, Emir!:

Fátima se apresuró a salir del harén, llegó a un lugar apartado del jardín, y encontró su camella ensillada, sus armas y a tres negros esclavos bien montados.

Al franquear la puerta del Palacio, después que los negros domeñaron a tres guardias, Fátima oyó las voces de Mariam y Amina que le decían:

— ¡Adúltera!...

— ¡Beduina infame, te irás en derechura al infierno!

¡Oh, Emir!:

Al mostrarse Ak Sonkor frente al enemigo, alzó su alfanje, espoleó su caballo y, bramando: «¡Caballeros de Alá, adelante!», afrontó a un centenar de soldados del Emperador pidiendo campo.

La lid fué horrenda. No eran hombres los que peleaban, eran leones. Todos estaban heridos; el sudor y la sangre aumentaban la fiereza de sus semblantes.

Los francos, ¡oh Emir!, son malditos y tienen innumerables defectos, pero son diestros caballeros y combatientes tercos y valerosos.

Ak Sonkor luchaba contra diez y los sometía, pero al dar un salto, el caballo rodó sobre un tronco de árbol y el guerrero, arrojado con violencia a tierra, de caballero quedó convertido en infante, de-

fendido con su pavés y su alfanje. No perdió por eso su acometividad y continuó humillando cristianos.

Un creyente se puso al lado de Nizar y le dijo:

— ¡Almocadén!: aquí tienes tu caballo. Monta de nuevo y huye: son muchos los que te atacan...

Ak Sonkor no se hizo repetir el ofrecimiento y de un salto estaba otra vez sobre su yegua, pero no huyó: al contrario, se apartó del grupo de los atacantes y arremetió contra dos caballeros que estaban acometiendo cobardemente a un anciano y a una mujer, que se defendían con la entereza peculiar de avezados guerreros. Los dos francos tenían buenas monturas, estaban muy bien defendidos y mejor armados, pero ninguno de los dos tenía lanza y Nizar, fundiendo en su pecho heroísmo y fe, llegó de improviso sobre ellos. Vió que uno tenía la loriga rota y la sobaquera derecha de la armadura desprendida; comprendió que en esa parte débil podría herirlo. No era fácil, pero lo intentó. Amagóle un golpe, el franco alzó el brazo y la espada para pararlo, pero Nizar con rapidez de rayo encajó la punta de su alfanje en la axila descubierta. Desde ese momento el franco estaba vencido, y no fué enemigo para preocupar. Lo descuidó el Emir para embestir al otro, y le fué posible desarmarlo de una cuchillada que le dió en el guatelete, ya destruído por otros cortes recibidos en anteriores encuentros.

Se disponía Nizar a buscar nuevos combatientes

cuando recibieron los cristianos importantes refuerzos, y aceleraron la acometida. Entre los bárbaros había venido un hombre grande, sañudo y bien armado, que pudo ponerse detrás de Nizar y, por la espalda, — ¡el muy cobarde! — le espetó una lanza, y lo derribó.

Ak Sonkor gritó:

— ¡Por Alá y por mi amada! ¡No hay otro dios que Alá y Mahoma es su profeta!

Nizar Ak Sonkor Ibn Anar, desde lo más alto de su heroísmo abatió las alas, y cayó vencido por un arma aleve.

Desde su montura Fátima daba voces llamando a Nizar, sin poderle encontrar en la enmarañada turba combatiente, ni podían dar con él los tres esclavos que la acompañaban.

Una flecha, perforando la cota, hirió ligeramente a Fátima en el pecho, pero la combatiente no se arredró. En ese mismo instante, vió caer, a poca distancia, al bienamado, vencido por el brazo traicionero... Fátima disparó una saeta. El Justiciero le dió la dirección y la fuerza necesarias para encontrar el punto vulnerable de la armadura del cobarde, y el cristiano — ¡hijo de perro! — quedó sin vida.

Los esclavos que acompañaban a Fátima arremetieron con férrea pertinacia contra los ferales adversarios, y nadie supo más de ellos (¡Alá los llamó, sin duda, a la gloria!).

Faltándoles el caudillo, los musulmanes perdieron confianza y se precipitaron hacia los huertos

y la ciudad, arrollando a las mujeres que querían evitarles la vergüenza de la retirada.

La camella de Fátima quedó sola. Debilitado por las heridas que recibió en el combate del día anterior, y ahora cubierto de flechas y punzadas, el animal se extinguió.

Fátima, al verse a pie, combatió sin miedo hasta que un cristiano, con un fuerte golpe de espada, la dejó inerme y la hizo prisionera. Al reconocerla mujer, los malvados se disputaron su posesión: con grandes esfuerzos la llevaron a las empalizadas.

Fátima clamaba:

— ¡Nizar Ak Sonkor Ibn Anar! ¡No hay otro dios que Alá y Mahoma es su Profeta! ¡Creyentes, una flecha para esta mujer musulmana!

Repuestos del primer instante de pavura, renacida la confianza con la llegada de nuevas fuerzas, los damascenos volvieron a embestir y, al cabo de larga lucha, liberaron a Fátima.

Nizar cogió un arco y una flecha que estaban a su lado y débilmente disparó una saeta hacia el campo contrario. En ese mismo momento, en la hora de la oración de la tarde, al poeta guerrero se le acabó la vida (¡que el Sublime lo tenga en la habitación más alta!).

La esposa guerrera corrió en busca del bienamado y, al encontrarlo muerto, cogió de su seno frascos de esencias de rosas de *Chur* y de Kawar y las vació sobre las ropas ensangrentadas de Nizar

Con el alfanje de Ak Sonkor en alto, la enamorada amenazó a los infieles:

— ¡El arma de este mártir me hará triunfadora!

El «Castigo de Alá», blandido por Fátima, flameó milagrosamente como un rayo de anatema, y su paso por las filas de impíos fué a la muerte lo que el hilo a las perlas.

Al anochecer, los curdos de la Bekaa llegaban a Damasco. Los francos les hicieron frente sin mayor energía. Cuando el cielo se tornó color de zafiro los musulmanes eran victoriosos.

Sobre Esch Scham se cernió la más honda tristeza: ¡Nizar Ak Sonkor Ibn Anar había muerto! ¡Oh, Emir!:

Fátima se encontró acostada en su lecho, rodeada del Gran Visir, de la madre de Nizar y de sus esclavas. También estaba Muza, que había sido liberado de su prisión gracias a haberse encontrado la llave de la alhama en las ropas de la heroína.

La herida en el pecho que recibiera Fátima esa tarde no era grave, pero la esposa amante estaba caída y abismada en punzante amargura por las emociones de la guerra y por el indescriptible, profundísimo y justificado dolor que le causaba la muerte de Nizar (¡Alá le multiplique las dichas!).

Cuando Fátima abrió los ojos, después de un largo y pesado sueño, dijo con lene acento:

— ¡Nizar!...

— Está en el cielo... —, respondió la madre del Emir, entre sollozos.

En el Palacio de Nizar Ak Sonkor Ibn Anar se oían, por todos los rincones, llantos de hombres y mujeres.

Las esposas en quienes predominaran los celos, ahora arrepentidas, se rasguñaban las mejillas, y abrazando a sus hijos pronunciaban a gritos el nombre de Nizar. Pedían a Alá que lo tuviese en evidencia, y que perdonase a ellas sus pecados.

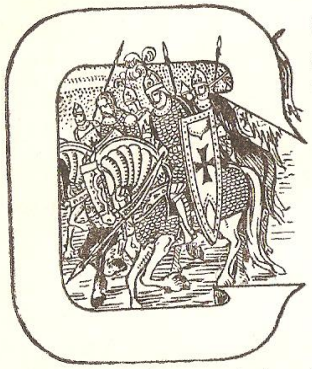
El Gran Visir se esforzó por aparecer conformado con la voluntad del que todo lo dispone con justicia y buen orden, sin lograr impedir que las lágrimas se deslizasen por entre los cabellos blancos de su barba.

(¡Alá es grande, es bueno, ¡es el más bueno!, y recompensa a los creyentes!).

XLV

LA VICTORIA DE ALÁ

¡Oh, Emir!:



CON LA NOCHE comenzaba el Yum alarbaa, quinto día de cerco efectivo.[1]

El Emperador, los reyes de Occidente y de Sahel, los grandes señores y los almocadenes cristianos, se reunieron en consejo. La tribulación y la perplejidad eran grandes: consideraban, con justeza, lo apretado del trance en que se encontraban; sabían que, en el caso fortuito de poder resistir a las fuerzas de Seif Eddin Gazí, tendrían que hacer un sitio largo y fastidioso.

Después de interminables deliberaciones y violentos altercados en los que la emulación, la ava-

1) En realidad aun se estaba en la noche del cuarto día de sitio. Ya he dicho que los musulmanes comienzan a contar los días desde la puesta del sol.

ricia, la envidia y la sospecha más negra se manifestaron con aspereza, los cristianos de Sahel lograron persuadir al Emperador y al Rey de los francos de Occidente, de que convenía intentar el ataque por otros lados de la ciudad. Al Oriente y al Sud las tierras eran rasas y las murallas bajas y fácilmente vencibles, afirmaban los poullains.

Y acaeció lo previsto por el avisado Gran Visir.

La aurora[1] vió a los infieles moverse apresuradamente hacia las otras partes de la ciudad y armar dos máquinas de asalto y arietes con troncos de árboles, que luego no pudieron transportar.

Bien situado frente a las murallas, el enemigo se disponía a arremeter con violencia.

En las antiguas posiciones quedaban ardiendo algunas casas: expedían llamas muy altas, y humo espeso flotaba pesadamente en el cielo.

Tan pronto como los nuestros terminaron la oración de sobh, hostilizaron a los bloqueadores con piedras, flechas y dardos arrojados con gran destreza desde las almenas y barbacanas.

Mientras Moin Eddin Anar, prescindiendo totalmente de consultar al Sultán, dirigía desde su diván la defensa de la ciudad y tenía los hilos de la trama que urdía en los cuarteles enemigos, el Emir Nadgem Eddin Ayub, por orden del Visir, estaba en las almenas comandando a los arqueros. Su alta

1) Ya era el quinto día de sitio, el Miercoles 28.

figura, alargada por un casco puntiagudo, surgía en las aspilleras sin miedo a las piedras y saetas que le tiraban desde abajo. Daba órdenes con voz tonante, sobrepasando los estallidos de violentas injurias que arrojaban los sagitarios creyentes al enemigo.

Los defensores daban gracias al Altísimo, porque ahora tenían esperanzas de triunfo. Los muros eran sólidos y no podían ser vencidos.

Los cristianos advirtieron su error. ¡Ya era tarde! No podrían permanecer en ese lugar, donde las murallas estaban muy bien fraguadas y se erguían fuertes, altas, inexpugnables, y hasta donde les era imposible espaldonar su campamento. Les faltaban sombras, agua y praderas para las caballerías, y les era muy difícil avituallarse.

No podían pensar en retornar a los huertos, porque los damascenos los habían ocupado todos y redoblado la defensa; no podían construir nuevas e indispensables catapultas, almajaneques ni arietes ni tan siquiera simples escalas, porque les faltaban los árboles.

En todas las bocas surgió la acusadora palabra: ¡traición! Nadie se sentía dispuesto a sacrificar la vida en inútiles esfuerzos, sabiendo que habían sido engañados por sus propios señores.

Entre los hombres de Sahel se comenzó, prematuramente y en voz baja, a discutir el reparto del oro que debía enviarles el Gran Visir.

El Emperador de los alemanes y el Rey franco

de Poniente se convencieron de que era imposible evitar un desastre, y, con el ánimo abatido, carcomida la honra, abandonaron la empresa.

Los infames que pretendieron mancillar la ciudad más hermosa del mundo y justo orgullo de los musulmanes, liaron sus enseres y tiendas, y abajaron las armas. Tomaron el camino de regreso al mar, desalentados, con paso torpe, sin lustre, con la frente gacha, la altivez lacia; se retiraban con los aceros, pendones y estandartes declinados, las corazas rotas y sangrientas, las ropas guiñaposas, las aljabas vacías; se marchaban, destrozada la soberbia, diezmadas sus huestes, y con los atambores y añafiles silenciosos. La caballería cristiana partía remisa y aplastada, con las bardas deshechas.

Detrás seguían los mercaderes con sus carros desprovistos: los chirríos continuos, agrios, estridentes de las grandes ruedas reemplazaban a las marciales cadencias de hacía sólo cinco días.

Los únicos cristianos satisfechos eran los mercaderes: habían medrado muy bien; ¿qué les importaba el resto?

Entre la soldadesca dispersa, y rodeados de señores, se llevaban los palanquines conduciendo a las mujeres nobles, que lloraban la menguada suerte de sus esposos.

Las escaramuzas de retirada fueron pequeñas y el seguimiento fué pronto suspendido: poco podían ganar los damascenos a cambio de la vida que arriesgaban. Los cristianos habían alzado el sitio

hambreados y muy desposeídos; sólo habían podido saquear lo existente en las casas de los huertos, que era muy poca cosa. Los baldonados, con gran enojo, debieron acallar sus apetitos de saco y presa de la riquísima ciudad de Damasco. ¡Oh, qué manso fué ese postrer alarde, convertido en una bochornosa marcha doliente de vanidades tronzadas!

Esa tarde del Yum alarbaa, 9 de Rabi al Aual,[1] quinto día de sitio efectivo y sexto desde el que los francos acamparon en Darie, el sol se puso con una magnificencia sublime: todo era carmín y gualda, y parecía como que los infieles se encaminaban hacia el infierno: hogueras de incendio y llamaradas de nubes surgían de tramontana.

Cuando los cristianos estaban ya muy lejos de Esch Scham, envueltos en la calina del crepúsculo, los traidores de El Kuds y de Tabariya supieron que habían sido burlados: las doscientas cincuenta mil monedas de oro entregadas esa madrugada en nombre del Gran Visir eran de simple y vil cobre dorado.

¡Oh, Emir!: la alevosía debe pagarse con moneda falsa. Sería estulticia pagar con bueno lo que es malvado.

(¡Alá es el Justo por excelencia, el Único, el Misericordioso, el Omnisciente, el Clemente, y es el supremo donador de bienaventuranza!).

1) Miércoles 28 de Julio.

XLVI

UN JÁCULO EN EL CORAZÓN

¡Oh, Emir!:

N LA OSCURIDAD de la noche que sucedió a la retirada de los cristianos, salieron de la ciudad Moin Eddin Anar, su esposa circasiana madre del mártir, y Fátima. Marchaban silenciosos, cabizbajos. Damasco era triunfadora, pero los corazones de esos tres creyentes estaban vencidos. ¡Nizar Ak Sonkor había muerto! Sabían que estaba en el cielo más alto, pero, los que quedaban en la tierra y le amaban, no podrían conformarse con la voluntad del que crea y destruye.

Bajo la tenebrosa noche, en los lugares que fueron campo de batalla, muchos enterradores trabajaban sin descanso; hombres y mujeres con antorchas y faroles buscaban a sus parientes desaparecidos. Las

luces y los fuegos oscilantes aumentaban la desolación y tristeza de esos campos, que anteriormente habían sido floridos y alegres. Los lamentos de los heridos que demoraban en morir; el llanto de los deudos que encontraban a sus parientes muertos; el trágico aullido de los chacales que se hartaban, producían horripilante desconsuelo, frialdad macabra... ¡Oh los cristianos, Alá no los perdone!

Las antorchas llevadas por varios esclavos, al frente de los que iba Muza Ben Abbas, permitieron encontrar, entre miles de cadáveres de hombres y bestias, el cuerpo frío del bienamado.

Los despojos del Almocadén, emir de los guerreros, de los poetas y de los enamorados, fueron cubiertos con el sudario de su turbante blanco. Musitando suras del Corán, llevaron al muerto a un lugar solitario del Barada; lo bañaron con esmero y le dieron sepultura en medio de un jardín, no lejos del río.

Después de haber rezado largo tiempo, y sin detener el llanto, el fúnebre cortejo del Visir, de su esposa y de Fátima regresó a la ciudad.

Fátima no entró al harén: se detuvo bajo el dintel de una puerta; oyó el llanto de las esposas viudas y de las esclavas, y se alejó por un escondido camino. Llegó a los huertos, y tomó la senda que la condujo a la tumba del inolvidable.

Sobre el túmulo de tierra que cubría a Ak Sonkor puso el alfanje del paladín y se arrojó al

suelo sollozando: con las uñas se ensangrentó las mejillas y la frente.

Fátima no había advertido que, desde la puerta de la ciudad, la seguió rezagado un hombre enjuto.

Escondido en la espesura de las matas, el hombre acechó largo tiempo: como nadie pudiese sorprenderle, cobró confianza y, despeñando su cobarde e infausto odio, agarró un jáculo, lo empuñó con mucha fuerza, lo alzó hasta su oreja y lo arrojó certero...

Y, a todo escape, dando saltos, aterrándose y volviéndose a alzar, desapareció:

— ¡Llegó la hora, y la sangre está cobrada! ¡Los ismaelianos no perdonan! —, voceaba el criminal.

¡Oh, Emir!:

Los enterradores, que habían pasado toda la noche atareados en abrir fosas y sepultar cadáveres de fieles, encontraron, al amanecer, el cuerpecito helado de Fátima: tenía clavado un jáculo en el corazón, el alfanje de Nizar entre los brazos y una sonrisa inefable en los labios.

(¡Alá tiene designios ocultos y es justo, y sólo Él sabe por qué hace lo que hace! ¡Lo que está escrito no se puede borrar y escrito queda y quedará por voluntad del Omnipotente!).

Con grandes ceremonias, Fátima, la hermosa y mártir, fué sepultada junto a su bienamado.

Las dos tumbas fueron cubiertas con un edí-

culo de hierro forjado al que adornaban florones de oro.

La misma mañana de la muerte de Fátima, se encontró, a una parasanga hacia el Sud de Damasco, un caballo muerto a flechazos y un árabe a su lado, sin vida, con un dardo en el vientre. Era el mensajero que Fátima había enviado al Jeque de los Benu Rabia para pedirle que viniese a socorrer a la ciudad sitiada. Ese árabe también está en el cielo.

En el harén del Gran Visir una madre quedó taciturna.

En el Palacio de Nizar las esposas lloraron durante muchos meses; los árboles del jardín se anublaron, las fuentes y la noria callaron...

Moin Eddin se sumió en profunda melancolía: la angustia pesaba sobre él y le doblaba.

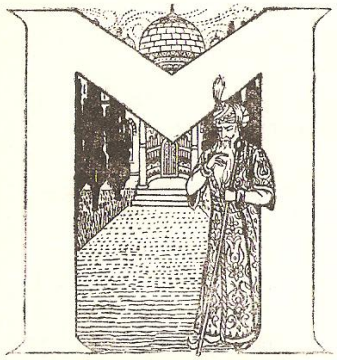
En el aduar de los Benu Rabia también se difundió la tristeza, y los poetas del desierto cantaron los amores heróicos de Nizar y de Fátima.

EPÍLOGO

XLVII

LA DUDA DEL GRAN VISIR

¡Oh, Emir!:



MOIN EDDIN ANAR trató, sin lograrlo, de distraer su desconsuelo engolfándose en los quehaceres de su cargo. Los días le parecían largos y la vida un castigo. No le causó ninguna alegría el prestigio que le dió, en todo el islam, su victoria sobre los crueles cristianos. Había amado tanto a su Nizar que, préstamente, su carácter expansivo y franco se trocó taciturno y desabrido. Concurrió con mayor frecuencia a la Gran Mezquita y en su casa oró más de lo prescrito en El Libro.

El único placer del Gran Visir consistía en platicar, caminando por las alamedas de su jardín, con el Emir Nadgem Eddin Ayub, que tan bella actuación tuvo en la defensa de Damasco. En tales ocasiones

se apresuraba Moin Eddin a descargar las dolencias de su corazón contando al Emir amigo — otro padre afligido por igual causa — cuánto le pesaba la muerte de su hijo predilecto.

Deseoso siempre de conversar con quien pudiese comprender su tristeza, invitó a venir a Esch Scham al Jeque Quibir Tabit Raschid Ibn Bendar, pero éste se negó, enviándole a decir que jamás volvería a poner los pies en una ciudad que fué cárcel y tumba de su hija Fátima.

Moin Eddin Anar no encontraba sosiego. Durante mucho tiempo pasó las noches sin poder coger el sueño. Se sentía torturado por intensa duda. ¡Sí! Nizar Ak Sonkor estaba en el Edén: había hecho la peregrinación y muerto *chahíd;* en cambio, Fátima, si bien fallecida mártir, no había cumplido con la obligación del haach. Tampoco había manifestado su voluntad de que se hiciese la peregrinación, en su nombre, después de su muerte. ¿Estaría en el Jardín de Delicias, junto a su bienamado, o tendría que esperar la llegada del Juicio Final, para hacer su entrada en la Altura?

Deseoso de que Nizar fuese en el Cielo completamente feliz, Moin Eddin consultó a los ulemas.

(¡Perdona — oh Alá — las vacilaciones de piedad de un padre amargado!).

Las opiniones de los doctos, apoyadas en las *ahadis,* fueron contradictorias, no pudiendo ser reconciliadas recurriendo a la zuna.

Dos semanas de meditación, en el silencio y

en la quietud de una mezquita, necesitó el Muftí de Damasco para dictar una *fetua* que decía: «Así como los herederos deben abonar a los hombres las deudas del difunto, conforme a lo ordenado,[1] así también pagarán, en nombre de los muertos, las deudas contraídas con Alá»; y luego el Muftí agregó:

— «No contéis entre los muertos a los que han fallecido en el sendero de Alá», dice el Libro,[2] mas, ¡oh Visir!, es necesario evitar que la falta de cumplimiento de la Santa Peregrinación por parte de Fátima, la mártir, pueda, por algún motivo oculto, pesar en la balanza. Ella está en el cielo, no hay duda, pero puede estar en el Sexto y él en el Séptimo. De acuerdo con el Jeque Quibir Tabit Raschid, debes enviar a un Cadí Haach para que, en representación de la joven muerta, efectúe la visita a la Caaba y al monte Arafat, el noveno día del mes de Dul Hidcha.

¡Oh, Emir!:

Pasaron largos y tristes meses.

Una mañana, a mediados del mes de Rabi al Aual del año 544,[3] un Cadí se echó a los pies del Gran Visir y le dijo:

— ¡Oh, Grande!: tú ordenaste, Alá dispuso, y yo he cumplido. En el mes y día que tú deseabas, besé la Piedra Negra y visité los lugares santos.

---

1) Corán, Sura IV, aleyas 14 y 15.
2) Corán, Sura III, aleya 163.
3) Mediados de Julio de 1149.

He cumplido fielmente la peregrinación en nombre y en representación de Fátima, la bienaventurada.

— Alá te recompensará por tu buena acción. «Los que hacen el bien en este mundo serán colmados de dichas en el otro»[1] —, respondió Moin Eddin Anar con viva alegría.

Y después de un instante agregó:

— Como es justo que quieras una recompensa más inmediata, yo te regalo diez camellas blancas, diez mulas de silla, diez platos de *Sin*, dos mil dinares de oro y dos trajes de honor.

El Cadí Haach recibió al poco tiempo de su regreso a Esch Scham magníficos presentes que le envió el Jeque Quibir Tabit Raschid Ibn Bendar.

¡Oh, Emir!:

La satisfacción del Gran Visir fué intensísima. Cuando el muecín llamó a la oración de zohor fué a la Mezquita y rezó piadosamente.

El sosiego espiritual que causó en Moin Eddin Anar la certeza de que su hijo y Fátima estaban juntos en la gracia del Altísimo; el amor de sus esposas y nietos, no fueron suficientes para hacerle olvidar el disgusto que le causaban las mezquinas intrigas tramadas por los dignatarios que tanto había favorecido.

El Gran Visir enfermó y, plácidamente, con la conciencia de haber sido un fiel servidor de Alá,

1) Sentencia cuyo origen atribuyen los musulmanes al Profeta.

sostén de la religión y del Sultán, dejó la vida terrena en su Palacio del barrio Al Ghaur, en la noche del Yum aletneín 23 del mes de Chumada al Aual del año 544.[1]

(¡Gloria y oraciones para el Eterno que permite hacer el bien y otorga recompensas!).

El débil, inepto y harón Sultán Mejdir Eddin Abak fué juguete de sus cortesanos y víctima de su incapacidad. Muy pronto después de la muerte de su imponderable Gran Visir, los creyentes le retiraron toda estimación y respeto. Los damascenos no soportaban el haber llegado a ser tributarios de los perros francos y no se conformaban con oír, el Yum alchuma, en el mimbar de la Gran Mezquita, al játib pronunciar la jotba en nombre de Nur Eddin Mohammud Ibn Eimad Eddin Zenghi, en lugar de hacerla bajo la invocación del verdadero Sultán de Damasco.[2]

Nizar Ak Sonkor y Fátima están en el Paraíso bien alto, gozando de infinita frescura y de beatíficas felicidades, y Moin Eddin Anar está con ellos.

1) El Martes, 30 de Agosto de 1149.

2) Así se dice en el original que poseía el alfaquí Omar Caon Teirit Abd Alí, pero al parecer estas protestas contra de la dominación del Sultán Nur Eddin Mohammud Eimad Eddin Zenghi, son apócrifas pues el pergamino, en esta parte, ha sido borrado y nuevamente escrito con otra tinta. Es posible que el autor haya elogiado al Sultán de Alepo, dominador de Damasco, si se tiene en cuenta que toda esta narración parece contada al citado Sultán. El amor al terruño de algún lector posterior debió originar la enmienda que, en verdad, responde al estado de ánimo que existió en la población de Damasco en ese entonces.

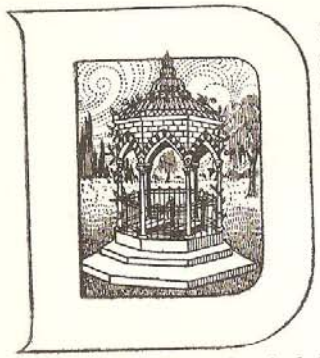
Alá une en el cielo a los que se amaron en la tierra.

(¡Loado sea el Creador, que escribió, en el Libro Perfecto y bien guardado, el destino de los hombres!).

XLVIII

EL JARDÍN DEL AMOR

¡Oh Emir!: *¡El Espíritu* bajó del Cielo!



DOS AÑOS MÁS TARDE de la muerte del Gran Visir (¡la oración y la paz sean para él!), el Yum aljamis 30 del mes de Ramadán, del año 346,[1] víspera de la nueva luna y última noche del mes de Ramadán, que es la noche *Al Cader*, más hermosa que mil meses, el Espíritu bajó del cielo. Junto a la *kuba* de Nizar y de Fátima, el Ángel Chabrail hizo nacer dos rosales que entrelazaron sus ramas.

Todo el lugar colindante se cubrió de árboles frondosos y de plantas floridas, y el correr del Barada hízose menos célere. Desde esa noche, el jar-

1) El Jueves 10 de Enero de 1151.

dín de Nizar y de Fátima está siempre embalsamado y apacible.

Ante ese signo evidente de gracia del Bondadoso, la población de Esch Scham comenzó a venerar las memorias y las tumbas de los enamorados mártires.

En la época en que los mirtos dan sus frutos, las jóvenes damascenas llenan sus haldas de flores y, entonando con voz quejumbrosa los poemas de amor de Ak Sonkor, llegan hasta el edículo que guarda los restos de los amantes, lo exornan, y se postran pronunciando sentidas jaculatorias.

A esas rejas doradas los jóvenes enfermos de desamor llegan tristes, rasgan sus vestidos, dejan la ofrenda de los retazos y piden a Nizar Ak Sonkor y a Fátima que les perpetúe el amor en peligro.

Todos los que se aproximan piadosamente a esas tumbas son agraciados con el *baraka* que emana de los santos, y se marchan purificados y contentos.

¡Oh, Emir!:

¡Cuán benigno es el jardín donde reposan los restos de los dos amantes!

Si desde Alepo, Emir, llegas a Damasco, la ciudad blanca como una sultana te atraerá en tal forma, que no encontrarás corcel con suficiente velocidad para llegar a tiempo, conforme a tus deseos. Cuando estés en medio de los lujuriantes olivares, que como un turbante rodean a la soberana de Si-

ria, cruza el Barada y, encontrándote en su margen derecha, no lejos de la ciudad, tu yegua te conducirá por fuerza a un vergel, umbrío y fragante: ¡es el Jardín del Amor!

En ese sitio de paz, donde los frutos y las flores son perennes, encontrarás el edículo que guarda los cuerpos de los héroes de esta historia.

Detén, ¡oh Emir!, tu briosa montura, despójate de tu escudo, planta tu lanza en tierra, y desciende. Bebe el agua del Barada, allí es fresca como la nieve de aquella montaña; coge unas flores y apresúrate a depositarlas junto a las tumbas santas. Piensa en tu bienamada, y pide los dones y dichas que la intensidad de tu amor te invite a desearle, y, también, ruega para que tu preferida sea siempre ardiente... Nadie que haya hecho un pedido de amor a Nizar Ak Sonkor y a Fátima ha sido desoído.

¡Oh, Emir!:

El Gran Hacedor, el Verídico, el Alto, el que es la Luz de los Cielos y de la Tierra, y es Luz sobre Luz,[1] no ignora nuestros más recónditos pensamientos.

En el Jardín del Amor los hombres deben despojarse de toda idea desleal, olvidar sus odios, abrir las puertas más anchas del corazón para dejar entrar y salir lo más generoso y acendrado, lo más diáfano y excelso, lo que más engrandece y eleva: ¡el amor!

---

1) Corán, Sura XXIV, aleya 35.

¡Oh, Emir!:

Así termina la vida de Nizar Ak Sonkor Ibn Anar y la historia de los amores del joven Emir damasceno y de Fátima, la noble y bella beduina Benu Rabia, hija del valeroso y prudente Jeque Quibir Tabit Raschid Ibn Bendar.

(¡Alabanzas al que nos da las crueldades y bellezas del mundo y nos ofrece las delicias celestes, innúmeras e infinitas!).

بسم الله الرحمن الرحيم

(¡Alá es Clemente y Misericordioso!)

GLOSARIO

GLOSARIO

Se explican aquí todas las palabras del texto escritas en cursiva. Cuando el texto está escrito en cursiva, los envíos al Glosario están impresos en negrita.

*

En las palabras árabes la letra H debe aspirarse.

Como regla general he adoptado las transcripciones usuales entre los orientalistas, amoldándolas a nuestro idioma en la forma más simple posible.

A

Aba, (abas), especie de chilaba sin capucha, de lana o seda, que usan los beduinos sobre sus trajes a modo de guardapolvo.

Abu Alá Ahmad Ibn Habit Alá (Ibn Mohammad Ibn Agmad Ibn Muslim Al Furdi Al Mukri), nombre completo del filósofo muy reputado del siglo VI° de la héjira.

Abu Hafs Omar (Ibn Hosain Al Korachi Al Addari Al Mahdavix Al Maianischi), nombre íntegro del sabio del siglo VI° de la héjira, residente en la Meca, y muy conocido por su austeridad.

Abu Tahir Ahmad As Sulafi Ispahan, filósofo del

siglo VI° de la héjira, residente en Alejandría.

Abu Ubeida Ibn Charrah, conquistador musulmán de Damasco el año 17 de la héjira (638 de la era cristiana).

Abul Kasim Mohammed Ibn Abd Alá, nombre íntegro del Profeta Mahoma.

Afrietes, chines árabes, considerados como los monstruos más terribles entre los genios y demonios. Ver *Chines.*

Agal, doble cordón, hecho generalmente con pelo de camello, que rodeando la cabeza de los beduinos sostiene el *kefiye.*

Ahadis, (en singular hadis), tradición basada en los comentarios hechos por los compañeros (el asjab) del Profeta Mahoma.

Aid Er Rebir, «La Gran Fiesta», décimo día del mes de Dul Hidcha.

Ak Sonkor, Halcón Blanco.

Alahad, ver *Días.*

Alarbaa, ver *Días.*

Al Bait Mukaddas, «La Mansión Santificada», uno de los nombres árabes de Jerusalén.

Alborak, yegua fabulosa que transportó a Mahoma en su viaje desde la Meca a Jerusalén y a los siete cielos. Esta yegua alada era tan rápida como el pensamiento y tenía una forma entre asno y mula. (Ver Corán, Sura XVII, aleya 1).

Al Cader, «el decreto» (divino), es la noche en la cual el Corán ha sido revelado a Mahoma y en la cual el Espíritu (el Ángel Gabriel) desciende a la tierra. Los musulmanes esperan en esa noche, que festejan al finalizar el mes de Ramadán, la realización de milagros y fenómenos sobrenaturales.

Alchuma, ver *Días.*

Aletnein, ver *Días.*

Algazalí, nombre corriente de Gazali Abu Hamed Ibn Mohammed, el teólogo y místico más célebre de su época, que ejerció, con sus numerosas e importantes obras, una gran influencia. Nació el año 450 y murió en 505 de la héjira (1058—1111 de la era cristiana).

Al Hach (Emir), Jefe de la Peregrinación a la Meca.

Alhauia, el Valle del abismo, puerta del séptimo infierno.

Aljama Al Umaui, Gran Mezquita de los Ommiades en Damasco.

Aljamis, ver *Días.*

Al Kustantiniya, Constantinopla.

Almadraza, escuela o academia, siempre anexa a una Mezquita.

Al Rauda, El Jardín.

Altelata, ver *Días.*

Ángel Azraíl, Ángel de la Muerte, encargado de recoger las almas de los musulmanes (por los cabellos de los creyentes, dice la tradición).

Ángel Chabrail, Ángel Gabriel.

Antakiya, Antioquía.

Arfa, árbitro que, a libre elección de las partes, dicta justicia. Algunos se especializan en determinado asunto y adquieren mucho prestigio de hombres probos y sapientes. No hay que confundirlo con el Cadí.

Arrachim, el Lapidado, *Chaithán.*

Assalam Alaikum, la salud sea contigo.

Asr, ver *Oraciones.*

Azán, pregón invitando a la oración hecho cinco veces diarias por el almuedano o muecín.

Az Zamarakal, personaje coetáneo de Moin Eddin Anar, cuyas andanzas de malhechor se complacía en narrar el Gran Visir en sus conversaciones amistosas. Ver obra de Usama citada en la palabra *Crónica* de este glosario.

B

Bab Banu Schaiba, antiguo nombre de la *Bab as Salam* (Puerta de la Salud) situada en la gran Mezquita de la Caaba.
Bab As Salam, ver *Bab Banu Schaiba*.
Bahr Al Huleh, Lago de Huleh.
Bahr Tabariya, Lago de Tiberiades.
Baisan, localidad próxima a Beirut, renombrada por su excelente vino.
Bait Ras, localidad de la actual Transjordania, famosa desde muy antiguo por su buen vino.
Balad Haram, territorio sagrado.
Banías, Paneas, antigua ciudad entre Tiberiades y Damasco.
Baraka, efluvio espiritual que emana de los santos y de sus tumbas.
Ben Zor, sabio comunmente conocido por *Avenzoar* y cuyo nombre íntegro es *Abu Meruán Abd el Melek Mohammed Ben Meruán Ben Zor Elyady el Achbily*.
Bilal Ibn Hamema, liberto, pregonero de Mahoma. Fué el primer muecín que llamó a la oración en Medina por orden del Profeta, después del primer año de la héjira. También se le conoce con los nombres de

Bilal Ben Riah y de Bilali Habechi (Bilali el etiope).
Bismílah, en nombre de Alá.

C

Cadí Al Cudat, el Gran Cadí, el juez de los jueces.
Caf, la cosmografía musulmana dice que la tierra está rodeada de ocho cadenas de montañas llamadas Caf y que en ella existe una esmeralda gigantesca, cuyos reflejos dan la coloración al cielo.
Cotrobes, genios maléficos con cuerpos de gata.
Crónicas. Dentro de la narración puramente novelesca de la obra existe muchísima fidelidad de ambiente y época. Muchos de los principales personajes son históricos y actuaron conforme a como se los representa en la obra.

En toda la narración encontré pocas coincidencias con otros autores (que he anotado prolijamente) anteriores o coetáneos del supuesto autor de *El Jardín del Amor*. Estas coincidencias no deben sorprender; por el contrario, son una afirmación de veracidad, desde el momento en que la presente obra es una biografía novelada, en la que figuran, como lo he dicho, muchos personajes que tuvieron existencia real y destacada figuración; en la que se narran hechos históricos de gran importancia, y por ser, además, una pintura cuidada de ambiente, todo lo cual debió necesariamente llamar la atención y ocupar

a los poetas y cronistas, no sólo musulmanes sino también cristianos.

El mismo autor de *El Jardín del Amor*, que seguramente vivió en época no muy alejada de los acontecimientos que narra, debió escribir su obra bajo la influencia de las costumbres, supersticiones y leyendas de aquel entonces; debió conocer muchas anécdotas de su tiempo que, por ser cosas corrientes, las utilizó en su narración, lo que también hicieron otros autores, como no podía ser de otro modo.

El sitio de Damasco está pintado de acuerdo con las crónicas árabes de Eizzeddin Alí Ibn el Athir el Chezeri — nacido en 1160 y fallecido en 1233 de la era cristiana, pocos años después de la Cruzada de Federico II (556—631 de la héjira) —, en sus obras *Kamel Altevaykh* e *Historia de los Atabekes de Mosul;* en los *Anales* de Emad Eddin Ismaíl Abul Feda, nacido en 1273 y muerto en 1333 (672—734 de la héjira), y en la *Crónica del Islamismo* de Schema Eddin Mahammed Dehebi, nacido en Damasco en 1274 y fallecido en 1347 (674—748 de la héjira). También hay motivos para creer que el autor de *El Jardín del Amor* debió conocer el libro *La instrucción por los ejemplos* o *Autobiografía* de Muayyad Ad Daula Abu Muthaffar Usama Ibn Munkidh, nacido en 1095 y que escribió su obra algunos años antes de su muerte, que acaeció en 1188 (489—574 de la héjira).

Además, entre los episodios de pura

fantasía necesarios para la acción novelesca de la obra, existen otros históricos que callaron los cronistas árabes del sitio de Damasco por los francos de la Segunda Cruzada y que se encuentran en las únicas crónicas cristianas fidedignas que se conocen de ese sitio. Éstas son: *Gesta Ludovici VII Regis Filii Ludovici Grossi*, obra anónima de un cronista de la Abadía de Saint-Denis, coetáneo de los acontecimientos que narra, e *Historia rerum in partibus transmarini gestarum a tempore succesorum Mohometis usque ad Anum Domini 1148, edita á venerabili Willermo, Tyrensi archiepiscopo.* — Guillermo de Tiro falleció el año 1188.

CH

Chabbak, significa reja, pero también ventanillas con rejas existentes en los edículos de las tumbas de los grandes personajes y santones, a través de las cuales los fieles pueden ver el túmulo.

Chahíd, mártir. Ver *Chuhada.*

Chaiathín, plural de *Chaithán.*

Chaithán, nombre árabe de Satán. Ver *Chaithán Quibir* e *Iblís.*

Chaithán Quibir, pilar de albañilería, de unos $2m^{50}$ de alto por 80 cmt. de ancho, existente en Mina. Hay otros dos pilares más pequeños que representan a «los hijos de Chaithán». Las piedras con las cuales se

los lapida son del tamaño del hueso del dátil y se arrojan con el índice y el pulgar, como lo hacen los chicos para jugar a las bolitas. En realidad muchos olvidan esta prescripción y arrojan, con mucha fuerza, piedras de mayor tamaño.

Chebel Arafat, Montaña del Reconocimiento. Colinas abruptas de granito.

Chebel An Nur, Montaña de la Luz.

Chebel Ar Rahma, Montaña de la Misericordia; inmensa roca situada en el mismo Monte *Arafat*, al nordeste.

Chebel Esch Scheik, «Montaña del anciano», nombre árabe del monte Hermón.

Chekdef, asientos colocados a cada lado de un camello.

Chihad, Guerra Santa. Guerra que se hace en el sendero de Alá.

Chines, genios o duendes. Algunos escriben *jinnes* y otros *djines*. Son seres de la mitología musulmana intermedios entre los hombres y los ángeles. Tienen el poder de transfigurarse y de hacerse invisibles. Los hay benéficos (perís) y malignos *(afrietes, cotrobes, chaithanes, silahes, vahavies)*.

Chuhada, en singular *chahid*, significa mártir. Musulmán muerto «dando testimonio de su fe», es decir: guerreando por la defensa de la fe musulmana. Los que mueren *chuhada* pasan inmediatamente al Paraíso, sin esperar, en la tierra, el Juicio Final.

Chur, ciudad de Fars (Faristán) hoy conocida con el nombre de Firus Abad.

D

Dar al Harb, nombre que la Ley da a los países

sobre los que no domina el islamismo.

Dar al Islam, nombre de los países musulmanes y de aquellos que «momentáneamente» están sometidos a la dominación de los infieles.

Dar at Tawawis, «Casa de los pavones» se llamó en Damasco al palacio de los sufíes, abierto en 1100 y pillado en 1229 (años 494 y 627 de la héjira).

Días. Los días de la semana en árabe son los siguientes:

Yum alahad, es el 1er día o sea el día domingo,
Yum aletnein, es el 2º día o sea el día lunes,
Yum altelata, es el 3er día o sea el día martes,
Yum alarbaa, es el 4º día o sea el día miércoles,
Yum aljamis, es el 5º día o sea el día jueves,
Yum alchuma, el día de la asamblea o sea el día viernes,
Yum essabt, el día del Shabbath o sea sábado.

Los días musulmanes comienzan a contarse desde la tarde, después de la puesta del sol. Así por ejemplo: el Yum alahad, que es domingo, comienza el sábado inmediatamente después de la puesta del sol.

Diía, precio del rescate de la sangre con el cual se atempera la crueldad de la *kisas* o ley del talión.

Dimischk, antiguo nombre de Damasco, también conocido por los árabes.

Div Nereh, son los genios malos de la mitología musulmana.

E

El Espíritu, Ángel Gabriel, ejecutor de las órdenes de Alá.

El Grito, llamada que hará el Ángel Israfil a los hombres el día del Juicio Final. Ver Corán, Sura LIV, aleya 6 y siguientes.

El Jeque Al Chebel, ver *Hasan Ibn Sabbah*.

El Khidr, (debe leerse El Jidr), personaje fabuloso que según los musulmanes recibió la ciencia de Alá, fué consejero de varios profetas y se hizo inmortal bebiendo el agua de la vida. Ver Corán, Sura XVIII, aleya 64 y siguientes.

El Kuds, «La Santificación», una de las formas árabes para designar a Jerusalén.

Elmuavizhetani, «los dos que preservan» del daño causado por arte de hechicería. Son los dos últimos suras del Corán, que suelen llevarse escritos a modo de amuletos.

Esch Scham, «país de la izquierda» llaman los árabes a Siria, así como *Yemen*, «país de la derecha», a Arabia. *Esch Scham* llaman también a la ciudad de Damasco. Existen diversas etimologías de estos nombres. Ver Maçoudi: *Les Prairies d'or* (Collection d'Ouvrages orientaux Tomo III pág. 139 y sigs.).

Essabt, ver *Días*.

F

Faraún, Faraón, que expulsó a los israelitas de Egipto, citado frecuentemente como prototipo del déspota.

Fatihat El Kitab, «Capítulo que abre el Libro», primer sura del Corán, llamado también con otros nombres.

Fátima, hija del Profeta Mahoma. Está enterrada en Damasco, según se supone.

Ferensis, llamaban los árabes a los *Francos*, es decir a los occidentales.

Fetua, palabra adoptada en esta forma por la Academia. Dictamen que da un muftí sobre un problema religioso.

Fulk Ibn Fulk, Rey de Jerusalén Foulques d'Anjou.

G

Gambas, amplio traje talar con cintura ceñida por un cordón, y con las mangas largas y anchas.

Gandura, blusa usada por los árabes, que cubre el cuerpo hasta los pies.

Gazúas (de *Gazaa*), guerras; originariamente pillaje.

Genios Perís, los genios buenos de la mitología musulmana. Ver *Chines*.

Ghuta, los huertos y jardines que rodean a la ciudad de Damasco, al sud y al este.

Ginnistán, según los persas es un país misterioso donde habitan los genios y las hadas. Está identificado con el país que la mitología musulmana supone que existe en las proximidades del *Caf* (Ver esta palabra).

Gualí, representante de una persona (valí), especialmente de la mujer en los pormenores de las bodas.

Gul, especie de fantasma, de vampiro, de «empusa», que, con sexo femenino, cuerpo humano y patas de burra, aparecía a los árabes viajeros durante la noche. Tenía comercio

carnal con ellos y les hacía extraviar el camino. Se la espantaba injuriándola.

H

Haach, musulmán purificado por haber hecho la peregrinación a la Meca. Equivale a *peregrino.*

Hach, la peregrinación.

Hachar, nombre árabe de Agar, esposa de *Ibrahim* (Abraham).

Hakim, médico, docto, sabio, filósofo.

Haleb, nombre árabe de Alepo.

Hamsín, viento muy fuerte y cálido que sopla en Arabia y Siria, originario de Egipto.

Hanif, piadoso que tenía conciencia de la existencia de un dios único.

Haram, velo de seda que cubre la cabeza de las mujeres árabes.

Haram Esch Scherif, el Noble Santuario.

Harrí, puñal hindú, generalmente de empuñadura de marfil.

Hasan Ibn Sabbah, fué el primer jeque de los ismaelianos de Persia que trasladó la secta a las montañas de Siria. El «Jeque al Chebel» era en esa época el siniestro jefe de los ismaelianos, conocido con el nombre de *Vieux de la Montagne.* Los ismaelianos o *assassins* llenaban de terror a los cruzados y frecuentemente solían aliarse con ellos contra los musulmanes. Ver *Melahidas.*

Hayar Al Asuad, Piedra Negra, que se encuentra en la Caaba y que es objeto de gran veneración por parte de los musulmanes.

Hilm, palabra intraducible que significa la modalidad de un hombre fuerte y poderoso en perdonar las ofensas, en castigarlas con una frase elegante, con un gesto generoso. El *hilm* — del que puede darse una idea llamándole magnanimidad — es teatral y quiere impresionar, despreciando al ultrajante con el desdén del poderoso por el débil, del honrado por el indecoroso. En el fondo, el *hilm* carece de bondad, puesto que trata de herir castigando con el desdén y, también, haciendo caer al ofensor en una trampa, en la cual resulta castigándose a sí mismo.

Hinzir, «puerco». Los musulmanes prodigaban este adjetivo a los cruzados.

Hochra, cámara mortuoria del Profeta en Medina. Fué la habitación de Aischa y allí murió Mahoma.

Hodag, castillete de madera y mimbre, cuya armazón se cubre de telas. El hodag se pone sobre los camellos y dromedarios, y dentro, para protegerse del sol, del frío y de las miradas indiscretas, se sientan o acuestan generalmente las mujeres y los enfermos para viajar. El *Hodag* de guerra, que sirve de insignia o bandera, suele adornarse con plumas de avestruz, y está siempre guardado en la tienda del Jeque Quibir.

Horas, ver *Oraciones.*

Hutamah, «el fuego violento» es uno de los nombres del Infierno. Con referencia al episodio narrado en la obra, en el que se citan con frecuencia preceptos alcoránicos, ver Corán, Sura XXIV.

I

Ibla, el Insurgente. Ver *Iblís*.
Iblís, corrupción de *diábolos*, es, lo mismo que *Chaithán*, de origen hebraico. Según las creencias musulmanas, los ángeles fueron creados del fuego antes que Adán. Cuando éste fué creado de la tierra, Alá ordenó a los ángeles adorarlo, a lo que se negó *Iblís*. Alá lo maldijo, pero sólo después del Juicio Final lo arrojará al infierno.
Ibn Rosch, es el sabio comunmente conocido por *Averroes*, cuyo nombre íntegro es: *Abul Valid Mohammed Ibn Almed Ibn Mohammed Ibn Rosch*.
Ibn Sina, sabio comunmente conocido por *Avicena* y cuyo nombre íntegro es: *Abu Alí Al Hosain Ibn Abdalá Ibn Sina*.
Ibrahim, Abraham.
Icha, ver *Oraciones*.
Ihram, son dos paños sin costuras, con los cuales debe cubrirse el cuerpo el peregrino a la Meca en substitución de sus vestidos. Para los hombres son dos paños blancos. Uno envuelve desde la cintura a las rodillas y se llama *izar*, y el otro cubre las espaldas y el pecho dejando el brazo izquierdo descubierto y se llama *rida*. El ihram se usa con sandalias y cordones de cuero. Las mujeres se cubren con un traje talar desde el cuello a los tobillos y con mangas, y calzan sandalias. El peregrino, antes de penetrar en Territorio Sagrado, debe purificarse y ponerse en estado de consagración, lo que también se llama *ihram*.

Inschalá, ¡Si Alá quiere! (¡Ojalá!).
Irada, noviciado de los sufíes.
Isa, como es sabido, los musulmanes veneran a Jesús, hijo de la Virgen María, en calidad de penúltimo Profeta y lo llaman también Mesías. Niegan que haya muerto crucificado. Ver Corán, Sura XIX, llamado *Sura María*.
Iskanderiyeh, Alejandría.

J

Jalid Ibn Uelid, conquistador musulmán de Damasco el año 17 de la héjira (638 de la era cristiana). Conquistó Damasco conjuntamente con *Abu Ubeida*, pero entrando a la ciudad por el lado opuesto.
Játib, predicador.
Jeque Al Chebel, ver *Hasan Ibn Sabbah*.
Jitba, pedido de la futura esposa.
Jotba, sermón.

K

Kaab Al Ahbar, tradicionalista coetáneo del segundo Califa Omar Ibn al Jattab (siglo VIII de la era cristiana).
La respuesta que se le atribuye y que figura en el texto de la obra (pág. 26 y sig.) fué muy popular en el mundo musulmán y Maçoudi en su obra citada y otros autores también la mencionan.
Kada, determinación eterna e inmutable de Alá.

Kadar, fatalismo mutable en el tiempo y las circunstancias.
Kafara, penitencia que debe cumplirse ayunando, haciendo limosnas y oraciones.
Kaif, ver *Kiafet*.
Kalb Ibn Kalb, «perro hijo de perro», uno de los insultos árabes más agraviantes.
Kauzer, nombre de un río del Paraíso. Ver Corán. Sura CVIII, aleya 1.
Kefiye, paño cuadrado que cubre la cabeza de los beduinos, sostenido por un aro de hilos llamado *agal*. Suelen los beduinos emplear un *kefiye* como insignia o bandera atado en la punta de una lanza.
Kiafet, arte del rastreador. *Kaif*, rastreador. «Según la opinión de cierto número de filósofos antiguos, la palabra *kiafet* (ciencia de la fisonomía) es una palabra derivada de *kafi* que quiere decir «indicación». Maçoudi: Les prairies d'or. Tomo III pág. 336. — El rastreo es una aplicación de «la ciencia de la fisonomía».
Kirán, promesa de hacer la peregrinación completa, es decir la *omra* que termina en la Meca, y *al hach* que termina en el monte Arafat y en Mina.
Kisas, derecho de hacerse justicia personalmente. Ley del talión.
Kisua, traje. Paño de seda negro dividido en el medio por inscripciones alcoránicas bordadas con hilos de oro. Con ese paño se cubre el cubo de la Caaba al comienzo de los meses de la peregrinación. Cada año se emplea un paño nuevo. El viejo solía y suele ser vendido en pedazos a los peregrinos.

Kitar, retahila de siete animales, generalmente de seis camellos y un asno.
Korasaní, raza de caballos muy veloces de Mesopotamia.
Kuba, edículo que cubre las tumbas de los santos y héroes, y también algún lugar sagrado.
Kubbat As Sajra, «Cúpula de la Roca», actual Mezquita de Omar, e iglesia en tiempos de los cruzados.
Kurbane, «El Sacrificio», décimo día del mes de Dul Hidcha. El sacrificio que ese día hacen los musulmanes es en recuerdo del sacrificio de Abraham.

L

Labbaika Allahumma la Ckerika Laka, «¡Héme aquí todo entregado a ti, oh Alá! Soy todo tuyo, Tú no tienes asociado.» Esta exclamación la repite frecuentemente el *hach* desde el momento en que se pone en estado de *ihram* (de consagración) hasta después de haber arrojado a *Chaithán* en Mina las piedras recogidas en Mozdálifa.
La Hora, la hora del Juicio Final. Ver Corán, Sura LIV, aleya 46.
Lében, leche cuajada

M

Magreb, se llamó al actual Marruecos y a España. *Oración de Magreb* es la que los musul-

manes deben hacer a la puesta del Sol. Ver *Oraciones*.

Makam Ibrahim, vieja piedra anterior al islam, cuyo culto fué adoptado uniéndolo a la leyenda de Abraham. Aseguran que esa piedra fué traída por Ismael y utilizada por Abraham durante la construcción de la Caaba, subiéndose en ella para colocar la segunda ringlera de piedras. Otra versión dice que sobre esa piedra puso Abraham los pies en uno de sus viajes a la Meca. La piedra tiene las impresiones de los pies de Abraham.

Junto al *Makam Ibrahim* los peregrinos deben hacer una oración ritual de dos racaas al terminar las circuiciones de la Caaba.

Malak Al Maut, ángel de la muerte, guardián del Infierno, que preside los suplicios de los condenados.

Marhabá, Bienvenido.

Mar Johanna, San Juan Bautista. Aseguran los damascenos que poseen en la Gran Mezquita la cabeza de San Juan Bautista. La veneran y juran frecuentemente por ella.

Masr El Káhira, El Cairo, la Victoriosa.

Mavázin, las balanzas, pues bajo esas arcadas se colocarán las balanzas el día del Juicio Final para pesar los pecados de los hombres.

Meca Al Makerrema, Meca la Venerada.

Medinat An Nabí, la ciudad del Profeta. (Medina).

Meidán, prado, plaza de ejercicios ecuestres, campiña en las proximidades de los muros de una ciudad.

Meidán Aljadar, Prado verde.

Melahidas, «Impíos», nombre que conjuntamente con los de «Batenianos» (de Baten, palabra que se relaciona con el sentido interno del Corán), «Sabiya», Septimanes (porque limitan a siete el número de los imanes visibles) y de «Hachaschin» o «assassins» (por ser bebedores de hachisch) etc., recibieron en diversas épocas e indistintamente los ismaelianos. Ver *Hasan Ibn Sabbah*.

Merva, ver *Saí*.

Meschid El Aksa, Mezquita alejada de la Meca, situada en la explanada donde existió el templo de Salomón y donde hoy se eleva la Cúpula de la Roca o Mezquita de Omar.

Meschid Al Haram, La Santa Mezquita.

Meses. No es posible hacer concordar los meses de la héjira con los cristianos. El calendario musulmán es lunar — como todo el mundo lo sabe — y se compone de doce meses y el año de 354 ó 355 días. En un ciclo de 30 años cristianos los meses de la héjira han pasado por todas las estaciones. Los meses son alternativamente, comenzando por Moharram, de 30 y 29 días. El mes de Dul Hidcha es de 29 días, pero es de 30 en los años intercalados, que son 11 años, en un ciclo de 30.

Los nombres de los meses en árabe son: *Moharram, Safar, Rabi Al Aual, Rabi Al Akher, Chumada Al Aual, Chumada Al Akher, Recheb, Schaban, Ramadán, Schaual, Dul Cada* y *Dul Hidcha*.

Misr, Egipto.

Mithkales, unidad de peso de tres o cuatro gramos.
Mocarrabin, «los allegados a Alá», son los ángeles *Chabrail* (Gabriel), portador de las órdenes divinas; *Azarail* (Azrael), ángel de la muerte; *Mikail* (Miguel), vigilante del mundo, e *Israfil*, que sonará la trompeta del Juicio Final.
Modar ver *Rabia*.
Moriad, novicios.
Muaid Eddin Etturai, nació en Ispahán el año 457 y murió en 515 de la héjira (1064—1121 de la era cristiana). Los versos citados corresponden a su poema *Lamiat El' Adyem* compuesto el año 505 de la héjira (1111/2 de la era cristiana).
Muallakat, poemas de los poetas clásicos, bordados en telas suspendidas en el templo de la Caaba. Se trata de una leyenda, pues al parecer nunca existieron esas telas suspendidas.
Munkar, ver *Nakir*.
Musalá, pequeña alfombra para orar.
Mutávifin, guías de peregrinación que indican el modo de efectuarla y dictan las oraciones que se deben recitar en los diversos lugares santos. En singular: *Mutavif* (el que hace ejecutar los *távaf*).
Muza, Moisés.
Muzable, oratorio o mezquita pequeña.

N

Nadgem Eddin Ayub (Ben Schadi), emir muy famoso del islam, padre de *Salah Eddin* que fué

más tarde el glorioso Sultán conocido por los cristianos con el nombre de *Saladino el Magnífico*. Ver *Jusuf Ibn Ayub*.
Nakir, «Munkar y Nakir», ángeles encargados de interrogar sobre su fe a los hombres, inmediatamente después de la muerte.
Nahr Al Malik, río que une el Tigris con el Eufrates.
Nahr Al Frat, río Eufrates.
Nahr Escheria Al Quibir, río Jordán.
Nebid, vino de dátiles fermentados.
Nefudes, dunas de arenas blancas o rojizas.

O

Okaz, vieja población de Arabia entre Taif y Nakla donde tenían lugar ferias periódicas.
Omariye, almadraza fundada por Omar Ibn Abdel Aziz, octavo Califa Ommiades. Reinó desde el año 99 de la héjira al 101 (717—720 de la era cristiana).
Oraciones. Cinco son las oraciones rituales de los musulmanes. Los árabes subdividen el día conforme a las cinco oraciones que se deben hacer diariamente. Y para decir medio día, por ejemplo, dicen: «La hora de zohor»; para darse cita después de la puesta del sol dicen: «Nos veremos poco después de magreb», etc. Las oraciones que debe hacer cada día el musulmán son las siguientes:

Icha, debe hacerse después de la puesta del sol, generalmente dos horas más tarde, pudiendo efectuarse, en rigor, en cualquier momento de la noche;

Sobh, debe hacerse al alba;
Zohor, debe hacerse a medio día;
Asr, debe hacerse entre las 3 y 5 de la tarde; según las estaciones y el lugar, y
Magreb, debe hacerse a la puesta del sol.

P

Perís, ver *Genios*.
Pilaf, arroz cocido.
Poullain, llamaban en la Edad Media al hijo de franco y de siria o vice-versa.

R

Rabia y Modar, frase hecha para indicar gran abundancia, refiriéndose a las numerosas descendencias de Rabia y Modar, las dos grandes familias en que se dividen los árabes.
Raca, conjunto de tres movimientos de que se compone la oración del musulmán. La oración suele componerse de varias racaas (plural árabe de *raca)*.
Rávi, contador de cuentos populares que se encuentra frecuentemente en las ciudades islámicas.
Rum, tierras de Rum llamaban los árabes al Asia Menor, ocupada por los rumíes del Imperio Bizantino.
Rumíes, griegos de Bizancio.

S

Safa, ver *Saí*.
Sahel, costa del mar. *Sahel* llamaban por antonomasia al litoral de Siria. *Francos de Sahel o ferensis* llamaban los musulmanes a los cristianos que habían conquistado el litoral sirio y que se habían establecido o nacido en esas tierras.
Saí, las siete recorridas rituales entre los montes Safa y Merva, situados en las proximidades de la Caaba, en la Meca.
Sajrat, enorme esmeralda que hay en el *Caf* y que da su color al cielo.
Salsabil, fuente del Paraíso. Ver Corán, Sura LXXVI, aleya 18.
Samual Ibn Adya, célebre poeta judío, anterior al islam, cuyo nombre es frecuentemente citado en la literatura árabe como prototipo de fidelidad a la fe jurada.
Savindi, dicha, alegría. Voz persa, entonces muy de moda en Damasco para dirigirse a una persona estimada.
Schami, estofa de seda que se fabricaba en Damasco.
Silahes, genios malignos que habitan las montañas.
Sobh, ver *Oraciones*.
Soleimán, el Profeta Salomón.

T

Tabariya, Tiberiades.
Tadmur, Palmira.

Talak, fórmula de repudiación que, repetida tres veces, disuelve el matrimonio.
Taleb, joven que se instruye.
Taríca, Vía, sendero que conduce a la salvación. Cofradía de Sufíes.
Tauhid, unidad con lo divino, con Alá.
Távaf, contorneos rituales alrededor de la Caaba.
Telbias, alabanzas dirigidas frecuentemente a Alá.

V

Vahavies, genios malignos con cuerpo de sierpes aladas.

Y

Yemamah, hermana de Ribah, hija de Murrah. Mujer árabe de Chadis, de ojos azules, poseedora de penetrante y larga vista. Una vez, Yemamah anunció desde gran distancia la llegada de árboles, detrás de los cuales marchaban hombres. Nadie la creyó, pero efectivamente era un ejército enemigo disimulado detrás de arbustos y ramas de árboles que habían arrancado, justamente para evitar ser descubiertos por la vista poderosa de Yemamah, que se había atalayado en una altura (Ver Maçoudi: Les Prairies d'Or, Tomo III pág. 585 y sigs). Aseguran los árabes que fué la primera persona que empleó el colirio de antimonio, comunmente conocido con el nombre de cohol.

Yusuf Ibn Ayub, es Saladino, cuyo nombre completo es Malek Naser Yusuf Ibn Ayub, de sobrenombre Salaheddin, que fué Sultán de Egipto y héroe de la Tercera Cruzada. Nació en el Castillo de Trebit, en Mesopotamia, el año 532 de la héjira (1137 de la era cristiana). En la época de esta narración tenía, pues, once años de edad.

Z

Zacum, árbol del Infierno, de frutos amarguísimos, como no puede producirlos ninguno de la tierra.
Zamzami, aguador que hace el servicio del pozo de Zemzem y que obtiene buen beneficio. En plural *Zamázim*.
Ziara, Visita piadosa.
Zin, China. Los platos de porcelana de la China eran entonces muy apreciados en Damasco.
Zohor, ver *Oraciones*.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN . . . . . pág. 7

EL HÉROE

I La tristeza de Nizar Ibn Anar . . » 25
II Las andanzas de Nizar . . . . » 36
III Hacia la ciudad del Nabí . . . » 48
IV La última etapa . . . . . » 65
V La Caaba . . . . . » 82
VI Chebel Arafat . . . . . » 100
VII Las esclavas . . . . . » 121
VIII El regreso . . . . . » 133
IX El patio de la mezquita . . . . » 140
X En Bagdad . . . . . » 148
XI Almocadén de la Guardia . . . . » 155

FÁTIMA

XII Alarma . . . . . » 167
XIII La protección de Alá . . . . . » 171
XIV El sacrificio de Jalil . . . . . » 181
XV Los rivales . . . . . » 187
XVI El encuentro . . . . . » 191
XVII Las siete canciones . . . . . » 203
XVIII El tesoro y el Gran Visir . . . » 213
XIX La esposa repudiada y la mujer fiel » 216
XX El rapto . . . . . » 226
XXI He de morir a tu lado . . . . . » 237
XXII Con el paso retardado . . . . . » 245
XXIII Un beso . . . . . » 256
XXIV Victoriosos . . . . . » 259

XXV El Mago Persa . . . . . pág. 263
XXVI La miel no debe trocarse en acíbar » 270
XXVII La deuda cobrada . . . . . » 276
XXVIII La caravana de la felicidad . . . » 282
XXIX Los halcones . . . . . » 290
XXX La víspera . . . . . » 299
XXXI Los genios propicios . . . . . » 308
XXXII La boda y el viaje prodigioso . . » 322
XXXIII En los brazos del bienamado . . » 331
XXXIV Las esposas malcontentas . . . » 335

LA TRAGEDIA

XXXV Las ausencias del bienamado . . » 349
XXXVI Los genios maléficos . . . . . » 361
XXXVII El azalá interrumpido . . . . . » 375
XXXVIII El ataque . . . . . » 385
XXXIX Asediados . . . . . » 407
XL La confabulación . . . . . » 412
XLI Los crucificados . . . . . » 421
XLII Por Alá y por la amada . . . . » 427
XLIII Amenazas y ofrecimientos . . . » 442
XLIV El halcón abatido . . . . . » 446
XLV La victoria de Alá . . . . . » 459
XLVI Un jáculo en el corazón . . . . » 464

EPÍLOGO

XLVII La duda del Gran Visir . . . . » 471
XLVIII El Jardín del Amor . . . . . » 477

GLOSARIO . . . . . » 483

ERRATAS

Página	línea	dice:	debe decir:
15	16	*ha interesado*	*interesó*
26	10	ponía	vertía
32	6	crío	crió
40	12	le respondió	objetó
44	última	de el	del
58	última	sunitas	zunitas
70	4	38.400	37.100
73	17	33.900	34.100
80	16, 19 y 28	36.900	37.100
109	9	a noche	la noche
112	7	de la tierra	del polvo
150	8	Tanío	Tanto
201	14	de esclavo	del esclavo,
215	nota	Sura VII, aleya 19	Sura LVII, aleya 19
287	19 y 23	un	cinco
303	nota	Aleya 78	80
		Aleya 11	10
322	19	anaban,	lanaban,
325	20	lo	los
325	25	tu	tus
327	2	dotarlas.[1]	mantenerlas.[1]
329	20	a los habitantes del aduar.	a sus habitantes.
338	3	supera a	superaba
355	9	brasero, dando	brasero, y dando
357	3	señalándola acusadora con	señalándola con
366	11	inmedicatos	cercanos
397 y 398		Deben trocarse las notas.	
414	17	compañía	compañera
465	17	solitario del Barada	solitario contiguo al Barada
474	10	*Sin,*	*Zin,*
479	19	el Verídico,	el Verídico, el Alto,
507	entre 3 y 4,	agregar *Yum,*	ver *Días.*

El lector corregirá las otras erratas menos importantes que encuentre.